CLAUSEWITZ EN EL PENSAMIENTO MARXISTA

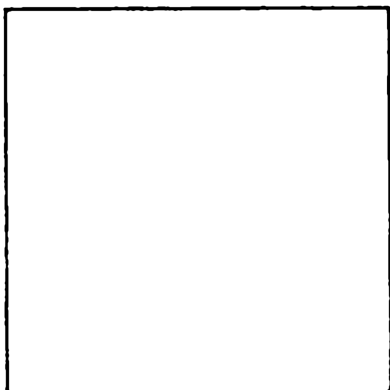
LENIN-ANCONA-BRAUN
RAZIN-STALIN
ENGELBERG-KORFES

75
CUADERNOS
DE
O Y
TE

PYP

clausewitz en el pensamiento marxista

traducciones de
josé aricó
jorge tula gómez
maría inés silberberg



clausewitz en el pensamiento marxista

lenin / ancona
braun / razin / stalin
engelberg / korfes

75
CUADE
DE
PASADO Y
PRESENTE

primera edición, 1979

impreso y distribuido por siglo xxi editores, s.a.
cerro del agua 248 — méxico 20, d.f.

ISBN 968-23-0517-9

impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico



compuesto en editorial galache, s.a.
impreso en litográfica ingramex, s.a.
centeno 162, méxico 13, d.f.
tres mil ejemplares más sobrantes para reposición
31 de agosto de 1979

ÍNDICE

CLEMENTE ANCONA

LA INFLUENCIA DE *DE LA GUERRA* DE CLAUSEWITZ EN EL PENSAMIENTO MARXISTA DE MARX A LENIN

I

Entre los teóricos del movimiento obrero, muchas veces se ha apelado, especialmente en el pasado, al nombre de Carl von Clausewitz. Engels y Marx, además de conocer y apreciar las obras de este escritor, delinearon su visión de la guerra y de los conflictos armados en general en una forma tal que aparece para una serie de cuestiones fundamentales (naturaleza de la guerra, relación guerra-política, estrategia y táctica, ofensiva y defensiva, etc.) como el desarrollo natural, en sentido materialista y dialéctico, del pensamiento clausewitziano.[1] Luego, Lenin, además de haber contribuido de manera determinante al pensamiento marxista sobre la guerra y la lucha armada, destacó, más que ningún otro, el nombre y algunas tesis fundamentales del general prusiano —dentro y fuera[2] del movimiento obrero revolucionario y, especialmente, en el período de entre guerras— al haberlo citado ampliamente en sus escritos y en sus discursos y al recomendar repetidamente a sus compañeros la lectura de la obra clausewitziana.

Según parece, en los años comprendidos entre la primera y la segunda guerra mundial, *De la guerra* fue uno de los textos más leídos y estudiados en las academias y en las escuelas de guerra soviéticas; y un cuaderno de extractos y de apuntes de Lenin sobre la obra póstuma clausewitziana, publicado alrededor de 1930, tuvo una gran difusión y numerosas reimpresiones. También en el movimiento obrero italiano hubo una gran admiración por Clausewitz antes, durante y después de la lucha de liberación nacional.[3]

[1] Véase más adelante, pp. 9-17.

[2] Escribe un general francés de la NATO: "Clausewitz —a quien muy pocas personas han leído— tiene cierto prestigio, sobre todo a causa de la nota elogiosa que Lenin le dedicó [. . .]" (Beauffre, *Introduction à la stratégie*, París, 1965, p. 9).

[3] Véase por ejemplo lo que dice Gramsci (en *Il Risorgimento*, vol. IV, *Opere*, Torino, 1949, pp. 69-94 y en particular p. 93; y en *Passato y Presente*, vol. VII de las *Obras*, p. 128).

Desde hace muchos años ya, esta admiración no se vuelve a encontrar más, al menos en la misma medida, ni en Italia ni en otro lugar. Las causas de este hecho son diversas, objetivas y subjetivas; y no es el caso examinarlas aquí en particular. Basta señalar cómo las mismas remiten a la segunda guerra mundial y a la "guerra fría": la primera, una guerra contra un ejército cuyo estado mayor gustaba considerarse, con o sin razón, alumno de Clausewitz y había llevado a Alemania a la ruina en dos oportunidades; la segunda, una guerra durante la cual la desenfrenada propaganda antisoviética y anticomunista buscaba minimizar los méritos, teóricos y prácticos, del ejército rojo y la fulgurante victoria que había obtenido sobre la Wehrmacht, lo cual generó una reacción en sentido contrario. Entre las causas subjetivas bastará recordar una serie de ataques anticlausewitzianos producidos alrededor de 1944[4] en la prensa militar soviética y culminada en u escrito de Stalin aparecido en *Bolchevik,* en la primavera de 1947 y luego rápidamente difundido en todo el movimiento comunista internacional bajo la forma de una condena definitiva (aun cuando, quizá, no quería serlo) de las teorías expuestas en *De la guerra* y de su autor.[5]

Finalmente, el XX Congreso del PCUS tuvo el mérito de dar a algunos estudiosos soviéticos el coraje necesario para revaluar la obra del general prusiano.[6] Lamentablemente, sin embargo, los efectos de la precedente y a veces absurda actitud anticlausewitziana, no pudiendo ser eliminados de un plumazo, siguieron haciendo sentir su influencia incluso sobre algunos de los promotores del XX Congreso.[7]

Ahora bien, si en determinado momento Clausewitz fue famoso en el movimiento obrero y ahora no lo es tanto, tendría, de por sí, escasa importancia. Sin embargo, lo cierto es que a Clausewitz, o al menos a ciertas tesis suyas, está ligada la concepción marxista

[4] Mestcheriacov, "Clausewitz y la ideología militar alemana" [en ruso], en *Voennaia Misl,* 1945, núms. 6-7; I.S. Bas, *Le origini de la potencia militar de la Unión Soviética,* Bologna, 1951, pp. 14-16.

[5] Véase la carta de E. Razin a Stalin y la respuesta de éste (publicadas originariamente en *Bolchevik,* núm. 3, febrero 1947) incluida en el presente volumen.

[6] Véase en particular un significativo artículo de mismo Razin, que aquí se cita en la traducción alemana, la única que fue posible consultar, aparecida en el *Militärwesen,* periódico militar de la República Democrática Alemana (1958, pp. 377-392): *De Bedeutung von Clausewitz für die Entwicklung der Militärwissenschaft.*

[7] Véase, por ejemplo, lo que se afirma en tal sentido en la biografía oficial de Lenin a cargo de Pospielov, Evgrafov y otros.

y leninista de algunos problemas concernientes a la guerra y a la misma "teoría de la revolución proletaria" como teoría de la acción del proletariado tendiente a derrumbar el capitalismo e instaurar el socialismo. A lo que se agrega el hecho —de gran importancia en la historia del movimiento obrero— de que la más famosa tesis clausewitziana ("la guerra es la continuación de la política por otros medios") fue utilizada en la crítica de Lenin a los "centristas" tipo Kautsky y Plejánov, quienes, según él, no la tenían en cuenta. Y bien, prescindir hoy de este episodio, que tuvo una serie de consecuencias teóricas y prácticas (estrategia bolchevique de la trasformación de la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria; estigmatización del derrumbe total de la socialdemocracia europea), ya no es posible para la teorización marxista. En fin, en la polémica actual en el seno del movimiento comunista y obrero internacional y en lo que concierne a los problemas fundamentales sobre la evitabilidad o inevitabilidad de la guerra, sobre la naturaleza de la guerra, sobre la estrategia de las fuerzas antimperialistas, etc., las tesis de Clausewitz no pueden ser ignoradas si uno quiere mantenerse en el ámbito de la teoría marxista.

Por estas y otras razones se ha considerado útil realizar la presente investigación. En particular, se ha buscado responder a un cierto número de interrogantes (¿en qué medida la obra del general prusiano influyó en el pensamiento de los dirigentes y teóricos del movimiento obrero que la examinaron y que se expresaron sobre ella? ¿Qué importancia tuvieron, y eventualmente continúan teniendo, las teorías del filósofo prusiano de la guerra?), con la esperanza de contribuir a tornar más clara, desde un ángulo teórico, la visión de algunos problemas que, hoy como ayer, se encuentran en el centro de la atención del movimiento obrero y revolucionario internacional.

II

Marx y Engels comenzaron a ocuparse de las obras de Clausewitz en oportunidad de realizar una serie de investigaciones y de estudios de carácter militar e histórico-militar, necesarios tanto —en lo inmediato— a su actividad periodística,[8] como —menos inmediata-

[8] Véanse, por ejemplo, los artículos de Engels en la *Deutsche-Brusseler Zeitung* de fines de 1847 y especialmente los de la *Neue Rheinische Zeitung* de

mente— a la solución de importantes problemas prácticos y teóricos.[9]

Éstos eran de tres órdenes. En primer lugar, Marx y Engels, advertidos de la importancia de los fenómenos militares en la historia, buscan conocer mejor su esencia, su historia particular, sus fundamentos. En segundo lugar, los hechos revolucionarios de 1848-1849 en Europa, además de abrir entre demócratas y fuerzas populares y socialistas una serie interminable de polémicas, pusieron en evidencia, por un lado, la falta de preparación y de adecuación para esas circunstancias de los dirigentes y de las fuerzas revolucionarias alemanas y europeas en general, tanto en el plano político como en las barricadas y en el campo de batalla; por otro lado, mostró cómo las luchas populares armadas, en tanto formas específicas de guerra, requieren una formación específica al respecto por parte de los dirigentes. En tercer lugar, en fin, tanto Marx como Engels, luego del fracaso de los estallidos insurreccionales alemanes de 1849, debieron responder a las acusaciones de vileza, de traición, etc., de que fueron objeto por no haber dado su apoyo a algunas iniciativas armadas de revolucionarios democrático-burgueses, y por haberlas también desalentado. A pesar de que les era fácil refutar tales acusaciones en el plano político, surgían algunas dificultades cuando la polémica se instalaba en el terreno puramente militar, habida cuenta de que muchos de sus interlocutores eran ex militares de profesión.[10]

1848-1849 sobre la guerra entre democráticos suizos y *Sonderbund* de noviembre de 1847; sobre las insurrecciones parisienses de febrero y de junio de 1848, sobre los enfrentamientos a campo descubierto entre insurgentes y el ejército regular en Alemania en 1849, etcétera.

[9] Engels escribe a Weydemeyer en una carta del 19 de junio de 1851: "Desde que estoy aquí en Manchester he comenzado a ocuparme de asuntos *militares* [...] La enorme importancia que la *parte militar* deberá asumir en el próximo movimiento, una vieja inclinación, mis artículos húngaros de la *Zeitung*, y finalmente mi gloriosa campaña en Baden, todas estas cosas me han empujado a ello [...]" (Friedrich Engels, *Ausgewählte militärische Schriften*, Berlín, 1958, vol. I, p. 166).

[10] He aquí lo que Engels escribía a Marx a tal propósito: "En ningún campo se hacen tantas groseras representaciones tan fácilmente como en la historia militar" (Karl Marx-Friedrich Engels, *Carteggio*, vol. I, Roma, 1950, carta del 3 de abril de 1851, p. 216). En otra carta escribe también: "Esta canalla soldadesca tiene un *esprit de corps* inconcebiblemente sucio. Se odian *á mort* los unos a los otros, pero están todos unidos contra los *civiles* [...] En su momento, mostraremos a estos señores qué significan los *civiles*. Todas las historias del género me demuestran que no puedo hacer nada mejor que proseguir mis estudios militares hasta que, al menos, uno de los *civiles* pueda estar a la cabeza de ellos en la teoría" (*ibid*, carta del 23 de mayo de 1851, p. 242).

Una especie de acuerdo[11] entre Marx y Engels respecto de la distribución de las tareas concernientes a la elaboración de la teoría de la revolución parece haber asignado al segundo el campo de la acción militar y de la acción revolucionaria armada. A pesar de ello, Marx seguía de cerca el desarrollo de los estudios militares de Engels, participando de ellos casi en la misma medida en la que éste, inversamente, participaba a su vez de sus estudios de economía política.

En lo que concierne a Clausewitz en particular, es muy probable que al menos la fama de su obra principal, *De la guerra*, haya llegado a Marx y a Engels alrededor de 1848, si no antes;[12] en efecto, en aquellos años Clausewitz comenzaba a convertirse en el ídolo de la escuela militar prusiana, y Marx y Engels debieron, ciertamente, haber oído hablar con entusiasmo de él a oficiales o ex oficiales —como por ejemplo a su amigo Weydemeyer— salidos de aquella escuela y que frecuentaban la redacción de la *Neue Rheinische Zeitung* o se afiliaban a la Liga de los Comunistas. El nombre del teórico militar prusiano aparece por primera vez en los escritos de Engels en una carta que dirigió a su amigo Joseph Weydemeyer,[13] quien en 1848 se pasó al bando de los insurrectos y luego, emigrado a América, en la década del sesenta toma parte en la guerra de Secesión en las filas del ejército norteño con el grado de coronel.[14] Al mismo amigo, un par de años después, Engels expresaba su primer juicio sobre las obras del general prusiano: "En definitiva, Jomini es el mejor historiador (de las campañas napoleónicas) y, no obstante algunas cosas excelentes, el genio innato que es Clausewitz no me gusta del todo."[15] En 1855, Engels, en un artículo que describía al ejército prusiano (aparecido en el *Putnam's Monthly*), afirmaba: "En su campo Clausewitz junto con Jomini pertenece a los clásicos de todo el mundo."[16] En 1858, en una carta a Marx escribe: "Ahora leo entre

[11] Véase al respecto de Franz Mehring "Aus dem Briefwechsel zwischen Engels und Marx", en *Leipziger Volkzeitung*, 6 de octubre de 1913 y *Krieg und Politik*, Berlín, 1959-1961, vol. I, pp. 459-479.

[12] Werner Hahlweg, "Lenin und Clausewitz", en *Archiv für Kulturgeschichte*, Münster-Köln, 1954, vol. XXXVI, fasc. I, pp. 30-31.

[13] Carta citada del 19 de junio de 1851 (en Friedrich Engels, *Ausgewählte militärische Schriften* cit., vol. I, p. 168).

[14] Weydemeyer es considerado el primer representante y propagandista del marxismo en América Septentrional. Véase la biografía de Karl Obermann, *Joseph Weydemeyer, Pioneer of American Socialism*, Nueva York, 1947.

[15] Carta del de 12 abril de 1853, en Karl Marx-Friedrich Engels, *Werke*, vol. 28, Berlín, 1963, p. 577.

[16] Friedrich Engels, *Ausgewählte militärische Schriften* cit., vol. I, p. 433.

otras cosa lo que escribió Clausewitz sobre la guerra. Extraño modo de filosofar, pero en la sustancia es óptimo."[17] Finalmente, en la introducción a un folleto de Borkheim aparecido en 1888, Engels define a Clausewitz como una "estrella de primera magnitud".[18] En cuanto a Marx, comparte el parecer de su amigo sobre Clausewitz; y en tal sentido escribe: "El tipo tiene un *common sense* que linda con la inteligencia."[19] En otros pasajes de sus obras, Marx y Engels citan a Clausewitz ya sea para retomar sus tesis o para dar mayor peso y autoridad a las suyas propias cuando se trata de cuestiones concernientes a la guerra.

En un artículo de 1859 aparecido en el *New York Daily Tribune,* Marx demuestra tener conocimiento no sólo de la obra teórica mayor de Clausewitz sino también del trabajo histórico menor que realizó sobre la campaña de Bonaparte en Italia en 1796: "En una parte de su obra sobre la campaña de Italia de 1796-1797 —escribe— Clausewitz observa que, después de todo, la guerra no es un asunto tan espectacular como la gente tiende a representárselo, y que victorias y derrotas, contempladas con el ojo de la ciencia, aparecen de manera inversa respecto a su imagen reflejada en los cerebros de los politiqueros de escritorio. Comparto esta verdad."[20]

En otro artículo, aparecido a su vez en el *Das Volk* pocas semanas después que el anterior, Marx cita otro escrito menor del teórico prusiano: "El general Clausewitz, en un escrito sobre la guerra austro-francesa de 1799, observa que Austria fue derrotada porque su plan de batalla, tanto estratégico como táctico, no estaba fundado en el logro efectivo de la victoria, sino, sobre todo, en usufructuar la victoria que preveían. Rodear al enemigo sobre sus dos alas, apretar el cerco, destruir su ejército en los puntos más lejanos para impedir todo escondite al enemigo batido en la fantasía: estas y similares medidas para la explotación de la imaginaria victoria fueron siempre los medios prácticos para hacer más segura la derrota. Lo mismo que se dijo respecto a la conducción de la guerra por parte de Austria se puede decir de la diplomacia

[17] Karl Marx-Friedrich Engels, *Carteggio,* vol. III, p. 149, carta del 7 de enero de 1858.

[18] En *Appendice* a la trad. italiana del escrito de Engels, *Violenza ed economia nella formazione del nuovo impero tedesco,* Roma, 1951, p. 144.

[19] Karl Marx-Friedrich Engels, *Carteggio,* vol. III, p. 153, carta del 11 de enero de 1858.

[20] El artículo *Bestätigte Wahrheit,* trad. al italiano en Karl Marx-Friedrich Engels, *Sul Risorgimento italiano,* a cargo de Ernesto Ragionieri, Roma, 1959, p. 302.

prusiana."[21] Engels, a su vez, comentando en una carta a Marx la batalla de Corinth, librada durante la guerra de Secesión americana, recuerda al amigo: "Como dice Clausewitz, la batalla arde lentamente como pólvora húmeda, agota a ambas partes y al final las ventajas positivas arrancadas combatiendo por la parte victoriosa son más de naturaleza moral que material."[22]

Aun más, la tesis sostenida por Engels en el famoso folleto *Niza, Savoya y Rin* es reforzada por otra, articulada a una cita de Clausewitz "[. . .] si ya Clausewitz (*De la guerra,* Libro VI, cap. 23) se burlaba porque en 1814 una armada de 200 000 hombres, en vez de marchar directamente sobre París se dejó inducir por las fantasías de una teoría insensata e hizo el trayecto a través de Suiza [. . .]; ¿qué debería decir entonces de aquellos planes de guerra que quisieron dirigir el ataque principal contra París a través de la alta Italia y Savoya o, sin más, a través de Niza? Todo ataque a través de Savoya presenta desventajas decisivas en el enfrentamiento con respecto al Rin [. . .]. También por esto, en la campaña de 1814 las tropas que entraron a Francia a través de Italia cumplieron un papel tan pequeño".[23]

Marx y Engels tuvieron oportunidad de formarse una notable cultura en el campo militar. Sus lecturas y sus estudios teóricos e históricos no se limitaron, ciertamente, a las obras del general prusiano sino que se extendieron desde los mayores hasta los menores teóricos e historiadores del arte de la guerra, franceses, ingleses, alemanes, rusos, austriacos, italianos, desde Maquiavelo hasta Montecuccoli, desde Jomini hasta Chahrmützel, desde Suvorov hasta von Hofstetter y hasta Barclay de Tolly, desde Willisen hasta Küntzel y hasta Napier. Fue Engels, en particular, el qué profundizó notablemente sus conocimientos también en el plano propiamente técnico y operativo; prueba de ello son sus numerosísimos escritos sobre la historia del ejército en general, sobre cada uno de los ejércitos europeos, sobre la historia de la carabina, sobre las diferentes guerras contemporáneas, sobre la caballería, la artillería, la ofensiva, el combate, etc., etcétera.[24]

[21] El artículo *Quid pro quo,* ibid., p. 122.

[22] Karl Marx-Friedrich Engels, *Carteggio,* vol. IV, p. 89, carta del 5 de mayo de 1862.

[23] Friedrich Engels, *Nizza, Savoia e Reno,* Roma, 1955, p. 57.

[24] Gran parte de los escritos de Engels sobre temas militares están contenidos en la ya citada antología a cargo del Ministerio de Defensa Nacional de la República Democrática Alemana. Para el resto, véase especialmente la correspondencia Marx-Engels y las cartas de este último a Weydemeyer, distribuidas

Por lo tanto, podemos afirmar que las obras de Clausewitz fueron una de las fuentes, entre otras, del pensamiento militar engelsiano y marxiano.

Sin embargo, es convicción bastante difundida que la obra de Clausewitz fue la fuente principal del pensamiento militar engelsiano[25] y hay quien afirmó incluso que todos los criterios de acción política y revolucionaria elaborados por Engels y por Marx estuvieron inspirados en tal obra.[26] Si bien esta segunda opinión aparece claramente desproporcionada, tampoco la primera puede ser fácilmente demostrada en el plano histórico.

Intentar establecer si las relaciones de *afinidad* efectivamente existentes entre algunas formulaciones clausewitzianas y otras de Engels y Marx sobre cuestiones más o menos fundamentales relativas a la guerra y a su conducta guardan también una relación de *derivación* es una empresa no sólo difícil sino también de una utilidad muy inferior al empeño que demandaría. Si una solución parcial se impone de por sí cuando Marx o Engels afirman en sus escritos de manera explícita coincidir con una cierta tesis o juicio de Clausewitz —cosa, por otro lado, muy rara—, las dificultades se multiplican cuando se quiere establecer si una cierta tesis de Marx o de Engels —que implique la aceptación de una tesis clausewitziana sobre el mismo problema— deriva o no de esta última.

Una dificultad de carácter general está en el hecho de que la dirección de las investigaciones teóricas del general prusiano coinciden muy raramente con la de Engels y Marx. En efecto, Engels se muestra desde el comienzo más interesado en el aspecto "histórico" de la guerra y de su proceso. En los casos en los cuales, como por ejemplo en los capítulos sobre la "teoría de la violencia" del

a lo largo de toda la obra de Marx-Engels en la nueva edición crítica de la Dietz Verlag de Berlín. Véase también W. H. Chaloner-W. O. Henderson, *Engels and Marx: Military Concepts of the Social Revolutionaries*, en *The Makers of Modern Strategy*, a cargo de Edward Mead Earle, Princeton, 1944, pp. 155-171; Gerhard Zirke, "Friedrich Engels, der Erste Militärtheoretiker der Arbeiterklasse", en *Einheit*, 1955, pp. 819-816; K. Th., "Erter Kriegswissenchaftler des Proletariats", en *Neues Deutschland* del 27 de noviembre de 1955.

[25] Werner Hahlweg, *Das Clausewitzbila einst und jetzt*, introducción a la 16 edición crítica del *Vom Kriege*, Bonn, 1962, p. 35 ss.; Rudolf Schlesinger, *Marx his Time and ours*.

[26] Walther E. Schmitt, "Lenin und Clausewitz", en *Das Parlament*, 15 de febrero de 1961. Damos cuenta de este escrito sólo por prurito de información, puesto que es un ensayo de anticomunismo "visceral" o pagado, repleto además de citas inexactas o inventadas. Por otra parte, refleja bastante bien las opiniones de ciertos ambientes militaristas de Occidente.

Anti-Dühring[27] o como en algunas voces escritas en la *New American Cyclopaedia,*[28] su atención está dirigida al aspecto "filosófico" de la acción militar, siendo su principal interés la relación entre el desarrollo de la economía y el desarrollo de las armas y de la técnica de la guerra. En cambio Clausewitz tenía en mente una "elaboración filosófica del arte de la guerra". Quería delinear una teoría orgánica de la guerra, individualizando los principios y las leyes generales que la gobiernan. Los hechos histórico-militares son para Clausewitz el material experimental para obtener las leyes generales de los fenómenos. Además, antes que partir del presupuesto del nexo existente entre el desarrollo económico y el militar, lleva adelante su investigación teniendo presente la relación guerra-política, entendiendo por "política" la acción de los gobiernos.[29] Engels, por el contrario, al establecer el nexo entre guerra y economía, no tiene en mente la economía entendida como acción económico-política o como acción económica *tout court,* sino el desarrollo de la producción y de las técnicas de producción; por lo tanto, observa el nexo entre la *potencia* económica y la *potencia* militar antes que el entablado entre la *acción* económica y la *acción* militar.

Otra dificultad de carácter general está en el hecho de que la doctrina del materialismo científico, además de no ser —como todos saben— una doctrina específicamente militar, presupone una cierta visión ética del mundo, mientras que la doctrina clausewitziana prescinde de toda visión de tipo ético, al limitarse a indagar la naturaleza de la guerra, más o menos como Maquiavelo indagaba la naturaleza de la política.

Un ejemplo bastante claro de esta dificultad es el siguiente. Se ha señalado ya muchas veces cómo Marx y Engels, implícitamente, compartían la famosa tesis clausewitziana según la cual "la guerra es simplemente la continuación de la política por otros medios".[30]

[27] Friedrich Engels, *Antidühring,* Buenos Aires, Cartago, 1973, pp. 130-150.

[28] En particular la voz *Army.* Véase la traducción alemana, Engels, *Ausgewählte militärische Schriften,* cit., vol. I, pp. 511-557.

[29] Véanse las notas introductivas a *De la guerra* en la óptima 17 edición crítica a cargo del Ministerio de Defensa Nacional de la República Democrática Alemana, Berlín, 1957, antecedida de dos excelentes introducciones, una del conocido historiador Ernst Engelberg *(Carl von Clausewitz in seiner Zeit)* y la otra del general Otto Korfes *(Clausewitz' Werk "Vom Kriege" und seine Nachwirkung),* pp. 1-11. [Ambos trabajos son incluidos en la presente recopilación.]

[30] Véase, por ejemplo, D. Grinijin, *Voennaia deiiatelnost V. I. Lenin* [La actividad militar de Lenin], trad. alemana, Berlín, 1958, pp. 106-107. Véase también en el índice analítico agregado a los citados *Ausgewählte militärische*

El mismo Lenin tuvo oportunidad en más de una ocasión de hacer esta comprobación.[31] Sin embargo, se plantean dificultades para establecer si esta opinión fue tomada directamente de Clausewitz o si fue una consecuencia necesaria del desarrollo de un cierto tipo de estudio histórico-dialéctico llevado adelante por Marx y por Engels contemporáneamente a las indagaciones sobre fenómenos militares.

Ya vimos, por otra parte, cómo Engels tuvo oportunidad de conocer los trabajos de Clausewitz al menos a partir de 1853. Ahora bien, aunque sólo fuera un examen superficial le hubiese bastado para conocer desde entonces la citada proposición clausewitziana, repetida diversas veces en *De la guerra.* En cuanto a Marx, nada permite afirmar que se haya acercado a la lectura de esta obra antes de fines de 1857. Pero, con anterioridad a esta fecha, el autor de *El capital* expresó más de una vez ideas sobre conflictos armados en las cuales estaba implícita la aceptación de una tesis similar a aquella fundamental del filósofo militar prusiano. Por otro lado, no se encuentra en los escritos de Marx y de Engels una tesis igual o similar a ésta expresada de manera explícita. Finalmente, hay que agregar que otros escritores militares u hombres de armas tuvieron oportunidad de plantear, aunque de manera más borrosa y con una insistencia diferente de la del general prusiano, el nexo existente entre guerra y política. Es de destacar, en tal sentido, la afirmación de Bonaparte respecto del éxito de la guerra: "Le destin, c'est la politique."

Otro ejemplo, que abona la dificultad mencionada, es el de la estrecha afinidad existente entre las opiniones de Clausewitz y las de Marx y Engels a propósito de los conceptos generales de defensiva y ofensiva. Marx hacía notar al amigo en una carta cómo Kugelmann, su conocido partidario y admirador, confunde la forma pasiva de comportamiento en la guerra con la defensiva. "Ku-

Schriften de Engels (Berlín, 1964) la voz *Krieg* (p. 17), los diferentes lugares de la obra engelsiana indicados (en parte arbitrariamente, a nuestro entender) que implícitamente contienen la aceptación de la tesis de Clausewitz sobre la relación guerra-política.

[31] Por ejemplo, en el escrito *La bancarrota de la II Internacional,* Lenin afirmaba entre otras cosas: "[...] Y tal [la definición de guerra de Clausewitz] fue siempre el punto de vista de Marx y de Engels, que consideraban *toda* guerra como la *continuación* de la política [...]" (V. I. Lenin, *Obras completas,* cit., t. XXI, p. 315). En el escrito *El socialismo y la guerra,* repetía: "Con toda razón, los marxistas siempre han considerado esta tesis como la base teórica de las ideas sobre la importancia de cada guerra en particular [...]" (V. I. Lenin, *Obras Completas,* cit., t. XXI, p. 409.)

gelmann —escribe Marx— confunde una guerra defensiva con operaciones militares defensivas. De tal modo, si alguien me salta encima por la calle, yo debería limitarme a parar su golpe y no ponerlo *knock down*, ¡porque si lo hiciera me transformaría en *agresor!* La *want* [ausencia] de dialéctica de esta gente se manifiesta en cada palabra."[32]

Una opinión de este tipo expresa Clausewitz en varios momentos de su obra y, especialmente, en el sexto libro de *De la guerra.*[33] También en este caso, sin embargo, no hay elementos que permitan afirmar que la opinión de Marx haya sido tomada directamente de Clausewitz, tanto más si se piensa que precisamente sobre tal cuestión el teórico prusiano es muy frecuentemente mal entendido.[34]

En fin, una cosa puede ser afirmada con certeza: Marx y Engels, al menos a partir de cierto momento,[35] se dieron cuenta del carácter dialéctico del pensamiento y del método clausewitziano. Este hecho, además de haber sido revelado implícitamente por Engels, se deduce de los dos artículos de Marx que hemos mencionado, y es un argumento a favor de la hipótesis según la cual las ideas marxianas sobre la defensiva y la ofensiva tuvieron origen en *De la guerra.*

III

Engels y Marx buscaron en el estudio de la teoría y de la historia militar instrumentos para comprender mejor los hechos bélicos y los políticos y para obtener indicaciones útiles para la acción revolucionaria. Jean Jaurès, en cambio, se empeñó —y con particular diligencia— en este tipo de estudio para combatir mejor el chovinismo, el revanchismo y el napoleonismo imperante en los cuadros de las fuerzas armadas y en algunos sectores de la sociedad francesa de su tiempo.[36]

[32] Karl Marx-Friedrich Engels, *Briefwechsel*, Berlín, 1950, vol. IV, p. 443 (esta carta, del 17 de abril de 1870, no figura en la traducción italiana del *Carteggio*).

[33] Karl von Clausewitz, *Vom Kriege* cit., pp. 396, 610 y *passim.*

[34] *Ibid.*, nota 58, p. 908.

[35] Probablemente durante el invierno de 1857-1858.

[36] Véase la afirmación de Jaurès en este sentido, contenida, por ejemplo, en *L'Armée Nouvelle* (edición L'Humanité, París, 1915, pp. 1 ss.), además de,

Jaurès tuvo oportunidad de ocuparse de cuestiones militares desde los últimos años del siglo anterior.[37] A partir de los primeros años del siglo xx orientó sus investigaciones en el campo militar hacia la preparación de una obra en la cual intenta definir lo que habría debido ser "en el pensamiento socialista, las instituciones militares y la política exterior de la Francia republicana".[38] Esta obra, publicada en 1911 con el título *L'Armée Nouvelle* [El nuevo ejército], ya había aparecido un año antes bajo la forma de introducción a un proyecto de ley para la reforma en sentido democrático y socialista de las fuerzas armadas francesas.[39]

En *L'Armée Nouvelle* el nombre de Clausewitz aparece unas treinta veces: como fuente (mal asimilada o entendida) de las teorías napoleónicas de los militares franceses y de su principal teórico, el capitán Gilbert;[40] como inspirador "involuntario" del militarismo y del espíritu agresivo de los estados mayores de aquel tiempo;[41] en fin, como gran teórico militar.[42] Las críticas que Jaurès hace en *L'Armée Nouvelle* al pensamiento del capitán Gilbert conciernen en un primer momento también a Clausewitz. Según Jaurès, lo que Gilbert afirmaba, resumiendo fielmente el pensamiento de Clausewitz sobre la naturaleza de las guerras de los siglos XVII y XVIII, era "vrai sans doute, au moins en grande partie, mais d'une vérité bien sommaire et bien grossière".[43] En este sentido, él rebate: "Prenons garde de nous laisser éblouir et par les théories de Clausewitz et par les coups prodigieux de la tactique napoléonienne."[44] Un poco más adelante, criticando la opinión del capitán francés sobre la conducción de la guerra revolucionaria por parte de Carnot, Jaurès negaba que éste haya seguido la "segunda regla formulada por Clausewitz [...]: la concentración de

en general, toda la actividad publicista y periodística del insigne socialista francés.

[37] Véanse los artículos de Jaurès en la *Dépêche de Toulouse* y en particular aquel del 12 de febrero de 1887, además aquellos aparecidos posteriormente en la *Petite République*. Véanse también los discursos parlamentarios pronunciados a partir de 1895, en Jean Jaurès, *Textes Choisis* (a cargo de Madeleine Rebérioux), París, 1959, t. I, pp. 82-95.

[38] *L'Armée Nouvelle*, cit., p. 1.

[39] *Ibid.*, p. VII.

[40] *Ibid.*, p. 59 *ss.*

[41] *Ibid.*, pp. 109 *ss.*

[42] *Ibid.*, *passim.*

[43] *Ibid.*, p. 74.

[44] *Ibid.*, p. 77.

las fuerzas en el espacio",[45] demostrando implícitamente, de tal modo, tener por válida a esta "regla".

Y más adelante aun, queriendo contraponer sus tesis propias sobre la defensiva a las de Gilbert —diametralmente opuestas— que reconocían la superioridad del principio ofensivo, Jaurès encontró en Clausewitz el más válido sostén. Al capitán francés y a sus discípulos les reprochó haber tenido en cuenta las lecciones del teórico prusiano sólo cuando éstas ilustraban "los méritos de una ofensiva rápida, concentrada y audaz",[46] y haber ignorado las enseñanzas sacadas por Clausewitz de las guerras defensivas rusas, españolas y prusianas de los años 1812-1814.[47]

Pasando luego al análisis del pensamiento militar germánico de su tiempo, Jaurès lo examinó tanto en sus relaciones con el pensamiento clausewitziano como en relación con las exigencias defensivas de Francia, manteniéndose fiel a la tradicional concepción francesa que veía en Alemania el enemigo hereditario.[48] Jaurès hace referencia a cómo el gran estado mayor germánico de su tiempo juzgaba el principio clausewitziano de la superioridad de lo defensivo como superado por los progresos de la ciencia y de la técnica alemana. Para el estado mayor alemán, agrega Jaurès, "lo que hace perdurable la obra de Clausewitz es, aparte de su elevada importancia moral y psicológica, *el valor de la idea de aniquilamiento que surge por todas partes*".[49] A los responsables de la política y de las fuerzas armadas francesas Jaurès les reprochará no saber hacer frente a estas tendencias, claramente agresivas, de Alemania. Según Jaurès, el reparo sería el indicado por el general Rossel, quien recomendaba para Francia "estructurar los planes de guerra, de organización y disposición de sus fuerzas amadas en un sentido defensivo".[50]

En definitiva, si son justas las críticas de Jaurès a la orientación de los estados mayores franceses y alemanes, que los hacía partidarios de la acción militar estructurada sobre la base de la *ofensiva pura*, del mismo modo son justas las críticas hechas al mismo Jau-

[45] *Ibid.*, p. 96.
[46] *Ibid.*, p. 102.
[47] *Ibid.*, p. 103.
[48] Véase L. D. Trotski, "Doctrina militar o doctrinarismo pseudo-militar", en *L'Internationale Communiste*, 1921, núm. 19, col. 4892. Del mismo autor véase también el excelente aunque sucinto retrato del socialista francés (L. D. Trotski, *Jean Jaurès*, Librairie de l'Humanité, París, 1924).
[49] *L'Armée Nouvelle*, cit., p. 111.
[50] *Ibid.*, p. 115 ss.

rès cuando auspiciaba una estructuración de la acción militar sobre la base de la *defensiva pura.*[51] De tal modo, también Jaurès —a diferencia de Marx y de Engels— parece haber interpretado a Clausewitz unilateralmente. Por ejemplo, es unilateral el concepto jauresiano de la defensiva. El mismo autor declara en *L'Armée Nouvelle* no haber comprendido bien en este aspecto a Clausewitz. En efecto, él escribe: "Clausewitz [...] insiste sobre lo que hubo de esencialmente defensivo en la guerra conducida en Alemania en 1813 por los aliados y que llevó al emperador al desastre de Leipzig. No se trató de una defensiva opaca, resignada y, por así decir, definitiva, sino de una defensiva ardiente, pronta a convertirse en ofensiva. Si deduzco bien de esta complicación del pensamiento de Clausewitz lo que da un carácter defensivo a la acción de los aliados en la guerra de 1813 en Alemania es, en primer lugar, el hecho de que todas las fuerzas morales del pueblo son puestas en juego, que el odio por el invasor, por el opresor se acumuló lentamente en todos los ánimos y está pronto a estallar [...]".[52] En verdad, las "complicaciones" están sobre todo en la interpretación jauresiana del pensamiento de Clausewitz. El socialista francés no parece querer entender el concepto clausewitziano de la defensiva caracterizado por el hecho de derivar del análisis objetivo de la realidad histórica, independientemente de cualquier consideración de orden sentimental o moral ligada a la idea de patria, independencia nacional, libertad, justicia o similares.

Además, Jaurès no parece haber asimilado la lección clausewitziana sobre la naturaleza instrumental y sobre el carácter social de la guerra, sobre las relaciones entre política y guerra, y tampoco la lección engelsiana, que integra la precedente, sobre las relaciones entre potencia militar y potencia económica.[53] Éste parece ser un defecto típico de todos los reformistas.[54] En 1870, Marx criticaba al reformista Kugelmann porque, como se ha visto, consideraba el concepto de defensiva no de un modo dialéctico sino unilateral. Lenin, como se verá en seguida, durante y después de la primera guerra mundial, criticaba despiadadamente a los socialdemócratas Kautsky y Plejánov porque ignoraban las relaciones existentes entre guerra y política tal como lo había indicado Clausewitz.

[51] L. D. Trotski, *Doctrina militar...*, cit., col. 4907.
[52] *L'Armée Nouvelle,* cit., p. 103.
[53] *Ibid.*, cap. v (p. 109 y *ss.*) del título *Ofensiva y defensiva.*
[54] Jaurès era, ciertamente, reformista, aunque capaz de ligarse a la tendencia revolucionaria del momento y secundarla.

La subestimación, en él bastante habitual, del momento objetivo del desarrollo histórico, llevó a Jaurès a delinear en *L'Armée Nouvelle* un programa que tiene los defectos característicos de todos los programas fundados en ideales abstractos sin los méritos correlativos. Él cree tener en cuenta a la realidad limitándose a usar un lenguaje extremadamente respetuoso hacia aquellos que deberían aprobar sus proyectos de ley, formulando cualquier adulación hacia la burguesía, descendiendo a cualquier compromiso ideológico. En otros términos, parece que Jaurès pensaba seriamente en nombre de la patria y que con el uso de la voluntad como única arma, la burguesía francesa estuviese dispuesta a tender la mano al proletariado sin oponer resistencia. De tal modo, sobrestimaba la fuerza del movimiento obrero francés, considerándola suficiente para garantizar un pasaje tranquilo y gradual del capitalismo al socialismo y desalentar tentativas contrarrevolucionarias por parte de la reacción. Además, no tiene en cuenta con justeza la fuerza de la solidaridad internacional ya sea de la clase burguesa como la del proletariado. Su misma consideración de Francia a comienzos del siglo xx como un país "parcialmente socialista"[55] lo alejó aun más de la realidad. Así se explican, a nuestro juicio, las reservas jauresianas sobre la obra de Clausewitz, el abandono no poco frecuente del método dialéctico en el análisis de las guerras y de su desarrollo, y su misma interpretación de conjunto del pensamiento del teórico prusiano.

IV

Franz Mehring fue también un firme adversario del militarismo imperante en su país. Pero, sin embargo, luego de su adhesión al marxismo y a la socialdemocracia alemana, no cae jamás en las ilusiones pacifistas de Jaurès. Al igual que éste, Mehring también comenzó a ocuparse de los estudios militares mientras investigaba la historia reciente de su país. Como Jaurès, pensó en profundizar tales estudios para combatir mejor el militarismo.

Como es notorio, Mehring adhirió al marxismo de manera definitiva sólo hacia 1891, vale decir a la edad de 45 años. Comenzó a estudiar las obras de Marx y de Engels no antes de 1880, y a manifestar opiniones marxistas públicamente sólo algunos años des-

[55] *L'Armée Nouvelle*, cit., p. 82.

pués. Antes de esa fecha sus opiniones en cuestiones de historia no diferían sustancialmente de las de la historiografía oficial prusiana.[56] En aquel período, a partir de 1875, publicó una serie de escritos sobre la historia de Prusia. Y es improbable que en aquella ocasión no hubiese de algún modo consultado las obras de Clausewitz, cuya importancia era muy frecuentemente enfatizada por los historiadores alemanes, especialmente luego de 1870-1871, para la historia de las guerras napoleónicas y de la lucha de liberación y de unificación nacional prusiana. Sin embargo, en los escritos de Mehring las primeras referencias explícitas a la obra del general prusiano aparecen sólo en la nota sobre la *Leyenda de Lessing*, aparecida por primera vez bajo la forma de artículos en *Die Neue Zeit*, la revista teórica del partido socialdemócrata alemán.[57] En uno de estos artículos, Mehring expresaba el siguiente pensamiento: "Si se quiere reconocer la superioridad del materialismo histórico también en este campo (el militar) hay que confrontar la exposición de Engels (en el *Antidühring*) con el compendio de historia militar de Clausewitz: *De la guerra*." Se entiende que con esta afirmación no se debe arrojar ninguna sombra sobre Clausewitz, cuya obra, por el patrimonio de conocimientos sobre su tiempo, hace época y constituye aún hoy la fuente más importante para la teoría de la guerra.[58] Aquí Mehring parece que eligió la obra de Clausewitz como lo mejor de la producción "burguesa" en hechos de historia militar, respecto a la cual se pone en evidencia del modo más indiscutible la superioridad *cualitativa* del materialismo histórico. Este juicio suyo, ya sea en lo que respecta al materialismo histórico o al valor de la obra histórica y teórica de Clausewitz, no sólo se mantiene luego sustancialmente inmutable, sino que también fue una de las bases de sus estudios específicamente militares. Los resultados de estos estudios fueron expuestos en una conspicua gama de escritos de diferente naturaleza y amplitud, concernientes no sólo a la historia y a la teoría de la guerra, sino también a la historia política general y a la teoría de la acción revolucionaria.[59]

En estos escritos es posible reconocer una concepción de los pro-

[56] Th. Höhle, *Franz Mehring. Sein Weg zum Marxismus*, Berlín, 1956.

[57] Franz Mehring, *Die Lessing-Legende, zu Geschichte und Kritik des preussischen Despotismus und der klassischen Literatur*, trad. italiana, Roma, Rinascita, 1952, p. IX.

[58] *Ibid.*, p. 156 n.

[59] Una buena parte de estos escritos están agrupados por Heinz Helmert en dos volúmenes con el título *Krieg und Politik* (edición a cargo de Ernst Engelberg, Berlín, 1959-1961).

blemas militares que es, inicialmente, si así se puede decir, "clausewitziana". Esta concepción, quizá a partir de la investigación relativa a *La leyenda de Lessing*, es luego revisada y desarrollada en un sentido marxista y, finalmente, adecuada a la nueva situación histórica que produce la primera guerra mundial. Este trabajo de adecuación, llevado adelante al menos durante tres o cuatro lustros, puede quizá considerarse uno de los méritos principales del gran escritor socialista alemán en el ámbito de la teoría marxista de la acción militar y de su historia.

En otros términos, es bastante evidente en Mehring aquel explícito nexo de continuidad, aquella relación de derivación con la obra de Clausewitz que no fue posible individualizar en Engels y en Marx (a pesar de que el pensamiento de estos últimos no se contradiga salvo en aspectos de menor importancia —como por ejemplo lo que concierne a la cuestión del *genio* militar—, sino, antes bien, objetivamente desarrolle y profundice la teoría clausewitziana de la guerra).

Mehring, en efecto, después de haberse servido en *La leyenda de Lessing*[60] del aporte histórico y teórico de Clausewitz (distinción entre ejercicios locales y nacionales, entre guerra de gabinete y guerra revolucionaria, superioridad "objetiva" del general-jefe político respecto al general subordinado a la autoridad política, etc.) para destruir la reaccionaria "leyenda de Federico"[61] —empresa que fue reconocida con justicia como uno de los mayores méritos científicos del gran historiador alemán—, en el escrito de historia y teoría militar (aunque también de educación y agitación política) sobre *Gustavo Adolfo* destacó la importancia, desde el punto de vista del materialismo histórico, de la tesis clausewitziana sobre el nexo existente entre guerra y política.[62] En el artículo *Una vida sin fin*, aparecido algunos años después, Mehring desarrolló esta tesis: "La guerra es, según las palabras de Clausewitz, la continuación de la política por medios violentos, la última *ratio*, el fenómeno inseparable que acompaña a la sociedad capitalista, así como también a toda sociedad clasista; ella constituye el estallido de las contradicciones históricas, agudizadas de tal modo que no pueden

[60] Franz Mehring, *La leggenda di Lessing*, cit., p. 155-160.

[61] Nos parece que es prueba "por el contrario" de la validez histórica de la interpretación mehringiana el trabajo del historiador idealista alemán Gerhard Ritter (*Staatskuns und Kriegshandwerk. Das Problem des Militarismus in Deutschland*, 2 vol., Munich, 1954-1960) en el cual las tesis de Mehring son ignoradas.

[62] Franz Mehring, *Krieg und Politik*, cit., vol. I, pp. 337-420.

ser resueltas de ninguna otra manera. Con esto ya está dicho en definitiva que la guerra no tiene en general nada que hacer con el derecho y con la moral."[63] El mismo concepto clausewitziano, del mismo modo corregido y desarrollado en sentido marxista, fue repetido por Mehring varias veces, y especialmente en dos artículos de 1914,[64] el año de mayor confusión y de más áspera polémica en el seno de la II Internacional a propósito de los problemas de la paz y de la guerra. En uno de estos escritos, Mehring mostró claramente las mencionadas consideraciones de Engels sobre el nexo entre la guerra y la economía como una consecuencia lógica de la afirmación de la relación entre la guerra y la política.[65]

En distintos momentos el historiador de la socialdemocracia alemana se ocupó de otro problema fundamental, al cual Clausewitz había dedicado los dos tercios de su obra principal: el de la definición de la ofensiva y de la defensiva y de sus relaciones. La conclusión de Mehring al respecto fue, en sustancia, el rechazo de la distinción entre guerra ofensiva y guerra defensiva, a la cual contrapuso el criterio marxista del carácter clasista de las guerras y de los intereses del proletariado.[66]

Una lectura, aunque sea superficial, de los escritos militares e histórico-militares es suficiente para detectar la gran atención que el historiador socialista reservó a la obra, a la vida y al pensamiento de Clausewitz. De estos escritos es también fácil deducir que Mehring fue buscando pacientemente en los trabajos y obras de Engels y de Marx cualquier referencia, cualquier acercamiento al pensamiento del teórico prusiano que pudiese servirle de indicación para una justa interpretación de la teoría clausewitziana de la guerra.[67] Los juicios expresados por Mehring sobre ésta y sobre su autor fueron, en términos generales, altamente positivos. Muchos de ellos se encuentran reunidos en forma sintética en algunas páginas del ensayo de historia y de teoría militar aparecido en *Die Neue Zeit* en 1914[68] con el título de "Kriegsgeschichtliche Streifzüge". Dada su importancia como posible camino del "clause-

[63] *Ibid.*, vol. I, p. 130.

[64] *Ibid.*, vol. I. Los artículos son: "Vom Wessen des Krieges" (in *Die Neue Zeit*, XXXIII, 1914, vol. I, núm. 7, pp. 193-201) y "Kriegsgeschichtliche Streifzüge" (en *Die Neue Zeit*, XXXIII, 1915, vol. I, núm. 19, pp. 591-596).

[65] *Ibid.*, vol. I, p. 460.

[66] *Ibid.*, vol. I, pp. 130 y 507-508. Véase la posición análoga de Lenin en *El socialismo y la guerra*, cit.

[67] *Ibid.*, vol. I, pp. 479 *ss.* Véase también del mismo autor, *Carlos Marx (El fundador del Socialismo Científico)*, Buenos Aires, Claridad, 3a. edición, 1965.

[68] *Ibid.*, *passim*.

witzismo" leninista —del cual se hablará en seguida— no será inútil transcribir algunos párrafos. A propósito de la nueva estrategia formada en el curso de las guerras de la revolución francesa y en las napoleónicas escribe Mehring que "sus fundamentos fueron aclarados durante los años veinte del siglo pasado y precisamente por Clausewitz, el discípulo predilecto de Scharnhorst y el más estrecho amigo de Gneisenau".[69] A propósito de los años juveniles y de la formación de Clausewitz, encontramos: "Él [Clausewitz] pertenece a la generación pre Jena de los oficiales prusianos, frecuentó hasta los doce años la escuela estatal de Magdeburgo, entrando entonces como Junker en un regimiento de infantería."[70] En cuanto a la formación cultural de Clausewitz, Mehring agrega: "Es un poco exagerado atribuir a su exposición una belleza goethiana, no obstante que su lenguaje posee un poco de aquella fuerza expresiva que sabe hacerse explicar a través de magníficas comparaciones. Por el contrario, su estilo recuerda a otro grande del espíritu, Hegel, a pesar de que Clausewitz no había recibido ninguna educación filosófica y no conoce nada del lenguaje escolástico filosófico."[71]

Respecto del método de investigación clausewitziano, Mehring afirmó que "Clausewitz en su trabajo principal, totalmente en el espíritu si bien no en el lenguaje de Hegel, había caracterizado a la guerra como un proceso dialéctico experimentado a través de contradicciones que continuamente se resuelven en una unidad superior. La dura y rígida naturaleza de la guerra lo preservó de toda desviación ideológica. Y aun más, lo preservó su natural y genuino sentido histórico, aunque sus conocimientos de hechos históricos no eran ni muy profundos ni muy amplios".[72] A propósito de la naturaleza de la guerra, el historiador de la socialdemocracia alemana destacó una vez que "si él [Clausewitz] entendía la guerra en general como la continuación de la política por medios violentos y si le reconocía fines políticos, entonces el objetivo militar de la conducción de la guerra era el aniquilamiento de las fuerzas enemigas y el combate la meta resolutiva de toda estrategia. La batalla es para él aquello que los pagos al contado son en el comercio; y si en éste, en la realidad, es raro que se dé, en aquélla todo tiende a ello, lo cual finalmente debe llegar, y es resoluti-

[69] *Ibid.*, vol. I, p. 458.
[70] *Ibid.*, vol. I, p. 459.
[71] *Ibid.*
[72] *Ibid.*

vo".[73] Mehring reconoce a Clausewitz el mérito de haber intuido la importancia del momento objetivo en el desarrollo histórico. "Clausewitz —escribe— no se abandonó a banales errores de juicio sobre la estrategia de un Gustavo Adolfo o de un Federico, sino que buscó en cada caso reconocer los fundamentos concretos en base a los cuales ellos actuaron de una manera y no de otra."[74] Refiriéndose al hecho de que Clausewitz no percibe la importancia del factor económico en el desenvolvimiento de la guerra, Mehring se expresa en estos términos: "Que la estrategia de Gustavo Adolfo y de Federico no estuviese, por así decirlo, derivada de las ideas dominantes sino determinada en última instancia por las condiciones económicas de su tiempo, Clausewitz no podía reconocerlo dado el estado de la investigación histórica de entonces."[75]

Mehring opina también acerca de la distinción clausewitziana entre la guerra de aniquilamiento y la guerra de desgaste, indicando que tal distinción no es suficientemente clara: "No quedó aclarado si él, como se proponía, hubiese llegado, en la ulterior elaboración de su trabajo, a una distinción totalmente clara entre estrategia de aniquilamiento y estrategia de desgaste."[76] Mehring, además, atribuye el mérito de la buena conducción de las guerras prusianas de 1866 y de 1870 al hecho de que los jefes del ejército de los Hohenzollern, además de conducir una guerra "justa" habían hecho un buen uso de las enseñanzas clausewitzianas; pero criticó el dogmatismo reinante después de 1870 en los ambientes militares alemanes, que observaban a *De la guerra* como los ortodoxos observaban la Biblia: "Cuando después de la guerra de 1866 a un profesor alemán se le ocurrió decir, con típica presunción profesional, que en Königgrätz vence el maestro de la escuela prusiana, le responde, devolviéndole el ataque y con agudeza, un general prusiano: cierto, y aquel maestro se llama Clausewitz [...] Hace cuarenta años [...] esta 'estrella de primera magnitud' comenzó a resplandecer con toda su luz. Pero sus deslumbrados admiradores ya han caído en el mismo error que él había evitado siempre cuidadosamente: interpretaron su Clausewitz como los ortodoxos a la Biblia, y como toda conclusión culminaron en el principio del combate y, entonces, la conducción de la guerra que se deriva de este principio, se convierte en una irremediable locura."[77]

[73] *Ibid.*, vol. I, pp. 459-460.
[74] *Ibid.*, vol. I, p. 460.
[75] *Ibid.*
[76] *Ibid.*
[77] *Ibid.*, vol. I, pp. 460-461.

Franz Mehring, en definitiva, reconoció y destacó el carácter dialéctico de la metodología clausewitziana. Él fue, probablemente, el primer marxista en poner en clara evidencia y en desarrollar las tesis clausewitzianas sobre la relación guerra-política y sobre la naturaleza de la guerra; es el primero en reconocer la tesis de Engels sobre el nexo entre el desarrollo de la producción económica y el desarrollo de la potencia militar como consecuencia de aquélla. Mehring, además, fue quien, luego de Engels y antes que Lenin, supo mejor que cualquier otro definir el fenómeno de la guerra como "contradicción secundaria" de la sociedad dividida en clases y, por tanto, también de la sociedad capitalista. Él desarrolló luego en sentido marxista la concepción clausewitziana de los binomios guerra-política y ofensiva-defensiva, destacando de ellos la relación dialéctica y superando en mucho las conclusiones de su contemporáneo Jaurès. Mehring, en fin, aun habiendo reconocido el valor político de las obras de Clausewitz, no consideró la hipótesis —o, de cualquier modo, no la desarrolló— de que esta obra pudiese tener *directamente* una validez teórica no sólo para la acción armada en sentido estricto sino también para la acción política (entendida en general como *lucha de clases*).

V

A esto sólo llegó Lenin. Se lo permitieron su excepcional capacidad para articular el momento de la "teoría" con el de la "praxis", su vasta preparación económica y filosófica, así como su profundo conocimiento de la teoría y del método marxista. Se lo permitieron también el carácter y la estructura del movimiento obrero ruso, las enseñanzas extraídas de las experiencias de la clase obrera europea y de las elaboraciones teóricas de los estudiosos socialistas y, en fin, su calidad de excepcional dirigente político y revolucionario además de su condición de hombre de estudio. Lenin, a diferencia de Engels y de Marx, de Jaurès y de Mehring, no parece haber emprendido el análisis de las obras de Clausewitz en el cuadro de un más amplio programa de investigaciones específicamente militares. Sus estudios en este campo, aun habiendo tenido —a nuestro juicio— una importancia determinante en la formación de su pensamiento político, no tuvieron jamás —con la excepción, quizá, para Clausewitz— un carácter orgánico. De estos estudios se sabe poco o nada. Indirectamente aparece con cierta evidencia a

través de sus escritos y su acción la manera en que estaba interesado por problemas de táctica y de estrategia militares, de organización, etc., desde los primeros años de su actividad política.

En escritos aparecidos en 1904, por ejemplo, es posible individualizar ya elementos concernientes tanto a cuestiones propiamente militares como a problemas de acción revolucionaria que revelan bastante claramente una sólida preparación en filosofía y teoría militar.[78] Se puede decir, con un cierto fundamento, que las fuentes principales de Lenin en tal materia fueron Engels, Marx y probablemente también Mehring; pero no está excluido que existieran otras más específicas.

En cambio, en lo que respecta a los años que van desde 1904 hasta 1907, es decir los años de la guerra ruso-japonesa y de la primera revolución rusa, la notable cantidad de escritos sobre la organización y la acción armada insurreccional, conjuntamente con varios testimonios contemporáneos, demuestran directa o indirectamente el profundo conocimiento por parte de Lenin de una serie de textos de historia, de teoría y hasta de técnica militar, sobre todo con respecto a la lucha armada insurreccional, pero también sobre la guerra en sentido clásico.[79] Respecto a esta última, nos pareció de particular interés un artículo de enero de 1905: "La caída de Port Arthur". Lenin, al juzgar este momento decisivo de la guerra ruso japonesa, y en adelante para la revolución en el imperio zarista, tuvo oportunidad de referirse de una sola vez a toda una serie de criterios fundamentales de interpretación de los hechos militares elaborados por Marx y Engels u obtenidos por ellos de otras fuentes (entre las cuales estaba Clausewitz): el carácter de masa de la guerra moderna (es decir, posteriores a la revolución francesa); el "nexo entre la organización militar del país y toda la estructura económica y cultural"; la guerra como consecuencia inevitable del desarrollo de una sociedad dividida en clases y "del dominio de clase en general"; la distinción entre guerras justas y guerras injustas, etcétera.[80]

También sobre la lucha armada insurreccional las fuentes teóricas principales de Lenin fueron las obras de Marx y de Engels,

[78] Véase en tal sentido la antología de los escritos militares de Lenin: V. I. Lenin, *O. voine, armij i voennoi nauke,* Moscú, 1957 [tradución alemana: W. I. Lenin, *Ueber Krieg, Armee und Militärwissenschaft,* Berlín, 1958, vol. I, pp. 13-56].

[79] *Ibid.,* vol. I, pp. 59-336.

[80] *Ibid.,* pp. 62-70, vol. I. ["La caída de Port-Arthur", en V. I. Lenin, *Obras Completas,* cit., t. VIII, pp. 37-46].

al menos para el aspecto político de los problemas. En cuanto a la parte más específicamente táctica y técnica, no parecen nada insignificantes dos prefacios de Lenin escritos para el libro del conocido general comunero G. P. Clauseret "Sobre la lucha de calles" y para un estudio del revolucionario ruso Filatov (Severcov) sobre la táctica y sobre las fortificaciones en las insurrecciones populares.[81] En cuanto a los testimonios sobre esta fase del pensamiento de Lenin bastará aquí citar el de la Krupskaia, verificados por investigaciones de archivo realizadas por el historiador suizo Pianzola:[82] "Ilich —escribe Nadejda Kostantinovna en sus *Recuerdos*— no sólo había leído y reflexionado con el máximo cuidado todo lo que Marx y Engels habían escrito sobre la revolución y sobre la insurrección. Había leído también algunas obras sobre el arte de la guerra y había ponderado por todos lados la técnica y la organización de la insurrección armada. Él se ocupó de esta cuestión mucho más de lo que parece. Y sus afirmaciones sobre las tropas de asalto durante la guerra de guerrillas, sobre la escuadra de cinco y de diez, no eran frases de un diletante sino una propuesta analizada en todos los sentidos."[83]

Del período comprendido entre 1907 y 1914 se sabe con poca precisión acerca de los estudios militares de Lenin. Sus escritos de aquellos años atingentes a la guerra o a cuestiones militares en general (examen de hechos de actualidad, como el conflicto ítalo-turco o la guerra balcánica de 1912; polémicas con los "oportunistas" y "anarquistas" sobre problemas del militarismo y de la guerra suscitados en ocasión de los congresos de la Internacional, como por ejemplo el de Stuttgart de 1907; ulteriores consideraciones acerca del problema de la Comuna de París)[84] se limitan, a lo sumo, a utilizar conceptos adquiridos anteriormente. Sin embargo, de este período conservan particular interés dos artículos: uno de 1908 sobre la polémica en el seno del movimiento obrero internacional acerca del militarismo y la posición de la socialdemocracia europea frente a él,[85] y otro, muy breve, de 1913, sobre el contenido de la propaganda patriotera burguesa y sobre el modo de

[81] V. Severcov (Filatov), *Prilojenie taktiki o fortifikatti k narodomu vostanii.* [Sistema táctico de fortificación en caso de sublevación popular], Ginebra, 1905, y *Mémoires du Général Clauseret,* París, 3 vols., 1887-1888.

[82] Maurice Pianzola, *Lénin en Suiza,* S. l, 1952, p. 102.

[83] N. K. Krupskaja, *Ricordi su Lenin,* París, 1931, vol. I, pp. 178-179.

[84] V. I. Lenin, *Ueber Krieg, Armee...,* cit., vol. I, pp. 339-406.

[85] *Ibidem,* vol. I, pp. 359-369. El título es: "El militarismo belicoso y la táctica antimilitarista de la socialdemocracia", en *Proletari,* núm. 33, 5 de agosto de 1908 [*Obras completas,* cit., t. XV, pp. 195-205.]

juzgarla desde un punto de vista marxista.[86] En el primer escrito, criticando por una parte posiciones patrióticas de "oportunistas" como Bebel, Noske, Vollmar o de "pacifistas" como Jaurès, y por otra la posición de "anarquistas" como Hervé o aquella totalmente particular de Rosa Luxemburg, Lenin, en sustancia, anticipó —aunque de manera fragmentaria— los juicios que habría de formular en 1914-1915 sobre la guerra imperialista, sobre la posición de la clase obrera frente a ella y en general frente a varios tipos entonces posibles de guerra y, en fin, sobre la distinción "oportunista", muy difundida en el seno del movimiento obrero de entonces, entre guerra "defensiva" y "ofensiva". En el segundo escrito, como ya señaló el especialista soviético en historia militar Grinijin,[87] es posible reconocer con una cierta anticipación el concepto (de origen clausewitziano-mehringiano) convertido más tarde en la base de la visión leninista de la guerra: el concepto del nexo entre guerra y política. "En política —escribe Lenin— no es tan importante *quién* sostiene determinadas opiniones, como *a quién* son útiles tales opiniones y tales medidas."

En lo que respecta, en fin, al período de los últimos meses de 1914 y de los primeros de 1915 —durante los cuales Lenin enunció con toda claridad la posición de los bolcheviques frente a la guerra— se puede afirmar con alguna certeza sólo que conocía los ya mencionados artículos de Mehring sobre problemas militares, aparecidos en la prensa socialdemócrata alemana y suiza. Por lo demás, poco o nada se sabe acerca de las otras posibles fuentes de carácter militar consultadas por Lenin en aquellos meses, excepción hecha de los boletines de guerra y los comentarios de los enviados especiales al frente.

No obstante, es seguro que en el curso de 1915 Lenin examinó las *Hinterlassene Werke* de Clausewitz y, en particular, *Vom Kriege*. No se sabe si antes de entonces consultó directamente esta obra. Como ya ha sido apuntado, no es difícil individualizar en sus escritos anteriores a 1911 ideas singularmente afines a las del teórico prusiano. No obstante, todos los elementos de hecho hoy disponibles coinciden en presentar a tal coincidencia como incidental. En 1915 se destaca ante todo un grueso cuaderno de apuntes, notas y extractos que Lenin realiza durante el estudio de las obras

[86] *Ibid.*, vol. I, pp. 401-402. El título del artículo es: "¿Quién se beneficia?", en *Pravda*, núm. 84, 11 de abril de 1913. [En *Obras completas*, t. XI, pp. 237-238.]

[87] D. Grinijin, *Voennaia deiatelnost' V. I. Lenina*, Moscú, 1957 [traducción alemana: *Die militärische Tätigkeit W. I. Lenin*, Berlín, 1958, p. 153].

de Clausewitz.[88] En segundo lugar, antes de 1915, el nombre del filósofo prusiano de la guerra o referencias a su obra no aparecen jamás en los escritos de Lenin; mientras que durante aquel año y los que le siguen las citas, los juicios, las referencias a *De la guerra* aparecen continuamente. En tercer lugar, en fin, la concepción leninista de la guerra, en su forma definitiva, y la misma formulación leninista de la acción política con implicancia militar o atingente con la guerra aparecen sólo a partir de 1915. Y están, a veces con toda seguridad y otras sólo probablemente, inspiradas en las teorías del general de Burg.

No se conocen bien los motivos inmediatos que indujeron a Lenin a afrontar el estudio de las *Hinterlassene Werke*. En 1915 había emprendido una serie de investigaciones y de lecturas en el campo de la filosofía y especialmente de la dialéctica, en el curso de los cuales llena una serie de cuadernos con notas y extractos que más tarde constituirían la "parte más amplia y orgánica"[89] de los célebres *Cuadernos filosóficos*. Podemos entonces suponer que Lenin fue inducido al estudio de *Vom Kriege* por el deseo de pulsar directamente la calidad del método dialéctico clausewitziano, del cual tanto se hablaba entonces. En segundo lugar, está fuera de duda que la guerra en curso y la gran discusión que se hacía de estrategia y táctica, de generales y de clásicos del arte de la guerra, habían contribuido a inducirlo a leer la más célebre obra del más "clásico" autor en este campo. En tercer lugar, es probable que las abundantes referencias a Clausewitz contenidas en los artículos de Mehring antes examinados, además de aquéllas -se entiende— contenidas en las obras de Marx y Engels, desempeñaron también un papel para decidir a Lenin a estudiar a Clausewitz. Sea como sea, es evidente que los apuntes tomados de *De la guerra* tienen un notable interés a los fines de la presente investigación. Ellos, en efecto, contribuyen en medida no indiferente a aclarar la relación Lenin-Clausewitz, a establecer si existe o no un "clausewitzismo" leninista y, eventualmente, a individualizar su naturaleza, límites, orígenes, así como los posibles reflejos sobre

[88] El cuaderno fue publicado por primera vez en 1930, en el tomo XII de la *Leninski Sbornik* (número de archivo 18674).

[89] Véase, *Quaderni filosofici* de V. I. Lenin, a cargo de Lucio Colletti, Milán, 1958, p. CLXVII. [Hay edición en español: *Cuadernos filosóficos*, Buenos Aires, Estudio, 1963, y *Obras completas*, cit., t. XXXVIII. Sin embargo, el fragmento citado por el autor pertenece al prólogo de Lucio Colletti a la edición italiana, que no está traducida al catellano]. [E.]

el pensamiento y la acción política del partido bolchevique y de todo el movimiento comunista y obrero internacional.

Un análisis minucioso y particularizado de los apuntes ya fue cumplido por el estudioso clausewitzista alemán Werner Hahlweg.[90] Por ello, para no repetir cosas ya dichas, nos basta aquí poner en evidencia algunos elementos de carácter general no tomados aún en consideración.

Un aspecto concierne al contenido del cuaderno de Lenin sobre Clausewitz. Dicho cuaderno no consiste en un resumen más o menos orgánico de las teorías del general prusiano, sino simplemente en anotaciones sobre tesis, juicios y observaciones de Clausewitz.

Los párrafos clausewitzianos y sus correspondientes comentarios conciernen generalmente a algunos temas fundamentales: el nexo entre guerra y política, las cuestiones relativas a la defensiva y a la ofensiva, las relativas al método de indagación filosófica y a su carácter dialéctico, los factores morales, la función del estado mayor, las relaciones entre los pueblos y la guerra. Los primeros son elementos fundamentales de la teoría clausewitziana. Otros temas, aunque esenciales en Clausewitz, no interesaban a Lenin. Por ejemplo, no transcribe ni siquiera una línea (ni le dedicó ningún comentario) de los primeros 23 parágrafos del capítulo introductivo de la obra, que también son indispensables no sólo para la caracterización del método clausewitziano de investigación sino también para los conceptos principales de toda su construcción teórica. Resumamos brevemente la materia de estos parágrafos: la definición del concepto de guerra; la descripción de la relación dialéctica entre los contendientes, considerada en su esencia y en relación con el elemento "violencia" y con los objetivos y los medios de la guerra *(primera, segunda y tercera acción recíproca)*;[91] los otros elementos que sirven de premisa lógica y metodológica del principio de la "guerra continuación de la política";[92] las observaciones introductivas de fondo sobre la naturaleza de la defensiva y de la ofensiva y la no aplicabilidad a ella del "principio de popularidad".[93] El desinterés, o el menor interés, de Lenin por aquellos

[90] Werner Hahlweg, *Lenin und Clausewitz*, en *Archiv für Kulturgeschichte*, Münster-Köln, 1954 (vol. XXXVI, fasc. I, pp. 30-59 y fasc. III, p. 357-387). Véase también, del mismo autor, "Clausewitz, Lenin and Communist Military Attitudes Today", en *Journal of the Royal United Service Institution*, mayo de 1960, pp. 221-225.

[91] Karl von Clausewitz, *Vom Kriege*, cit., pp. 17-21.

[92] *Ibid.*, p. 26.

[93] *Ibid.*, p. 28.

argumentos puede ser explicado teniendo presente su concepción de conjunto.

La parte introductiva de *De la guerra*, en efecto, manifiesta indudablemente, tanto desde el punto de vista del método como del de la visión filosófica general, un carácter marcadamente idealista, fichteano para ser precisos (y no kantiano como afirmaron algunos y como lo hace el autor de la voz "Clausewitz" en la vieja edición de la *Allgemeine Deutsche Biographie*, el general Meerheimb, y que Lenin, si bien la registró en la primera página de su cuaderno, no parece que la haya compartido).[94] Este carácter es revelado por lo abstracto de las fórmulas, que no parecen tanto el resultado de un "proceso de abstracción" realizado sobre una determinada realidad sino, por el contrario, de algo separado de la realidad misma.

Y bien, está claro que Lenin no podía sino rechazar formulaciones de este tipo. Ni, por otro lado, se podía pretender que un escritor "burgués" como Clausewitz, ligado por mucho tiempo al servicio de los Hohenzollern (para los cuales, entre otros, había preparado un bello plan para sofocar los motines insurreccionales polacos y europeos de los años treinta),[95] muerto cuando Marx tenía 13 años y Engels 11, fuese una especie de marxista *ante litteram* o de materialista dialéctico. Lenin, entonces, probablemente prefirió limitarse a recoger y a anotar cuanto encontró de bueno en las *Hinterlassene Werke*, salteando las partes decididamente superadas, además —obviamente— de aquellas que directamente no le interesaron. De tal modo se puede también explicar la insólita, casi total ausencia de observaciones críticas a los textos transcriptos y, por el contrario, la casi exclusiva presencia de exclamaciones de admiración, adhesión, complacencia, etc. Que Lenin tuviese la máxima estima por el autor de *De la guerra* está fuera de duda; sin embargo, de aquí a pensar —como ha sucedido— que aceptase en bloque las teorías del general, hay una gran diferencia.

El examen del cuaderno de Lenin sobre Clausewitz admite otro resultado, confirmado, por otra parte, por algunos escritos posteriores a la lectura de las *Hinterlassene Werke* y que se esbozarán en seguida: la individualización de una inspiración no tan direc-

[94] Véase Rudolf Haus, "Clausewitz und die klassische deutsche Philosophie", en *Der Rote Aufbau*, III, 1930, pp. 337-343.

[95] Aunque fuese por temor de que los motines insurreccionales pusiesen en peligro la independencia prusiana. Véase al respecto la citada introducción de Ernst Engelberg a la 17 edición del *Vom Kriege*, p. LVIII.

tamente marxengelsiana como específicamente mehringiana de los estudios clausewitzianos de Lenin.

En efecto, en primer lugar, los elementos de la doctrina de Clausewitz examinados por Mehring, especialmente en sus escritos de contenido militar de los años 1914-1915, son todos o casi todos retomados por Lenin: ante todo la conocida tesis de la "guerra continuación de la política por otros medios", su valor y sus relaciones con el pensamiento marxista; también la visión clausewitziana de la relación ofensiva-defensiva; las indicaciones sobre las fuentes del pensamiento y sobre el carácter dialéctico del método clausewitziano, los aspectos históricos, etcétera.

Por otra parte, los juicios de Lenin sobre algunos aspectos teóricos de *Vom Kriege,* expresados tanto en el cuaderno de apuntes como en otros escritos, frecuentemente coinciden con los juicios de Mehring o son muy similares. En tales escritos —de los cuales Hahlweg en el ensayo mencionado reprodujo casi todas las referencias a Clausewitz, directas e indirectas— hay, por lo menos, párrafos que convalidan lo que acabamos de afirmar. El primero está contenido en el célebre folleto *La bancarrota de la II Internacional* de 1915, de esta forma: "Con referencia a la guerra, la tesis fundamental de la dialéctica, que Plejánov tergiversa tan desvergonzadamente, para complacer a la burguesía, dice que *la guerra es una simple continuación de la política por otros* [precisamente los violentos] *medios.* Tal es la fórmula de Clausewitz, uno de los grandes historiadores militares, cuyas ideas fueron estimuladas por Hegel. Y tal fue siempre el punto de vista de Marx y Engels, que consideraban toda *guerra* como la *continuación* de la política de las potencias dadas, interesadas —y de las *distintas clases* que existen en ellas—, en un momento dado" (cursivas de Lenin).[96]

La inspiración mehringiana de este párrafo se manifiesta tanto en lo que concierne al carácter de "principio dialéctico" de la conocida tesis clausewitziana, como, especialmente, por la *explícita y directa* atribución a Marx y a Engels de un modo de ver la guerra fundado en la máxima misma. En lo que concierne al "hegelianismo" clausewitziano, Lenin, aunque parte de ella, va más allá de la idea de Mehring, el cual como se puede apreciar se había limitado a destacar una simple semejanza de lenguaje entre el gran filósofo idealista y teórico prusiano de la guerra. Lenin, en cambio, detecta en las líneas citadas una relación de dependencia,

[96] V. I. Lenin, *La bancarrota de la II Internacional,* en *Obras escogidas,* cit., t. XXI, pp. 316-317.

de derivación del pensamiento del primero del segundo ("Clausewitz [...] cuyas ideas fueron estimuladas por Hegel [...]").

Una opinión sustancialmente análoga, excepto en lo que se refiere a la relación Hegel-Clausewitz, la expresa Lenin en otro folleto igualmente célebre: *El socialismo y la guerra*. Un parágrafo de este opúsculo lleva por título: "'La guerra es la continuación de la política por otros medios' (a saber: por la violencia)." El texto del parágrafo dice: "Esta famosa tesis pertenece a Clausewitz, uno de los hombres que ha escrito con mayor profundidad sobre temas militares. Con toda razón, los marxistas siempre han considerado esta tesis como la base teórica de las ideas sobre la importancia de cada guerra en particular. Justamente desde este punto de vista, Marx y Engels examinaron siempre las diferentes guerras."[97] Aquí Lenin quiere aludir a aquellos marxistas que consideraban la guerra partiendo del principio clausewitziano y que, en realidad, se reducían a Mehring y a poquísimos otros. En efecto, nada explícito se ha podido encontrar en tal sentido en los escritos de los principales exponentes del movimiento obrero del siglo pasado (Liebknecht, Bebel, Kautsky, Rosa Luxemburg, Lassalle, Guesde, Lafargue, etc.). Por fin, en un tercer escrito, en el texto de un discurso pronunciado en mayo de 1917 en Moscú, Lenin repite una vez más pensamientos análogos. Es decir, una vez más se destaca con evidencia la inspiración específicamente mehringiana del "clausewitzismo" de Lenin; y aquí no sólo en lo que concierne a la tesis del nexo entre guerra y política sino también para otras cuestiones relativas a la historia y a la teoría militar. El discurso lleva el título de *La guerra y la revolución*,[98] y Lenin se expresa en estos términos: "Hay guerras y guerras. Debemos tener claridad sobre las condiciones históricas que han engendrado la guerra, qué clase la libra y con qué fines. Sin entender esto, todas nuestras discusiones sobre la guerra serán completamente estériles, producirán más acaloramiento que claridad. Por ello, me permitiré extenderme en este aspecto de la cuestión, ya que ustedes han elegido como tema para detenerme hoy la relación entre la guerra y la revolución.

"Todos conocemos el aforismo de Clausewitz, uno de los céle-

[97] V. I. Lenin, *El socialismo y la guerra*, en *Obras completas*, cit., t. XXI, p. 409.

[98] V. I. Lenin, "Ueber Krieg", *Armee...*, cit., vol. II, pp. 103 *ss.* [*Obras completas*, cit., t. XXV, pp. 395-417].

bres escritores sobre la filosofía e historia de la guerra, que dice: 'la guerra es la continuación de la política por otros medios'. Este aforismo proviene de un escritor que analizó la historia de las guerras y sacó las enseñanzas filosóficas de éstas, inmediatamente después del período de las guerras napoleónicas. Este escritor, cuyos puntos de vistas fundamentales son, sin duda, conocidos en la actualidad por todo hombre que piensa, luchaba, hace ya cerca de ochenta años, contra la concepción del común de la gente ignorante de que la guerra es una cosa separada de los gobiernos y de las clases interesadas; como si fuera una simple agresión que altera la paz, seguida luego por el restablecimiento de esta paz alterada, como quien dice: ¡Se han peleado y luego han hecho las paces! Este punto de vista groseramente ignorante ha sido refutado decenas de años atrás, y es refutado por cualquier análisis relativamente serio de cualquier época histórica de guerras.

"La guerra es la continuación de la política por otros medios. Todas las guerras son inseparables del régimen político que las engendra."

Examinando la guerra entonces en curso, Lenin agrega: "Es necesario estudiar y comprender en su conjunto la verdadera política realizada por decenios de años antes de la guerra en curso por ambos bandos de gigantes capitalistas, Inglaterra y Alemania, que con sus aliados se han lanzado los unos contra los otros. Si no lo hacemos, no sólo olvidaremos las exigencias esenciales del socialismo científico y de cualquier ciencia social en general, sino también nos privaremos de la posibilidad de comprender algo de la guerra actual. Nos abandonaremos de tal modo a merced de un Miliukov, este mistificador que atiza el chovinismo y el odio entre los pueblos con procedimientos de los cuales ha hablado hace unos ochenta años, el mismo Clausewitz que he citado antes, y que ya entonces se ponía en circulación bajo la concepción de: los pueblos viven en paz y, de golpe, ¡he aquí que se matan!..."

Aquí, como en muchas otras ocasiones, Lenin utilizó directamente el principio clausewitziano para definir de manera marxista la naturaleza de la primera guerra mundial. Aun más, si no se puede negar que la fórmula clausewitziana había desempeñado una importante función en la conformación de la posición de Lenin y de los bolcheviques frente a la guerra de 1914-1918, no es menos verdadero que la sustancia de esta posición había madurado independientemente de la influencia de Clausewitz. Ella, en efecto, fue definida inmediatamente después del estallido de la guerra en septiembre de 1914, y de un modo no diferente de los

principios establecidos por la Segunda Internacional desde los congresos de Stuttgart (1907) y de Basilea (1912), es decir desde muchos años antes de que Lenin se dedicase al estudio de Clausewitz.[99]

En defintiva, resumiendo el discurso hecho sobre la relación Clausewitz-Lenin, es posible afirmar que:

1] es lícito hablar de un "clausewitzismo" leninista;

2] el origen del mismo no fue tan directamente marxengelsiano como mehringiano. Así como mehringiano es también el explícito injerto del filón clausewitziano en el contexto de la concepción marxista de la guerra;

3] tal "clausewitzianismo" aparece, por lo menos de manera directa, en 1915; él no se limita al examen y a la definición de la guerra entendida en sentido estricto, sino que se extiende a veces hasta la política, es decir se manifiesta en la interpretación de hechos estrictamente políticos (entendiendo, obviamente, a la "política", de manera marxista, en un determinado período y en un determinado ambiente histórico, como "lucha de clases", "estrategia de la lucha de clases", etc.);

4] el "clausewitzismo" de Lenin, en fin, no puede ser valorado como determinante tal cual aparece en el ensayo del eminente clausewitzista alemán Werner Hahlweg. A partir de este ensayo, por muchas razones digno de atención y tanto más elogiable por cuanto el autor se esfuerza por no caer, como sus colegas occidentales, en una fácil e imbécil parcialidad,[100] uno se puede ver empujado a pensar que Lenin, en muchos momentos centrales de su acción política (la decisión de la insurrección, Brest Litovsk, la batalla por la NEP, etc.), fue sólo un perfecto intérprete de ideas o un mero ejecutor de "proyectos" estrictamente clausewitzianos.

[99] Sobre las posiciones de los marxistas frente al problema de la paz y de la guerra véase: Gustav Mayer, *Der Deutsche Marxismus und der Krieg*, en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. 43, Tubinga, 1916-1917; Lotte Kaufmann, *Die Einstellung von Karl Marx und Friedrich Engels zu Krie und Frieden*, Würzburg, 1932; Milorad Drakhkovitch, *Les socialismes Français et Allemand et le problème de la guerre*, 1870-1914, Ginebra, 1953 (trabajo algo discutible).

[100] Bastan pocos ejemplos: Marx Vichniac, *Lénine*, París, 1932, pp. 97-98; Byron Dexter, "Clausewitz and Soviet Strategy", en *Foreign Affairs*, octubre de 1950, pp. 41-55; el ya mencionado W. E. Schmitt, "Lenin und Clausewitz", en *Das Parlament*, febrero de 1961; Raymond Garthoff, *Soviet Military Doctrine*, trad. francesa, París, 1955; John Erickson, *The Soviet High Command*, Londres, 1962.

Cuando Lenin decide estudiar a Clausewitz era un hombre perfectamente maduro, tanto filosófica como políticamente; poseía ya una metodología consolidada respecto a los problemas inherentes a las relaciones políticas, económicas, sociales, culturales, etc., tanto en el plano nacional como internacional. Por ello, es difícil pensar que la influencia clausewitziana sobre su pensamiento haya sido de otro modo que complementaria. Así, no fue decisiva la ayuda de Clausewitz (si bien, muy importante) en la elaboración de la "teoría de la revolución proletaria" en cuanto, como se ve, las líneas esenciales de esta última fueron trazadas antes de la lectura de *De la guerra* y de las otras *Hinterlassene Werke*. Así, con mayor razón, no parece que Clausewitz haya tenido una función directa en la elaboración de la estrategia y de la táctica bolchevique entre 1901 y 1915. Y, en lo que concierne al período posterior, la relación entre el pensamiento de Clausewitz y a la acción política de Lenin fue delineada por Hahlweg de manera muy mecánica.

LA OBRA DE CLAUSEWITZ *DE LA GUERRA* EXTRACTOS Y ACOTACIONES

INTRODUCCIÓN

Los extractos que Lenin efectuara de la obra *De la guerra* de Clausewitz fueron publicados por primera vez en 1930 en el tomo XII de las *Recopilaciones leninistas*. Dicho volumen era una continuación de la edición de los *Cuadernos filosóficos* iniciada en 1929 con el tomo IX de las *Recopilaciones* y, a la vez, su culminación. Este orden se hallaba condicionado tanto por lo que se refiere al tiempo como al contenido. Temporalmente, porque todo indica que Lenin estudió dicho escrito en el transcurso de la primera mitad del año 1915; en lo que respecta al contenido, porque lo realizó en conexión con sus investigaciones filosóficas.

Sin duda lo primero que atrajo a Lenin fueron los elementos dialécticos presentes en el interior del pensamiento de Clausewitz. El mismo Engels había escrito ya en una carta dirigida a Marx del 7 de enero de 1858: "Estoy leyendo, entre otros, *De la guerra*, de Clausewitz. Una manera de filosofar muy original; no obstante, en lo referente a su contenido, muy bueno."[1] Y en 1915 Lenin hacía mención de Clausewitz como "uno de los grandes historiadores militares cuyas ideas fueron estimuladas por Hegel".[2] Por su parte, en las anotaciones hechas en el margen de los extractos, Lenin destaca dos veces el pensamiento dialéctico de Clausewitz; en una ocasión llega inclusive a señalar un pasaje como "un paso hacia el marxismo".[3]

Por otra parte, también puede afirmarse, y con toda razón, que Lenin se interesó por *De la guerra* en el transcurso de la primera etapa de la guerra imperialista mundial, con el fin práctico de demostrar el carácter clasista de la misma y su vinculación con la política imperialista de las grandes potencias. Pues el "modo de filosofar" de Clausewitz no constituye, ni mucho menos, un fin

[1] Karl Marx y Friedrich Engels, *Briefwechse* [Correspondencia], t. II, 1854-1860, Berlín, Dietz, 1949, p. 336.

[2] Vladimir I. Lenin, *Obras completas*, 4a. edic., t. XXI; véase también *La bancarrota de la III Internacional* [Vladimir I. Lenin, *Obras completas*, España, Akal Editor, 1977, t. XXII, p. 315].

[3] Véase p. 82 del presente volumen.

en sí mismo; consiste más bien en un medio para iluminar el concepto bien concreto de guerra y las leyes objetivas que rigen su conducción. Así llegó a la comprobación —novedosa para su época— de que la guerra "debe ser contemplada como parte de un todo, y este todo es la política". Precisamente a esto se aferró Lenin. Transcribió casi completamente el capítulo 6B del libro 8, tomo III, "La guerra como instrumento de la política". Lo caracterizaba como "el capítulo más importante", y en sus discursos y escritos de los años que van desde 1915 hasta 1919, una y otra vez, citaba esta conclusión tan acertada y significativa.

Tal es el caso del folleto *El socialismo y la guerra* (la actitud del POSDR hacia la guerra), en el cual Lenin trae a colación en calidad de subtítulo la frase: *"La guerra es la continuación de la política por otros medios"* (a saber: por la violencia), y luego sigue:

> Esta famosa tesis pertenece a Clausewitz, uno de los hombres que ha escrito con mayor profundidad sobre temas militares. Con toda razón, los marxistas siempre han considerado esta tesis como la base teórica de las ideas sobre la importancia de cada guerra en particular. Justamente desde este punto de vista, Marx y Engels examinaron siempre las diferentes guerras.[4]

Casi con las mismas palabras Lenin se remite también a Clausewitz en el artículo *La bancarrota de la II Internacional* escrito entre mayo y junio de 1915. Y lo hace con la intención de desnudar la visión ahistórica y no dialéctica de los socialchovinistas de todos los países, que tras consignas tales como "defensa de la patria" o "ni triunfo ni derrota" combatían por la causa de sus propios gobiernos imperialistas, traicionando y renegando del deber de la socialdemocracia revolucionaria consistente en provocar la caída del propio gobierno y en transformar la guerra imperialista en una guerra civil.

Así, Lenin escribe:

> Con referencia a la guerra, la tesis fundamental de la dialéctica, que Plejánov tergiversa tan desvergonzadamente para complacer a la burguesía, dice que *"la guerra es una simple continuación de la política por otros* (precisamente por los violentos) *medios"*.
>
> [...] Y fue siempre el punto de vista de Marx y Engels, que consideraban toda *guerra* como la *continuación* de la política de las potencias

[4] Vladimir I. Lenin, *Obras completas*, cit., t. XXI, p. 276 (del ruso); véase también *El socialismo y la guerra*, Berlín, Dietz, 1955, p. 11 [t. XXII, p. 409].

dadas, interesadas —y de las *distintas clases* que existen en ellas—, en un momento dado.

El crudo chovinismo de Plejánov está basado exactamente en la misma posición teórica que el chovinismo más sutil, conciliador hasta el empalago, de Kautsky [...]

Sin embargo, un examen más atento de las premisas teóricas de los razonamientos de Kautsky revelará la misma idea que Clausewitz ridiculizó hace unos ochenta años: ¡Cuando estalla la guerra cesan todas las relaciones políticas forjadas a lo largo de la historia entre los pueblos y las clases y surge una situación totalmente diferente! Hay, "simplemente", aquellos que atacan y aquellos que se defienden, "simplemente" el rechazo de los "enemigos de la patria".[5]

Y, en un discurso sobre "La guerra y la revolución" del 14 (27) de mayo de 1917, a fin de destacar la diferencia entre la guerra reaccionaria e injusta de una guerra justa y progresiva, vuelve a citar nuevamente a Clausewitz:

Todos conocemos el aforismo de Clausewitz, uno de los más célebres escritores sobre la filosofía e historia de la guerra, que dice: "La guerra es la continuación de la política por otros medios." Este aforismo proviene de un escritor que analizó la historia de las guerras y sacó las enseñanzas filosóficas de éstas inmediatamente después del período de las guerras napoleónicas. Este escritor —cuyos puntos de vista fundamentales son, sin duda, conocidos en la actualidad por todo hombre que piensa—, luchaba hace ya cerca de ochenta años contra la concepción del común de la gente ignorante de que la guerra es una cosa separada de la política de los gobiernos y de las clases interesadas; como si fuera una simple agresión que altera la paz, seguida luego por el restablecimiento de esta paz alterada, como quien dice: ¡Se han peleado y luego han hecho las paces!

Este punto de vista groseramente ignorante ha sido refutado decenas de años atrás, y es refutado por cualquier análisis relativamente serio de cualquier época histórica de guerras.[6]

Por consiguiente, es un mérito indiscutible de Clausewitz el haber logrado desentrañar la esencia de la ligazón existente entre la guerra y la política. Si bien algunos perspicaces entendidos en cuestiones militares, tales como el general prusiano C. K. Bülow,

[5] Vladimir I. Lenin, *Obras completas*, cit., t. XXI, pp. 194-195; véase también *La bancarrota de la II Internacional*, cit., pp. 18-19 [t. XXII, pp. 315-316]. En este contexto Lenin cita en nota al pie el pasaje contenido en los extractos del tomo III, libro 8, capítulo 6.B, pp. 139-140.

[6] Vladimir I. Lenin, *Obras completas*, cit., t. XXIV, pp. 363-364 [t. XXV, pp. 381-382].

los jefes militares rusos P. A. Rumianzev y V. A. Suvárev, habían incluido elementos políticos en la ciencia de la guerra, en el siglo XVIII aún predominaba la "concepción primitiva" según la cual la guerra es algo independiente, sin vinculación alguna con la política, e inclusive se concebía la guerra como lo primario, considerando la política más bien como un medio de la guerra: tal es el caso de un estadista y jefe de campo como fue el rey Federico II de Prusia. Y en lo que se refiere a los epígonos del militarismo alemán, los Ludendorff y Hitler, con su concepción de la "guerra total", simplemente invirtieron la teoría de Clausewitz en su contrario antagónico. Por ello no resulta acertado caracterizar a Clausewitz como el antecesor de estos "ignorantes" del siglo XX, tal como aconteció. Esto resulta aún más inadmisible si se tiene en cuenta que Clausewitz distingue en sus escritos con toda claridad entre guerras de conquista y guerras defensivas, guerras de gabinete y guerras populares, con lo cual introduce indudablemente un elementos propio de la democracia, es decir, y para decirlo con palabras de Lenin, da "un paso hacia el marxismo".

Pero, como es natural, Clausewitz no podía reconocer que la guerra es la prolongación, el instrumento, de la política de una *clase* determinada que procura la imposición violenta de determinados objetivos políticos y económicos que le son propios. Como tampoco podía reconocer que el carácter de la guerra y la modalidad de la conducción militar encuentra allí su origen. Esto quedó reservado para los clásicos del marxismo, Marx, Engels y Lenin, quienes aportaron con esto una definición cualitativamente nueva de la guerra, definición que permitió distinguir claramente entre guerras progresistas y reaccionarias a la vez que posibilitó fijar de un modo preciso la posición de la clase obrera frente a cada guerra concreta. Lenin redujo esto a su expresión más sencilla cuando en agosto-octubre de 1916 escribió:

> "Si era una política imperialista [...] entonces la guerra que surge de esa política es imperialista. Si era una política de liberación nacional. [...] entonces la guerra que surge de esta política es una guerra de liberación nacional. En el primer caso, la guerra es reaccionaria y la consigna de defender a la patria es un engaño del pueblo. En el segundo caso la guerra es progresista [...][7]

[7] Véase *Sobre una caricatura del marxismo y el 'economismo imperialista'*, en *Obras completas*, cit., t. XXIII, p. 21 [*Una caricatura del marxismo*, t. XXIV, p. 33].

Con una precisión mayor aun lo expresó, luego del triunfo de octubre, en la polémica contra los "comunistas de izquierda":

Si la guerra es hecha por la clase de los explotadores para afianzar su dominación como clase, será una guerra criminal, y el "defensismo" será en *esa* guerra una abominación y una traición al socialismo. Si la guerra la hace el proletariado después de vencer a la burguesía en su país, si la hace en interés del fortalecimiento y desarrollo del socialismo, entonces será una guerra legítima y "sagrada".

[...] Somos defensistas desde el 25 de octubre de 1917.

[...] Cuando éramos representantes de una clase oprimida, no adoptamos una actitud frívola ante la defensa de la patria en la guerra imperialista, sino que negamos por principio esa defensa. Cuando nos hemos convertido en representantes de la clase dominante, que ha empezado a organizar el socialismo, exigimos de todos que tengan una actitud seria ante la defensa del país. Y tener una actitud seria ante la defensa del país significa prepararse a fondo y tener en cuenta rigurosamente la correlación de fuerzas.

Si las fuerzas son a ciencia cierta pocas, el principal medio de defensa es *replegarse al interior del país* (quien vea en esto, sólo en el caso presente, una fórmula traída por los pelos, que lea lo que dice el viejo Clausewitz, uno de los grandes escritores militares, acerca de las enseñanzas de la historia sobre el particular). Pero entre los "comunistas de izquierda" no hay el menor indicio de que comprendan la importancia de la correlación de fuerzas.[8]

Con esta última observación, que se refiere al armisticio de Brest-Litowsk, Lenin se aventura en la "zona de frontera" entre política y estrategia militar, de igual modo que en sus comentarios a *De la guerra* no limita su interés a la faz filosófica y política, sino que también muestra preocupación por las cuestiones militares. Esto queda probado por sus extractos de problemas tan específica o excluyentemente militares, como defensa y ataque, maniobra y combate, estado mayor y jefatura de campo, ocupación de territorios y anulación de las fuerzas enemigas, modificaciones históricas sufridas por la ciencia de la guerra y papel de las masas populares en la misma. Cierto es que Lenin no citó ni glosó los extensos comentarios de Clausewitz sobre la guerra y las batallas en el siglo XIX, pero de ello no puede desprenderse en modo alguno que considerara superadas las técnicas de conducción de la guerra

[8] Vladimir I. Lenin, *Sobre el infantilismo de "izquierda" y las actitudes pequeñoburguesas*, en *Obras completas*, cit., pp. 299-300 [Vladimir I. Lenin, *Acerca del infantilismo "izquierdista" y del espíritu pequeñoburgués*, en *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1960, t. II, p. 733].

de ese siglo por las modernas condiciones del siglo xx. Sólo en este sentido bien limitado resulta acertada la afirmación de que Clausewitz fue el teórico del período manufacturero de la guerra. Pero esto carece de validez si consideramos el curso general del pensamiento de Clausewitz y las conclusiones a que arriba. De modo que la opinión vertida oralmente por Lenin, mencionada por W. Sorin en el primer número del periódico *Pravda* de 1923, según la cual "para los obreros del partido sólo puede ser beneficioso el estudio detallado de las obras de Clausewitz",[9] también resulta válida, con las limitaciones que ya mencionáramos, para los actuales funcionarios obreros de Alemania.[10]

De lo ya dicho se desprende también la inconsistencia de la concepción difundida hace ya mucho tiempo en el sentido de que Lenin no se consideraba un entendido en cuestiones militares, que no había valorado las obras de Clausewitz desde una óptica militar y que no dejó ninguna orientación sobre problemas militares.[11]

Esta concepción insostenible fue desechada debidamente por el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Es que Lenin se ocupó efectivamente durante su vida de cuestiones militares; además de su condición de político y estadista fue, simultáneamente, un estratega y conductor de batallas. Su esposa, N. K. Krupskaia, se refiere a ello en sus memorias: "Ilich no sólo leía todo lo que Marx y Eengels habían escrito sobre rebelión y revolución [...] también leía muchos libros sobre el arte de la guerra [...] En realidad se ocupó de esto mucho más de lo que se supone [...]".[12] Y M. I. Kalinin, el fallecido responsable del Soviet supremo de la URSS, escribió en el artículo "Lenin y la defensa de la patria socialista": "El estudio de este material [sobre la actividad militar de Lenin] pondría en evidencia con toda claridad el conocimiento detallado que Lenin poseía del arte de la guerra, de la estrategia militar y de la táctica."[13] Esto fue puesto de mani-

[9] Vladimir I. Lenin, *Recopilación leninista* (del ruso), t. XII, p. 390.

[10] Las posibilidades concretas de hacerlo las brinda en la actualidad la editorial del Ministerio de defensa nacional, con la edición de la biografía de Clausewitz de Franz Fabian y de la obra *De la guerra*, prologada y glosada por Ernst Engelberg y el mayor general Otto Kerfes [ambos trabajos se incluyen en el presente volumen].

[11] Compárese con el artículo "Lenin als Militärwissenschaftler" [Lenin como científico de la guerra] de Oberst I. Tschaschnikow, en *Militär Wissenschaftliche Aufsätze* [Ensayos sobre ciencia de la guerra], cuaderno núm. 6, Berlín, Editorial del Ministerio de defensa nacional, 1956, pp. 5-6.

[12] *Ibid.*, p. 7.

[13] *Ibid.*, p. 11.

puesto también por contemporáneos de Lenin, como, por ejemplo, N. I. Podvoiski (que era el responsable de la organización militar en el Comité central del partido bolchevique y del Comité revolucionario del soviet de Petrogrado en 1917), S. I. Aralow (jefe del departamento de operaciones –jefe del estado mayor– en el Comisariado del Pueblo para asuntos militares y miembro del Consejo de guerra supremo del soviet de la URSS en 1917-1918), y del mariscal de la URSS S. M. Budjony (comandante superior del Regimiento I de caballería montada durante la guerra civil).[14]

Otra evidencia en el mismo sentido la brindan los discursos de Lenin, sus escritos y documentos sobre cuestiones militares, que se hallan parcialmente diseminados en sus obras, y que, en parte, sólo ahora son publicados en las *Obras completas*.[15]

De modo que puede afirmarse, sintetizando, que Lenin analizó la guerra como un fenómeno social y político, al mismo tiempo que investigó detenidamente la conducción de la guerra en su condición de ciencia y arte. Asimismo, a través de sus trabajos teóricos y de su actividad práctica fundó la nueva ciencia militar soviética.

Quien aspire a estudiar los problemas de la guerra desde el punto de vista marxista y a dominar la moderna ciencia y arte de la guerra no puede prescindir de la herencia tan rica que Lenin ha legado en este campo. Y, junto con ello, también deberá leer a Clausewitz, el teórico e historiador de la guerra clásico de la burguesía, así como también a Engels, el primer teórico militar de la clase obrera. La presente publicación tiene por propósito estimular un estudio sistemático de tal naturaleza. (Se ajusta estrictamente al texto del tomo XII de las *Obras completas* de Lenin, en el que fueron cotejados los extractos con la primera edición de *De la guerra* editada entre 1832 y 1834 por Ferdinand Dümmler en Berlín y que fuera utilizada por Lenin, de resultas de lo cual en el mismo fueron ignorados algunos errores de redacción o imprenta, y algunas palabras aisladas fueron adecuadas al lenguaje corriente

[14] Véase "Über Lenins militärische Tätigkeit in den Oktobertagen 1917". [Sobre la actividad militar de Lenin en los días de Octubre de 1917], reconstrucción hecha sobre la base de relatos legados por N. I. Podvoiski, y también Über Lenins militärische Tätigkeit im Interventions—und Bürgerkrieg 1918-1920" [Sobre la actividad militar de Lenin en el transcurso de la guerra civil y de intromisión entre 1918-1920], recuerdos de S. I. Aralov y S. M. Budioni, en separatas agregadas al cuaderno núm. 2-3 y 4, del periódico *Militerwesen*.

[15] Vladimir I. Lenin, "Documentos militares (1917-1920)", Moscú, 1956, y "Sobre la guerra, el ejército y la ciencia de la guerra", Moscú, 1957, dos tomos editados ambos por la editorial militar del Ministerio de defensa de la URSS, Moscú, 1956-1957, en ruso.

en la actualidad.) En la medida en que acumulemos, conservemos, procesemos y apliquemos creativamente la herencia de los clásicos burgueses y, sobre todo, de los marxistas, es decir de la ciencia militar socialista soviética contemporánea, habremos obtenido una parte nada despreciable del armamento teórico que nos permitirá no sólo resistirnos a cualquier agresión imperialista, sino provocar su fracaso y asegurar la evolución pacífica de la humanidad hacia el socialismo.

VLADIMIR I. LENIN

LA OBRA DE CLAUSEWITZ *DE LA GUERRA*
EXTRACTOS Y ACOTACIONES

NOTA BIBLIOGRÁFICA SOBRE CLAUSEWITZ

"= kantiano" [3]

Extracto de la *Allgemeine Deutsche Biographie* [1] (t. IV): CLAUSEWITZ (1780-1831). "En Berlín, Clausewitz, durante los años que siguieron a la guerra (después de 1806),[2] asistió a las conferencias filosóficas del profesor Kiesewetter, que siguió con vivo interés. Las huellas de su método dialéctico pueden encontrarse en el desarrollo del pensamiento directriz de sus obras puramente teóricas" (p. 286).

OBRAS PÓSTUMAS DEL GENERAL CARL VON CLAUSEWITZ ACERCA DE LA GUERRA Y LA CONDUCCIÓN DE LA GUERRA[4]

DE LA GUERRA

Tomo I[1]

Berlín 1832*

Advertencia al lector

"[...] La guerra no es sino la continua-

[1] Remplazamos la indicación de las páginas por la de los libros y capítulos, a fin de facilitar la búsqueda, ya sea a quienes utilicen una traducción francesa o una edición alemana. Hay dos traducciones francesas: una del mayor de artillería belga Neuens, publicada por Corréard, París, 1849, y otra del teniente coronel Vatry, bajo el título *Théorie de la Grande Guerre*, París, 1889, Librairie Militaire de L. Baudoin et Cie., que hemos utilizado parcialmente para este trabajo.

* Estos extractos realizados por Lenin y anotados de su puño y letra constituyen un folleto separado, conocido bajo el título de *Leninskaia Tetradka* (archivo núm. 18674, Instituto Lenin, Moscú). Los pasajes en cursivas corresponden a los que fueron subrayados por el propio Clausewitz, salvo algunas excepciones mencionadas en las llamadas. (Nota del Instituto Lenin, 1930.)

ción de la política del estado por otros medios [...]"[5]

LIBRO PRIMERO

De la naturaleza de la guerra

CAPÍTULO I

¿Qué es la guerra?

Título del § 24: "La guerra no es sino la continuación de la política por otros medios."[6]

"Vemos, por lo tanto, que la guerra deviene así no sólo un acto sino el instrumento mismo de la política, una continuación de la actividad política, una realización de la misma por otros medios. Ahora bien, como en estas condiciones la guerra no conserva de su carácter original más que los procedimientos que le son propios, el arte militar, de manera general, y el comando en jefe en cada caso particular, tienen derecho a exigir de la política que la dirección que siga y los resultados a que tienda no contradigan las posibilidades del instrumento que ella emplea. Por grande que sea esta exigencia y la tiranía que ella ejerza a veces sobre la

dirección seguida por la política, jamás puede, sin embargo, introducir más que modificaciones, en razón de ser el móvil político el que preside desde el principio la fijación del objetivo a seguir mediante la acción militar."

(Todo el § 24, N. L.)

(§ 25: Diversidad en la naturaleza de las guerras.)

Comienzo de una división (de una separación) entre lo objetivo y lo subjetivo.

"Sin embargo, por temor a que el lector se pierda aquí en falsas suposiciones, debemos señalarle que no intentamos hablar así más que de la tendencia natural filosófica o, mejor dicho, lógica, de la guerra, y en modo alguno del carácter que es susceptible de revestir bajo la influencia de la pasión y del entusiasmo de las fuerzas armadas que en ella participan [. . .]"[2]

[[*Anteriormente Clausewitz escribió que* "cuanto más grandes y poderosos sean los motivos que conducen a la guerra, más tensa sea la situación política que la precede, más comprometida esté la existencia de los que en ella participan y más se aproxime la guerra misma a su forma abstracta, ésta recobra su violencia original, apunta exclusivamente a la destrucción del adversario, y se sustrae a la autoridad de la política

[2] Los subrayados son de N. L., es decir Lenin.

para no seguir sino sus propias leyes". *Pero cuanto más débiles son los motivos y las "tensiones", es* "menor la tendencia natural del elemento guerrero, es decir particularmente de la violencia, a caer fuera de la línea que dicta la política, al punto de que, consecuentemente, la guerra pareciera tornarse más política que el objetivo político y más diferente del objetivo de una guerra ideal".

N.B. La apariencia no es todavía realidad. La guerra parece tanto más "guerrera" cuanto más política; mientras que cuanto más política" parece, es menos *profundamente política.*]]

(§ 26: Todas las guerras puede ser consideradas como actos políticos.)

"Así, aunque la política pareciera desaparecer totalmente de cierta clase de guerras mientras que se manifiesta abiertamente en otras, puede sin embargo afirmarse que, en uno como en otro caso, ellas configuran actos políticos."

(§ 27: Es en este punto de vista donde es preciso ubicarse para estudiar la historia militar y determinar las bases de la teoría.)

"Se ve así que la guerra no es jamás independiente en su acción, y que, en toda circunstancia, es necesario considerarla como instrumento de la política. Desde que uno se ubica en este punto de vista, la historia de la guerra se convierte en inteligible y ya no presenta incesantes contradicciones. Se comprende desde ese momento, en efecto, que las guerras deben ser asimismo tan diferentes unas de otras como los motivos que llevaron a emprenderlas y los antecedentes que las precedieron."

N.B.

N.B.

(§ 28: Consecuencias para la teoría.)

"Así sometida como un verdadero camaleón a las influencias de los objetos exteriores, la guerra no se limita sin embargo únicamente a cambiar de naturaleza en cada caso particular sino que, por las tendencias que le son propias y los fenómenos que produce, alcanza a formar una extraña trinidad. Esta trinidad la constituye el odio, la enemistad y la violencia primitiva de su esencia, que deben ser considerados como un ciego impulso natural, el juego del azar y las probabilidades, que hacen de ella una libre actividad del espíritu, y la política, dirigiéndola, la transforma en un acto de la razón.

Por el primero de estos tres caracteres la guerra se encuentra más particu-

larmente en relación con la población; por el segundo con el general en jefe y con el ejército, por el tercero con el gobierno."

N.B.

¡Muy justo a propósito del alma *política, del conjunto del contenido de las guerras y de la exterioridad* "popular"!

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO II

Fin y medios de la guerra[7]

Destruir las fuerzas armadas, conquistar el país, ¿con qué fin?: *para que la* voluntad *del enemigo sea quebrada y firme la paz.*

"La firma de la paz extingue en todos los casos, por su sola presencia, una cantidad de focos que habrían continuado ocultamente encendidos, y la distensión se produce porque todos los espíritus partidarios de la paz, cuyo número es grande en cada pueblo y en todas las circunstancias, se aparta totalmente de la tendencia a la resistencia."

N.B.

¡Justo!

LIBRO SEGUNDO
La teoría de la guerra

CAPÍTULO II
Sobre la teoría de la guerra

(§ 17: Primera particularidad: fuerzas y acciones morales [el sentimiento de hostilidad].)

"Aunque, en principio, la lucha sea la manifestación de un *sentimiento de hostilidad,* en las grandes luchas de las naciones civilizadas ocurre frecuentemente que sólo la intención es hostil y, al menos de combatiente a combatiente, no existe el sentimiento de hostilidad. Sea como fuere, sin embargo, la lucha no prosigue jamás sin que algún sentimiento de semejante naturaleza se desarrolle. El odio nacional raramente está ausente de las guerras modernas, y remplaza entonces con mayor o menor fuerza los sentimientos de hostilidad. Pero aun en las guerras en que no es así y en las cuales parecería no existir al comienzo ninguna animosidad, por el solo hecho de la lucha no tarda en producirse un sentimiento hostil entre los combatientes en razón de que todo acto de violencia que, por orden superior, nuestro adversario ejerce contra nosotros, nos provoca inmediatamente un deseo de represalias y de venganza con-

¿¿Sólo "raramente"??

tra él antes que contra el poder superior bajo cuyo mando ese acto fue realizado. A esto tiende la naturaleza humana o, si se quiere, la naturaleza animal, pero es así."[8]

...*Odio nacional — en* toda *guerra*...

CAPÍTULO III
Arte o ciencia de la guerra

(§ 3: La guerra es un acto de la vida social.)

"Decimos pues que la guerra no es un arte ni una ciencia, sino que es un acto de la vida social. Es un conflicto de grandes intereses que no se resuelve sino con efusión de sangre, y que solamente en eso se diferencia de otros conflictos que surgen entre los hombres. Tiene menos que ver con las artes y las ciencias que con el comercio, que constituye igualmente un conflicto de grandes intereses, pero aun se aproxima *mucho más* [cursivas de Clausewitz] a la política, la que, a su vez, puede ser considerada como una especie de comercio en gran escala, y en la cual se desarrolla como un niño en el seno de su madre y donde todos los elementos se encuentran reunidos en estado latente al igual

N.B. || que las propiedades de los seres vivientes en sus gérmenes."[8]

CAPÍTULO VI
Los ejemplos

entre otros: "En sus memorias, el general Scharnhorst es, de todos los cronistas militares, el que mejor ha tratado la guerra propiamente dicha [...]"[9]

TOMO I

De la estrategia en general[10]

En el capítulo v *"Virtud guerrera (bravura)*[3] *de un ejército" Clausewitz escribe entre otras cosas:*

"Así es que en un ejército compuesto por milicias y por tropas permanentes, sería posible brindar instrucción militar a los ciudadanos con el mismo grado de N.B. ||| perfección que a los hombres de la tropa al estar ambos animados de un mismo entusiasmo por la causa nacional, con lo que aportarían, uno y otro, a la guerra, el mismo impulso, el mismo valor, la misma tenacidad, e imprimirían así a la acción general un carácter ab-

[3] Esta palabra entre paréntesis es de Lenin.

solutamente opuesto al que tenía en la época de los antiguos *condottieri*. El soldado propiamente dicho ya no conservaría el sello original, distintivo y personal del hombre de carrera. Es que, en efecto, quienes hicieron una carrera militar, quienes la ejercieron, e incluso quienes hace ya mucho tiempo que la ejercieron, se consideran como integrantes de una suerte de corporación absolutamente diferente, en cuyas normas, leyes, hábitos y costumbres se manifiesta en forma predominante el espíritu de la guerra. Es natural, por lo demás, que así sea. Aun si nos inclináramos en forma decidida a considerar a la guerra desde el punto de vista más elevado, sería erróneo menospreciar ese sentimiento que los franceses denominan "espíritu de cuerpo", y que, en mayor o menor grado, puede y debe existir en todo ejército."

CAPÍTULO VI
La audacia [10]

Prudencia y cobardía

"En la inmensa multitud de gente precavida se encuentra una imponente mayoría que lo es por temor."

"[. . .] Incluso la temeridad, es decir la audacia ciega y sin ningún fin, no debe ser considerada con menosprecio; en el fondo es siempre el mismo impul-

so, pero usada sólo bajo las formas de pasión sin ninguna participación de la inteligencia. La audacia deberá ser reprimida como un mal peligroso únicamente cuando se rebele contra la obediencia", entonces se convierte en un mal.[4]

"[. . .] Estamos seguros de la aprobación de nuestros lectores al afirmar que a igualdad de inteligencia, la vacilación es, en la guerra, mil veces más peligrosa que la audacia [. . .]"

"La visión clara de las cosas, así como el predominio de la inteligencia, del espíritu, quitan a todas las fuerzas del alma una gran parte de su potencia. Por eso, *a medida que nos elevamos en la escala jerárquica, la audacia se torna más rara;* allí, en efecto, no pudiendo la perspicacia y la inteligencia crecer con la jerarquía, los jefes de rango inferior, en las sucesivas etapas de su carrera son presionados por el peso de las dignidades, de las relaciones, de las consideraciones exteriores con las cuales están en conflicto y no pueden soportar

N.B. las crecientes cargas más que en la medida de sus propias facultades intelectuales." [Cursivas de Clausewitz.]

"Cuanto mayor es el grado, más la penetración de espíritu, el juicio y la inteligencia adquiridas en la actividad se vuelven predominantes, y la audacia, que es una cualidad de carácter, es de-

[4] Estas últimas seis palabras, en ruso, de Lenin.

jada de lado; y es por eso que la encontramos raramente en los cargos superiores, pero es allí donde es más merecedora de admiración."

Fin del primer tomo

DE LA GUERRA

TOMO II

Berlín 1833

LIBRO TERCERO

Las fuerzas de combate

CAPÍTULO III

Relación de fuerzas

"Si esta energía de fuerzas va combinada con la moderación prudente y sabia de los objetivos propuestos, surgirá ese juego de golpes brillantes y de abstención prudente que con tanta razón admiramos en las campañas de Federico II." [11]

"[...] El vencido [...] depositará toda su esperanza en la superioridad moral que la desesperación siempre

"el derecho a la resurrección" (del vencido)

otorga a los valientes; considerará entonces la audacia más grande como si fuera la más alta sabiduría, utilizando las estratagemas más audaces, y si el éxito le es negado, encontrará sucumbiendo gloriosamente el derecho a una futura resurrección."

CAPÍTULO IV
Relación de las tres armas

¿y hoy?

"De acuerdo con la experiencia, un escuadrón de 150 caballos, un batallón de 800 hombres y una batería de 8 piezas de 6 libras, cuestan casi lo mismo."

LIBRO CUARTO
La defensa

CAPÍTULO V
Carácter de la defensa estratégica

¡Ah! ¡Ah!

¡espiritual!

"La guerra no deriva necesariamente del hecho de la invasión sino del hecho de la defensa que el invadido opone al invasor y que genera la guerra. El conquistador, como siempre lo ha afirmado Bonaparte de sí mismo, es amigo de la paz, entraría con buena voluntad en

nuestra casa sin efusión de sangre, pero nosotros, que no podemos admitirlo, estamos obligados a querer la guerra y por lo tanto a prepararnos para ella."[12]

CAPÍTULO VI
Alcance de los medios de defensa

"en la mayor parte de los casos" N.B.

"Aunque, en la mayoría de los casos, la influencia que un habitante individual del teatro de la guerra ejerce sobre el curso de las operaciones no sea más visible que la influencia de una gota de agua que se agrega a la masa de un río, la influencia total de los habitantes de un país sobre la guerra no es nada insignificante, incluso en los casos donde no se trata de una sublevación popular" *(en particular, por ejemplo: información del ejército)*.[13]

"incluso sin sublevación"

"Quien ridiculice estas consideraciones [sobre el equilibrio político, etc.] como de sueños utópicos, lo hará a expensas de la verdad filosófica; aunque esta última nos enseña a reconocer las relaciones que guardan entre sí las componentes esenciales de las cosas, es obvio que sería precipitado esperar deducir de ellas las leyes por las que cada caso individual pudiera ser gobernado, sin hacer caso de ninguna de las influencias perturbadoras accidentales. Pero cuando una persona, según la ex-

presión de un gran escritor, nunca se eleva por encima de la anécdota, cuando edifica toda la historia partiendo siempre de un plano individual, quien no examina más que la superficie de los acontecimientos y no va más a fondo sino cuando un motivo particular lo induce a ello, ése no llegará jamás a descubrir las relaciones generales que sólo se encuentran en los fundamentos más profundos; su opinión no tendrá así más que un valor por demás restringido, limitado a un solo caso, y calificará como ensueño aquello que la filosofía determina para la universalidad de los casos." [14]

CAPÍTULO VIII
De los diversos métodos de resistencia

"Las relaciones generales de donde procede la guerra y que naturalmente constituyen su fundamento determinan asimismo su carácter; diremos más, a este respecto, a propósito del plan de guerra. Pero estas relaciones generales han formado parte de la mayoría de las guerras de mediana magnitud, donde el sentimiento de hostilidad en el sentido propio del término debió adaptarse tan penosamente a semejante conflicto de relaciones que quedaría sólo como un elemento muy débil." [15]

N.B. (Y no solamente en la guerra).

"Oscuro, según la simple medida del juicio, como la mayoría de las cosas que suceden en la guerra." [16]

CAPÍTULO XVI
(Continuación del decimoquinto)
Defensa de las montañas

"En determinada circunstancia, se produce el mismo fenómeno que en dióptrica: las imágenes representadas aparecen más claras, más grandes cuando se ubica el objeto en cierta dirección, pero sin embargo no tan lejos como uno lo desearía, sino sólo hasta que el foco es alcanzado, más allá del cual la imagen del objeto se invierte." [17]

CAPÍTULO XVIII
Defensa de ríos y corriente de aguas

(Podría denominarse "elegante" a la tal defensa del río..., pero...)

¡espiritual!

"Pero la elegancia limita fácilmente con la fatuidad, defecto menos excusable en la guerra que en las relaciones mundanas; así es que se tienen pocos ejemplos de esta moda elegante." [18]

CAPÍTULO XXIII
La llave del país

((ejemplo de dialéctica))

N.B.
"más determinado = más unilateral..."

¡Espiritual e inteligente!

"De la significación práctica aunque por cierto muy indeterminada que la noción 'llave del país' tiene en los relatos de los generales en jefe, sería necesario pasar a un sentido más determinado, en consecuencia más unilateral, cuando se quiera desarrollar un sistema especial."

"En la mayoría de los casos, la llave del país se encuentra en el ejército enemigo." [19]

CAPÍTULO XXVIII
(Continuación del vigésimoseptimo)
Defensa de un escenario de guerra

Mayoría de las guerras = solamente observación.

"No se puede negar que la mayoría de las guerras y de las campañas se aproxima mucho más a un estado de pura observación recíproca que a una lucha a muerte, es decir una lucha en la cual uno de los dos adversarios, al menos, busca la definición a todo precio." [20]

CAPÍTULO XXX
Defensa de un teatro de guerra cuando no se busca una decisión

"La importancia predominante que adquiere el elemento topográfico pone particularmente de relieve la ciencia y

Estado mayor = esa parte del ejército que más que ninguna otra escribe y hace imprimir

la actividad a ese respecto del estado mayor, al que suele atribuírsele la especialidad. Como el estado mayor es el sector del ejército que más escribe y publica, resulta que las diversas partes de una campaña quedan registradas por entero en la historia; de allí nace una tendencia natural a sistematizarlas y a elaborar, partiendo de la explicación histórica de un caso particular, reglas generales aplicables a todos los casos subsiguientes. Ahora bien, en este aspecto de la guerra, más pasivo, más dependiente de los lugares, cada caso es diferente y debe en consecuencia ser diversamente tratado. Es por eso que las memorias más inteligentes de carácter crítico sobre estas cuestiones sólo son apropiadas para familiarizarnos con ellas y no para servirnos como prescripciones; hablando con propiedad, esas memorias representan la historia de las guerras, pero sólo de un aspecto particular de esas guerras."

"Por necesaria, por digna de atención que sea la actividad del estado mayor que hemos señalado, la cual, de acuerdo con la costumbre, hemos considerado que es su especialidad, debemos sin embargo advertir las consecuencias que a menudo entraña. La importancia que adquiere en ella la alta oficialidad de ese cuerpo, los más versados en esta rama del servicio de guerra, les confiere frecuentemente sobre los espíritus una

"Estrechez de miras del estado mayor".

cierta autoridad, comenzando con el mismo general en jefe, de donde resulta entonces una forma de pensar que conduce a la parcialidad [...]."[21]

Buen jefe... y desconfianza hacia las gentes.

"[...] Sin una voluntad dirigente enérgica, poderosa, que alcance hasta al último miembro del ejército, ninguna conducción de la guerra es posible, y quien tuviera por hábito contar que sus subordinados optaron siempre por lo mejor, sería por eso sólo incapaz de ejercer la comandancia y la dirección."

La diferencia entre el ataque y la defensa desaparece.

"Si se considera este tipo de guerras en su conjunto, se debe antes señalar que cuando se pone tan poca iniciativa del lado de la agresión y, por la otra parte, tan poca incitación positiva tendiente a la solución por ambas partes, toda diferencia esencial entre la acción del ataque y la de defensa desaparece. Al comienzo de la campaña, es cierto, aquel de ambos adversarios que penetre sobre el teatro de operaciones del otro, adopta por lo mismo la forma agresiva, pero puede muy bien suceder, y ocurre frecuentemente, que modificando su modo de acción dedique en lo sucesivo todas las fuerzas a mantenerse, a defender sobre el territorio enemigo su propio territorio. A partir de entonces las dos partes quedan enfrentadas en una actitud de observación recíproca, cada una tratando de no perder nada y a veces puede suceder que una y otra procuren una ventaja positiva. Puede asimis-

Sobre territorio extranjero defender su propio territorio.

mo ocurrir, como lo demostró Federico el Grande, que el defensor saque ventaja sobre su adversario."

"Es sin embargo este aspecto de las maniobras estratégicas el que les ha hecho recordar la falsa importancia de la que hemos hablado más arriba. Han llegado a confundirse esta habilidad de dirección y el conjunto del valor intelectual del general en jefe; es un profundo error, pues no es posible ignorar, como ya lo hemos dicho, que en el momento de las graves decisiones, las otras cualidades morales del jefe pueden hacer que llegue a dominar la fuerza misma de los acontecimientos. Aunque este dominio se deba al impulso de fuertes emociones y de esos destellos de inteligencia que surgen casi inconscientemente, y no como resultado de un largo proceso reflexivo, no por esa razón deja de ser un verdadero aliado del arte de la guerra, ya que éste no es un simple acto de la razón ni la actividad de la razón no es aquí lo importante. Además, se ha creído que es necesario atribuir el poco éxito de una campaña a la habilidad recíproca de los generales en jefe, mientras que es preciso buscar siempre la razón común y principal en las relaciones generales que hacen de la guerra un juego de azar."

Guerra = juego

Este juego (de maniobras estratégicas, etc.) está considerado como el summum *del arte militar.*

Cambio total

Revolución francesa

"Esta concepción fue pronto adoptada por todos los teóricos cuando estallaron las guerras de la Revolución francesa. Como éstas revelaron súbitamente todo un mundo nuevo de fenómenos militares, al principio un poco burdos y salvajes, pero que Bonaparte transformó más tarde en un método de gran estilo, los éxitos obtenidos durante estas guerras llenaron de asombro a jóvenes y viejos; fue preciso, desde entonces, renunciar a los antiguos modelos y se creyó que todo eso no fue sino la consecuencia de nuevos descubrimientos, de nuevas y grandiosas ideas, etc., pero no en todo caso de un cambio de la situación social. Se creyó entonces que los viejos métodos ya no podían usarse más, y que nunca aparecerían nuevamente. Pero aquí, como en todas las grandes revoluciones intelectuales, se forman partidos; el antiguo método encuentra sus defensores, quienes, en la novedad, no quieren ver sino una decadencia general del arte y, en sus resultados, manifestaciones de la fuerza bruta; según ellos, no hay cultura militar más que en el aprendizaje del juego vano de la distribución de fuerzas. Esta opinión carece fundamentalmente de lógica y de filosofía; no es, podría decirse. más que una confusión desesperada de ideas; pero la opinión opuesta, que pretende que las maniobras estratégicas han perdido irrevocablemente vigencia y no

N.B.
¡Justo!

La verdad no está "en los sistemas."

reaparecerán más, no es menos ilógica. Hay que atribuir los hechos nuevos que se manifestaron en el dominio del arte militar mucho menos a las invenciones y a las ideas militares nuevas que a un cambio de la situación y de las relaciones sociales."

"Allí donde no hay ningún sistema, ningún aparato de verdades, hay sin embargo una verdad, la que no es hallada a menudo sino por el juicio ejercitado y el tacto de una larga experiencia. No hay pues en la historia ninguna fórmula, pero toda ella es tema para ejercer el juicio."

DE LA GUERRA
TOMO III

(N.B. Este tomo se compone solamente de esbozos.)[22]

LIBRO SÉPTIMO
La ofensiva

CAPÍTULO II
Naturaleza de la ofensiva estratégica

"En consecuencia, la ofensiva en la guerra, pero particularmente en la estrategia, es una alternativa y una cons-

tante relación entre el ataque y la defensa." [23]

CAPÍTULO III
Propósito de la ofensiva estratégica

"Es raro o al menos no siempre sucede que el jefe fije con anticipación, de una manera exacta, la conquista que quiere realizar; deja generalmente que los acontecimientos decidan." [24]

LIBRO OCTAVO
Del plan de guerra

CAPÍTULO II
Guerra real y guerra absoluta

Todas las guerras son de tal modo que las dos partes "se defienden solamente".

"La mayoría de las guerras no aparecen sino como un arrebato recíproco que lleva a cada uno de los adversarios a tomar las armas por su propia seguridad, para inspirar temor al otro y para aprovechar la ocasión de una situación favorable." [25]

"Bajo Bonaparte [la guerra] adoptó su carácter absoluto."

dialéctico

"La guerra en ciertos casos puede serlo en mayor grado y en otros en grado menor."

CAPÍTULO III

A. Nexo intrínseco de la guerra

siglos 18° y 19° Diferencia.

"En el siglo XVIII, durante las guerras de Silesia, la guerra era todavía una simple cuestión de gabinete, en la que el pueblo sólo tomaba parte como un instrumento ciego;[26] a comienzos del siglo XIX, por el contrario, los rivales pesan todo su poder en el platillo de la balanza."

CAPÍTULO III

B. De la magnitud del objetivo militar y los esfuerzos

Los cambios históricos en el carácter de las guerras: hordas tártaras, pequeñas repúblicas de la Antigüedad. Roma. Vasallos de la Edad Media. Fines de los siglos xvii y xviii.

N.B.

"En síntesis, si bien *todo el pueblo* había estado en las expediciones tártaras, si bien la burguesía (si se reduce la noción de pueblo solamente a los verdaderos miembros del Estado) había sido *numerosa* en las repúblicas antiguas y en la Edad Media, en el siglo XVII el pueblo no ejercía *inmediatamente* ninguna influencia, sino sólo una influencia indirecta por sus cualidades y sus defectos."

N.B.

La Revolución francesa transformó todo eso.

"La guerra se convertía súbitamente en un asunto del pueblo [...]"

"El pueblo entero ponía todas sus cualidades naturales en el platillo de la balanza [...]"

¡Importante! (pero una inexactitud: de la burguesía y quizá de toda la burguesía).

"Es así como luego de Bonaparte, y ante todo los franceses, después de que en toda Europa la guerra devino una causa nacional, adoptó otra naturaleza o más exactamente recobró su verdadera naturaleza, se aproximó a su absoluta perfección. Los medios allí utilizados no tuvieron ya más límites visibles y no dependieron sino de la energía y del entusiasmo de los gobiernos y de sus súbditos."

"Energía". N.B.: "entusiasmo" de los hombres.

"Así liberada de toda traba convencional, la guerra se desencadenó entonces con toda su fuerza natural. La causa estaba en la participación de los pueblos en los grandes intereses de los estados y esta participación provino en parte de las transformaciones interiores que la revolución francesa introdujo en los asuntos internos de los países; en parte del peligro con que el pueblo francés amenazaba a otros pueblos."

"Participación de los pueblos".

"Cambios en el interior" (revolución) y "peligro".

"En qué medida será siempre igual, hasta qué punto las guerras futuras en Europa serán siempre conducidas con la potencia total de los estados, poniendo así en juego los grandes intereses más próximos al pueblo, o si poco a poco los gobernantes y los pueblos se separarán nuevamente, no podemos sino

difícilmente decidirlo y no tenemos en ningún caso la pretensión de zanjar esta cuestión."

A cada época "sus guerras"

Nuestro objetivo: "Mostrar que cada época posee su estilo de guerra, sometida a sus condiciones que la limitan, a sus dificultades. En consecuencia, cada guerra tendrá su propia teoría, sea cuales fueren, por lo demás, los principios filosóficos sobre los cuales se busque siempre, tarde o temprano, hacer descansar esta teoría. No se pueden juzgar los acontecimientos militares de una época más que teniendo en cuenta sus particularidades, y sólo aquel que se transporte a una época por el estudio escrupuloso de todos los pequeños aspectos, así como por una visión precisa de todos los grandes aspectos, puede comprender y juzgar a los jefes."

Las "particularidades de cada época" deben ser estudiadas a fin de comprender al jefe militar.

CAPÍTULO V
(Continuación del cuarto)
Determinación precisa de los objetivos a lograr. Objetivo restringido

Primer caso: cuando es preferible ganar tiempo, es ventajoso sostener una guerra defensiva. *Segundo caso: cuando es preferible aprovechar el momento presente —ya que nada en el futuro introducirá un incremento de fuerza— es ventajoso sostener una guerra* ofensiva.

"El tercer caso, que es quizás el más

frecuente, es aquel en el cual no teniendo ninguno de los dos beligerantes una ventaja determinada que esperar del futuro, ni uno ni otro poseen motivos determinantes para la acción. En semejante circunstancia, la ofensiva corresponde manifiestamente a aquel de los adversarios que, siendo políticamente el atacante, cuenta para sí con el principio positivo, ya que es quien ha hecho tomar las armas y todo el tiempo que transcurra sin motivo suficiente es para *él* tiempo perdido." [Cursiva de Clausewitz.]

Aquel que ataca "políticamente".

(N.B.: concepción)..

"Hemos ya [...] reconocido que la naturaleza del objetivo político, la magnitud de nuestras exigencias políticas o de las de nuestros enemigos, el conjunto de nuestra situación política ejercen de hecho la influencia más decisiva sobre la conducción de la guerra."

El "carácter del fin político" tiene una influencia decisiva sobre la conducción de la guerra.

CAPÍTULO VI

A. Influencia del objetivo político sobre el propósito militar

"Es tradicional en la política europea que los estados se comprometan unos con otros por tratados de alianza, ofensiva y defensiva, a prestarse un mutuo apoyo en caso de guerra, sin por eso compartir sus intereses y sus enemistades sino limitándose a prometerse recíprocamente tropas en un número de-

N.B.

terminado y generalmente muy restringido, y sin tener en cuenta el objeto mismo de la guerra más que los esfuerzos del adversario."

"Cada uno, tras haber calculado los peligros que tiene que afrontar y las ventajas que puede alcanzar, aporta a los fondos comunes un caudal de 30 o 40 mil hombres y actúa como si no pudiera arriesgar más."

"Grados" "gradaciones" de la concepción de guerra y paz.

"Así practicada, la guerra (tal maniobra) es algo hecho a desgano, una anomalía, pues la guerra y la paz son en el fondo nociones absolutas que no pueden implicar gradaciones; pero sin embargo, cuando eso se produce, se cometería un error en atribuir la causa a la mera diplomacia, de la cual la razón podría eximirse, ya que es en los límites del espíritu humano, en su debilidad, donde es preciso buscar el verdadero origen."

N.B.

"Si se admite esta influencia del objetivo político sobre la guerra, y ella es manifiesta, es necesario admitir también que es a veces ilimitada; es así que hay guerras cuyo objetivo se reduce *únicamente a amenazar al adversario y a apoyar las negociaciones.*" [Cursivas de Clausewitz.]

CAPÍTULO VI

B. La guerra es un instrumento de la política

el capítulo más importante.

"Esta unidad [elementos contradictorios unidos en la vida práctica] *es la concepción de que la guerra es sólo una parte del intercambio político y en consecuencia no es en absoluto una dimensión independiente.*" [Cursivas de Clausewitz.]

"Todo el mundo sabe que la guerra es provocada sólo por las relaciones políticas de los gobiernos y los pueblos; pero por lo común se cree que estas relaciones cesan por el hecho mismo de la guerra y que en seguida se establece un estado de cosas totalmente distinto, regido por sus propias leyes."

"Afirmamos por el contrario que la guerra no es sino la continuación de la política con la intervención de otros medios. Decimos con intervención de otros medios, para indicar con ello que, lejos de cesar por la guerra o de modificarse en alguna que otra cosa, las relaciones políticas persisten en su esencia misma, cualquiera sea por otra parte la forma adoptada por los medios empleados; ellas determinan, ellas conforman las características de las líneas generales siguiendo las cuales los acontecimientos de la guerra transcurren y a las cuales se ajustan, de un objetivo a otro, de las hostilidades hasta la paz. Y ¿cómo podría ser de

otro modo? ¿Las relaciones políticas entre los gobiernos y los pueblos cesan acaso con el intercambio de notas diplomáticas? ¿No es la guerra un simple modo de expresar su pensamiento? Si ella no tiene su propia lógica, tiene al menos su propia gramática."

N.B.

"Se ve aquí que la guerra no debe ser jamás separada del intercambio político, y que si este hecho llega a producirse rompe en cierto modo todos los hilos de las relaciones, lo que conduce a un estado de cosas desprovisto de sentido y de fin."

"Aunque la guerra se transformara en guerra total, aunque el elemento de hostilidad se desencadenara íntegramente, es todavía de esta concepción de la que sería preciso partir, ya que todos los elementos sobre los que ella descansa —que determinan sus principales tendencias y que hemos enumerado en el primer capítulo de este libro: fuerzas de ambos adversarios, alianzas, características de ambos gobiernos y de ambos pueblos, etc.—, ¿no son de naturaleza política?, ¿no dependen tan estrechamente del intercambio político que es imposible separarlos? Pero este modo de ver las cosas es doblemente necesario si pensamos que, en la realidad, la guerra que queda lejos del esfuerzo extremo, conforme a su concepto absoluto, no es más que algo hecho a desgano, una contradicción en

"Guerra = parte de un todo"
"Ese todo = la política"

sí misma; que, como tal, no puede seguir sus propias leyes sino que debe ser considerada como parte de un todo, y ese todo es la política."

"Es así que, gracias a la política, el feroz elemento que es la guerra se transforma en un instrumento dócil; que la espada temible que no debe alzarse sino con las dos manos y con toda la fuerza del cuerpo, para asestar un golpe formidable y único, se transforma en una liviana arma de esgrima, manuable y tan adecuada para el ataque como para la defensa y la finta."

"[...] Si la guerra forma parte de la política, toma de ella necesariamente su carácter. Cuanto más grandiosa y enérgica es la política, más la guerra adopta esas cualidades, y aquélla puede llegar a elevarse a tal grado que la guerra alcance su forma absoluta."

Es solamente desde este punto de vista que todas las guerras = "Objetos de igual naturaleza"

"[...] Es sólo representándose así la guerra que puede otorgársele su unidad, que pueden considerarse todas las guerras como objetos de *igual* naturaleza [cursiva de Clausewitz]; es solamente así que uno se ubica en el punto de vista exacto y racional para concebir y juzgar los grandes proyectos." N.B.

"Es obvio que la política no entra profundamente en los detalles de la guerra; no se instalan pequeños destacamentos, no se conducen patrullas *(¡sic!)* teniendo en cuenta la política; pero ella ejerce una influencia por de-

más decisiva sobre la elaboración de los planes de guerra, de campaña, y a menudo sobre el dispositivo de las batallas [...]"

"No hay nada tan importante en la vida como determinar el punto preciso en el que conviene ubicarse y mantenerse para abarcar y apreciar las cosas, a fin de no desorientarse y no contradecirse continuamente."

"Si es cierto que para elaborar un plan de guerra no es posible ubicarse en los diversos puntos de vista a partir de los cuales deben ser examinadas las cosas, tan pronto en el punto de vista de la comandancia, tan pronto en el del administrador o en el del hombre político, etc., uno llega a preguntarse si es necesariamente a la política a la que se debe subordinar todo el resto."

¿la política es el principal?

"Es preciso admitir en primer lugar que la política reúne en ella y concilia todos los intereses de la administración interior, incluso de los ciudadanos y todo aquello que la razón filosófica pone al orden del día; pues ella no es en sí más que una simple administración de todos esos intereses con respecto a otros estados. No vamos a considerar aquí si, siguiendo una falsa dirección, ella sirve preferentemente a las ambiciones, los intereses y la vanidad de los gobernantes, pues, en ningún caso, el arte... militar puede darle lecciones y nosotros no debemos considerar aquí la

¿Qué es política?

N.B.
un paso hacia el marxismo

política = representación de todos los intereses de la sociedad entera.

política sino como la representante de todos los intereses de la sociedad entera."

Las guerras no se reducen a la simple hostilidad.

"Para que el punto de vista político pueda ser totalmente abandonado, desde el comienzo de la guerra, sería necesario que las guerras fuesen la simple expresión de un principio de hostilidad y que la lucha sea allí una cuestión de vida o muerte; pero ellas no son, como ya lo hemos mostrado, más que manifestaciones de la política."

La política ha dado nacimiento a la guerra.

"Sería un contrasentido subordinar el punto de vista político al militar, ya que la política engendra la guerra; ella es la inteligencia y la guerra no es más que su instrumento, y no a la inversa... La subordinación del punto de vista militar al político, es la única posibilidad que queda."

Subrayado por el autor.

"Si pensamos en la naturaleza de la guerra, si recordamos lo que se ha dicho en el capítulo III de este libro: que para determinar los medios a emplear, los esfuerzos a realizar en una guerra, es necesario ante todo darse cuenta de cuáles serán verosímilmente sus principales contornos, resultantes de las magnitudes y de las correlaciones políticas; si se piensa que, por añadidura, muchas veces, e incluso en nuestros días la mayoría de las veces, podemos considerar la guerra como un todo orgánico cuyos diversos elementos son inseparables y donde, por consiguiente, todas las acti-

vidades aisladas deben concurrir a un mismo objetivo y ser dirigidas por un mismo pensamiento, llegaremos necesariamente a reconocer que el punto de vista más elevado donde uno puede ubicarse para conducir la guerra, aquel que impone las líneas principales, no puede ser otro que la política."

N.B. "Desde este punto de vista [...] la historia se torna más inteligible [...]"

"En una palabra, desde el punto de vista más elevado, el arte militar se transforma en política, pero en una política que, en vez de redactar notas, libra batallas."

"La experiencia general enseña igualmente que, no obstante la perfección y la diversidad de las formas de la guerra moderna, las líneas principales son siempre determinadas en consejos de gobierno, es decir, si se quiere hablar técnicamente, por una autoridad política y no militar [...]"

Ejemplo: los grandes cambios en el arte de la guerra a fines del siglo xviii.[27]

¿Dónde está la causa?

N.B. "Las causas del tremendo efecto que la revolución francesa produjo en el exterior hay que buscarlas menos en las nuevas ideas y en los procedimientos novedosos que los franceses introdujeron

N.B. durante esta época en la conducción de la guerra, que en el carácter del gobierno, en la situación del pueblo, etc. Los otros gobiernos, no viendo las cosas de

una manera adecuada, creyeron poder dominarlos por los medios habituales, no opusieron a esas fuerzas nuevas y aplastantes más que débiles fuerzas; ¿no son esos errores de la política?"

"[...] Puede decirse, por lo tanto, que los franceses son en gran parte deudores de la política errónea de sus adversarios durante los veinte años de victorias que siguieron a la revolución."

"Por otra parte, es verdad que la guerra, ella también, ha sufrido importantes cambios que, modificando su forma y su esencia, la han aproximado considerablemente a su aspecto absoluto; pero esos cambios no provienen de que el gobierno francés se haya en cierto sentido emancipado, desembarazado de la tutela de la política, sino de que la revolución ha modificado las bases mismas de la política. Tanto para Francia, como para Europa entera. Esta política había despertado otras fuerzas, había apelado a nuevos medios y así se volvió posible una conducción de la guerra dotada de una energía tal que no podría haberse imaginado antes."

¡Exacto!

"Así, los cambios reales que se han introducido en el arte militar son la consecuencia de los que se han producido en la política, y lejos de proporcionar un argumento contra la conexión íntima en la que se mantienen esos dos elementos, no hacen sino confirmarla."

La guerra = política que cambió "la pluma por la espada".

"Repetimos una vez más: la guerra es un instrumento de la política; ella adopta necesariamente su carácter y sus dimensiones; en sus contornos principales, no es más que la propia política, y ésta, cambiando la pluma por la espada, obedece sin embargo y siempre a sus propias leyes."

(Fin de capítulo)

"Si los estados sucumben bajo los sucesivos esfuerzos del ataque, ello prueba que no hay reglas sin excepciones y que a veces el tiempo puede ser desfavorable a la defensa, pero, por el contrario, infinitamente más numerosos son los ejemplos en que el ataque ha fracasado gracias a la lentitud de su acción. Piénsese solamente en la Guerra de los Siete Años, a la que los austriacos aportaron tanta indolencia, cálculo, reticencia, que olvidaron completamente su objetivo." [28]

No está tomado de De la guerra, *sino del* Compendio de la enseñanza militar *(donado por el autor en los años 1810, 1811 y 1812 a su Alteza Real el Príncipe heredero).*[29]

"En política se denomina guerra defensiva a la que se realiza por la inde-

N.B. "Guerra defensiva" en política y en estrategia.

pendencia; en estrategia se llama guerra defensiva a una campaña en la que uno se limita a combatir al enemigo sobre el escenario de guerra que se ha preparado con ese objetivo. Que las batallas que se libren sobre ese escenario sean ofensivas o defensivas, no cambia para nada las cosas."

N.B. ¡Justo!

Fin de los extractos de Clausewitz

NOTAS EXPLICATIVAS CONCERNIENTES A LOS PASAJES DE CLAUSEWITZ CITADOS POR LENIN, REDACTADAS POR LOS EDITORES DE VOLUMEN 12 DE RECOPILACIONES LENINISTAS, EDICIÓN DEL INSTITUTO LENIN DEL COMITÉ CENTRAL DE P.C. (b) DE LA URSS

[1] *Allgemeine Deutsche Biographie* [Biografía alemana universal] edición de la comisión histórica de la Academia de Ciencias de Münich, en 56 tomos (1875-1912), contiene las biografías de las personalidades alemanas destacadas en todas las disciplinas desde los tiempos más antiguos.

[2] Se trata de la guerra entre Francia y Prusia en 1806, que finalizó con el aplastamiento completo de Prusia.

[3] La palabra "kantiano" se refiere a Kiesewetter.

[4] Se trata de los trabajos de Clausewitz publicados por su hermana María, en 10 tomos.

[5] La cita fue extraída por Lenin de la "Advertencia al lector" de Clausewitz del capítulo independiente inconcluso. Está fechado el 10 de julio de 1827; por lo tanto fue escrito poco tiempo antes de la muerte del autor.

Clausewitz expone aquí las dos ideas fundamentales de su trabajo. Primeramente, a su juicio, hay dos tipos esenciales de guerras. Existe la guerra que tiende a aniquilar al enemigo, a ponerlo de rodillas, y la guerra que tiende solamente a la ampliación de los límites territoriales, a las conquistas de carácter local y particular. Entre estos dos aspectos esenciales puede admitirse toda una serie de aspectos intermedios, teniendo sin embargo siempre en cuenta los dos antes mencionados. La segunda idea básica que destaca Clausewitz es que la guerra no es otra cosa que un instrumento de la política: la guerra es la prolongación de la política por otros medios. Es únicamente conservando este punto de vista como puede comprenderse la compleja experiencia de la historia y crear los puntos de apoyo para la actividad práctica.

[6] Del primer libro sobre la guerra, que trata de la "naturaleza de la guerra" y comprende 8 capítulos, Lenin hizo extractos de los capítulos I y II. El capítulo I es el más acabado de la obra de Clausewitz sobre la guerra.

Las consideraciones de Clausewitz se reducen a esto: si intentamos dar una definición general y abstracta de la guerra, deberemos decir que ésta es una manifestación de la violencia que tiene por objetivo obligar al adversario a cumplir nuestra voluntad. El problema de vencer al adversario, de echarlo por tierra, está ligado con esta definición del objetivo

de la guerra. La aspiración que tiende a derrotar al adversario cueste lo que cueste debe inevitablemente suscitar una reacción de parte de éste. De aquí sacamos la siguiente deducción: las dos partes están obligadas a tensionar sus fuerzas al máximo; esta tensión no tiene por límites más que el límite natural de las fuerzas de las partes combatientes. Toda guerra deberá conducir al agotamiento total de una de las partes.

De hecho, la experiencia militar nos muestra que las guerras adoptan raramente su carácter absoluto; frecuentemente, los dos adversarios se observan mutuamente, en tanto que no combaten. La definición de la guerra propuesta más arriba, no siendo justa más que en lo abstracto, nos deja completamente sin recursos frente a los problemas concretos de la guerra para definirla y calcular los medios que ella requiere.

Ante todo, la guerra no aparece jamás como un hecho aislado. Las guerras no surgen de improviso; exigen preparativos que son conocidos. Podemos pensar que el eventual adversario, en la mayoría de los casos, no empleará todos sus recursos, que en todo caso él no se batirá hasta el completo agotamiento de sus fuerzas.

En segundo lugar, la guerra no se reduce del todo a un choque momentáneo. La guerra se decide por numerosas acciones sucesivas; esto deriva inevitablemente del hecho de que todos los medios preparados para la lucha no pueden ni mucho menos ser puestos en acción de una sola vez y empleados al mismo tiempo. Entre estos medios se encuentran en particular las fuerzas combativas del adversario, el país con toda su población y sus aliados. Es imposible llevar a buen término la preparación completa y simultánea de todas las fuerzas y ponerlas en acción al mismo tiempo y sin demora.

Por último, el desenlace de la guerra no es nunca absolutamente definitivo, admite modificaciones en el futuro. El vencido ve en su derrota un mal temporario, que puede ser reparado más adelante.

Todas estas circunstancias le quitan a la guerra el carácter de explosión elemental de un furor recíproco. La guerra conserva hasta el fin su carácter elemental, pero éste aparece sólo como un elemento del juicio real y concreto que se tiene sobre la guerra.

De hecho, la guerra no se define solamente por la ley de la tensión extrema de todas las fuerzas. Así, el objetivo político, que parecía eliminado por la lucha furiosa de los dos adversarios, se coloca otra vez en primer plano. El objetivo político ocupa de nuevo el lugar que le corresponde. Si el sacrificio que le exigimos al adversario es escaso, es dudoso que utilice todas sus fuerzas en la resistencia.

Así, la política no sólo asigna sus objetivos a la guerra, sino que determina la medida de los esfuerzos necesarios. Con toda seguridad, esto no significa que un hombre político sin experiencia, con procedimientos fútiles, no pueda provocar una explosión elemental del odio acumulado desde hace mucho tiempo.

No es indispensable pensar que la política actúa sólo de manera moderadora sobre el elemento guerra. No modera ese elemento sino que lo conduce. Si la política se propone grandes objetivos con profundas raíces

en la vida de los pueblos, puede llevar la acción hasta la guerra, y la guerra hasta su manifestación más alta, sin dejar al mismo tiempo de dirigir la guerra.

El vínculo de la política con la guerra muestra claramente por qué la guerra puede encarnarse bajo todos los aspectos posibles, comenzando por la guerra de exterminio y terminando por el establecimiento de destacamentos de observación.

En el mismo plano que los dos momentos fundamentales que caracterizan la guerra: la violencia y la política, la guerra posee todavía un tercer elemento, gracias al cual resulta más que nada un juego. En guerra, a menudo la situación está lejos de ser clara. Las cosas y los acontecimientos son vistos como bajo una incierta claridad lunar, según la expresión característica de Clausewitz. Sucede que se toma una decisión basándose en la verosimilitud. Por otra parte, la guerra abunda en todos los azares posibles. La suerte juega un gran papel en la guerra. Las fuerzas que la conducen transforman todavía más a la guerra en algo parecido a un juego. La guerra vive y se desarrolla en el peligro. Es por eso que en la guerra el primer lugar es ocupado por la audacia, la espera de la oportunidad, el riesgo. Todo esto asemeja la guerra a un juego de cartas. Es preciso no perder de vista este aspecto de la guerra; sin embargo la guerra no es un esparcimiento, ni un juego; ella resulta un medio serio de alcanzar un objetivo importante.

Los extractos hechos por Lenin en este capítulo se relacionan inmediatamente uno con el otro; son tomados de los parágrafos 24, 25, 26, 27, 28. En los parágrafos indicados, Clausewitz expone las conclusiones esenciales del capítulo I; Lenin, en sus extractos, escoge sobre todo los pasajes que caracterizan la vinculación de la guerra con la política y también aquellos en los que se habla de la naturaleza dialéctica de la guerra; por sus observaciones, introducidas en el texto y colocadas en los márgenes, y por los pasajes subrayados, Lenin matiza todavía más esta parte de las consideraciones de Clausewitz.

[7] El capítulo I del libro I de Clausewitz trata de los fines y de los medios de la guerra. En su primera parte se ajusta estrechamente al contenido del capítulo I. El objetivo de la guerra en su sentido abstracto es el desarme y el aplastamiento del adversario. La realidad, tratándose siempre de este tipo de guerra, presenta al mismo tiempo una gran diversidad de objetivos y de coyunturas, introducidos por la política. Muy a menudo, la obtención de una paz ventajosa no exige el desarme total del adversario.

Si los fines de la guerra son múltiples, sus medios por naturaleza son siempre los mismos: el único medio de la guerra es el combate. Esta doctrina de Clausewitz —tomada de la experiencia de las guerras napoleónicas— está dirigida contra los partidarios del empleo de toda clase de ardides, planes y maniobras, que parecen poder llevar la acción hasta un fin victorioso. Clausewitz critica duramente a esos hombres que pre-

tiren la espada de desfile al sable de combate. Clausewitz no pierde de vista la influencia determinante de la política sobre la guerra.

[8] La cita es extraída del libro II de Clausewitz que contiene la teoría y la metoddlogía de las ciencias militares. Clausewitz niega la posibilidad de todo dogma, de todo principio eterno e inmutable del arte militar. Según él, el arte de la guerra depende siempre, concretamente, de múltiples circunstancias, lo que anula el efecto de las leyes generales y abstractas. Esto, sin embargo, no significa en absoluto que en la guerra no sea necesario reflexionar y que el pensamiento y la ciencia no cumplan en ella ningún papel. Según Clausewitz, la teoría de la guerra debe adoptar el aspecto, el carácter y la forma de un *examen*, de un análisis crítico concreto de la situación militar dada. Cuanto más penetrante sea este análisis, más totalmente serán empleadas las fuerzas armadas en la acción.

El extracto está hecho por Lenin en el parágrafo que desarrolla el argumento según el cual es imposible formular una teoría de la guerra en una forma abstracta. Clausewitz indica la presencia de elementos morales que no pueden ser exactamente calculados; la segunda cita de este libro contiene una comparación de la guerra con el comercio, lo que explica la originalidad del arte militar y lo distingue de las ciencias y del arte. Esta comparación expresa de una manera brillante la idea básica de Clausewitz en este libro. Esta idea fue igualmente señalada por Engels en su carta a Marx del 7 de enero de 1858. La tercera cita es extraída del capítulo "sobre los ejemplos". Como resulta de las notas al margen, esta cita fue hecha de memoria.

[9] Aquí, él ha hecho alusión al libro de Scharnhorst *Le Compagnon de L'Officier* [El compañero del Oficial] *Militärisches Taschenbuch zum Gebrauch im Felde. 1793.*

Este trabajo contiene una serie de indicaciones prácticas.

[10] Cita extraída del libro III de Clausewitz, que tiene por tema la estratègia; según Clausewitz, la estrategia nos muestra cómo se utiliza el combate para alcanzar el objetivo de la guerra. La estrategia no puede ser una teoría especulativa. En su exposición Clausewitz indica los factores esenciales de la estrategia, de orden material y moral. Lenin omite toda la parte puramente militar. Sus extractos son tomados del capítulo V: "Virtud guerrera" y del capítulo VI: "La audacia".

[11] Del libro V, "Las fuerzas de combate", Lenin ha hecho tres extractos. El contenido de este libro tiene un carácter esencialmente militar y está consagrado a cuestiones tales como los campos, los centros comerciales, los barrios, el abastecimiento, etc. Las consideraciones de Clausewitz en sus detalles y particularidades deben hoy considerarse superadas; en su fundamento, ellas conservan su plena significación, incluso para nuestro tiempo. Clausewitz desarrolla aquí su idea preferida: jamás hay que "tomar las condiciones de la acción por la acción misma",

ni "el instrumento por la mano que lo dirige". En el arte militar no hay que confiar solamente en los medios de combate; lo que importa es utilizarlos hábilmente; Lenin realizó extractos de dos capítulos: del tercero: "Relación de fuerzas" y del cuarto: "Relación de las tres armas". En el primero, Clausewitz dice que en nuestra época la superioridad numérica adquiere una importancia cada vez mayor. En la historia moderna es difícil hallar una victoria sobre un adversario con el doble de las fuerzas, como ocurría en la antigüedad. Los ejércitos europeos contemporáneos son de hecho comparables entre sí por el equipamiento, el armamento y la instrucción. Según Clausewitz, no hay que deducir en absoluto que es imposible conducir una guerra con un ejército evidentemente más débil que el del enemigo. La guerra es posible en todas las relaciones de fuerzas. Tener una fuerza militar considerable es siempre preferible, pero no se puede fijar ningún límite al respecto. Puede enunciarse como regla general que cuanto más endebles son las fuerzas, menor debe ser el objetivo que se les debe asignar y más breve el tiempo de actividad posible de estas fuerzas. Pero si la desigualdad de fuerzas es tan grande que ninguna limitación del objetivo lo salva de su perdición, el oprimido no puede descansar sino sobre la superioridad moral y, en un caso extremo, ganar en una derrota gloriosa su derecho a una futura resurrección.

[12] Cita del libro VI de Clausewitz que está estrechamente vinculado con el libro VII: Clausewitz desarrolla allí una teoría dialéctica de la defensa y del ataque, los cuales no deben jamás, según él, considerarse aisladamente, pues la defensa es siempre activa; dicho de otro modo contiene elementos ofensivos, y el ataque está siempre obligado a arrastrar "el peso de la defensa". La defensa y el ataque, según Clausewitz, son siempre momentos y no partes independientes de un todo. El paso de la defensa al ataque, y viceversa, se efectúa a través de una serie de crisis por el crecimiento de ciertos elementos y la disminución de otros, es decir por el pasaje de la cantidad a la calidad. Esta doctrina de las crisis es una de las más profundas de Clausewitz. La experiencia de la guerra mundial confirmó una vez más la justeza de esta doctrina.

Del libro VI Lenin ha hecho una serie de extractos. El primero es tomado del capítulo V: "Carácter de la defensa estratégica"; en este capítulo Clausewitz desarrolla su teoría de la defensa, negando la idea misma de defensa puramente pasiva; la defensa, por sus tendencias, es agresiva. La defensa no es en modo alguno un estado próximo al síncope o a la parálisis; ella posee su espada refulgente. Habitualmente, es aquel que quiere atacar quien se prepara para la guerra. Pero, en el fondo, sería necesario que quien se defiende se prepare más.

[13] Cita tomada del capítulo VI: "Alcance de los medios de defensa". Clausewitz sitúa entre ellos: la *landwehr* [tierra de riego o de laboreo], las fortalezas, el pueblo, las *landsturm* [tierras de temporal, que dependen de las lluvias], y los aliados. La cita de Lenin es extraída del parágrafo "El pueblo". Los habitantes de una comarca, incluso privados de

medios de defensa activa, o de rebelión abierta, tienen una influencia sobre la marcha de los acontecimientos militares por su simpatía general y por los innumerables servicios que pueden brindar a la parte amiga. En un país hostil, todas las operaciones están acompañadas de fricciones. Los servicios grandes y pequeños que los habitantes brindan a los "suyos" son incalculables. En particular, los referidos a informaciones sobre el enemigo que aclaran los movimientos tanto de los pequeños como de los grandes destacamentos.

[14] Cita extraída del mismo capítulo VI: en el parágrafo titulado "Los Aliados". Clausewitz dice que un país que se defiende encuentra en todos los estados aliados naturales, interesados en el mantenimiento del orden existente. La tendencia a conservar el orden existente y a impedir que uno se fortalezca a expensas del otro ha existido siempre. Es una tendencia constantemente activa, condicionada por la relación de fuerzas. Así, en el caso de una agresión, todos los estados tendrán de su parte muchos estados interesados. Es ésta una ley general a deslindar de las diversas excepciones que presenta.

[15] Cita tomada del capítulo VIII: "De diversos métodos de resistencia". Clausewitz distingue muchas clases de defensas: primer caso: el ejército ataca sin esperar al invasor; segundo caso: el ejército ocupa una posición cerca de la frontera y espera la aparición del agresor para atacar él mismo; tercer caso: el ejército, tras haber ocupado una posición de defensa, no sólo espera la aparición del enemigo ante su posición, sino que espera el ataque mismo; cuarto caso: el ejército traslada la defensa al interior del territorio. Aquí son posibles diversos procedimientos tácticos, comenzando por la batalla con el fin de rechazar a los agresores y terminando por la retirada al centro del país, con el fin de esperar que el agresor quede extenuado por sus propios esfuerzos. La elección de los medios de defensa proviene raramente de un examen detallado de todas las consideraciones "a favor" o "en contra" de una variante o la otra.

[16] Clausewitz en este sentido dice que la elección de los medios de defensa proviene raramente de un examen detallado de todas las consideraciones "a favor" o "en contra" de una variante o la otra.

[17] Cita extraída del capítulo XVI, que trata la cuestión de la defensa en las montañas. Clausewitz afirma que, para la defensa activa, un lugar descubierto es preferible a la montaña. Esto, naturalmente, significa también de manera general que los Alpes no defienden a Italia ni los Pirineos a España. En las montañas se puede estrechar la defensa; para el agresor el pasaje de montañas exige ciertos esfuerzos. El problema de la defensa en las montañas no puede ser resuelto en abstracto sino que depende de todo un encadenamiento de circunstancias.

[18] Cita tomada del capítulo XVIII, que trata el problema de la defensa de los ríos.

[19] Cita del capítulo xxiii, "Llave del país". Clausewitz entra en violenta polémica con esos teóricos del arte militar que se apoyan principalmente sobre los medios materiales de la guerra, sobre la naturaleza del terreno, etc.... De tal forma él se alza contra la idea de "Llave del país", tal como es empleada habitualmente. Una tal "llave" en general no existe. En un país no hay ningún punto cuya posesión decida la conquista de todo el territorio. En la guerra es el combate lo que decide todo y la forma en que son puestos en acción los medios de combate.

[20] Cita tomada del capítulo xxviii, que trata, como el capítulo xxvii, la cuestión de la defensa del escenario de las operaciones militares. En la defensa Clausewitz distingue dos momentos: la espera y la decisión. La defensa no debe de ningún modo desembocar en la expectativa. Al mismo tiempo no se puede dejar de reconocer que muchas veces, durante una guerra, los dos adversarios no desean un choque decisivo; en este caso la guerra se asemeja a la simple observación recíproca.

[21] Continuación de citas extraídas por Lenin del capítulo xxx. El capítulo xxx, como los capítulos xxvii, xxviii y xxix, es una prolongación del capítulo xxvi. Pero tiene un título particular: "Defensa de un escenario de guerra cuando no se busca ninguna decisión". Clausewitz examina aquí las campañas donde la voluntad positiva de vencer fue muy débil, o en todo caso ella no bastó para tender hacia un objetivo cueste lo que cueste y precipitar una decisión. En estas campañas hay también agresores, pero éstos no persiguen un objetivo definido; se esfuerzan sobre todo por utilizar todas las circunstancias favorables. En este caso, el ataque se parece mucho a la defensa, toda vez que la actividad del agresor no está sometida a la necesidad lógica de perseguir un objetivo sin desviarse. La historia militar nos muestra que las campañas de este tipo son las más numerosas; su número es tan importante que las otras pueden ser consideradas como excepciones a una regla. Tales fueron las campañas de Aníbal, de Fabius Cunctator, de Luis XV, las campañas de Daun y de Federico II; sin embargo, basándose en este testimonio histórico, no se debe concluir que ése sea el carácter de la guerra en general. Por el contrario, según Clausewitz esta experiencia muestra a menudo un aspecto falso de la esencia de la guerra. Esta esencia se manifiesta más claramente en las guerras de la Revolución francesa y en las campañas de Napoleón. En estas campañas se reveló el verdadero rostro de la guerra; aquí, el ataque estaba sometido a la necesidad lógica de alcanzar infaliblemente un objetivo. La Revolución francesa nos enseñó a tomar el asunto a manos llenas y a no tocarlo sólo con la punta de los dedos.

Según Clausewitz, estas campañas, en las que una voluntad de vencer no está claramente expresada, son semiguerras, y no es de ellas de donde hay que partir para explicar la naturaleza de la guerra; por el contrario, ellas requieren ser explicadas por la verdadera guerra.

En estas campañas en las que la voluntad de vencer es débil, el ataque, en lugar de tender hacia un objetivo, tenderá hacia múltiples objetivos

muy diferentes; el agresor puede tender a ocupar las más vastas regiones posibles del país del adversario sin combate, apoderarse de depósitos y de bases esenciales, siempre sin combates importantes, tomar una fortaleza sin defensa, librar incluso un combate feliz, pero sin gran riesgo y sin mayores consecuencias, principalmente por los trofeos y el honor de las armas.

Uno acecha la ocasión de un combate y se esfuerza con habilidad por crear la puesta en escena adecuada. En respuesta aquel que se defiende protegerá sus fortalezas poniéndose adelante y defenderá el país diseminándose (sistema de cordones).

En general, en este tipo de operaciones, según la justa expresión de Clausewitz, las ganancias y pérdidas se pagan caro, y toda actividad se reduce a operaciones de detalle.

En ausencia de nada esencial ni real, lo que tiene poca importancia en el sistema de operaciones militares adquirirá naturalmente una importancia particular y se transformará en el centro de la atención.

Ante todo, pasarán a primer plano los problemas topográficos. Cuando se trata de defender el territorio, las reservas, los fuertes, en la posición más extendida, los obstáculos locales: ríos, montañas, bosques, pantanos, adquieren una gran importancia. Los oficiales de ingeniería especialistas en este arte, actuando según argumentos topográficos, paralizarán la voluntad de los jefes enérgicos. Los generales comienzan a ver las montañas únicamente como desfiladeros, las operaciones son reducidas a un tipo que no corresponde ya a las circunstancias, surge una nueva clase de generales que cae bajo la influencia exclusiva de estos "especialistas" de ingeniería.

Las maniobras comienzan también a cumplir un papel particular. En esas campañas, el general hace malabarismos con una pequeña y miserable espada, pues ya no tiene en sus manos el pesado sable de la verdadera guerra. Sobre la base de la experiencia de una serie de guerras, se le ha asignado un lugar particularmente importante a la teoría militar de las maniobras, principalmente en la guerra de defensa.

Durante estas maniobras, una y otra parte rivalizan en habilidad. Pero como el arte de la guerra depende también del azar y de la suerte, esta práctica transforma la guerra en juego. Algunos generales de talento han conducido este juego hasta su mayor perfección. Muchos teóricos han querido ver allí la suma del arte militar.

La Revolución francesa nos llevó de golpe a otro mundo de fenómenos de guerra. Esta falsa teoría, en muchos casos, ha predeterminado el fracaso de quienes con las armas en la mano marcharon contra los ejércitos de la Revolución francesa y contra Napoleón.

[22] El tomo III contiene el libro VII que trata del ataque, el libro VIII: "Del plan de guerra", y los apéndices, entre ellos las lecciones que diera Clausewitz en 1810, en 1811 y en 1812 al príncipe heredero de Prusia.

El libro VII, "La ofensiva", tanto por su contenido como por su método, está en relación directa con el libro VI: "La defensa". La defensa y el

ataque están en estrecha interdependencia y se proyectan una en el otro. Las citas de Lenin están extraídas del capítulo II: "Naturaleza de la ofensiva estratégica"; allí se descubre la naturaleza dialéctica del ataque.

Otros capítulos, que tienen esencialmente un carácter militar, tratan sobre el ataque en los pantanos, en los bosques, de la toma de fortalezas, etc.... Lenin no ha hecho extractos.

[23] Cita del capítulo II del libro VII: "Naturaleza de la ofensiva estratégica."

[24] Cita extraída del capítulo III del libro VII: "Propósitos de la ofensiva estratégica."

[25] Es del libro VIII: "Del plan de guerra", del cual, comparativamente, Lenin ha hecho el mayor número de extractos.

Se puede mirar el libro VIII como una unidad: en todo caso, en la disposición de los materiales, hay una gran interrelación y, por el contrario, ciertos detalles están insuficientemente elaborados. Este libro es uno de los mejores que han sido escritos sobre el tema de una planificación en el arte de la guerra. Clausewitz, desde el principio, destaca la importancia del plan en la guerra. En el plan de guerra se concentra toda la actividad militar. El plan de guerra incluye el objetivo último y definitivo en el que se fundamentan todos los objetivos particulares.

Es en ese plan donde se encuentra la expresión del proyecto fundamental que da su orientación al conjunto; el plan prescribe igualmente la magnitud de los medios y la medida de la energía; su influencia se extiende a los últimos detalles.

Establecer un plan justo es una tarea que está lejos de ser fácil, si queremos enfocar este problema desde el punto de vista de los principios. Los principios en este caso son absolutamente indispensables. Hay que tener un punto de vista sobre el tema, fijarse un objetivo claro y calcular los medios de acuerdo con ese objetivo. Un plan sin principios no vale nada.

Es indispensable elaborar con rigor un plan de guerra, pero al mismo tiempo hay que reconocer que la lógica es aquí un instrumento incómodo y sin flexibilidad. En su lenguaje expresivo, Clausewitz enuncia así esta idea: la guerra resulta unas veces más otras veces menos la guerra. Su carácter es por esencia cambiante. Hay que vencer esta movilidad, sondear los caminos cerrados de este terreno movedizo.

Clausewitz vio una salida a esta dificultad básica en la distinción dialéctica de la guerra —la guerra absoluta— y la guerra tal como se presenta en la realidad. Aquí Clausewitz se limita a repetir y a desarrollar sus ideas. La guerra no puede ser conocida en sí misma. Consideradas en sí mismas, todas las guerras, incluidas las guerras de Napoleón, aparecen truncas, carentes de ligazón interna, se disgregan en una serie de elementos contrarios.

Para forjar una unidad donde se reúnan todos esos contrastes que configuran la guerra, hay que admitir que la guerra no es un hecho

independiente sino que representa sólo una parte de las relaciones políticas.

Cuando se observa la guerra como un simple instrumento de la política, ella deviene nuevamente un elemento único; se hace posible considerar todas las guerras como si fueran de la misma naturaleza.

Las guerras, según su carácter, serán ordenadas en una serie determinada, siguiendo su grado de intensidad; la experiencia de la guerra resulta una continuidad dependiente de la política; si la política tiende hacia la grandeza y el poder, la guerra se le asemejará, y puede incluso elevarse hasta una expresión absoluta de sí misma.

Clausewitz sustenta su conclusión teórica sobre la experiencia de la historia militar. Las guerras fueron conducidas con una intensidad muy variable y las fuerzas puestas en acción fueron más o menos importantes. En particular, las guerras de gabinete, en las que el pueblo no tomaba parte, no pudieron ser conducidas con la plena tensión de las fuerzas.

La guerra tomó un carácter absoluto a partir de la Revolución francesa. Es difícil presagiar el porvenir pero es muy probable que las guerras futuras sean conducidas con una tensión no menor que las guerras de Napoleón. [El editor del volumen 12 de las *Recopilaciones leninistas* hizo esta advertencia en 1930.] Aunque de hecho no es imposible que nuevamente los gobiernos se alejen del pueblo y que entonces las guerras retomen un carácter poco activo, y degeneren en una simple observación mutua de los ejércitos combatientes.

Aplicando esta conclusión a la cuestión de la planificación en el arte militar, Clausewitz muestra ante todo que durante la elaboración de un plan de guerra o de campaña, es absolutamente necesario referirse a la política. Definir la amplitud de todos los recursos de los que es necesario proveerse para la guerra no es posible más que cuando se conoce el objetivo político, tanto el propio como el del adversario, cuando se conocen las fuerzas respectivas de los estados y sus relaciones interiores, el carácter de los gobiernos y de los pueblos, las vinculaciones políticas de un estado dado con los otros estados.

Es absolutamente evidente que deducir todas las consideraciones en pro y en contra, comprender y apreciar un tema tan variado es imposible por los únicos métodos banales del examen. Las evaluaciones son de carácter muy complejo: "Éstos son los problemas matemáticos que hacían temer a Newton de sí mismo."

Muchas de nuestras conclusiones en la elaboración del plan serán subjetivas y sólo verosímiles en la medida en que las consideraciones y los cálculos políticos nos provean de un firme punto de apoyo, pues son ellos quienes definen la guerra y sus rasgos generales.

Es que el arte militar, en su punto más alto, deriva de la política, remplazando la correspondencia diplomática por batallas sangrientas. Hay que atribuir las derrotas militares esencialmente a una falta de firmeza en la política; el punto de vista puramente militar sobre la guerra y sus perspectivas es falso en su fundamento. Esta conclusión categórica de

Clausewitz es extremadamente curiosa, pues él era militar de carrera.

En correlación con este establecimiento de principios generales, Clausewitz examina los planos de guerra, tanto en las guerras que apuntan hacia objetivos limitados como en aquellas en las que el objetivo es derrotar al adversario.

El libro concluye con un plan de guerra contra Francia, interesante en el sentido de que encuentra su realización en la guerra franco-prusiana de 1870-1871.

Lenin ha hecho de este libro una serie de extractos, principalmente del capítulo VI, que él considera como el más importante; este capítulo está citado casi íntegro por Lenin.

[26] Se denominan guerras de Silesia a las tres guerras que Federico II hizo a Austria por la posesión de Silesia. La primera guerra tuvo lugar en 1740-1742, la segunda en 1744-1755, la tercera, la "Guerra de los siete años", duró de 1756 a 1763. La importancia histórica de estas guerras reside en el hecho de que Prusia surgió allí por primera vez como una gran potencia, apoyándose sobre un ejército bien disciplinado.

[27] La Revolución francesa introdujo tres grandes transformaciones en el arte militar: el ejército fue reclutado entre todos los ciudadanos, el acceso a los más altos cargos era abierto y no dependía del origen, la táctica de línea fue abandonada, las guerras tomaron un carácter determinado.

[28] La "Guerra de los siete años" comenzó en 1756 y terminó en 1763 Tuvo lugar entre Prusia e Inglaterra, por una parte, y Austria, Francia, Sajonia, Rusia y Suecia por la otra. Los principales resultados de esta guerra fueron: el crecimiento de la influencia política de Prusia, en tanto estado, en detrimento del poder colonial de Francia.

[29] "Compendio de enseñanzas militares" (exactamente: *Compendio de la enseñanza militar dada por el autor en los años 1810, 1811 y 1812 a Su Alteza Real el príncipe heredero — Ubersicht des S. Kōnigl, Hoheit dem Kronprinze in den Jharen 1810, 1811 und 1812 von Verfasser ertheilten militarischen Unterrichtes)* contiene una exposición sintética de las ideas fundamentales de Clausewitz sobre el arte militar: la estrategia y la táctica. Comprende cuatro partes: 1] el principio relativo a la guerra en general; 2] la táctica o la teoría del combate; 3] la estrategia; 4] la aplicación en tiempos de guerra de los principios expuestos. La cita hecha por Lenin se encuentra en la parte: Estrategia.

I CARTA DEL CORONEL E. RAZIN*

Querido camarada Stalin: Si es posible, le pido encarecidamente me aclare las siguientes cuestiones:

1] ¿Han envejecido las tesis de Lenin respecto de Clausewitz?
2] ¿Cuál debe ser la actitud hacia la herencia teórico-militar de Clausewitz?

He perdido la claridad en estas cuestiones después de haber leído "Clausewitz y la ideología militar alemana", artículo escrito por el teniente coronel Mescheriakov y que fuera publicado en nuestra revista militar *El pensamiento militar,* núms. 6-7 del año 1945.

En el año 1944, en la Academia Superior Militar Vorochílov, me correspondió intervenir para refutar las afirmaciones del jefe adjunto de Asuntos Políticos de la Academia, coronel Bas, respecto de la necesidad de revisar a Lenin en esta cuestión. Me parece que el artículo publicado por *El pensamiento militar* no hace sino reflotar esta tesis del coronel Bas. En consecuencia, ¿ha procedido correctamente la redacción al insertar el mencionado artículo?

Si se admiten las tesis centrales de estas reflexiones sobre la obra de Clausewitz, llegaríamos a las siguientes conclusiones:

□ "Predominio de las concepciones reaccionarias en las obras de Clausewitz" (p. 93).
□ "Incomprensión de la naturaleza y esencia de la guerra" (p. 110).
□ "Está por debajo de las concepciones teórico-militares de su época" (p. 110).

Como es sabido, Lenin calificó a Clausewitz como uno de los más

* El 30 de enero de 1946, el coronel E. Razin, profesor de historia militar de las academias soviéticas, formuló una consulta al mariscal Stalin —a raíz de un artículo aparecido en una revista especializada— tendiente a que éste aclarase cuál debía ser la actitud a seguir respecto de la herencia teórico-militar de Clausewitz y otros problemas conexos.

profundos escritores sobre problemas militares, como uno de los más grandes escritores militares, como uno de los más renombrados escritores en filosofía de la guerra y en historia de la guerra, y cuyas ideas se han convertido en indudables adquisiciones de todo hombre que razona. (Vladimir I. Lenin, *Obras completas*, t. XVIII, pp. 197 y 249; t. XXII, p. 511; t. XXX, p. 333.)

De este modo la apreciación leninista de Clausewitz aparece en contraposición directa con la que de él se hace en el artículo publicado por *El pensamiento militar.*

Si en la apreciación de Clausewitz tiene razón Mescheriakov y no Lenin, en tal caso la autoridad del primero es demasiado insignificante para ahondar tal cuestión. Si bien es cierto que no contradice abiertamente a Lenin, de todas maneras contiene los elementos suficientes como para desorientar a nuestros oficiales y generales, todo lo cual puede acarrear serios perjuicios al ejército rojo.

Si Mescheriakov está equivocado en sus juicios sobre este problema, entonces su artículo no puede calificarse de otra forma que de salida antileninista, a la que es necesario hacer frente.

En esto está, a mi entender, lo políticamente dañino del citado artículo.

Así, pues, no es éste un "mero problema teórico-militar", sino un problema político, razón por la cual he decidido dirigirme al Comité Central del Partido Comunista (b), a usted, querido camarada Stalin.

Las indicaciones precisas y a la vez detalladas respecto de este problema tienen fundamental importancia a efectos del cumplimiento de la orden en la cual usted señalaba serios defectos de la revista teórico-militar *El pensamiento militar,* a la vez que planteaba ante ella una serie de grandes tareas concretas.

Para la avanzada ciencia militar soviética en general, y para nuestra ciencia teórico-militar en particular, constituye un problema fundamental saber cuál debe ser nuestra actitud hacia la herencia familiar del pasado. Nosotros tenemos en los clásicos del marxismo-leninismo claras y precisas orientaciones, una completa asimilación de todo lo que dio la ciencia precedente, una elaboración crítica de todo lo creado por el pensamiento humano, la comprobación en la práctica. (Lenin, *op. cit.*, t. XXV, p. 387.) "La cultura proletaria debe ser el desarrollo natural de aquellas reservas del conocimiento que la humanidad elaboró bajo el yugo de la sociedad capitalista, la sociedad de los funcionarios." Esto corresponde por completo, también, a la cultura militar.

Por consiguiente, las realizaciones de la cultura burguesa no las rechazamos fundándonos, por ejemplo, en que tales realizaciones fueron utilizadas, como es sabido, por los fascistas, en beneficio de la barbarie más salvaje.

Las realizaciones de la cultura burguesa las utilizamos para la construcción del socialismo, para la edificación de la sociedad comunista. Pero nosotros no asimilamos mecánicamente toda la suma de conocimientos de la ciencia burguesa; nosotros volvemos a elaborar este conjunto críticamente y sobre nuevas bases económicas, sociales y políticas, impulsando, así, la ciencia hacia adelante.

Dos son las formas fundamentales de crítica generalmente conocidas:

La forma inferior investiga las alteraciones de sentido, lo idealista, lo mecánico, los puntos de vista reaccionarios, etc., y desde el principio rechaza todo esto en su conjunto.

La forma superior, a su vez, efectúa una nueva elaboración crítica: tras una forma incorrecta sabe encontrar el grano de contenido positivo, lo conserva y lo desarrolla.

Es mucho más fácil descubrir los defectos generales (idealismo, metafísica, mecanicismo), que para la etapa inicial de la crítica tienen un importante significado positivo. En cambio resulta más difícil la reelaboración crítica, en la que es necesario encontrar los aspectos racionales, los cuales deben ser conservados y desarrollados. "Mucha tierra excavan los buscadores de oro, y encuentran poco oro" (Heráclito).

Precisamente en este grado superior de crítica debe situarse también nuestro pensamiento teórico-militar. Por el contrario, el artículo de Mescheriakov nos empuja directamente hacia atrás. Y en esto está, creo yo, lo teóricamente dañino de él.

¿Es justa mi apreciación de que el autor del artículo no ha comprendido para nada a Clausewitz y que por eso nos recomienda renunciar a esa herencia teórico-militar?

Engels tenía razón cuando afirmaba que "un hombre que juzga a cualquier filósofo, no por la parte perdurable y progresista de su obra, sino por lo que es necesariamente transitorio y reaccionario —por el *sistema*— habría hecho mejor en callarse". (Carta de Engels a Konrad Schmidt del 1 de julio de 1891.)*

¿Acaso sería justo arrojar por la borda no sólo lo idealista, lo metafísico, etc., sino también todo lo positivo que Clausewitz nos legó en lo que respecta a la teoría militar?

* Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1973, p. 389.

¿No repite Mescheriakov los errores de Pekrovki, que, como se sabe, fueron claramente condenados por el Comité Central del Partido Comunista (b)?

¿O acaso es posible que a la luz de la experiencia de la Gran Guerra por la patria toda la obra de Clausewitz sea considerada de un modo absolutamente distinto del que fue objeto por parte de Lenin?

La correcta comprensión de todo este problema es de fundamental importancia para todos aquellos que trabajan sobre la historia del arte militar. Cerca de quince años he empleado en la correcta preparación —para ser debidamente entregada a imprenta— de una obra en ocho tomos, de los cuales cinco están en la etapa de la revisión final. A su vez, dos tomos, aparecidos antes de la guerra, fueron rehechos fundamentalmente por mí, observando en algunas oportunidades las indicaciones efectuadas por el mariscal Shapochnikov.

De las tesis adjuntas del primer tomo y del prólogo general del trabajo, se deducen claramente los puntos de partida de mi obra. Resulta completamente evidente que los errores en los datos iniciales —en el supuesto caso de que éstos existieran— restarían valor a todo este trabajo, del que repetidamente se me afirmó era necesario al ejército rojo.

Por ello pido a usted encarecidamente, querido camarada Stalin, me aclare estas cuestiones.

30 de enero de 1946

II. RESPUESTA DEL MARISCAL STALIN

Apreciado camarada Razin: Recibí su carta del 30 de enero referente a Clausewitz y a las cortas tesis suyas, Razin, respecto de la guerra y el arte militar.

Usted pregunta:

1] ¿No han envejecido las tesis de Lenin en sus apreciaciones sobre Clausewitz?

A mi entender, la pregunta no está planteada de una forma correcta. Ante tal planteamiento del problema se puede pensar que Lenin analizó la doctrina militar y las obras militares de Clausewitz, que hizo una apreciación militar de ellas y que nos dejó en herencia una serie de tesis decisivas sobre cuestiones militares que nosotros debemos tomar como directiva. Tal planteamiento del problema está lejos de ser correcto, pues en realidad no existen en absoluto tales "tesis" de Lenin sobre la doctrina militar de Clausewitz y sus obras.

A diferencia de Engels, Lenin no se consideraba un conocedor profundo de las cuestiones militares y mucho menos pretendía ser un especialista de este tipo de problemas, no sólo en aquéllos sucedidos con anterioridad a la revolución de octubre sino tampoco respecto de los que se desarrollaron con posterioridad a la misma, es decir hasta la terminación de la guerra civil inclusive. Durante el transcurso de esta última, Lenin nos impuso la obligación —a los entonces jóvenes camaradas del comité central— de "estudiar a fondo los asuntos militares". En lo que a él se refería, nos declaraba francamente que era ya demasiado tarde para dedicarse a estudiar en profundidad los problemas militares. Esto precisamente sirve para aclarar también que en sus opiniones sobre Clausewitz y en las observaciones a su obra, Lenin no abordara los problemas propiamente militares, es decir aquéllos referidos a la estrategia y táctica militar y al de las relaciones entre ambas, el de las relaciones entre la ofensiva y la retirada, entre la defensa y la contraofensiva, etcétera.

¿Qué es lo que interesaba a Lenin de Clausewitz en el citado caso, y por qué lo elogiaba?

Lenin ponderaba a Clausewitz ante todo porque, no siendo éste

marxista, gozando en su tiempo de autoridad como especialista en cuestiones militares, confirmaba en sus trabajos la conocida tesis marxista según la cual entre la guerra y la política existe un enlace directo, que la política engendra la guerra y que la guerra es la prolongación de la política por medios violentos. La referencia sobre Clausewitz le era aquí necesaria a Lenin para caracterizar una vez más a Plejánov, Kautsky y otros como socialchovinistas y socialimperialistas.

Él alabó además a Clausewitz por el hecho de que éste destacaba en sus obras, justamente desde el punto de vista marxista, que el repliegue en conocidas circunstancias desfavorables es una forma de lucha tan legítima como la ofensiva. A Lenin le era necesaria aquí la cita de Clausewitz para poner en evidencia una vez más a los "comunistas de izquierda", que no admitían el repliegue como forma legítima de lucha. Por consiguiente, Lenin abordó los trabajos de Clausewitz no como militar sino como político, y se interesó respecto de sus obras fundamentalmente por aquellas cuestiones que demuestran el enlace de la guerra con la política. En este sentido, en lo que respecta a la crítica de la doctrina militar de Clausewitz, nosotros, herederos de Lenin, no estamos condicionados por indicación alguna de este último que sea capaz de limitar nuestra absoluta libertad de crítica.

Pero de esto se deduce que su apreciación respecto del artículo del camarada Mescheriakov (véase *El pensamiento militar*, núms. 6 y 7, año 1945) que critica la doctrina militar de Clausewitz como una "salida antileninista" y como una "revisión" de la apreciación leninista, ha fallado el objetivo.

2] ¿Debemos nosotros criticar en su esencia la doctrina militar de Clausewitz? Sí; debemos. Todos nosotros estamos obligados, desde el punto de vista de los intereses de nuestra causa y de la ciencia militar de nuestro tiempo, a efectuar la crítica no sólo de Clausewitz sino también de Molke, Schlieffen, Ludendorff, Keitel y otros representantes de la ideología militar en Alemania. En los últimos treinta años Alemania impuso al mundo por dos veces una guerra sangrienta, y en ambas oportunidades resultó vencida. ¿Es esto casual? Naturalmente que no lo es. ¿No significa esto que no sólo Alemania en su conjunto sino también su ideología militar no resistió la prueba? Sin duda significa todo esto. Es por todos conocido con qué respeto trataron los militares de todo el mundo —y entre ellos también nuestros militares rusos— la autoridad de los militares de Alemania. ¿Es preciso acabar con este inmerecido respeto? Sí, es preciso acabar con él. Pues bien, para

esto es necesario la crítica, especialmente por nuestra parte, por parte de los vencedores de Alemania.

En lo que se refiere particularmente a Clausewitz, él, claro está, ha envejecido como autoridad militar. Clausewitz fue, en suma, un representante del período manufacturero de la guerra. Pero ahora estamos en el período de la guerra de maquinarias. Y, claro está, el período de las maquinarias exige nuevos ideólogos militares. En consecuencia, es ridículo tomar ahora lecciones de Clausewitz. No es posible avanzar e impulsar la ciencia hacia adelante sin someter a un análisis crítico las tesis y opiniones envejecidas de los especialistas reconocidos. Ahora bien, esta actitud debe observarse no sólo respecto de los especialistas en asuntos militares sino también de los clásicos del marxismo. Engels dijo en alguna oportunidad que de los estrategos rusos del período ruso de 1812 el único que merecía la atención era el general Barclay de Tolli. Engels se equivocaba naturalmente, pues Kutusov estaba sin lugar a dudas a cien codos por encima de Barclay de Tolli. Y sin embargo pueden encontrarse aún en la actualidad personas que, echando espuma por la boca, defienden esta equivocada afirmación de Engels.

En nuestra crítica debemos guiarnos no por tesis y opiniones de los clásicos sino por aquella importante indicación que dio Lenin en su época: "Nosotros no consideramos en modo alguno la teoría de Marx como algo acabado e inviolable, nosotros estamos convencidos, por el contrario, de que ella colocó sólo la piedra angular de esa ciencia que los socialistas deben impulsar más allá, en todas direcciones, si no quieren quedarse rezagados en la vida. Nosotros creemos que para los socialistas rusos es absolutamente necesario el estudio independiente de la teoría de Marx, porque esa teoría da sólo indicaciones directivas generales que son aplicables en particular en Inglaterra diferentemente que en Francia, en Francia diferentemente que en Alemania y en Alemania diferentemente que en Rusia."*

Esta actitud debe ser observada por nosotros con mayor dedicación en lo que respecta a los especialistas militares.

3] En cuanto a sus escuetas tesis sobre la guerra y el arte militar, teniendo en cuenta su carácter esquemático, sólo puedo hacer observaciones generales. Empiezo diciendo que hay en sus tesis demasiada filosofía y principios abstractos. Hiere los oídos la terminología de Clausewitz a propósito de la gramática y la

* V. I. Lenin, t. II, p. 492.

lógica de la guerra. Se plantea demasiado primitivamente el carácter de partido de la ciencia militar. Hieren también los oídos los ditirambos en honor de Stalin, hasta tal punto que su lectura resulta sencillamente enojosa. Falta el apartado sobre la contraofensiva (no confundir con el contrataque). Y acá hablo de la contraofensiva después de una ofensiva del enemigo realizada con éxito, pero que no ha dado, sin embargo, resultados decisivos, y en el curso de la cual el defensor agrupa sus fuerzas, pasa a la contraofensiva e inflige al enemigo una derrota decisiva. Yo creo que una contraofensiva bien organizada es una forma muy interesante de ofensiva. A usted, en cuanto historiador, debiera haberle interesado esta cuestión. Los antiguos partos ya conocían este género de contraofensiva cuando atrajeron al estratego romano Craso y sus huestes a la profundidad del país, los golpearon después de una contraofensiva y los aniquilaron. Todo esto también lo conocía en profundidad nuestro genial estratega Kutusov, quien, como usted recordará, venció a Napoleón y a su ejército con ayuda de una contraofensiva bien preparada.

28 de febrero de 1946

ERNST ENGELBERG

III. CARL VON CLAUSEWITZ EN SU ÉPOCA

Carl von Clausewitz acababa de cumplir nueve años al estallar la Revolución francesa. La misma debía hallar intenso eco en Alemania, habida cuenta de la profundidad del desarrollo de la crisis económica, política e intelectual.

En tal sentido, a fines del siglo XVIII Alemania ya estaba madura para una revolución socioeconómica, pues también allí las condiciones feudales de producción habían devenido obstáculo para la aplicación y desarrollo de las modernas fuerzas productivas en el agro y la industria. La expansión de la producción de medios de vida y su adecuación a la demanda del mercado se habían vuelto casi imposibles, como nos lo ilustrará un ejemplo. Así, esta situación, en la que se entremezclaban propiedades rurales, catastro obligatorio y sistema productivo anticuado, en especial el cultivo por amelgas trienales, constituía una rígida barrera que impedía el cultivo de nuevas variedades y una explotación más elástica. Por su parte el campesino, a quien los señores feudales y el estado absolutista explotaban al extremo mediante gabelas e impuestos y a quien mantenían en la ignorancia, no se hallaba en condiciones de introducir nuevos métodos de cultivo. Tampoco los campesinos sujetos a la prestación personal en las explotaciones agrícolas del este del Elba tenían interés en adecuarse a ellos. Sólo siendo libres podían los campesinos apropiarse conscientemente de los nuevos métodos de producción. ¿De qué otro modo habría de surgir en ellos el impulso en tal sentido? También era necesario ser libres para poder actuar en mayor proporción como compradores de mercancías de explotaciones capitalistas o, llegado el caso, como vendedores de su propia mercancía, la fuerza de trabajo.

Las condiciones feudales del agro impedían asimismo el progreso de las fuerzas capitalistas en la manufactura y la industria, las cuales habían madurado en el seno de la sociedad tradicional para tener una misión con proyección de futuro. Éstas se hallaban ominosamente obstaculizadas, sobre todo por la fragmentación nacional, las enmohecidas y patriarcales disposiciones corporativas y la

tutela estatal de un sistema mercantil devenido infructuoso.[1]

Libertad en la producción agraria e industrial, libertad de comercio, libertad de pensamiento teórico y de acción política eran las exigencias libertarias que postulaba la burguesía como derechos presuntamente eternos e inalienables del hombre y del ciudadano.

Sin embargo, en ese momento Alemania no estaba *políticamente* madura, en modo alguno, para una revolución popular bajo la conducción de la burguesía. Por cierto que ya en 1789 hubo disturbios campesinos en el alto Rin, alborotos de la pequeña burguesía urbana y de los estratos plebeyos en el Rin medio, en Baden y en Hessen-Kassel. La negativa a prestar servicios personales y las acciones de resistencia, que inicialmente se presentaron aisladas en la región de Meissen, crecieron durante la segunda mitad de agosto de 1790 hasta constituir un movimiento general que amenazaba con abarcar todo el electorado de Sajonia. Sin ver otra cosa que a sus explotadores directos, los campesinos aún albergaban grandes ilusiones acerca del papel protector del príncipe elector, hasta que sus tropas invadieron la zona de los alzamientos de los insuficientemente armados campesinos. Mezquina y fanática de sus posesiones, temerosa ya de los estratos plebeyos de las ciudades, la burguesía propietaria abandonó, en general, a este movimiento campesino, y en algunos casos hasta lo combatió.

La región más agitada por la revolución fue Silesia. Campesinos y tejedores, oficiales artesanos de las ciudades, alemanes y polacos, todos ellos profundamente sumidos en la estrechez y la miseria, comenzaron a rebelarse ya en 1792. Pero se alzaron en forma recíprocamente aislada, tanto en cuanto a tiempo y lugar como a profesión. En la primavera de 1793, a fines de ese mismo año, y luego otra vez en 1794, a continuación del alzamiento polaco, el movimiento campesino asumió formas y dimensiones tales como si hubiese de renovarse la "guerra de los campesinos". "Los nobles son verdugos [. . .] Cuando los señores hayan sido abatidos, todo mejorará", decía con indignación un panfleto. Pero el mismo también sostenía: "Queremos un rey." En 1794 también habían entrado en agitación los campesinos de la Marca electoral, en el más propio de los dominios de los nobles prusianos.

En manifestaciones y huelgas luchaban, aquí y allá, oficiales y obreros manufactureros por su pan cotidiano y su dignidad humana. En Hamburgo, por ejemplo, se levantaron entre 7 000 y

[1] Cf. Hans Motteck, *Wirtschaftsgeschichte Deutschlands*, t. I, Berlín, 1957, pp. 357-359.

8 000 oficiales ante el aumento de los precios de los productos de primera necesidad. Libraron grandes luchan a pesar de limitaciones corporativistas que impidieron inicialmente una alianza con los obreros manufactureros no agremiados, y de otras dificultades que sólo les permitían ver a sus explotadores directos, los maestros, olvidándose de los comerciantes, quienes desde 1789 hacían ascender los precios de los cereales mediante sus crecientes exportaciones a Francia.

No existía por entonces en Alemania ni un solo estrato político con visión política de largo alcance. Tampoco la burguesía, ocupada en el comercio y la industria, había descubierto que la mejor manera de resolver los problemas urgentes de la hora era explotar con energía y precaución los poderes revolucionarios del campesinado contra el feudalismo. En el mejor de los casos, la burguesía se hallaba movida por el entusiasmo. Así, por ejemplo el comerciante hamburgués Georg Heinrich Sieveking (1751-1799) celebró el primer aniversario de la toma de la Bastilla, el 14 de julio de 1790, en su casaquinta, con la presencia del poeta Klopstock y de escritores y eruditos, con ornamentación de banderas tricolores y brindis.

Esa fiesta fue, por así decirlo, un símbolo de la unidad de los comerciantes capitalistas y los ideólogos burgueses. Poetas y filósofos, historiadores y publicistas saludaron con el más vivo interés, y mayormente colmados de admiración, el estallido de la Revolución francesa, y reconocieron en ella la ejemplar alborada de una nueva época. "Fue [. . .] un hermoso amanecer. Todos los seres pensantes cocelebraron esta época. En aquellos tiempos imperó una digna emoción, un entusiasmo del espíritu hizo estremecer al mundo."[2] Con estas palabras colmadas de *pathos* interior resumió el anciano Hegel el entusiasmo revolucionario de la época de su juventud. Y Hölderlin expresó las entusiastas esperanzas para el futuro de aquellos primeros tiempos de la revolución mediante hímnicos versos:

> ¡Majestuoso, como las estrellas errantes,
> recién despertado junto al ancho océano
> nos iluminas desde tu real lontananza,
> libre siglo venidero![3]

[2] Hegel, *Philosophie der Weltgeschichte*, t. IV; *Die Germanische Welt*, sección tercera, cap. 3, Leipzig, 1944, p. 926.

[3] Del himno de Hölderlin "A la libertad" de 1792, en Friedrich Hölderlin, *Sämtliche Werke*, Stuttgart, edit. por Friedrich Beissner, t. I, 1946, p. 141.

Así como se reflejó en Klopstock el entusiasmo revolucionario inicial de los ideólogos burgueses, también se reflejaba en él la hostilidad e incomprensión de aquéllos frente a la fase de la revolución en la cual la conducción política se sustrajo a la gran burguesía francesa. Muy pocos de los poetas y pensadores alemanes comprendieron la fase jacobina, terrorista, de la revolución. Entre esas excepciones se cuentan —aunque diferenciadamente en cuanto a su fogosidad revolucionaria y a su energía política— Georg Forster, Fichte, Hölderlin e Immanuel Kant.

Sólo después de que el 9 de Termidor de 1794 se liquidó la dictadura pequeñoburguesa y el poder volvió a manos de la gran burguesía, hombres como Klopstock o Wilhelm von Humboldt volvieron a mostrar simpatías (bien que tibias) por la situación política de Francia.

Los numerosos movimientos de los campesinos y plebeyos urbanos desde 1789 hasta 1794 quedaron aislados, estuvieron mal organizados y fueron mayormente miopes en el aspecto político. Jamás pudieron superar su espontaneidad y nunca pudieron reunirse en un movimiento nacional total. Por su parte, eso llevó en 1792 al trágico aislamiento y desconocimiento de los clubistas de Maguncia, quienes instauraron la primera república democrática en territorio alemán.

El desmoronamiento político-nacional de Alemania, fragmentada en más de trescientos estados y pequeños estados, que iban desde las grandes potencias de Austria y Prusia hasta los más pequeños villorrios en un ridículo abigarramiento, no permitió que surgiera una clase poderosa y de gran visión como dirigente del movimiento revolucionario ni un centro en una capital que lo dominara todo, como ocurrió en el caso de Paris en Francia. El Sacro imperio romano de la nación alemana ya era, desde muchísimo atrás, una estructura política sin fuerza interior ni exterior. Las limitaciones provinciales y de clases obstaculizaban una y otra vez el movimiento del pueblo. Así se reveló, precisamente en medio de esta época de fermento revolucionario, cómo el problema social estaba imbricado del modo más complejo con el problema nacional. Uno no podía resolverse sin el otro.

Pero aunque el absolutismo y sus adláteres nobiliarios sostuvieron con éxito, durante esos años de aguda crisis del feudalismo, la lucha de clases en el terreno interno, experimentaron no obstante y en última instancia una grave derrota en la lucha de clases hacia el exterior, en la guerra de intervención de Prusia y Austria contra la Francia revolucionaria, comenzada en la primavera de 1792 y

que se expandió a comienzos de 1793 para convertirse en la primera guerra de coalición, bajo la dirección de Inglaterra.

En la paz particular de Basilea de 1795, Prusia selló su incapacidad en un doble aspecto: no pudo llevar a cabo exitosamente una guerra contra la Francia burguesa ni tampoco pudo contribuir con eficacia a proteger a Alemania de los esfuerzos anexionistas y hegemónicos de la gran burguesía francesa. Frente a Francia, Prusia otorgó su conformidad (pero hasta entonces aún mantenida en secreto) para la anexión de la margen izquierda del Rin.

Año tras año el problema nacional iba asumiendo un primer plano cada vez más prominente, sin perder su vinculación dialéctica con el problema social. Pues por una parte el pueblo alemán no podía resolver el problema social de aquella época —vale decir, la trasformación burguesa de las condiciones sociales— mientras que, por la otra, las fuerzas y poderes feudales agresivos hacia adentro y hacia afuera no estaban en condiciones de proteger a Alemania, frente a la no menos agresiva Francia de la gran burguesía. Veremos luego que en el curso de la evolución ingresaron a las filas del movimiento nacionalista burgués personalidades que hasta ese momento apoyaban sin reservas la causa del absolutismo, sobre todo oficiales y funcionarios de la administración.

Bajo este aspecto debemos considerar la evolución de Carl von Clausewitz. Los antepasados de Clausewitz, nacido el 1 de junio de 1780 en Burg, cerca de Magdeburgo, fueron sacerdotes, profesores y maestros. Sólo su padre fue teniente en el ejército de Federico. Aquél usurpó la partícula nobiliaria, pero de nada le sirvió para su carrera.[4] Luego de concluida la Guerra de los siete años, cuando Federico II eliminó deliberadamente a todos los elementos burgueses del cuerpo de oficiales, fue licenciado, con una mano destrozada por la metralla y por carecer de certificación para su título de nobleza, nombrándoselo recaudador de impuestos al consumo en Burg. La familia Clausewitz llevaba una existencia lamentable, en el último peldaño de la jerarquía funcionarial. En consecuencia, por origen familiar obraban dos fuerzas impulsoras en Carl von Clausewitz: por una parte, lo dudoso de su partícula nobiliaria lo obligaba a él y a los miembros de su familia a forzar, por así decirlo, el espíritu prusiano y el "sentimiento de casta"[5]

[4] Resultados de una investigación recopilados en la "Introducción" de Eberhard Kessel a Carl von Clausewitz, *Strategie aus dem Jahre 1804...*, Hamburgo, 1937, p. 9.

[5] Carl von Clausewitz, *Politische Schriften und Briefe*, Munich, edit. por Hans Rothfels, 1922, p. 213.

de los oficiales, mientras que por la otra la familia Clausewitz se elevaba interiormente, en razón de su tradición intelectual burguesa, por encima de las limitaciones de la nobleza de la región situada al este del Elba.

Antes de Carl von Clausewitz ya habían servido en el ejército prusiano dos de sus hermanos, Friedrich y Wilhelm. A los doce años ingresó Carl en un regimiento de Potsdam. Aún tres décadas más tarde, y precisamente recordando la época en la cual su padre lo llevara al regimiento, confesaba que Potsdam siempre despertaba en él "ecos serios y sombríos", y que siempre se sintió allí "ajeno y solo".[6] A los trece años Carl fue trasladado al campo de batalla y participó en la campaña del Rin contra la Francia revolucionaria, en especial en el sitio de Maguncia.

Poco antes de la paz de Basilea, Carl von Clausewitz se hallaba acuartelado en casa de una familia campesina en el condado de Tecklenburg. Allí tuvo algunos meses de tiempo y de ocios como para leer y meditar. Entre otras cosas leyó escritos de los miembros de la secta denominada de los iluminados, que pudo procurarse en la cercana Osnabrück. La orden de los iluminados, creada por profesores y publicistas burgueses, ya había sido prohibida por aquel entonces y debilitada en su concepción fundamental, originariamente radical burguesa. El joven Clausewitz, reflexivo y ciertamente consciente de las tradiciones intelectuales de su familia, se pudo familiarizar entonces con las ideas burguesas de la oposición. También tuvo tiempo allí de reflexionar acerca de sus experiencias bélicas, y especialmente sobre el hecho de que en la guerra el curso de los acontecimientos era totalmente diferente a cuanto había aprendido en los campos de ejercitación de Potsdam. No podemos desgajar estas vivencias intelectuales de la evolución experimentada por Clausewitz.

Mientras Clausewitz se hallaba en la guarnición de la ciudad de Neu-Ruppin, viviendo aislado de los acontecimientos del ancho mundo, se producían sucesos políticos significativos para Alemania y Europa. Dentro del complejo juego de las fuerzas europeas, Inglaterra —país de agricultura progresista y de una industria en

[6] Cf. Carta a Marie von Clausewitz del 18 de mayo de 1821, en Karl y Marie von Clausewitz, *Ein Lebensbild in Briefen und Tagebuchblättern*, Berlín, edit. por Karl Linnebach, 1916, p. 410. El intercambio epistolar de Carl von Clausewitz y su novia y luego esposa fue publicado por primera vez en Karl Schwartz, *Leben des Generals Carl von Clausewitz und der Frau Marie von Clausewitz geb. Gräfin von Brühl. Mit. Briefen, Aufsätzen, Tagebüchern und anderen Schriftstücken*, t. 1 y 2, Berlín, 1878.

poderoso ascenso y un comercio en escala mundial— era el adversario más peligroso y empecinado de la nueva Francia de la gran burguesía. Con esta nueva Francia le surgió a Inglaterra un competidor que amenazaba con cerrarle sus mercados en ultramar y en Europa, y que por momentos lo hizo en efecto. Por ello Inglaterra, salvo una breve interrupción después de la Paz de Amiens (1802), libró guerras contra Francia durante veinte años, y financiaba una y otra vez a los países feudales de Europa que se hallaban en guerra con su enemiga.

Durante las campañas de la primera guerra de coalición, que concluyó en 1797 con la paz de Campo Formio, y con mayor razón aún en la segunda (1799 a 1801), que finalizó con la paz de Lunéville, el general Napoleón Bonaparte pasó a ocupar un primer plano cada vez más destacado tanto en el aspecto militar como en el político. Mediante el golpe de estado del 9 de noviembre de 1799 se hizo proclamar Primer cónsul, primeramente por un lapso de diez años, y luego, en 1802, en forma vitalicia, para finalmente, en 1804, y apoyándose en el ejército, hacerse proclamar emperador de los franceses.

En la paz de Campo Formio, Austria, tal como lo había hecho Prusia en 1795, accedió a la cesión de la margen izquierda del Rin; un congreso convocado en Rastatt estaba destinado a producir disposiciones más detalladas acerca de la indemnización de los príncipes alemanes. Vale decir que tampoco la monarquía de los Habsburgo tenía capacidad ni decisión como para defender con eficacia los intereses nacionales de Alemania. La paz de Lunéville contenía, en esencia, las mismas disposiciones que la de Campo Formio. Para completar la humillación nacional se determinó que, en ocasión de la nueva reagrupación de las provincias alemanas, Francia tendría, junto con Rusia, el derecho de participar, lo que equivale, en el fondo, al derecho a decidir.

A pesar de su autocratismo, chovinismo e imperialismo,[7] Napoleón abogaba por el progreso histórico frente a las fuerzas y potencias *feudales*. Era antifeudal, pero al mismo tiempo antidemocrático con respecto a su propio pueblo e imperialista con respecto a los demás.

[7] Cf. V. I. Lenin, *Der Tilsiter Frieden — eine Wendung zu einem gewaltigen nationalen Aufschwung Deutschlands* (nota al pie), en Karl Marx, Friedrich Engels, Vladimir I. Lenin y J. Stalin, *Zur deutschen Geschichte*, t. II, Berlin, 1954, p. 17: "Califico aquí de imperialismo al despojo de otros países en general, y como guerra imperialista a una guerra de salteadores por el reparto del botín."

La Francia napoleónica era enemiga de los derechos populares y de la democracia, un país de explotación capitalista en el que la gran burguesía se afanaba por poner a Europa al servicio de sus intereses y beneficios. Pero estaba libre de toda atadura feudal: los campesinos ya no estaban sometidos a los terratenientes, ya no estaban obligados a tributar gabelas y prestaciones personales feudales; los obreros ya no estaban oprimidos por disposiciones restrictivas; la burguesía podía obedecer sin inhibiciones a la consigna de "Enrichissez-Vous!" ["¡Enriqueceos!"]. El país estaba libre del egoísmo provincial y perseguía objetivos político-universales más poderosos que los estados y pequeños estados alemanes.

Al igual que su posición fundamental, también la influencia de Napoleón resultó ambivalente. Su acción fue más o menos revolucionaria en lo que respecta al progreso burgués. Sin embargo, a ello se vinculaba la instauración de la dominación imperialista de Francia en la Europa central y meridional.

En Alemania —para citar sólo *un* ejemplo— la resolución principal de la diputación imperial de 1803, inspirada en lo fundamental por Napoleón, eliminó las peores consecuencias del sistema de pequeños estados alemanes, en algunos territorios allanó el camino para algunas reformas políticas, facilitó la lucha política de los liberales y demócratas y favoreció el progreso económico. Pero con la simplificación del mapa político de Alemania, el particularismo ascendió de la posición de provincialismo a la de país intermedio. Los estados particularistas, a quienes la resolución principal de la diputación imperial había fortalecido, se revelaron durante el siglo XIX y hasta la fundación del Reich en 1870-1871 como los más encarnizados adversarios de la unidad alemana. Además, esos estados particularistas se convirtieron, en el juego de las fuerzas europeas, en instrumentos más eficaces y más fácilmente controlables para las grandes potencias, en especial para Francia y Rusia. Eran palancas de más fácil manejo, para iniciar intrigas extranjeras, que las ridículas estructuras enanas de ducados, condados, ciudades imperiales y abadías.

Lo históricamente progresista de Napoleón se manifestó sobre todo en el aspecto militar, lo tornó superior a todos los pequeños y grandes potentados de la Alemania feudal. Convirtió en su sistema a todas las conquistas militares creadas por los ejércitos revolucionarios. Su estrategia y su táctica, que le valió tremendas victorias sobre los ejércitos de Austria y sus aliados, radicaba en las nuevas condiciones sociales que se habían originado en virtud de la Revolución francesa. Los ejércitos feudales, que constaban de

campesinos que no gozaban de libertad —mayormente reclutados con ayuda de la gendarmería— y de mercenarios extranjeros, sólo podían mantenerse en su cohesión mediante un entrenamiento bárbaro. Durante la batalla, esos soldados avanzaban en líneas compactas y firmemente cerradas, hombre con hombre, lo cual los tornaba rígidos e inmóviles.

En esos ejércitos era necesaria una rigidez semejante a fin de que permaneciesen firmemente unidos los soldados, en quienes no confiaban los propios oficiales. El soldado individual era sólo un miembro severamente vigilado, entrenado y que obraba ciegamente, de una formación militar que se movía como una máquina. De ningún soldado se esperaba —ni podía esperarse— iniciativa ni pensamiento propios. Durante la batalla, los soldados intentaban disparar —aunque mayormente sin éxito— de acuerdo a un fuego de pelotón severamente regulado, según habían aprendido en los campos de entrenamiento.

Otra era la situación en el ejército francés. Éste no constaba de siervos obligados a ingresar en él ni de mercenarios, sino de campesinos que habían conquistado, durante la revolución, su libertad personal y tierra como propiedad libre. Constaba de obreros que conocían la libertad de trabajo. Los ejércitos napoleónicos, muy lejos del patriotismo, del democratismo y del humanismo revolucionarios del período precedente, y aunque ya colmados del afán de saqueo y conquista, tuvieron aún, durante muchos años, algo de impulso misionero. No era necesario mantener vigilados a estos soldados a cada paso. Una conducción hábil podía confiar en su entusiasmo y voluntad para la lucha. En proporción cada vez mayor operaban como tiradores individuales en orden suelto y adaptándose al terreno. En eso consistió la táctica napoleónica de los *tirailleurs*. Éstos pasaban al ataque en columnas cerradas, incitándose mutuamente, constituyendo así arietes masivos, impulsados por un ímpetu interior, frente a los cuales quedaban en inferioridad de condiciones las formaciones moral y físicamente casi inmóviles de los ejércitos feudales. La nueva táctica consistía, pues, en una combinación del fuego de los *tirailleurs* y de columnas de ataque cerradas.

Una mayor movilidad y una estructuración más apropiada de las asociaciones de tropas —vale decir que las divisiones se componían ahora de todos los géneros de armas— permitían maniobrar rápidamente para lograr una superioridad numérica en el instante y el lugar decisivos. La estrategia tenía por finalidad aniquilar las huestes enemigas. Ya no se trataba, como en la antigua estrategia

feudal, de expulsar o lograr, mediante maniobras, la salida del enemigo, especialmente de determinadas posiciones o territorios, sino de aniquilarlo.

Contra el imperialismo napoleónico —que no obstante representaba el progreso burgués— la lucha desde el bando alemán sólo hubiese podido llevarse a cabo en forma justa y victoriosa a partir de dos condiciones fundamentales: debía basarse asimismo en lo político y en lo militar, en el progreso burgués, y por otra parte debía apuntar hacia la solidaridad alemana, o cuando menos debía intentar despertar un patriotismo alemán general.

Ninguno de los príncipes ni ninguna de las clases de entonces en Alemania estaba en condiciones de desarrollar la voluntad de resistir ni de agrupar las acciones de resistencia espontáneas que se manifestaban de vez en cuando de manera tal que la lucha contra la Francia imperialista pudiese estar a la altura de la época.

En torno al archiduque Carlos, comandante del ejército imperial y de las fuerzas armadas austriacas, se originó algo similar a un partido nacional patriótico, compuesto en especial por algunos caballeros imperiales y burgueses de las ciudades del Imperio. Pero precisamente a este partido patriótico nacional le eran ajenas las ideas reformistas liberales burguesas. Su "patriotismo" no era democrático sino que apuntaba al fortalecimiento de la antigua constitución imperial. Sus planes y medidas para formar una reserva campesina se asemejaban mucho más al proceso de armar a los campesinos en la Vendée contrarrevolucionaria que al de armar y organizar los ejércitos de *sansculottes*. Su patriotismo imperial representaba la limitación local de las pequeñas clases imperiales, así como el egoísmo de gran potencia de los Habsburgo, quienes no querían perder su predominio en la Alemania del sur.

En tanto que los príncipes se hallaban inclinados a algunas (aunque modestas) reformas burguesas, los guiaban exclusivamente intereses dinásticos antes que nacionales. Precisamente esos príncipes, quienes pretendían expandir y modernizar su poderío territorial a expensas de los pequeños estados feudales, en razón de móviles egoístas comenzaron a pretender cada vez más el favor de Napoleón.

Adonde se mirara se hallaban los grandes y pequeños príncipes de Alemania, en muchos casos discordantes entre sí, colmados de una profunda enemistad y de la más necia incomprensión en su fijación de objetivos políticos, oponiéndose a todo patriotismo pangermánico honesto y generoso. Por ello no podían hacer otra cosa que traicionar la integridad e independencia de la nación alemana

y a sus propios aliados. Tal lo demostrado por Prusia en 1795 en la paz de Basilea, por Austria en la paz de Campo Formio y en Lunéville, por los príncipes centrales en la preparación de la resolución principal de la diputación imperial. Consideremos en cambio la energía, claridad y firmeza de carácter con la que los jacobinos habían logrado fusionar y entusiasmar al pueblo francés para la lucha por la salvación de la nación y sus conquistas revolucionarias.

Los príncipes de Alemania se revelaron como el obstáculo decisivo para el movimiento del pueblo alemán. Con razón pudo lanzarles después Friedrich Engels su lapidario juicio condenatorio: "Pero su mayor acto infamante fue su *mera existencia.*"[8]

¿Y la burguesía alemana? Así como había fracasado en los años revolucionarios de crisis de 1789 a 1794, de la misma manera ahora carecía de deseos y voluntad como para convocar y organizar al pueblo independientemente de las dinastías, y con mayor razón aún en contra de las dinastías, para la lucha contra los conquistadores. Lo estrecho y mezquino de la política de los príncipes alemanes tornó insegura a la burguesía alemana frente a Napoleón, quien después de todo podía presentar algunos elementos con futuro y que constituía una poderosa fuerza. Los grandes burgueses liberales se inclinaron hacia él, cuando menos durante un prolongado período.

Los burgueses de orientación más democrática cayeron en la resignación política, pues no querían defender al conquistador y autócrata extranjero ni al antiguo mundo feudal y la reaccionaria Inglaterra de los grandes capitales. Así les ocurrió a los cisrenanos Michael Venedey y el joven Görres, quienes vieron disiparse definitivamente sus esperanzas de una república renana independiente con la asunción del mando por parte de Napoleón.

Pero, ¿por qué no hallaron los alemanes de ideas democráticas, en su dilema de no poder tomar partido por el conquistador ni por sus adversarios feudales y grandes capitalistas, el camino hacia la independencia, la desconsideración y la audacia jacobinas? La estrechez política del sistema de pequeños estados de Alemania, lo opresivo del absolutismo principesco, la falta de un centro metropolitano con carácter de capital, eran todos factores que debían debilitar las energías políticas, que debían disipar el espíritu político en la literatura y la teoría. "Pobres en acciones y pletóricos

[8] Karl Marx, Friedrich Engels, Vladimir I. Lenin y José Stalin, *Zur deutschen Geschichte,* t. I, Berlín, 1953, p. 566.

de ideas", fue como definió brevemente —y no obstante en forma tan exhaustiva— Friedrich Hölderlin a los ciudadanos alemanes de la época.

Tampoco debemos pasar por alto la circunstancia de que el pueblo alemán —si hacemos abstracción del problemático episodio de Maguncia de 1792-1793— sólo vio la Revolución francesa en tierra alemana en su fase antidemocrática, en el período de la corrupción y del saqueo. Ésos eran, pues, los resultados del terror jacobino, se decían muchos alemanes, inclusive de ideas antifeudales. Muchos se vieron fortalecidos en su idea de que por la vía del compromiso con tal o cual príncipe podría alcanzarse lo que se había logrado mediante la lucha y el terror de las masas populares francesas y la audacia de los jacobinos: un agrupamiento patriótico aún mayor de la nación, su independencia y su liberación de todas las ataduras feudales.

De esta manera, Alemania se veía impotente, en su conjunto, frente a Napoleón: los príncipes, porque no pensaban en Alemania sino sólo en los intereses del poderío de sus respectivas dinastías; la gran burguesía, porque por momentos veía en Napoleón a un aliado antes que a un adversario; la burguesía y la pequeña burguesía democráticas porque, débiles desde siempre, se habían confundido frente al único modelo posible por entonces: la fase jacobina de la Revolución francesa. Los campesinos tenían grandes potencias revolucionarias, pero no podían asumir la conducción de la nación.

Sin embargo, precisamente lo desintegrado de la situación política de Alemania, su indefensión y su invalidez como estado despertaron fuerzas reflexivas. Los intelectuales alemanes estaban profundamente inquietos, y no hubo gran escritor o pensador alemán de aquella época que no se ocupase, de una manera o de otra, de la *crisis nacional*. Las tendencias burguesas nacionalistas originadas desde la paz de Campo Formio, en modo alguno concordantes aún, cada cual a su propio modo, a menudo aún a tientas, resultan no obstante inconfundibles y prepararon el movimiento nacional de 1807 contra la dominación extranjera.

Éste comenzó, en realidad, con ¡Johann Wolfgang von Goethe! En los decisivos meses situados entre la paz provisoria de Leoben, en abril de 1797 y la paz de Campo Formio de octubre de 1797, Goethe concluyó su epopeya popular y patriótica *Hermann und Dorothea,* obra que concluyó con las siguientes palabras: "Y si todos pensasen como yo, se alzaría el poder contra el poder y todos gozaríamos de la paz." La oposición nacionalista burguesa de Goe-

tile que se manifiesta en estas palabras no podía tener un efecto tranquilizador, aun cuando el clima fundamental de *Hermann und Dorothea* fuese antirrevolucionario.

Con vivo interés siguió Friedrich Schiller los acontecimientos políticos de su tiempo. Se convirtió en el autor favorito de Clausewitz, así como de la mayor parte de los reformistas militares prusianos.

Era adversario de todo cuanto fuese jacobino, menos por la decepción causada por el hecho de no producirse un movimiento popular en Alemania que por las presuntas desviaciones ocurridas en Francia. Por el contrario, internamente no estaba preparado en absoluto —más aún estaba mal preparado— para esas convulsiones revolucionarias. Tal lo que demuestra su drama *Don Carlos,* concluido en 1787, en el cual se presenta la trágica lucha por la revolución desde arriba como el problema político principal. Schiller sólo volvió a verse impulsado hacia las grandes creaciones dramáticas después de que los acontecimientos políticos hubiesen llevado el problema nacional al primer plano. La hegemonía francesa y la amenaza de la dominación extranjera en su forma más agobiante inauguraron la perspectiva real de una revolución burguesa desde arriba. Porque tal revolución —puesto que no quería ni podía tomarse en consideración la revolución desde abajo— era la condición indispensable para una resistencia exitosa contra el yugo extranjero. Y sólo en este contexto podrían unirse las fuerzas dominantes con un movimiento popular al cual, desde luego, señalara límites de antemano, en su método y objetivos. Y mientras que la epopeya *Hermann und Dorothea* de Goethe conformaba e idealizaba el mundo alemán de la pequeña ciudad, a la cual sólo relacionaba en forma distante con el contexto mayor de la política nacional y universal, la trilogía de *Wallenstein* de Schiller, concluida en los años 1797 y 1798, ingresaba al gran mundo de las luchas y decisiones políticas y militares de una significativa época de nuestra historia.[9] A Schiller le preocupaba la educación político-moral de los alemanes, a fin de que éstos, en una época en la cual se luchaba "por los grandes objetivos de la humanidad, por la dominación y por la libertad", pudiesen subsistir como nación en el círculo de los grandes pueblos.

Jamás le fue indiferente a Schiller la dignidad y grandeza de la nación alemana; veía ambas cosas en la aspiración al ideal humanista y en la apertura hacia el mundo. Al alemán "le está desti-

[9] Cf. Hans Mayer, *Schiller und die Nation,* Berlín, 1953, pp. 54-57.

nado lo supremo: perfeccionar en sí mismo la humanidad en general, y reunir en una corona lo más hermoso que florece en todos los pueblos", escribió Schiller en el esbozo de la canción *La grandeza alemana,* nacida luego de la Paz de Campo Formio o de la de Lunéville. Y precisamente a esa especial grandeza y dignidad de los alemanes que exigía, la consideraba como la premisa fundamental de su futuro político: "Aquel que forma y domina el espíritu, debe dominar en última instancia [...]"

Pero durante esos años de graves destinos de los que hablamos, ¿no escribió acaso también Schiller palabras de la más profunda resignación política? Pensemos solamente en el poema *El comienzo del nuevo siglo.* Al hablar de la tremenda oposición y lucha entre Francia e Inglaterra en la escena política mundial —"Para devorar la libertad de todos los países / blanden el rayo y el tridente"— nos ofrece una conclusión que nos causa la impresión de una huida política del mundo:

> ¡Ay!, en vano en todos los mapas
> atisbas en busca de la bienaventurada región
> donde florece el jardín perennemente verde de la libertad,
> donde florece la hermosa juventud de la humanidad...
> Hacia los serenos ámbitos del corazón
> debes huir de los apremios de la vida:
> la libertad sólo existe en el reino de los sueños,
> y lo hermoso florece sólo en el cantar.

La resignación que emana de estos versos sólo podía ser pasajera, ya que provenía de reflexiones políticas y de un deseo primitivo de actuar. Esta poesía rinde testimonio de una clara y despierta visión política. Schiller sabía qué se jugaba allí afuera, en el mundo, y lo que se ocultaba, tan a menudo, tras las grandes palabras de las consignas políticas de la hora. Ni aquende ni allende el Rin, ni en el continente ni en las islas británicas divisaba Schiller una fuerza a la cual hubiese podido adherirse, confiado. Tampoco se dejó arrastrar por el hechizo de la capacidad militar de Napoleón ni por su *pathos* de impresión revolucionaria, como le ocurriera transitoriamente a Beethoven: era demasiado clarividente políticamente para ello. Schiller tampoco era hombre de sutilezas políticas ni de una ingeniosa plática social con Napoleón, tal como la sostenida por Su Excelencia, el Consejero privado Goethe, en la reunión principesca de Erfurt: para ello se sentía —por origen y por temperamento— demasiado democrático. "El hálito

de la tiranía repugnaba a su alma libre", informaba Karoline Schlegel, quien proseguía: "Y sólo le oíamos decir: '¡Si pudiese interesarme por él! Pues de lo contrario, todo está muerto, pero no logro hacerlo; ese carácter me es adverso'."[10]

No pueden caber dudas: luego de 1797, y en especial después de 1801, el carácter patriótico (y por ello en esencia también antifeudal) de la poesía de Schiller se tornó cada vez más inconfundible y alcanzó su máxima expresión. Todas las afirmaciones en sentido contrario, incluso tratándose de las de un historiador marxista tan sobresaliente como Franz Mehring, no se corresponden con los hechos. Los dramas de Schiller, tales como la trilogía de *Wallenstein* (1797-1799), *La Doncella de Orleáns* (1802) y *Guillermo Tell* (1804) no pueden imaginarse separados de su influencia político-moral directa (precisamente también sobre los oficiales prusianos) del movimiento nacionalista de resistencia y liberación. A ello apuntaba Heinrich Heine cuando, en una oportunidad, sostuvo que las palabras de Schiller se habían convertido en hechos.

Hasta muy entrado el siglo XIX —pensemos solamente en el festival patriótico de Schiller de 1859— la obra total de Schiller era la manifestación más representativa del sentimiento nacionalista alemán. Asumía la función de los anhelos de los alemanes en el sentido de obtener la unidad nacional, la libertad cívica, la libertad de conciencia y la dignidad humana, e infundió fuerzas y confianza en la lucha por la unidad y la independencia de la nación.

En su carácter de educador político-nacionalista del pueblo alemán Schiller no estaba solo en modo alguno, a pesar de descollar. Friedrich Hölderlin, suabo al igual que Schiller, encolerizado en su *Hyperion* por el egoísmo cívico y la falta de vuelo de los alemanes, escribió durante los años que median entre Campo Formio y Lunéville poesías patrióticas de singular sensibilidad y belleza idiomática: "¡Oh, sagrado corazón de los pueblos, oh patria!" También otros preparadores y compañeros del camino del clasicismo alemán, como Wieland y Herder, exhortaron a los alemanes a cobrar conciencia de su nación. Mencionemos finalmente a Hegel, quien en su trabajo acerca de la constitución de Alemania (1801-1802) buscaba una salida para la miseria política de los alemanes.

[10] *Schillers Gespräche, herausgegeben von Julius Petersen,* Leipzig, 1911, pp. 388-389.

No podía ser de otro modo: en una época de crisis nacional, desencadenada por una sucesión de graves derrotas de los ejércitos alemanes, también los militares se vieron impulsados a someter a revisión crítica sus puntos de vista de hasta ese momento con respecto a táctica y estrategia. ¿Requería realmente el acontecer militar una trasformación de fondo, o sólo hacían falta tales o cuales enmiendas para que la fortuna de las armas volviese a ponerse de parte de los advesarios de Francia? Y si había una trasformación de base en el terreno militar, ¿estaba entonces social y políticamente condicionada? Para los oficiales de mentalidad amplia había suficiente cantidad de preguntas inquietantes. Las triunfales campañas del ejército francés hicieron surgir, precisamente en el bando alemán, un hombre que aniquiló la imagen bélica de hasta ese momento en brillante torneo literario. Tratábase de Heinrich von Berenhorst, hijo de Leopold von Anhalt-Dessau, el mayor de la estirpe de los Dessau, y de la hija de un alcalde de Ellrich am Harz quien durante la Guerra de los siete años fue ayudante de brigada en el séquito de Federico II, en el cual experimentó variadas mortificaciones. Era, pues, un hombre que se hallaba lo bastante cerca del poderoso como para llegar a conocer con suma exactitud los manejos absolutistas del estado y del ejército, pero que además estaba suficientemente distanciado como para poder poseer una visión panorámica agudamente crítica de todo ello.

Las *Consideraciones sobre el arte de la guerra, sobre sus progresos, sus contradicciones y su confiabilidad* de Berenhorst aparecieron en 1797 y 1798 y tuvieron amplio eco. Escritos por un especialista con experiencia en la vida, eran una batalla napoleónica en el terreno literario: contra el antiguo arte de la maniobra, que ya sólo servía para la plaza de desfiles, pero no para el campo de batalla; contra el actual ejército permanente, que constituía "una clase, separada de todas las demás clases"; en pro de un "ejército de ciudadanos"; contra el absolutismo.[11]

Berenhorst quizá tuviera las condiciones para ser un Carnot alemán, pero le faltaban los jacobinos y *sansculottes* alemanes, carecía de una revolución en Alemania, que sólo estaba inquieta y en crisis, pero no resuelta y unida; ¡pobre en acciones y pletórica de ideas! Y en la historia de la teoría bélica no podía convertirse en un clásico que nos suministra nociones de valor perdurable, puesto

[11] Citado según Reinhard Höhn, *Scharnhorsts Vermächtnis*, Bonn, 1952, p. 20. Las citas extractadas de ese libro, aquí y en lo sucesivo, proceden en forma casi exclusiva de material perteneciente al Archivo militar de Potsdam, destruido durante la segunda guerra mundial.

que las trasformaciones y acontecimientos bélicos esenciales de fines del siglo XVIII aún no estaban clásicamente marcados. Sin embargo, asume un honroso lugar como destructor de lo antiguo y preparador del camino para lo nuevo; expresado sintéticamente: sin Berenhorst no hay Scharnhorst, y sin Scharnhorst no hay Clausewitz.

Berenhorst era un teórico pero no un idealizador de la guerra. Por el contrario, veía el "objetivo final" de su obra en contribuir a ablandar y dividir "finalmente el antiguo y endurecido tumor de la epidemia de guerra y destrucción en el corazón de los grandes".[12] No juzguemos la circunstancia de que, al igual que tantos valiosos espíritus de su época, creía en que podría apelar con éxito a la conciencia y a la razón de los gobernantes del estado explotador. No toda ilusión en una época histórica es una ilusión traidora de la lucha de las masas. Hay ilusiones que constituyen una etapa política evolutiva necesaria de un hombre o de un estrato. Entre ellas se contaban las de un Berenhorst.

Entre los teóricos militares que trataron de traducir y fijar literariamente las experiencias de las guerras de la revolución y de coalición, se hallaba Heinrich Dietrich von Bülow. Al igual que Berenhorst, también él partía, en sus obras, de los nuevos fenómenos de primerísima línea: la táctica de los *tirailleurs* y el entusiasmo de las masas revolucionadas. Pero en contraste con esa clara visión crítica de lo novedoso en el aspecto bélico, estructuró un sistema dogmático de consignas semejantes a fórmulas, destinadas a permitir que sus conocedores y dominadores se convirtiesen en triunfadores inevitables en la guerra. Si se proseguía lógicamente y hasta el fin este tren de pensamientos, esta creencia en la existencia de una "receta segura" para el triunfo llevaba a la conclusión de que "pronto se renunciaría a la guerra por infructuosa, ya que los ejércitos, igualmente ejercitados en la táctica y conducidos con igual habilidad, no podrían sacarse ventajas mutuamente".[13]

En consecuencia, ambos teóricos de la guerra, y en especial Berenhorst, necesitaban una revolución popular para poder ser prácticamente eficaces. Pero puesto que tal revolución no era posible entonces, bajo las condiciones sociales y políticas del momento, surge el interrogante de si se imponía la renuncia respecto a las reformas militares y al cambio de mentalidad estratégica. Aquí es

[12] Citado según Hans Rothfelds, *Carl von Clausewitz, Politik und Krieg*, Berlin, 1920.

[13] *Ibid.*, p. 49.

donde se inicia el aporte histórico de un Gerhard von Scharnhorst. Durante mucho tiempo al servicio de Hannover, en 1801, cuando contaba 46 años, ingresó en el ejército prusiano en calidad de teniente coronel. También para Scharnhorst las experiencias personales que realizara en las campañas desde 1793 hasta 1795, en las cuales intervino en el bando de los ejércitos de la coalición en Flandes y Holanda, resultaron decisivas para su trasformación intelectual. En esa ocasión había comprobado personalmente la conexión interna entre la táctica de los *tirailleurs,* el entusiasmo y la trasformación de las condiciones políticas y sociales en Francia. A partir de allí "comienza una manera totalmente diferente de conducción bélica a la que era usual hasta ese momento".[14] Luego influyó en él la crítica de Berenhorst al ejército permanente. Defendió al "arrogante y erudito escritor militar" frente al nobiliario cuerpo de oficiales que, orgullosamente indignado, pretendía rechazar a Berenhorst como escritor rebelde, a pesar de no coincidir con él en todo.[15]

Scharnhorst no estaba convencido de que el ejército permanente estuviera total y absolutamente superado, aunque debía experimentar una profunda trasformación. Para él, ejército permanente y milicia no eran opuestos rígidos. Y las experiencias históricas habrían de darle la razón. Por añadidura, bajo las condiciones políticas de la época, y más aún desde su posición oficial, Scharnhorst no podía en modo alguno atacar frontalmente al ejército permanente. A fin de imponer el nuevo pensamiento y la nueva acción militares, Scharnhorst, pensador y práctico precavido, debía aplicar un método totalmente diferente: el método de la infiltración.

Scharnhorst debía contar con la resistencia de la gran masa de los oficiales de la nobleza. Especialmente preparados para el antiguo entrenamiento recibido en patios de cuarteles y destinado a los desfiles, para las maniobras y evoluciones prefijadas, insistían en lo que habían dado en llamar su condición innata de conductores. Desde temprano aprendían en la hacienda paterna cómo el noble se las componía con sus siervos, un poco en el espíritu del vigilante "de una jauría de perros de caza a quienes a una hora determinada se les dan comida y azotes, sin entrar mayormente en explicaciones verbales".[16] No resultaba difícil, entonces, trasladar

[14] Gerhard von Scharnhorst, *Neues militärisches Journal,* t. 2. Nota preliminar.

[15] Cf. Reinhard Höhn, *op. cit.,* p. 58.

[16] de Ligne, *Militarische Vorurtheile und Fantasien,* 1797, p. 87.

la técnica de ordenar y vejar de la hacienda al cuartel. Estos burgueses y militares de la nobleza estaban tan anquilosados en su modo de sentir y de pensar, que ya no podían aprender nada nuevo ni cambiar de mentalidad. Del instinto político de una clase amenazada rechazaban todo lo nuevo que pudiera parecerles de origen demasiado jacobino y que, además, reclamaba una instrucción que, si se quería hacer justicia a los deberes de la hora, era simplemente burguesa.

Scharnhorst debía resolver dos problemas: por un lado debía elaborar las enseñanzas más importantes de la antigua y nueva historia militar, mientras que por el otro debía instruir cuando menos a un pequeño núcleo de jóvenes oficiales en el nuevo espíritu. La nueva teoría de la guerra debía luchar en primer término contra el dogmatismo de la escuela feudal, pero también debía hacerlo contra el de la escuela antifeudal. Hasta el día de hoy, el mejor remedio contra los tumores en proliferación de las fórmulas dogmáticas lo constituye el material histórico de los hechos, múltiplemente elaborado en una formulación teóricamente correcta. Por eso, para Scharnhorst la historia de la guerra ocupaba el primer plano del interés y de la aportación de pruebas. Pero lo mismo ya no debía servir a los intereses de testas coronadas ni de generales celebrados. Scharnhorst criticaba que hasta ese momento no se dijera "cómo estaban dispuestas las tropas. No se nos informa sino en forma incompleta acerca de sus posiciones y movimientos; no se nos refiere los errores cometidos por tal o cual comandante, ni las noticias verdaderas o falsas que poseían los jefes del ejército acerca del enemigo; no se nos instruye acerca de las condiciones del terreno ni se nos dice en qué medida lo conocía el conductor del ejército; en suma, contiene pocos datos que puedan instruirnos y ponernos en condiciones de formar nuestro juicio a este respecto [...]"[17] Además exigía Scharnhorst lo que denominaba la "parte política de la ciencia bélica", es decir la investigación de las condiciones políticas y sociales de los países beligerantes.

Esto no quedó en programa: Scharnhorst procedió a su ejecución. En tal sentido se destacó menos como escritor que como maestro en la Academia de oficiales jóvenes, de la cual fue director a partir de su fundación, en 1801. Allí pudo aunar y tornar efectivas la investigación y la enseñanza de una manera que chocara lo menos posible contra los prejuicios imperantes.[18]

[17] Citado según Reinhard Höhn, *op. cit.,* p. 70.
[18] Cf. Reinhard Höhn, *op. cit.,* pp. 137-138.

En 1802 Scharnhorst dio un paso más y propuso la fundación de una Sociedad militar con la intención de difundir sus nuevas ideas, mediante discusiones y publicaciones, más allá del estrecho círculo de la Academia militar. No debía ser una sociedad de hombres de ideas similares, y menos aún una asociación de militares jacobinos. Por el contrario, se presentó de una manera sumamente académica y distinguida, y Scharnhorst supo llevar a un primer plano a las notabilidades más egoístas y vanidosas. El primer presidente de la Sociedad militar fue el teniente general von Rüchel, inspector general de todos los institutos de enseñanza militar, quien escribió, refiriéndose a sí mismo, que "a nadie en el mundo le es más sagrada nuestra constitución estatal y militar que, precisamente, a mí".[19]

Además de von Rüchel figuraban otros augustos nombres y títulos. Condescendientes como lo son a veces incluso los ancianos más exclusivos y malvados, también admitían a jóvenes tenientes junto a sí. Confiadamente se consideraba que éstos se depurarían, bajo la benéfica influencia de una sociedad distinguida y de la sabiduría que da la edad, de algunos puntos de vista de corte jacobino que constituían una extravagancia juvenil. De cualquier manera ingresaron en esta Sociedad militar jóvenes oficiales que luego habrían de convertirse en los más significativos partidarios y sostenes de la reforma militar prusiana: Clausewitz, Knesebeck y Valentini, Rühle von Lilienstern, y los un tanto mayores Müffling y Boyen. No resultaba fácil aunar espíritus. El entonces teniente y luego escritor militar von Valentini escribía a este respecto al antiguo paladín von Berenhorst: "La constitución de la Sociedad costó casi tantos debates como la fundación de la constitución francesa."[20]

Scharnhorst llevó a sus pupilos a la escuela del pensamiento histórico y teórico, pero también a la Sociedad oficial, con la cual aún debieron discutir suficientemente en la etapa posterior de sus vidas. Pero no fue ésa una escuela para revolucionarios, sino para reformistas que no pretendían preparar y ejecutar una revolución desde abajo sino imponer gradualmente una revolución desde arriba.

En el círculo de esta vida social e intelectual y durante esos años de crisis nacional se formaron el pensamiento teórico y la posición política fundamental de Carl von Clausewitz. Sólo cuando en el

[19] Citado según Reinhard Höhn, *op. cit.*, p. 153.
[20] *Ibid.*

otoño de 1801, pletórico de amplias y universales ansias de aprendizaje, ingresara a la Academia militar de Berlín, pudo estudiar sistemáticamente bajo la inteligente conducción de Scharnhorst, conocer nuevas ideas creadoras así como ampliar y profundizar su instrucción general. "Es el padre y el amigo de mi espíritu",[21] así caracterizó más tarde Clausewitz su relación con su maestro, en bellas y acertadas palabras. El hecho de que Clausewitz jamás se haya perdido en especulaciones abstractas sino que siempre partiera de un abundante material de hechos históricos es cosa que le debía a Scharnhorst. La "gran predilección por la fuerza de las pruebas históricas en todos los objetos de su ámbito",[22] con la cual esbozara Clausewitz la índole intelectual de su maestro y amigo, se hallaba muy estrechamente vinculada con "los fundamentos y reglas que constituyen la esencia del más reciente arte militar", y que Scharnhorst difundía "en la cátedra y en su trato".[23]

Además de la instrucción histórica, no debe subestimarse tampoco la enseñanza filosófica y lógica que le impartiera, durante esos años, el kantiano Kiesewetter. Sería cuestión de una investigación especial averiguar si en los escritos de Clausewitz hay rasgos del pensamiento kantiano, y de ser así en qué medida. De cualquier modo hay una cosa que se comprende claramente sin más, y es que el hecho de ocuparse de la filosofía desarrolló su sentido teórico. Así como la historia puso a Clausewitz al amparo de especulaciones dogmáticas, de la misma manera la filosofía lo puso a salvo de la mera exaltación temática.

Luego de estudiar durante tres años en la Escuela militar de Berlín, y por intermediación de su maestro, Clausewitz fue nombrado ayudante del príncipe Augusto. Ese tipo particular de escuela de conocimiento del mundo y de los hombres que se les había impartido a él y a sus camaradas en la Sociedad militar prosiguió para Clausewitz en los círculos cortesanos. Allí conoció también a la que más tarde habría de ser su esposa, Marie von Brühl. Ésta provenía de una familia de la alta aristocracia, con vinculaciones internacionales. Su abuelo era el ministro polaco-sajón y conde imperial von Brühl. Su padre había estado aún inicialmente al servicio de Sajonia como teniente general, pero durante la Guerra de los siete años estuvo en el bando francés. Ello no fue óbice, ni para él ni para los demás, para que se convirtiera en educador

[21] Karl y Marie von Clausewitz, *op. cit.*, p. 85.

[22] *Scharnhorst, der Schöpfer der Volksbewaffnung. Schriften von und über Scharnhorst*, Berlín, 1953, p. 37.

[23] *Ibid.*, p. 41.

militar del príncipe heredero de Prusia, el futuro rey Federico Guillermo III. La madre de Marie von Brühl era hija del embajador inglés en San Petersburgo. La familia poseía por cierto una marcada conciencia de clase, que tampoco quebrantó ciertamente la falta de recursos producida luego de la muerte del teniente general von Brühl, pero lo que la caracterizaba era la amplitud de su horizonte internacional e intelectual, en contraste con la estrechez del de la nobleza terrateniente local.

Sólo los caracteres extraordinarios pueden dominar dificultades históricamente extraordinarias. Por ello resulta importante no sólo desde el punto de vista biógrafico, sino también desde el político-histórico, el hecho de que ambos jóvenes se alzaran, en la seriedad y la profundidad de sus sentimientos, muy por encima de la así llamada sociedad berlinesa. En los círculos cortesanos y de la gran burguesía imperaban la frivolidad o una sobretensión histérica en lo que respecta a la relación mutua entre los sexos. Marie von Brühl tuvo asimismo una gran infuencia sobre la instrucción literaria —y por ende moral— de Carl von Clausewitz. Por cierto que sólo gracias a ella ingresó por completo en el mundo del clasicismo alemán. En su intercambio epistolar encontramos a menudo citas de los dramas de Schiller,[24] cuyas poesías influyeron poderosamente en las suyas propias.

Como ayudante de un príncipe de los Hohenzollern, Clausewitz tuvo tiempo de trabajar científicamente. En efecto, en ese momento inició sus primeros trabajos literarios, uno de los cuales se publicó en forma anónima: su disputa con Heinrich Dietrich von Bülow.

Esta polémica es el compendio de la primera etapa del desarrollo científico de Clausewitz y contiene ya los elementos fundamentales de su creación intelectual: agudeza lógica y pruebas históricas. En las observaciones de su resumen develaba Clausewitz la estructura metodológica del dogmatismo en Bülow: "El resultado de todas estas investigaciones es: que el autor pensó muy claramente algunos conceptos elementales; que, pleno de regocijo por ello, no siguió más adelante; que, sin preocuparse por la naturaleza del asunto (presumiblemente sin conocerla) urdió una teoría sistemática a partir de esas pocas ideas limitadas; que las consideró como la estrategia científicamente descrita, por una parte, sin poseer conceptos correctos acerca de la naturaleza de una teoría; que, por

[24] Cf. Karl y Marie von Clausewitz, *op. cit.*, entre otras las pp. 68, 75, 80, 83, 121, 149, 156. Cf. asimismo Hans Rothfels, *op. cit.*, p. 27.

la otra, las aplicó en bruto y sin crítica alguna a la historia."[25] Esta discusión fue política y científico-históricamente necesaria porque el dogmatismo de Bülow se presentaba, con presuntuosa afectación, como revolucionario, ejerciendo gran influencia.

La acritud del lenguaje, la inexorabilidad con la que Clausewitz se lanzara exclusivamente sobre los errores de su adversario, la manera sarcástica de acabar con su persona también parecen haber tenido una intención *política.* Pues Bülow no sólo ensalzó la táctica francesa como novedosa y ejemplar —por buenas razones, como sabemos— sino que también encomió la dominación de Bonaparte y su aspiración a una monarquía universal como históricamente justa.[26] Pese a que Clausewitz no entró ni con una sola palabra a considerar la posición política de su adversario, no es posible rechazar sin más la hipótesis de que el círculo reunido en torno a Scharnhorst haya querido acertarle también, en el dogmático von Bülow, al partidario de Bonaparte. Leemos así en una de sus observaciones aforísticas de 1803 frases que bien podrían haber estado dirigidas contra von Bülow: "¡Burla y escarnio para todos aquellos que sean tan pusilánimes y olvidados de sí mismos! Lamentablemente, más de un alemán se atrae ese anatema al negar, olvidando la vergüenza, el valor de toda la nación, *de su propia nación.* Más despreciable aún que el hombre ordinario que se pierde en la contemplación de los grandes hechos o en la contemplación del infinito es *aquel* que degrada a la nación para que él mismo parezca tanto más grande. Él juzga a la nación, él comprende y sabe ensalzar las hazañas de los vecinos, y por eso está por encima de los demás de la nación. Que permanezca allí donde cree hallarse; en nada puede contribuir a elevar a la nación, a ennoblecerla, a eternizarla, pues ésta lo expulsa como un miembro inútil y deja librado a su vanidad el recompensarlo, para que pueda prescindir del elogio de sus compatriotas."[27]

Todas las observaciones aforísticas de Clausewitz que datan de aquella época se ocupan de problemas políticos externos: de las coaliciones, del sistema de equilibrio político y de los planes de

[25] "Bemerkungen über die reine und angewandte Strategie des Herrn von Bülow...", en *Neue Bellona,* t. 9, 1805, p. 285. Cf. Asimismo Ernst August Nohn, "Der unzeitgemässe Clausewitz", en Suplemento 5 de *Wehrwissen-schaftliche Rundschau,* noviembre de 1956.

[26] Cf. F. C. Wittichen, *Zur Geschichte der öffentlichen Meinung in Preussen vor 1806,* en *Forschungen zur Brandenburgischen und Preussischen Geschichte,* t. XXIII, 1910, pp. 47 y 61.

[27] Carl von Clausewitz, *Politische Schriften und Briefe, op. cit.,* p. 2.

dominación mundial de la Francia de Napoleón. Resulta bastante significativo el hecho de que las mismas se inician en 1803, vale decir con el momento en el cual Prusia se vio más directamente amenazada que nunca por Napoleón en virtud de la ocupación francesa de Hannover.

El estado de paz posterior al tratado de Lunéville (1801) se había revelado como engañoso. Inglaterra, que en 1802 había celebrado la paz con la Francia napoleónica, después de Austria, en Amiens, ya en 1803 reinició las hosilidades contra Francia. Con los antiguos métodos de los pagos de subsidios Inglaterra supo crearse nuevamente aliados en el continente, y en 1805 logró concretar la tercera coalición, es decir, arrastrar nuevamente a Rusia y a Austria a una guerra contra Napoleón. También en la tercera guerra de coalición Austria condujo la guerra acudiendo a los mismos métodos que empleara durante las dos primeras.

De esa manera, la guerra de 1805 debía terminar como terminó: con una afrentosa derrota del reino de los Habsburgo. Con la paz de Pressburgo se inició asimismo la etapa final de la disolución del Imperio alemán. Los estados centrales del sur de Alemania fueron declarados soberanos conjuntamente con un número de otros principados alemanes, vale decir independientes con respecto al emperador alemán, y agrupados en la tristemente célebre *Liga Renana*. Sin embargo, esa independencia con respecto al emperador alemán se compró al precio de una dependencia mucho más marcada con respecto al emperador francés. El punto final de la disolución del imperio alemán fue la renuncia del Habsburgo Francisco II a la corona imperial alemana. A partir de ese momento sólo conservó el título de emperador para su imperio heredado de Habsburgo.

Con el poco honroso fin del Sacro imperio romano de la nación alemana llegaban a su término un debilitamiento del poder imperial que se venía produciendo desde la Edad Media, una constante y secular traición de los príncipes alemanes al emperador y al imperio.

Pero en el verano de 1806 Alemania no estaba aún por completo bajo el dominio de Napoleón. La única oportunidad valiosa que le había brindado al estado la neutralidad prusiana desde 1795 —la de llevar a cabo reformas fundamentales durante el intermedio— no fue aprovechada. Todo se redujo a la liberación de más de 50 000 campesinos sujetos a la Corona de sus prestaciones personales, redimiéndolos de la relación de sumisión hereditaria. Los círculos dominantes, con el rey a la cabeza, no podían decidirse a realizar reformas de más vasto alcance. Toda la política interna y

externa de Prusia era una prosecución de la administración sin perspectivas, una obtusa insistencia en antiguas costumbres de gobierno y reglamentación sobre los súbditos, un machacar egoísta sobre antiguos privilegios, por cuestionables que pudiesen haberse vuelto. En política exterior no había nada sino una búsqueda incierta de dónde había algo para arrebatar o dónde amenazaba algún peligro, no para superarlo sino para esquivarlo silenciosamente. Nacida de la debilidad interna y externa de Prusia, su diplomacia se enredó en 1805 y 1806 cada vez más en una red de argucias tontas y de hipocresías, hasta que Prusia concluyó por hallarse moralmente proscrita y políticamente aislada. A ella le había dedicado Clausewitz las siguientes palabras: "No soy muy partidario de las mezquinas artimañas y tretas en la política. No pretendo afirmar que la política siempre pueda transitar por carriles francos, sin ocultar sus intenciones; sin embargo, y por muy oculto que permanezca el plan que un estado siga con pericia, siempre deben los medios auxiliares permanecer poderosos y dignos de ese estado, si de ello depende el resultado de una causa importante."[28]

Las observaciones políticas escritas por Clausewitz durante los años de aguzada crisis para Prusia se basan permanentemente en una única idea: ¿Cómo puede sacudirse el predominio de Francia sobre Prusia y Alemania? Para Clausewitz ya no se trataba de una cuestión puramente prusiana. No olvidemos tampoco que, en su carácter de hannoveriano, Scharnhorst ya había llevado a los jóvenes oficiales de su escuela militar más allá del punto de vista meramente prusiano. Con certeza que esos oficiales no tenían una concepción ni siquiera medianamente clara de la unidad alemana, pero no resulta difícil comprender que su lucha patriótica prusiana contra Napoleón debía transformarse en una lucha patriótica alemana. En la primavera de 1806, Scharnhorst dirigió un memorándum al rey en el cual reclamaba el aumento del ejército permanente así como su complementación mediante una milicia nacional. Tener en cuenta las fuerzas del pueblo y desencadenarlas en virtud de reformas del estado era un punto de partida adecuado para resolver el problema de las alianzas. El primer aliado hubiese sido entonces el pueblo en los estados extraprusianos de Alemania. De este modo, el partido de la resistencia, de orientación progresista y que se concentró principalmente en torno a Scharnhorst en Prusia, fue, por consecuencia interna de su pensamiento y de su

[28] Carl von Clausewitz, *Politische Schriften und Briefe*, *op. cit.*, pp. 4-5.

acción, de orientación necesariamente pangermánica.

Entre los hombres que se alzaron en la primavera de 1806 con las primeras exigencias de reforma se contaba asimismo el barón imperial Friedrich Karl von und zum Stein. Éste propuso reorganizar por completo las instancias estatales supremas. Aún no se escuchaba a los reformistas, y aún debía seguir la catástrofe militar del otoño de 1806. En primer lugar debían acreditarse y distinguirse gloriosamente los hombres que pensaban y obraban según el espíritu de Scharnhorst, precisamente en esta catástrofe, cuando la corrupción general se manifestó con total claridad, cuando la insensatez y la cobardía imperaban en el ejército prusiano de Federico. Sólo entonces habrían de adquirir el peso moral suficiente como para poder asumir con éxito la lucha contra los representantes de la reacción.

La Prusia feudal y absolutista oscilaba entre todos los bandos, indecisa e internamente desgarrada, nunca segura de sí misma, pensando si acaso no habría otro camino mejor, diferente al que acababa de iniciar. De esta forma se manifestaban constantemente, y con toda franqueza, las influencias de la más diversa índole, contradictorias entre sí, en el ejército, en el aparato gubernamental, sobre el monarca. No había consecuencia, unidad, seguridad interna de ninguna especie. Así como la monarquía prusiana se dejó obligar a entablar una alianza con Napoleón, pronto se dispuso luego a salir en busca de su enemigo, el zar de Rusia; de la misma manera como se habían decidido a la movilización contra Napoleón, las camarillas dominantes pronto se vieron acometidas por la duda interior de si no tendrían que llegar finalmente a un arreglo con Napoleón; y eso ocurría en mitad de la marcha y, más aún, hasta en medio de la lucha.

Fue en el absolutismo de los Hohenzollern y no en la debilidad personal del monarca donde radicó la política débil y antinacional de Federico Guillermo II (1797-1840). Como ocurre tan a menudo entre los representantes de una clase en decadencia, el rey tenía incluso una cierta agudeza política en el detalle, a pesar de su total carencia de visión histórica.

A este hombre, guiado por una ambición de poder sorda, diríase que heredada, le parecía más cómodo y ventajoso seguir la trabajosa (por paradójico que pueda sonar) política de la oscilación y de la ambigüedad mendaz, que no revelaba otra cosa que debilidad, que transitar el camino de las reformas y de una política rectilínea de defensa de los intereses de la nación. Su declaración de guerra contra Napoleón fue más una solución de recurso

en una difícil situación política interna y externa; a partir de su debilidad política interna y externa demostró su fortaleza. De ese modo resultaban inevitables una insanable confusión y desorden en la organización del armado, en el avance del ejército y en la concepción estratégica.

La derrota militar y el derrumbe estatal de Prusia en el otoño de 1806 y el verano de 1807 no tuvieron precedentes en la historia de Prusia. En virtud de la Paz de Tilsit perdió Prusia los territorios situados a la izquierda del Elba, y ello la convirtió, con mayor intensidad aún que antes, en país agrario. Estaba financieramente saqueada y expuesta a una indigna intromisión de Napoleón en los asuntos más importantes del estado.

Tilsit es la palabra clave que designa un significativo punto de viraje en la historia alemana: significa el acabamiento del sometimiento directo e indirecto de Alemania al arbitrio de Napoleón. Pero al mismo tiempo se iniciaron las reformas burguesas, y las *tendencias* burguesas nacionalistas aisladas se fueron trasformando poco a poco en un *movimiento* nacional de resistencia. Friedrich Engels definió a los años que median entre 1808 y 1813 como el comienzo de la revolución burguesa en Alemania, proseguida en 1848, pero tampoco entonces llevada a su conclusión última.[29]

La revolución burguesa que se comenzó durante aquellos años se refería a las condiciones del agro, la administración de las ciudades, la administración central del estado, y al ejército. Se derogó la sumisión de los campesinos a las haciendas, y todos los bienes nobiliarios sólo pudieron venderse, en lo sucesivo, a personas sin títulos de nobleza, y ello en forma parcial o total. Pero aún siguieron sin eliminarse las cargas feudales de los campesinos, como ciertas prestaciones, impuestos y gabelas; su permuta por otras, en lugar de su supresión lisa y llana —como ocurrió en la Revolución francesa— se extendió. en detrimento de los campesinos, hasta pasada la mitad de la centuria.

En la administración de las ciudades se quebró la hegemonía de hasta ese momento del recaudador de impuestos y del jefe de guarnición, sustituyéndosela por la de la asamblea de representantes de la ciudad, en la cual los propietarios de las casas y la clase

[29] Cf. Friedrich Engels, *Der deutsche Bauernkrieg*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Ausgewählte Schriften in zwei Bänden*, t. I, Berlín, 1951, p. 616. Acerca de la naturaleza de la revolución desde arriba véase asimismo Ernst Engelberg, *Zur Entstehung und historischen Stellung des preussich-deutschen Bonapartismus*, en *Beiträge zum neuen Geschichtsbild*, edit. por F. Klein y Streisand, Berlín, 1956, p. 264.

media burguesa poseían fuerte influencia. Además de ello, las autoridades superiores y medias del estado fueron estructuradas con mayor claridad y recibieron mayores responsabilidades. Se separaron entre sí la justicia y la administración.

Además de la reforma agraria, la organización militar fue la realización más importante de esos años. Los reformistas militares lograron instaurar una comisión de reorganización militar. Ésta también fomentó la depuración del cuerpo de oficiales de cobardes, traidores e ineptos. De los 143 generales activos en 1806 sólo quedaban 8 en 1812. Se restringió el monopolio de la nobleza a los cargos de oficiales, puesto que los ascensos sólo iban a ser posibles ante rendimientos en consonancia. Todos los hombres de todo el estado estaban obligados a defender a su patria. El fundamento del servicio militar obligatorio general era democrático en ese entonces, pues el mismo estaba inseparablemente vinculado a las reformas sociales y políticas, y fortalecía el espíritu de sacrificio en la lucha contra la dominación extranjera. La instauración del servicio militar de obligatoriedad general chocó contra la resistencia tanto de la nobleza, que hacía valer su influencia en el gabinete militar real, como de Napoleón, como resulta comprensible. Luego del acuerdo de septiembre de 1808, el ejército prusiano se limitó a 42 000 hombres y se prohibió la creación de una milicia. Sin embargo, las limitaciones fueron eludidas mediante el sistema de instrucción a breve plazo y reclutamientos en rápida sucesión, es decir a través del sistema de licenciamiento de soldados luego de unos pocos meses de servicio.

Las reformas de los años 1807-1813 constituyeron no sólo el *comienzo* de la revolución burguesa sino también un magnífico ejemplo de una revolución burguesa *desde arriba*. La misma resulta ineludible siempre que ninguna de las clases existentes pueda imponer, en una revolución *desde abajo*, las trasformaciones políticas y sociales necesarias para la subsistencia de una comunidad humana. Los reformistas prusianos tienen el mérito histórico de haber iniciado, en lugar de la burguesía y en contra de la resistencia nacional, la revolución burguesa a pesar de incontables contrariedades y oposiciones. Su limitación ideológica residía en su tentativa de reconciliar a la nobleza y la burguesía a expensas de un rápido desarrollo y sin inhibiciones de la burguesía, y de conservar la monarquía de los Hohenzollern. La incapacidad subjetiva de su pensamiento y de su acción radicaba en las circunstancias objetivas de las condiciones políticas y sociales y en su posición profesional.

Sin embargo, en lo subjetivo, los reformistas seguramente querían ir más lejos de cuanto les era posible. En realidad, ¿por qué estaban los militares reformistas en condiciones de oponerse al espíritu hegemónico del ejército prusiano durante la gran prueba decisiva de 1806-1807, que tan pocos oficiales habían logrado pasar, de dar ejemplos de heroísmo, de iniciar en la paz una obra reformista liberal-burguesa y nacionalista y de constituir en 1813 el núcleo de las fuerzas de avanzada? (No queremos plantear aquí el interrogante acerca del gran reformador de la administración y patriota, el Barón von und zum Stein.) Todos tienen un denominador común: de acuerdo con su origen, con la trayectoria de su vida y de su instrucción sólo tienen escasas vinculaciones con la nobleza rural propiamente dicha del este del Elba, que constituyen los prusianos reaccionarios por antonomasia.

Comencemos por el jefe del bando militar progresista. Hijo de un ex cuartelmaestre y a la sazón gran propietario rural, y nacido en 1755 en las cercanías de Hannover, desde temprano abrigó Scharnhorst el deseo de ser oficial profesional. Luego de que su padre hubiese entrado en posesión —después de un prolongado y exitoso juicio sucesorio— de una considerable hacienda, adquiriendo de ese modo una banca y un voto en la provincia de Kalenberg (vale decir, una representación por su clase), y sólo entonces, pudo pensar seriamente Scharnhorst en la carrera de oficial. Entre tanto, sus deseos se habían concretado al pasarse a la ingeniería y a la artillería, es decir a una rama de la disciplina militar que era poco menos que coto reservado a los civiles, y del cual los nobles terratenientes no querían saber demasiado. Resulta definitorio del ánimo de Scharnhorst el hecho de que siempre se mantuviera unido con su parentela —que vivía en condiciones burguesas— y que en 1785 casara con la hermana de un joven erudito de Hannover. Por cierto que ese ambiente no era revolucionario, pero no obstante se hallaba bajo la influencia de la ilustración burguesa. Mencionemos, y no en último término, que Scharnhorst se formó en la escuela militar del conde Wilhelm von Schaumburg-Lippe, quien se había educado en la Inglaterra burguesa y estaba empapado del espíritu de la Ilustración. Hoy en día puede demostrarse en forma indubitable que la literatura alemana que floreció durante la segunda mitad del siglo XVIII ejerció gran influencia sobre Scharnhorst. Éste leía afanosamente las obras de Goethe —quien estaba relacionado con el cuñado de Scharnhorst en Halle—, las de Klopstock, las de Mathias Claudius, las del poeta de Württemberg Schubart, condenado a pena de prisión, las de Lessing y las de Kant.

La vida de Neidhardt von Gneisenau fue más turbulenta. Sólo después de la heroica defensa de Kolberg, que dirigió con éxito contando con el apoyo del movimiento civil patriótico, se destacó en el círculo de los reformistas. Nació en 1760, en medio de los ajetreos de la guerra, siendo hijo de un teniente coronel de artillería y de la hija de un teniente coronel de artillería, ingeniero y constructor. Perdió a su madre a muy temprana edad y su padre llevaba una vida muy inconstante, de modo que Gneisenau fue educado primeramente, en condiciones humildes, por tutores, y luego por sus abuelos maternos en Würzburg. Creció no en el medio de la nobleza satisfecha sino en el de los oficiales de intereses y educación científicos. También recibió el estímulo intelectual de amigos de su padre tales como el "profesor de bellas ciencias" de Würzburg, Johann Justus Herwig, o el amplio y en modo alguno mojigato canónigo Oberthür, quien más tarde habría de tener un estrecho contacto intelectual y personal con el círculo de Goethe en Weimar, y que en 1818 fue nombrado ciudadano honorario de esa ciudad. Tal como ocurría en forma nada infrecuente, durante el siglo XVIII, con los ejércitos permanentes de los estados principescos absolutistas, Gneisenau cambió varias veces de superiores. Al servicio del último margrave de Ansbach y Bayreuth fue enviado en 1782, poco antes aún de celebrarse la paz, a Norteamérica, para luchar allí contra el movimiento de liberación. Sin embargo, llegó a comprender suficientemente el modo de combatir de los norteamericanos que se liberaban del yugo de los ingleses: combatían, como luego habría de hacerlo el ejército de los revolucionarios franceses, con fusileros individuales dispersos, como *tirailleurs*. La necesidad de acometer empresas mayores le señaló el camino hacia Prusia, donde en 1786 ingresó al servicio militar como teniente primero. Sin embargo, durante dos décadas debió prestar aburridos servicios en guarniciones de provincias. A partir de 1803 administró la hacienda de su mujer. En las reuniones de sociedad actuaba como escritor y director de escena. También sus poesías habían recibido fuerte influencia de Schiller, tanto en su forma como en su contenido. Sólo a fines de 1906 fue ascendido a mayor, y al mismo tiempo comenzó su actividad de importancia histórica.

El mayor y más popular de los patriotas prusianos alemanes era Leberech von Blücher. Nació en 1742 y era el menor de los nueve hijos de un capitán de caballería de Hessen que vivía retirado en Rostock; allí Blücher creció en condiciones humildes. Bajo tales circunstancias —y especialmente en la ciudad hanseática de Rostock, donde jamás predominó la nobleza— difícilmente pudie-

ra desarrollarse una particular arrogancia clasista. La madre de Blücher, aunque no pertenecía a las damas de la sociedad ilustrada, familiarizó a sus hijos no sólo con la Biblia y el himnario sino también con la poesía de Klopstock. Blücher conoció a Klopstock, el poeta del patriotismo alemán y del primitivo liberalismo burgués de ese país, no sólo en su aspecto literario sino también personalmente, hasta llegar a ser su amigo. Por lo demás, Blücher creció diríase que en forma silvestre, sin una verdadera instrucción. No cabe duda de que tenía considerables lagunas en su formación, y hasta el fin de sus días vivía en irreconciliable pie de guerra con la ortografía y gramática alemanas. Luego de que Federico II expulsara a Blücher, en 1773, del servicio militar, administró durante catorce años la hacienda de su suegro, en primer término, y luego su propia gran propiedad de Gross-Radow, adquirida en Pomerania. Blücher era noble terrateniente en el sentido de que adolecía de la ambición propia de su clase. Pero su temperamento y su talante no lo mantuvieron por demasiado tiempo en sus haciendas. El mundo era demasiado estrecho para él. Luego de la muerte de Federico II retornó al ejército. Gran importancia tuvo para la evolución ideológica de Blücher su ingreso en la Liga masónica en 1782; en ella, numerosos oficiales y funcionarios tenían el más estrecho contacto con miembros de la clase burguesa, mayormente con círculos patricios y mercantiles. En aquel entonces, la Liga masónica estaba pletórica de ideales humanistas y del espíritu opositor a la intolerancia de la iglesia feudal y del estado; era el vivero ideológico para el primitivo liberalismo burgués. En Münster, donde Blücher fue jefe de guarnición hacia fines de siglo, estaba relacionado con los profesores de la universidad y se dice que había asistido a sus clases. Blücher fue el individuo de índole más amplia de entre todos los grandes de la lucha por la libertad alemana, ya que supo vincularse con hombres de todas las clases y círculos sociales en interés de la causa. Como ningún otro halló acceso cordial al pueblo sencillo. Vale decir que era algo así como un maestro de las pequeñas cosas cotidianas en todas las esferas de la vida, tanto en el ámbito diplomático como en los enlodados caminos de los campos de batalla, en los salones de la sociedad o en los patios de los cuarteles, en la relación con profesores o con jóvenes campesinos vestidos de chaquetilla militar. Por supuesto que no estuvo libre de deslices en su trato con sus servientes y campesinos durante su propia época de noble terrateniente, pero se dejó guiar cada vez más por los ideales humanistas, sin caer en un parloteo ilustrado incomprometedor;

los objetivos patrióticos alemanes constituían cada vez más el impulso principal de su acción.

También en la trayectoria de la vida y la carrera de los demás reformistas prusianos y patriotas alemanes hubo, como en el caso de Clausewitz, muy pocos elementos característicos de la nobleza terrateniente prusiana. Desde el extranjero escribía Clausewitz a su novia, el 15 de septiembre de 1807, afirmando que de buena gana se retiraría al campo, para dedicarse al estudio de la historia y del arte de la guerra y esperar con mayor calma el momento de retornar al servicio. "Pero no es posible pensar en eso", agregaba; "pues no tengo otra propiedad que la que llevo en mi flanco: la espada".[30]

Como para todos los integrantes de este círculo de patriotas, también para Clausewitz 1806-1807 significó un punto de inflexión en su evolución personal y profesional. La conciencia de su responsabilidad respecto a la causa prusiana y alemana se había acrecentado alegre y dolorosamente. ¿Y quién habría de negar que la opresión interna que sentían en vista de las circunstancias adversas bajo las cuales debían actuar todos ellos aumentaba constantemente? Los acontecimientos bélicos del otoño de 1806 y su relativamente prolongado cautiverio junto a su superior, el príncipe Augusto, quien se comportó en forma poco digna ante sus ojos, acrecentaron en Clausewitz el sentimiento nacionalista hasta su grado más alto. "[. . .] No hay persona en el mundo que sienta en mayor proporción la necesidad del honor y de la dignidad nacionales que yo",[31] escribía a su novia el 1 de septiembre de 1807, con el más aguzado de los sentimientos de la dignidad personal.

A su cautiverio, que concluyó oficialmente el 1 de agosto de 1807, siguió una permanencia forzosa junto al lago de Ginebra. Allí conoció en Coppet, en casa de Madame de Staël —una conocida adversaria de Napoleón— a August Wilhelm von Schlegel, quien era uno de los jefes del círculo patriótico alemán de los románticos y un célebre traductor de Shakespeare. El 15 de septiembre de 1807 volvía a escribirle a su novia, y en esa carta le decía que Schlegel era "un alemán valiente, bondadoso y patriota, que tiene un odio bien condicionado a los francesas y que en general es de cuño tan genuinamente alemán que a un hombre como yo le es imposible no quererlo. Me ha mostrado muchas cosas bonitas suyas, y me proporcionó especial placer el hacerme conocer

[30] Karl y Marie von Clausewitz, *op. cit.*, p. 138.
[31] *Ibid.*, p. 135.

la poesía alemana de los siglos IX y posteriores de la Edad Media. Él es mi único consuelo, pues toda la comprensión de la sociedad de aquí no puede ser ni siquiera la menor compensación por la preocupación y las penas que pesan sobre todo alemán sensible".[32]

¿Atestigua esa vinculación patriótica a August Wilhelm Schlegel un acercamiento de Clausewitz al romanticismo en cuanto nueva corriente intelectual y literaria? ¿No corrobora aún más semejante concepción el contacto de nuestro patriota con el círculo de Arnim, con la tertulia cristiana alemana? Sin embargo, es muy fácil destruir rápidamente esa sospecha, basada en apariencias superficiales. Todos los reformistas militares fueron hijos de la Ilustración y del clasicismo; el romanticismo no puede reclamar a ninguno de ellos. Si contemplamos más en detalle el fragmento epistolar citado, nos queda como sustrato la simpatía política y humana por un patriota alemán. Clausewitz aprobaba la creación literaria y la obra práctica de los románticos en tanto ésta era popular y patriótica, vale decir una respuesta vital a la crisis nacional. Pero en cambio rechazaba el rasgo fundamental negativo de los románticos: su irracionalismo y su subjetivismo.[33]

En una consideración presumiblemente escrita en 1807 percibimos una toma de posición en favor de la razón humana y una negativa al poder puro e incontrolado de la imaginación, el ídolo de los románticos: "No reconozco nada más puramente espiritual que el pensamiento; todas las imágenes, e incluso todos los sentimientos sin excepción, son una mezcla de la naturaleza intelectual y de la sensorial. Esto se opone por completo al espíritu de las sectas más recientes; pero estoy convencido de que éstas no vivirán ni obrarán por mucho tiempo, y por ello no vacilo en expresar mi opinión. Ese misticismo del que se ufanan es demasiado chato, demasiado artificioso como para poder llevar a un error prolongado. Pretenden someter todo el conocimiento humano a oscuras imágenes de la fantasía, a sentimientos indefinidos, porque carecen de una sana fuerza espiritual, y no obstante quieren ser novedosos."[34] "Carecen de una sana fuerza espiritual" es algo que suena casi textualmente como lo que dijeran sobre el romanticismo Goethe y Johann Heinrich Voss, el traductor de Homero: que lo clásico es lo saludable, y lo romántico es lo enfermizo. Goethe se

[32] *Ibid.*, p. 138.

[33] Cf. Wilhelm Girnus sobre "Goethe und die deutsche romantische Schule" y "Positive Seiten der Romantik", Introducción a Goethe, *Über Kunst und Literatur. Eine Auswahl.* Berlín, 1953, pp. 81-91, y en especial p. 102.

[34] Carl Von Clausewitz, *Politische Schriften und Briefe, loc. cit.*, p. 59.

burlaba asimismo de "la inmaterialidad frailesca y del palio de estrellas" y de las "frases de sentimentalismo neocatólico" de los románticos.[35] Y Voss tronaba contra esa nueva orientación que prefería "lo salvajemente romántico a lo clásico, lo moderno a lo antiguo, y más aún, para expersarlo todavía más desvorgonzadamente, su propia condición espiritual a lo terrenal, su propia condición cristiana católica a lo pagano".[36]

Clausewitz también era consciente de que la historia universal transcurre "según leyes que nos son desconocidas", que las relaciones sociales llevan "en sí mismas el principio de su propia destrucción",[37] que las victorias en la historia universal "no son el producto de meras casualidades".[38] Es testimonio de honradez intelectual el que Clausewitz admita que aún le son desconocidas las leyes históricas; pero ha preguntado por ellas como los grandes pensadores de su tiempo. Con el patrimonio ideológico del idealismo alemán clásico, al cual pertenecía Clausewitz de acuerdo a su posición fundamental, pudieron entroncar posteriormente Marx y Engels; éstos pusieron cabeza abajo todo cuanto allí se había creado e hicieron ingresar, por elaboración crítica, sus mejores elementos al materialismo dialéctico e histórico.[39]

No es exagerado, sino conforme a la naturaleza de las cosas, el que sostengamos lo siguiente: si bajo la influencia del romanticismo Clausewitz hubiese perdido la confianza en el poder cognoscitivo de la razón humana, en esa grandiosa herencia espiritual que nos dejaron la Ilustración y el clasicismo a pesar de algunos rasgos dogmáticos metafísicos e idealistas, no hubiese escrito *De la guerra*, esa joya de la literatura científica universal. Hasta el día de hoy podemos extraer de ella ideas y nociones, porque la misma, contraria a todo entusiasmo sentimental romántico y a todo misticismo, se distingue por la nitidez de la formación de sus conceptos y por la incisividad de los hechos históricos, por un gran poder de análisis y de síntesis.

Pero Clausewitz estaba muy distante de querer descuidar la fantasía y de oponerla, en hostil antítesis —como lo hicieron los románticos— al pensamiento teórico (a la meditación, como él decía), y así lo demostraron sus observaciones críticas al *método* y al

[35] Cf. *Schriften der Goethe-Gesellschaft*, t. XIII, Weimar, 1898. Introducción.
[36] Johann Heinrich Voss, *Kritische Blätter nebst Geografischen Abhandlungen*, t. I, Stuttgart, 1828, pp. 557-578. (Reimpresión de un ensayo de 1808.)
[37] Karl y Marie von Clausewitz, *op. cit.*, p. 142.
[38] *Ibid.*, p. 366.
[39] Cf. V. I. Lenin, *Marx-Engels-Marxismus*, Berlín, 1957, pp. 14-15.

instituto de educación de Pestalozzi. Admitía que el método de éste "da destreza lógica, y que desarrolla el poder de abstracción, la agudeza mental, la facultad de la inventiva, es decir, *summa summarum,* el *poder de la meditación*".[40] Si se descuidara o incluso si se ahogase la fantasía en Pestalozzi, la culpa no sería de su método de enseñanza, sino del instituto, que pecaría "por demasiada ocupación obligatoria de los niños".[41] "Es posible que Newton y Kepler no hayan tenido fantasía artística; pero en tal caso la causa no estribaba en el poder que había adquirido su facultad de pensar sino en su constante ocupación. ¿Quién podría negarles a Rousseau o a Friedrich Schiller un elevado grado de poder de meditación? Pretender darle al niño ocupaciones tales que aviven su fantasía es cosa que me parece muy pedante; la fantasía no es un toro al cual pueda uncirse el arado, cuando menos en el caso de un niño; es algo que exige ociosidad o, para utilizar una expresión más noble, ocio."[42]

Por lo tanto, a la capacidad productiva no le son ajenas la razón ni los sentimientos, que se hallan en constante interacción recíproca; además, la primera debe gobernar a estos últimos, y no a la inversa. El orgullo por la razón no significa necesariamente frialdad de sentimientos. Clausewitz también asumió esa posición, declarando: "No he de ser en mi vida un razonador frío, cosa que han de descubrir mis amigos en la calidez de mi afecto, mi patria en mí fiel e inconmovible devoción, y mis enemigos en la vehemente enemistad y venganza que juro y cumplo; pero en cambio tampoco hay nada que me impida rebelarme contra el misticismo inhumano que lleva al hombre por doquier a orillas tenebrosas, en las cuales sería igualmente bueno no atracar, y en las cuales se halla como un niño impotente."[43]

A partir de un sentimiento directo y elemental, durante esos años Clausewitz se rebeló contra el sojuzgamiento de Alemania. Y estaba bien que así fuera. Pues la evolución histórica había llevado el problema nacional al primer plano. Por cierto que no se la podía separar del problema social —que todo lo determina en última instancia— en el sentido del progreso *burgués,* de la misma manera que actualmente no es posible separar el problema nacional del problema social en el sentido de la perspectiva *socialista.*

¿Cómo se refleja entonces el sentimiento nacionalista apasionado

[40] Karl Schwartz, *op. cit.,* t. I, p. 111.
[41] *Ibid.*
[42] *Ibid.,* p. 112.
[43] Carl von Clausewitz, *Politische Schriften und Briefe, op. cit.,* p. 59.

de Clausewitz en su pensamiento, y cómo lo ha tornado políticamente fértil? Consideremos primeramente el estudio *Los alemanes y los franceses* y las notas de viaje que datan de la época de su cautiverio francés. Desde un principio, una cosa llama la atención no hay una sola línea en la cual hable el Clausewitz prusiano, sino el alemán; lo que le interesa es Alemania, y no Prusia. En sus notas hay bastantes parcialidades y distorsiones nacionalistas, pero hallamos tácitamente el reconocimiento de que han pasado los tiempos de las guerras de gabinete y de que ahora son naciones enteras las que se ven envueltas en la guerra.

A Clausewitz lo tortura el interrogante de cómo pueden los alemanes llegar a ser una fuerza acabada, de cómo pueden llegar del "carácter nacional y la nacionalidad" al "sentido nacional". Quiere contribuir a formar la conciencia nacional alemana, y por ello compara a ambas naciones. Pero quien se ocupe exclusivamente de la comparación del carácter nacional de tal o cual pueblo cae con suma facilidad en el terreno casi sin fundamento de la opinión subjetiva. Al permanecer Clausewitz en la consideración del idioma, de la índole espiritual, la cultura y las costumbres en lo psicológico y en lo moral, cree penetrar en profundidad, pero de hecho permanece prisionero de lo superficial y de lo indeterminado.

En sus esfuerzos por acrecentar la conciencia de sí mismos de los alemanes, por una parte, y por poner en descubierto sus debilidades, por la otra, cae en curiosas contradicciones: por un lado distorsiona la imagen de los franceses en beneficio de los alemanes, mientras que por el otro les desea a los alemanes que, en interés de su propia eficacia, tuvieran algunos de los atributos de los franceses que él mismo calificaba de superficiales. "Cuanto más se entrecruzan las opiniones en la tendencia al pensamiento abstracto, y cuanto más se pierdan entrecruzándose en el reino del pensamiento, tanto mayor debe hacerse la diferenciación entre los individuos, y tanto menos puede tener lugar la coincidencia a la cual denominamos sentido nacional, un sentido éste que no resulta muy compatible con el grado de originalidad que tanto distingue a los individuos de estirpe alemana de los franceses."[44] En otro fragmento se dice: "¿Cuál sería, entonces, el resultado definitivo de estas investigaciones? Que el francés, en su limitación y en su conformismo, así como en su vanidad, se unifica con mucha mayor facilidad para formar un todo uniforme, resulta mucho más fácilmente manejable para los fines del gobierno y en general es un

[44] Karl Schwartz, *op. cit.*, t. I, p. 82.

instrumento político mucho mejor que el alemán, con lo ilimitado de su espíritu, la variedad y originalidad de los individuos, su proclividad al razonamiento, y su incesante aspiración a un objetivo superior y fijado por él mismo."[45]

Resulta ocioso tratar de entrar aquí en el ámbito de estas consideraciones psicológicas y pretender evaluar su grado de verdad y de error. Pero no podemos pasar por alto el hecho de que Clausewitz considera a la psicología de los pueblos como el fundamento de su constitución y de su desarrollo políticos. El espíritu de los alemanes, dice, se adecua muy poco para ser ciudadanos de una monarquía uniforme. Lo más apropiado para ellos sería la forma de gobierno republicana, "en la cual su espíritu de crítica se hallaría en el lugar adecuado y donde una participación legal en el gobierno vincularía en mayor proporción su interés a la patria y limitaría su cosmopolitismo natural".[46] Cabe detenerse y preguntarse si acaso no habrá perseguido Clausewitz fines republicanos. Pero veamos antes lo que dice Clausewitz acerca de la "constitución federativa recién perdida" de los alemanes, el Sacro imperio romano de la nación alemana. Según él, el carácter nacionalista de los alemanes habría sido una de las causas principales por lo cual se conservó durante tanto tiempo en Alemania esta organización federativa, pues en ella el espíritu de los alemanes se habría hallado en su verdadero elemento.[47]

En efecto, Clausewitz estaba en contra tanto de la república como así también de una organización federativa. "De todos los países, Alemania es el que más está en contacto con sus vecinos, y desempeña un papel demasiado importante en todas las deliberaciones políticas de Europa; por eso hay que desear que tenga la mayor uniformidad de acción política y de organización institucional. Los partidismos, que en otros países pueden tener efectos benéficos, deben llevar en Alemania —país por el cual disputa incesantemente el extranjero— a escisiones cada vez mayores, que harían que el país se derrumbase sobre sí mismo."[48]

¿Quería Clausewitz el absolutismo? ¿Quería la dictadura de un Bonaparte alemán? ¡Evidentemente, esto último menos que nada! En su nota de viaje del 25 de agosto de 1807 estigmatizó el "despotismo militar" de Francia con tanta agudeza como encarnizamiento. Todo el arte del prefecto y del subprefecto consistirá en

[45] *Ibid.*, p. 86.
[46] Carl von Clausewitz, *Politische Schriften und Briefe, op. cit.*, p. 46.
[47] *Ibid.*
[48] *Ibid.*

"llevar a cabo atropelladamente los asuntos del estado; todo su celo consiste en ejecutar con prontitud las disposiciones militares, y la suma más válida de conocimientos de la administración del estado consiste en el mejor modo de adivinar y de dar cumplimiento, con la mayor puntualidad posible, a la voluntad del que se teme".[49] O dicho en otras palabras: "En todas las formas de la administración reina en Francia una tendencia extremadamente militar."[50]

El motivo principal de sus consideraciones políticas e históricas durante el cautiverio se manifestó en su lucha en pro de la mayor uniformidad posible de decisión y acción de los alemanes y de una correspondiente organización estatal de Alemania. En esa época, Clausewitz no se planteaba aún cuál debería ser el contenido social ni la forma concreta de esa organización. Aún estaba demasiado aprisionado en su punto de vista psicologizante y moralizante. Por otro lado no quería admitir lo que casi todo el mundo les reconocía a los franceses: su gran entusiasmo por su patria durante las guerras de la revolución. No veía las trasformaciones sociales; tampoco percibía las nuevas libertades conquistadas, que entusiasmaban a los campesinos y a los hombres de la ciudad, instándolos a realizar grandes acciones; sólo veía un pueblo presuntamente excitable, vanidoso, fácilmente gobernable e impulsado por la crueldad y el terror. "El hecho de que quien sólo ve en su patria los fantasmas de hermanos, padres, madres e hijos guillotinados, se aleje de prisa y buena gana de sus sangrientos campamentos hacia la guerra, donde por lo menos se trueca asesinato por asesinato ¿es eso acaso una prueba de energía? El hecho de que un millón de hombres sedientos de robo y de botín, lanzados sobre las fronteras del Imperio, contra ejércitos que apenas si llegaban a una cuarta parte de ese número, conducidos por ancianos, lucharan con variada suerte, ¿es eso acaso una prueba de energía?"[51] Clausewitz olvidaba finalmente lo que él mismo insinuara más tarde: que las masas francesas habían sentado, con energía creadora, las bases de una nueva táctica.

Cuando Clausewitz escribía que los franceses eran, en su totalidad, una "nación odiosa",[52] ello era más que un estallido emocional de un prisionero. Era la consecuencia lógica de un enfoque

[49] Karl Schwartz, *op. cit.*, t. 1, p. 107.
[50] *Ibid.*, p. 108.
[51] *Ibid.*, pp. 105-106.
[52] *Ibid.*, p. 104.

psicologizante que excluía todos los análisis sociales, y de los objetivos políticos educacionales que perseguía.

Clausewitz no podía detenerse allí si no quería aislarse de los patriotas alemanes prusianos que ya comenzaban en su pátria una obra de reforma social y política. De regreso en Prusia a comienzos de 1809, trabajó en el Departamento general de guerra bajo la dirección de Scharnhorst y conoció a Gneisenau. Allí se vio enfrentado a los problemas prácticos de la estructuración y reforma de estado, y en especial en el aspecto militar, y conoció los planes de insurrección y constitución formulados por Gneisenau a fines del verano de 1808. Esto lo llevó a formular consideraciones más concretas, aunque de contornos aún no claramente delineados, acerca del contenido de la organización política a la cual había que aspirar, y no en último término sobre su propia aspiración particular: la relación entre guerra de liberación y revolución.

En sus consideraciones redactadas en 1808, las que en parte emanan evidentemente de experiencias prácticas, y en parte constituyen anticipaciones idealizantes del futuro, sostenía: "Desarrollar y fundamentar con precisión y claridad su opinión en un consejo de estado, de guerra o de gabinete, es uno de los trabajos más vanos que uno pueda tomarse. Para quienes puedan y quieran entenderla, es decir para quienes la comparten, está de más; lo mismo para los demás, pero por otros motivos, pues cada cual tiene su opinión determinada, su sistema, que trae consigo [. . .] En el caso de los propios príncipes las cosas no son diferentes a como ocurren en los consejos. Pero muy diferente es hablar ante una asamblea de varios centenares de personas instruidas, entre quienes, a pesar de la mayor corrupción de la asamblea electora, siempre se encontrará una buena cantidad de mentes sanas; [. . .] si uno conquista la opinión de la mayoría de las mentes sanas, pronto lo seguirá la muchedumbre, y entonces la estupidez obstinada, a la cual no podía conmover ni un rayo de la verdad, resultará inundada y barrida por la corriente de la mayoría."[53] Con esas palabras no hablaba, con certeza, un partidario del absolutismo, aunque Clausewitz aún haya estado sumamente alejado de las posiciones de la monarquía constitucional. En la primavera de 1809, cuando Austria se hallaba nuevamente en guerra contra la Francia de Napoleón y en la Alemania del Norte estallaban acciones de resistencia, como por ejemplo las de las tropas de Schill, Clausewitz, junto con otros patriotas prusianos, insistía en unirse

[53] Hans Rothfels, *op. cit.* (Apéndice), p. 215.

a la lucha de Austria, a la guerra de liberación. También iniciaba ya las primeras tratativas para ingresar en el ejército austriaco. En una carta a su novia, del 23 de abril, sostenía que "aquellos que de tanta fidelidad al rey no pueden desprenderse de su sueldo ni de un cargo seguro, que de puro patriotismo prefieren ir al desfile que a la batalla, los que tienen el nombre de Prusia incesantemente en sus labios para que el nombre de *alemanes* no les recuerde de deberes más graves y sagrados, difícilmente sean los mejores".[54]

Influido por el movimiento popular de aquellas semanas, predijo una perspectiva precisamente revolucionaria. "Europa no puede sustraerse a una gran revolución general, triunfe en ella quien quiera [...] Inclusive, una revolución general de los pueblos alemanes sólo sería precursora de esa gran revolución general (que, dicho al margen, no tiene por qué ser precisamente francesa). Sólo aquellos reyes que sepan entrar en el verdadero espíritu de esa gran reforma, incluso que sepan adelantársele, podrán mantenerse."[55] Tal lo que escribía a su novia el 21 de mayo, es decir el primer día de la batalla de Aspern.

Pero la misma carta también revelaba la notable ambigüedad psicológica en la cual se debatía por entonces un oficial prusiano sincero. Como servidor del rey estaba totalmente dispuesto a sacrificarse por él, a pesar de saber que ese sacrificio era inútil: "Santo cielo, en este aspecto considero tan poco importante lo que hace el individuo, que en caso de que entre nuestro pueblo estallase un vigoroso fermento revolucionario que pudiese poner en peligro a la persona del rey, de buena gana me lanzaría dentro de la multitud encrespada y moriría por el rey; no abrigaría temores ni esperanzas de hacer retrogradar con ello una revolución que requiere antídotos completamente diferentes que el sacrificio individual heroico; pero en cambio también diría: 'Lo que estoy haciendo lo hago por orgullo, para demostrar que soy capaz de un noble sacrificio por la persona de Su Majestad; pero usted es hombre perdido si cuenta y se fía de tales medios.' "[56]

En notas que datan evidentemente de la época posterior a la guerra austriaca, Clausewitz volvió a entrar en el problema de la revolución burguesa y en su relación con el movimiento de liberación nacional. Reconocía allí la relación entre el problema social y el problema nacional cuando escribía: "Alemania debe esperar de una organización más noble y adecuada de su asocia-

[54] Karl y Marie von Clausewitz, *op. cit.*, p. 226.
[55] *Ibid.*, p. 234.
[56] *Ibid.*, p. 235.

ción civil y estatal el reaseguro de su futura existencia."[57] También da la impresión de que Clausewitz hubiera descubierto la primacía del problema social sobre el problema nacional. Pero, ¿acaso no le gustaba esquivarlo, por así decir, para volver sobre lo que más profundamente le conmovía, sobre la guerra de liberación nacional? Pues pocos párrafos más adelante decía: "Quieren una revolución, y no me opongo en absoluto; pero, ¿no se hará esta revolución en la organización civil y estatal con mucha mayor facilidad en el movimiento y oscilación de todas las partes, que provoca la guerra? Además, ¿dónde está la perspectiva de una revolución salvadora, la perspectiva de la salvación?"[58] De ese modo reconocía la revolución social, aunque hubiera otras cosas que lo impulsaran a ello. Y a la pregunta por él mismo formulada acerca del factor desencadenante y del camino hacia la revolución respondía retóricamente, por cierto, pero en forma sumamente realista dadas las condiciones de la época.

Quien considerase la revolución, o la guerra de liberación nacional vinculada con ella, debía averiguar asimismo cuáles eran los apoyos sociales fundamentales de la guerra y de la revolución. Clausewitz cobraba cada vez mayor conciencia de que los reformistas y patriotas prusianos tenían objetivamente la misión histórica de iniciar *la revolución burguesa desde arriba*. Todavía en 1807 el apremio nacional era su único interés, sin ver que tras él se ocultaba el atraso social y político de Alemania. La realidad alemana le hacía comprender con claridad creciente hasta dónde los problemas fundamentales de la época se hallaban mutuamente ligados por recíproca influencia, pero que en última instancia estaban dominados por el problema social.

En 1809, el movimiento patriótico de liberación experimentó una derrota. Gran parte de la culpa de ese colapso temporario del movimiento la tuvieron el irresoluto rey prusiano y los nobles y cortesanos que lo asesoraban. Pese a que las promesas patrióticas de la primavera de 1809 no se habían concretado, Clausewitz, a diferencia de 1808, no estaba abatido en modo alguno. Para él ya era reconfortante poder comprobar que "los pueblos austriacos (por lo menos los alemanes) se elevaron esta vez a un grado de patriotismo que hacía mucho que no habían mostrado, y cuyas huellas no se borrarán tan fácilmente en ellos mismos (cosa que nos garantiza el conocimiento del corazón humano...); si Schill fue una

[57] Hans Rothfels, *op. cit.*, p. 216.
[58] *Ibid.*

chispa aislada, cuya breve existencia se atrajo todas las miradas y animó todos los sentimientos por un instante, así los tiroleses son una poderosa antorcha que ya resplandece con su luz y cuya lumbre nos permite calentarnos ya. El Norte de Alemania, a pesar de no haber actuado en ninguna parte, se hallaba en un estado tal de excitación en esa época en la cual se aflojaban un tanto sus ataduras, que cuando menos no habrá avanzado en su capacidad de sometimiento."[59] Después de los acontecimientos de 1809, algunos patriotas debieron deponer sus cargos estatales, entre otros Gneisenau, quien se dirigió a Inglaterra, y Scharnhorst, quien renunció al cargo de director del Departamento General de Guerra. Sin embargo, no fue posible expulsar por completo al bando reformista del aparato estatal. Scharnhorst siguió siendo jefe del Estado Mayor.

A fines de 1811 se volvió a conversar acerca de un alzamiento popular y se negoció respecto a una alianza *con Rusia,* contra Napoleón. En el círculo del monarca se reflexionó acerca de si no debía pactarse una alianza con Napoleón, vale decir obrar según la sabiduría del esclavo: la de besar la mano que no se puede eludir. Los reformistas debían preguntarse cuáles estratos del pueblo le prestarían su apoyo.

Luego de que en Alemania, después de la disolución formal del antiguo imperio y del derrumbe de Prusia en 1806, la crisis nacional se había acrecentado hasta convertirse en crisis existencial, surgieron en el seno de la nación grandes educadores populares, hombres que despertaban y fomentaban la conciencia nacional alemana. Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), uno de los ideólogos de un radicalismo casi jacobino durante los años de la Revolución francesa, rindió tributo, con sus *Discursos a la nación alemana* (1807), al desarrollo político objetivo. El problema nacional había pasado a ocupar, en su vinculación dialéctica con el problema social, el primer plano de los deberes históricos. Clausewitz siguió con atención los escritos políticos de Fichte de aquella época.[60] El político teórico liberal Wilhelm von Humboldt se convirtió, después de 1807, en patriótico político de la cultura y en fundador de la Universidad de Berlín. Ernst Moritz Arndt (1769-1860) intentó sacudir la pereza y la indiferencia con sus escritos de educación política: *El espíritu de la época* (1806 a 1809). Pese a que flagelaba la traición y la decadencia moral de los príncipes

[59] *Ibid.*, p. 217.
[60] Cf. Karl y Marie von Clausewitz, *op. cit.*, pp. 154 y 209.

y de la nobleza, no lo hizo con el objetivo de derrocarlos sino de "renovarlos", de capacitarlos, mediante la exhortación y los sermones punitivos, para ponerse al frente de la nación. El más destacado representante de los sacerdotes evangélicos que después de 1806 predicaban copiosamente desde el púlpito acerca de los apremios de la patria pangermánica y que avanzaron por sobre un estrecho patriotismo provincial fue Friedrich Schleiermacher (1768-1834). Recordemos finalmente a Friedrich Ludwig Jam (1778-1852). Por muy germánicamente chovinista, grosero y pedestre que pueda ser en su pensamiento y en su creación literaria, es no obstante el fundador del movimiento patriótico de gimnasia, sin el cual es imposible imaginar la preparación de la guerra de liberación. Ese movimiento siguió influyendo hasta el día de hoy, en múltiples transformaciones políticas y culturales en Alemania y en todo el mundo.

Todos estos hombres procedían de estratos burgueses, y actuaron en favor de éstos y de una nación burguesa. Obras que habían surgido como expresión de los primeros movimientos burgueses nacionalistas aislados entre sí cobraron creciente popularidad después de 1807. La primera edición en libro de *Guillermo Tell* de Schiller apareció en una tirada de 7 000 ejemplares; hasta 1813 se vendió una cantidad diez veces mayor. Mucho más que antes se encendían ahora en el corazón de los oprimidos las palabras de Stauffacher, al hablar de los límites del poder de los tiranos: "Como último recurso, cuando ya no hay otro que obre, le está dada la espada."

Por supuesto que no queremos sobrestimar el patriotismo de la burguesía durante aquellos años. Aún había suficiente cantidad de obtusos y estrechos, y el auge nacional general posterior a 1807 no se llevó a cabo en línea recta ni sin reveses temporarios. Sin embargo, no fue optimismo por conveniencia lo que hizo declarar a Clausewitz en 1811, cuando estudiaba los planes de insurrección de Gneisenau,[61] que "pese al sometimiento general hay aún, sin embargo, un buen número de personas llenas de espíritu y corazón, de valor y de decisión, en sus deseos de hacer algo por la patria". Primeramente podría formarse "una pequeña legión propia" con ellas, y "probablemente la mayor parte de ellas serían de la clase media, algunas de las clases superiores, y alguna del pueblo".[62] Según el uso idiomático de aquel entonces, se entendía

[61] Neithardt von Gneisenau, *Schriften von und über Gneisenau, herausgegeben von Fritz Lange,* Berlín, 1954, p. 242.

[62] *Ibid.*, pp. 264-265.

por clase media a la burguesía en su totalidad. Ese viraje aún más intenso de los patriotas hacia la burguesía, también en el aspecto militar, tenía extraordinaria significación y constituía una nueva etapa en su evolución política. Luego de las primeras acciones bélicas de la Legión Alemana en la zona noroeste de Alemania, debía tener lugar "el pasaje al importante papel de ejército revolucionario".[63]

El memorándum político más importante de Clausewitz es el de febrero de 1812. Escrito en la forma de *Tres declaraciones*, es de una conmovedora fuerza lingüística y, al mismo tiempo, un documento de sobrio análisis político y militar. Allí reniega solemnemente de la opinión pública de las clases distinguidas, que han perdido la fe de que se puede resistir contra Francia, y llega a esta conclusión: "Las clases distinguidas son corruptas; pero los empleados de la corte y del estado son los más corruptos de todos."[64] Por cierto que defiende al rey —acaso no sin premeditación— pero no obstante se desliza una crítica dentro de formulaciones que revelan su adiestramiento cortesano. "*Sin valor y decisión* jamás puede hacerse nada en grandes cuestiones, pues peligros los hay por todas partes, y la *política* no es siempre una cobarde argucia, a pesar de que hay quien la considera sinónima. El rey ciertamente no era incapaz de semejante decisión (!); pero lo rodeaba un bando que predicaba el sometimiento a Francia, por temor a una catástrofe que podría obligar a grandes sacrificios, por falta de noble orgullo del alma y por ausencia de instrucción histórica. Ese bando se colgaba como una pesa de plomo de las mejores decisiones del rey, y aniquilaba o debilitaba de tal modo todas las medidas que el rey había arrancado (!), en virtud de un valeroso propósito, a sus propios temores."[65]

En este y otros pasajes, Clausewitz nos ha permitido entrever algunos ecos acerca del carácter de una política generosa y previsora, que merece nuestra atención. Porque llama la atención el hecho de que hable, una y otra vez, de la *necesidad* de tomar tal o cual decisión. Así, por ejemplo, declara que la decisión de conquistar la independencia debe "surgir de la necesidad de la salvación, y no de su facilidad".[66] Desde Bismarck, la frase "la política es el arte de lo posible" se cuenta entre las ideas predilectas de ideólogos y prácticos de la burguesía y de la nobleza terrateniente

[63] *Ibid.*, p. 265.
[64] Carl von Clausewitz, *Politische Schriften und Briefe*, *op. cit.*, p. 83.
[65] *Ibid.*, pp. 95-96.
[66] *Ibid.*, p. 104.

Se trata de la frase política de una clase que ya no quiere ni puede cumplir su misión histórica (como la burguesía alemana de las décadas de 1850 y 1860) o que, como la burguesía de nuestra época, ya no tiene misión histórica alguna y que aún sigue viviendo, por así decirlo, día tras día, sin una perspectiva histórica. Pero quien sí tenga una perspectiva histórica descubierta en virtud del análisis científico, éste tendrá una concepción generosa o, más aún, heroica, de la política. La concepción reaccionaria y oportunista de la política como el arte de lo posible merecerá por ello que le opongamos la concepción progresista y valiente de la *política como el arte de imponer lo reconocido como históricamente necesario.*

Debemos considerar este memorándum de Clausewitz como un documento partidario, como ya se destacó correctamente con anterioridad.[67] El mismo circuló en el estrecho círculo de los patriotas, y recibió acotaciones marginales de Gneisenau, Boyen y Gruner. En los planes de insurreción de 1811 y en este documento de febrero de 1812, los reformistas alemanes prusianos se acercaron más aún a las clases burguesas, aunque sin abandonar su concepción política fundamental, que aspiraba a una revolución nacional y social que debía ser organizada desde arriba, por la monarquía, y que tenía como premisa o como consecuencia una alianza lo más amplia posible, desde los nobles terratenientes rurales hasta los burgueses de las ciudades.

Los patriotas prusianos alemanes no consiguieron imponerle al rey, durante la crisis política de 1811-1812, sus planes y proyectos. Por el contrario, el rey se dejó presionar por Napoleón para firmar el tratado de alianza de 1812. En él se comprometía Prusia a poner 20 000 mercenarios a disposición del emperador de Francia para su inminente campaña contra Rusia. Una gran indignación por ese vergonzoso tratado se adueñó de los patriotas alemanes. Así como en 1809 Clausewitz estaba dispuesto a entrar en el servicio de Austria, así extraía ahora las consecuencias del sometimiento del rey de Prusia a Napoleón: abandonó Prusia y se dirigió a Rusia, en interés de la lucha en pro de Alemania. Patriotas alemanes como Stein, Arndt y otros también hacían en Rusia todo lo necesario para preparar y apoyar la insurrección alemana.

En la guerra patria del pueblo ruso, Clausewitz participó en las luchas tanto de Borodino como de Beresina. Acerca de sus experiencias de esa época le escribía el 17-29 de noviembre a su es-

[67] Hans Rothfels, *op. cit.*, pp. 151-152.

posa: "Si mis sentimientos no estuviesen ya curtidos, o mejor dicho embotados, no podría volver en mí mismo de terror y consternación, del mismo modo que han de pasar muchos años sin que pueda pensar en ello sin horrorizarme. No quiero colmar mi carta de ello por muchas razones; pero si alguna vez volvemos a vernos, debo hacerte echar una mirada a esa sangrienta página de la historia."[68]

Conocemos la suerte del "gran ejército" de Napoleón, que constaba de 500 000 hombres, que frente al heroísmo del ejército y el pueblo rusos se hundió sin gloria alguna en la inmensidad de Rusia. La lucha de Rusia, que en 1812 era justa en sus rasgos fundamentales (porque estaba destinada a impedir el sojuzgamiento de Rusia por Napoleón), dio nuevos ímpetus a los patriotas alemanes. Aquellos que habían permanecido en Alemania, como Scharnhorst y Blücher, sintieron y descubrieron que se acercaba la hora de la acción.

Una señal de lucha para el ejército y el pueblo prusianos la constituyó la famosa convención de Tauroggen del 30 de diciembre de 1812, celebrada por el anciano general von York con los rusos. Fue Clausewitz quien celebró las negociaciones decisivas con York, con lo cual efectuó su contribución históricamente más significativa a la lucha de liberación del pueblo alemán en 1813. La convención, que se firmó sin el acuerdo del rey, sólo preveía la neutralidad del grupo armado de York, y no la intervención directa contra las tropas de Napoleón en retroceso. No obstante, esta convención tuvo el efecto de una conmoción y contribuyó fundamentalmente a lanzar a Prusia a la guerra contra Napoleón. York era un viejo noble terrateniente, que había calificado de "reptiles ponzoñosos" a los reformistas prusianos. Finalmente se decidió a la acción de Tauroggen porque sabía bien que ya también los nobles terratenientes prusianos —al igual que anteriormente los terratenientes rusos— deseaban la guerra contra Napoleón. El bloqueo continental, que les imposibilitaba la exportación de madera y cereales, les tocaba demasiado de cerca el bolsillo y, por ende, sus nervios. Seguramente los nobles terratenientes también se planteaban el interrogante de si los deseos de luchar del pueblo no podrían acaso lograr la primacía sobre ellos, de si no sería mejor que se pusiesen ellos mismos al frente de ese movimiento patriótico, a fin de dirigirlo en un sentido grato a sus intereses.

En efecto, en Prusia (y no en último término en la Prusia Orien-

[68] Karl y Marie von Clausewitz, *op. cit.*, p. 304.

tal) se había alzado un movimiento popular sin precedentes, que exigía tempestuosamente al rey la guerra contra Napoleón. Por ello también hablaba Friedrich Engels de una "semiguerra de insurrección"; es que en tal cosa se constituyó la guerra de 1813.

El 3 de febrero, y a propuesta de los reformistas prusianos, el rey promulgó la convocatoria a la formación de un cuerpo de cazadores voluntarios; con ello apelaba sobre todo a la juventud estudiantil de la clase media burguesa. Ese mismo día se promulgaba el edicto que suprimía todas las exenciones al servicio militar obligatorio. También se movilizó la guardia nacional, a la cual fueron convocados todos los hombres de diecisiete a cuarenta años, en condiciones de manejar un arma, y que no sirvieran en la así denominada línea. De este modo se concretó ampliamente el servicio militar obligatorio de carácter general. Pero aún quedaba sin decidirse —cuando menos en lo exterior— contra quién habrían de orientarse las fuerzas armadas formadas. Sólo en marzo de 1813 estuvo el rey en condiciones de declarar la guerra a Napoleón, y así lo hizo.

Todo el ejército prusiano contaba con el sostén del espíritu de sacrificio y del entusiasmo patriótico del pueblo alemán, y en especial del prusiano. El edicto de movilización general de abril de 1813, relativo a la formación de milicias y suministro de armas a todo el pueblo y a la guerra irregular desarrollada a las espaldas del enemigo, se debilitó no obstante cada vez más en el transcurso del verano y nunca se concretó en la práctica. La iniciativa del pueblo armado era demasiado jacobina y fomentaba demasiado el movimiento pangermanista como para que el rey de Prusia y los nobles terratenientes prusianos no se opusieran a semejante evolución.

Lo hicieron con tanto mayor encarnizamiento cuanto que ya en enero y febrero de 1813 se hallaban en abierta rebeldía los así denominados estratos inferiores del pueblo (y los obreros fabriles no en último término) en el noroeste de Alemania, en la región montañosa, en algunas localidades de la cuenca del Ruhr, en la región de Hannover, en el litoral. Este movimiento insurreccional experimentó una derrota no sólo por la carencia de un apoyo desde el exterior; también tuvieron la culpa de la misma —y en especial en Hamburgo— la debilidad, el egoísmo de clase y la conspiración de lesa patria de la mayoría de las clases "educadas" y poseedoras. También en la Alemania de 1813 se reveló, como en la Francia de 1793, que los campesinos, artesanos y obreros eran "hijos de la patria" más dignos de fiar que la mayor parte de los

poseedores. Sin embargo, los campesinos, artesanos y obreros de Alemania carecían de líderes revolucionarios de audacia e intrepidez jacobina.

A pesar de aspirar por entero a despertar la fuerza e iniciativa independientes del pueblo y a utilizarlas para la lucha contra el opresor extranjero, los patriotas prusianos alemanes como Scharnhorst, Gneisenau, Blücher, Clausewitz, etc., en razón de su propia limitación de clase, de su posición exterior y sus convicciones internas, aún eran demasiado dependientes del monarca absolutista como para haber podido convertirse en jefes democráticos revolucionarios del pueblo.

Dominados por la contradicción de desear, por una parte, la resistencia popular contra la dominación extranjera, y por la otra de no organizarla en contra de la voluntad del rey, los patriotas prusianos alemanes tal vez hayan confiado demasiado en la espontaneidad de las masas y acaso se hayan informado también en forma insuficiente acerca de los movimientos efectivos que tenían lugar en el seno del pueblo; de otro modo, Clausewitz no hubiese podido escribir a su mujer el 28 de mayo de 1813: "No había contado con la ayuda de Austria y de Suecia para tan pronto como al parecer la recibiremos; en cambio también parece que debemos descartar todo cuanto esperábamos de la asistencia de los pueblos a las espaldas del enemigo. Esto es lo único que no respondió, hasta el presente, a mis expectativas, y debo confesar que esa consideración me ha deparado ya instantes de tristeza."[69]

A pesar de la afanosa intercesión de Scharnhorst y Gneisenau, el rey no permitió el retorno de Clausewitz al ejército prusiano durante la guerra de liberación; no había perdonado aún al rebelde de 1812. El círculo de amigos agrupados en torno a Clausewitz halló primeramente el recurso auxiliar de hacerlo actuar como oficial de enlace ruso con el ejército silesiano de Blücher. Luego, cuando la campaña de la primavera de 1813 concluyó el 4 de junio con un armisticio que debía durar hasta el 26 de julio (y que en los hechos se prorrogó hasta el 16 de agosto), ello provocó el descontento de muchas personas de orientación democrática, quienes temían un renovado sometimiento a Napoleón. Entonces Gneisenau comisionó a su amigo Clausewitz para que redactase un escrito en el cual justificase el armisticio y alimentase nuevas esperanzas en el futuro y valor para la lucha. Ya con anterioridad lo había utilizado Scharnhorst como auxiliar periodístico.[70] Y en efecto, en

[69] Karl y Marie von Clausewitz, *op. cit.*, p. 336.

[70] Cf. *Ibid.*, pp. 170-171.

el verano de 1813 Clausewitz volvió a permutar transitoriamente la espada por la pluma. Su trabajo apareció en forma anónima bajo el título de *La campaña de 1813 hasta el armisticio*.[71] A fines de septiembre de 1813, Clausewitz fue nombrado, con el grado de coronel, jefe del estado mayor de la legión ruso-alemana al mando de Wallmoden.

Con el triunfo de los aliados en la batalla de Leipzig se derrumbó la dominación de Napoleón en Alemania; los príncipes de la Liga Renana se separaron de Napoleón y se pasaron a los aliados. Los reaccionarios del estilo de un Metternich no pensaban en castigar a los ex vasallos de Napoleón por su traición al emperador y al imperio. A Baviera incluso se le garantizaron ya su soberanía y sus posesiones aun antes de la batalla de Leipzig, en el Tratado de Ried (del 8 de octubre).

Ninguna de las grandes potencias europeas —ni la Austria de Metternich, ni la Rusia de los zares, ni la Inglaterra del gran capitalismo— tenían interés en una Alemania unificada. Por el contrario, el zar, por ejemplo, tenía el mayor interés en adquirir constante influencia sobre Alemania por intermedio de sus parientes, los pequeños y medianos príncipes de Baden, Württemberg, Weimar, Hessen-Darmstadt y Mecklenburgo.

Por esa razón había que limitar cada vez más, y abandonar finalmente por completo, los planes de Stein, de debilitar o incluso aniquilar la influencia de los príncipes de la Liga Renana, con ayuda de una administración central en los territorios alemanes conquistados.

Las fuerzas hostiles a la unidad alemana ya habían logrado la supremacía antes del triunfo definitivo sobre Napoleón. De esa manera, los pueblos, y en especial el pueblo alemán, no pudieron cosechar los frutos de sus esfuerzos. Los vencedores de esa tremenda lucha entre los pueblos fueron: Inglaterra, que aseguró por algunas décadas más su dominio del mar y su enorme ventaja como potencia industrial y mercantil; Rusia, que hasta más allá de mediados del siglo XIX fue la principal potencia reaccionaria de Europa y ejerció una poderosa influencia sobre Alemania; Austria, que constituía la potencia más fuerte y reaccionaria en la Liga alemana. La Liga alemana de los príncipes, que se fundó luego de la guerra de liberación, fue menos un progreso en el camino de la unidad alemana que una organización destinada a combatirla.

[71] Cf. Carl von Clausewitz, *Hinterlassene Werke*, t. 7, Berlín, 1835, pp. 248-316.

Sin embargo, la lucha del pueblo alemán contra Napoleón no fue en vano. Aunque haya cambiado un Napoleón por 36 Metternich, como dijera Marx en una ocasión, la conciencia nacional había elevado enormemente su nivel. La lucha del pueblo alemán en pro de su unidad nacional y en contra de los adversarios internos y externos de la misma quedaba colocada, de una vez por todas, en el orden del día de la historia.

El movimiento de liberación nacional, que había alcanzado su punto culminante en 1813, había vuelto más consciente de sí misma a la burguesía. Durante aquellos meses, en los cuales nada estaba decidido aún (1814-1815), hubo una eclosionante profusión de panfletos políticos que exigían un emperador y un imperio.[72]

El nuevo imperio, a diferencia de aquel Sacro imperio romano de la nación alemana que tan ignominiosamente había perecido en 1806, debía tener fuerza propia hacia el interior y hacia el exterior: en el segundo caso, contra las tentativas de intromisión extranjeras; en el primero, contra los príncipes. Su soberanía debía debilitarse con respecto al imperio, y su absolutismo con respecto a las clases burguesas. En general, las exigencias nacionalistas y constitucionales de los publicistas burgueses aún seguían siendo modestas; sin embargo, y por encima de ello, exigían libertad para la industria y el comercio.

La mayoría de la burguesía alemana quería alcanzar sus exigencias de clase, referentes a los problemas nacional y social, por medio de un entendimiento con los príncipes. Por cierto que éstos hacían concesiones, pero de índole tal que el movimiento pangermánico de la burguesía se atomizó, escindiendo "lo alemán en general en una cantidad de intereses provinciales".[73] Fue así como los príncipes del Sur de Alemania concedieron, con el fin de consolidar sus recientes estructuras estatales, creadas por Napoleón, constituciones provinciales con algunos derechos (distintas en cada estado) para una burguesía cuya actividad política se apartó de la Alemania integrada para orientarse hacia el estado particularista. Por su parte, el rey de Prusia efectuaba concesiones al derogar las tasas aduaneras internas mediante las leyes de 1816 y 1818.

[72] Cf. Karl Obermann, *Geschichte des deutschen Volkes 1815-1848*, Deutscher Verlag der Wissenschaften, Berlín (edición facsimilar), p. 5.

[73] Friedrich Engels, en: Marx-Engels-Lenin-Stalin, *Zur deutschen Geschichte*, t. II, Berlín, 1954, p. 32.

Por muy dispuesta a los compromisos que estuviese la burguesía alemana, y por muy fácilmente que se dejase distraer hacia cuestiones provinciales, no podía abandonar sus intereses fundamentales, a saber, la unidad nacional y la protección de la industria capitalista. Su movimiento pangermánico se hallaba escindido en el bando de los entusiastas, que pretendía continuar en el movimiento estudiantil el impulso patriótico de la guerra de liberación, y en el bando de los prácticos comerciantes, quienes querían preparar el futuro de la unidad nacional mediante la protección aduanera hacia el exterior y la libertad de comercio en el interior: en octubre de 1818 se fundó la Asociación general alemana de estudiantes, y en abril de 1819, la Asociación general alemana de comercio e industria.

Si echamos una mirada retrospectiva, descubriremos los grandes progresos efectuados por la clase burguesa alemana en la lucha por la unidad nacional con la fundación de esas dos organizaciones. Sin embargo, comparándola con la misión histórica que aún le quedaba por cumplir a la burguesía alemana, ese progreso era en extremo insuficiente. Se carecía aún de un poderoso y consciente partido de clase de la burguesía, que luchase por doquier y en forma planificada por las exigencias sociales y nacionales de base de dicha clase social.

La reacción asestó el contragolpe al movimiento burgués de los estudiantes y a "la cofradía de los revolucionarios prácticos" con las infames Resoluciones de Karlsbad de agosto de 1819, que preveían el amordazamiento, en los diversos estados, de la prensa y de las universidades. A raíz de estas resoluciones, que iniciaron el período de reacción propiamente dicho, fueron expulsados los últimos miembros del bando reformista prusiano, los generales Boyen y Grolmann y el ministro W. von Humboldt.

Scharnhorst, jefe de los reformistas militares prusianos alemanes, había sido herido de muerte durante la guerra de liberación. Diríase que esto constituyó un símbolo del hecho de que, con el término victorioso de la guerra, este círculo había atravesado el punto culminante de su papel político-histórico. Los reformistas prusianos alemanes también habían salvado, al mismo tiempo, con su lucha triunfante por la liberación de Alemania de los tiranos extranjeros, a la monarquía prusiana.

Pero con la liberación se modificaron asimismo las relaciones de clases. Si bien la contradicción entre la burguesía y la aristocracia antes de 1813 resultó atenuada por la presión de la dominación extranjera que pesaba sobre todas las clases, con lo cual se favore-

ció el surgimiento de un bando aristocrático —burocrático— liberal, después de 1813 debía volver a manifestarse con mayor franqueza la contradicción social existente. El ataque principal de la lucha en pro de la solución del problema nacional ya no estaba orientado hacia el exterior, hacia el conquistador extranjero, sino hacia el interior, contra los príncipes propios. Estas trasformaciones políticas hicieron fracasar al bando reformista, que ya no podía hacer de intermediario entre dos clases, a pesar de que quería proseguir su política de hasta entonces: la de una paulatina transformación burguesa del país con mantenimiento de la monarquía.

Formaba parte de la lógica política de las cosas el hecho de que ahora, después de la liberación del yugo extranjero, la camarilla cortesana reaccionaria desplazara a los reformistas prusianos y patriotas alemanes, sospechara de ellos, y concluyera por difamarlos.

Tampoco Clausewitz pudo sustraerse a ese destino. Por cierto que entre 1815 y 1818 pasó tres años dichosos en Coblenza como jefe de estado mayor del Cuerpo renano de ejército, que Gneisenau comandó durante un tiempo. Luego fue director de la Escuela militar general de Berlín desde 1818 hasta 1830. Fueron años entre felices y desdichados para él. Desdichados, porque ese cargo de título rimbombante era una función puramente administrativa, en la cual Clausewitz sólo debía estampar algunas firmas por día. Felices porque le brindaron los ocios necesarios para escribir su libro *De la guerra*. Aunque obviamente haya que juzgarlo a partir de su contenido, no carece de importancia plantear y responder al interrogante de si Clausewitz conservó su posición ideológica y política fundamental, a la cual podría calificarse de patriótica alemana y liberal-conservadora. A esta pregunta cabe responder por la afirmativa. Fue conservador porque defendió la monarquía prusiana; fue liberal porque quiso transformar en el sentido burgués las condiciones sociales.

A comienzos de la década de 1820 Clausewitz había escrito un trabajo extenso (por lo demás, inconcluso), intitulado *Umtriebe*. A pesar de su proclividad a idealizar las condiciones de Prusia, exhibe en muchos elementos una gran madurez y clarividencia en la comprensión de la evolución histórica. Clausewitz se remonta muy lejos y también llega a hablar de la Revolución francesa, de la cual dice que se habría originado por dos causas principales: "La primera es la tensa relación entre las clases, los grandes privilegios de la nobleza, la gran dependencia y por cierto que también puede

decirse que, en parte, la gran opresión de la clase campesina; la segunda es la administración irregular, parcial y dilapidadora del gobierno."[74] Ya en 1819, en su ensayo *Unsere Kriegsverfassung*, había declarado: "Pero el sistema feudal ha concluido su vida entre nosotros, al igual que en otras partes." Ahora repetía que la situación imperante en Francia hasta ese momento se había derrumbado "para siempre". Y luego agregaba una observación que no carece de un interés de actualidad: "Ese derrumbe de condiciones antiguas que ya se encuentran en un gran estado de tensión era mucho más fácil que la creación de una nueva forma de gobierno, y era dable prever que luego de una revolución violenta se andaría por mucho tiempo a tientas y que se necesitaría más de una década para ejercitar los conceptos, antes de que pudiera tenerse en pie alguna forma de gobierno que hubiese echado raíces de alguna manera."[75]

Alemania se habría sentido más cómoda en sus relaciones más íntimas: "Sin embargo, el ejemplo de Francia también incitó a los hombres en Alemania; hasta los más calmos sentían que la relación entre las clases requería cada vez mayor equiparación, que la clase campesina necesitaba cada vez más propiedades y las industrias precisaban más libertad, a poco que aquéllos sólo fuesen capaces de elevarse por encima de las grandes ideas reinantes. Pero era evidente que esas trasformaciones no podían ocurrir sin una revolución, aunque la necesidad hacía que se aprobara *ese objetivo* de la Revolución francesa, aun cuando se desecharan sus medios."[76]

No pueden caber dudas: Clausewitz permanecía en la posición de una revolución burguesa desde arriba. Eso se revelaba asimismo en su concepción de la unificación nacional de Alemania. La afirmación siguiente no da lugar a malas interpretaciones: "Alemania sólo tiene *una* vía para llegar a la unidad política: esa vía es la de la espada, si somete a sus estados a todos los demás. No ha llegado el momento para tal sometimiento, y si alguna vez llegase no es posible prever aún cuál de los estados alemanes será el dominador de los restantes."[77] Él no podía preverlo; pero deseaba que fuese Prusia el estado que ejerciera la hegemonía en Alemania. En una carta a Gneisenau, fechada el 9 de agosto de 1816, se

[74] Karl Schwartz, *op. cit.*, t. 2, p. 210.
[75] *Ibid.*, p. 211.
[76] *Ibid.*, p. 213.
[77] *Ibid.*, pp. 217-218.

había manifestado contrario al abandono de posesiones renanas en beneficio de una incorporación de Sajonia a Prusia:

"Si nos retiramos cobardemente de la frontera, no lograremos en Alemania la confianza que nos es tan importante, y que es lo único que puede procurarnos nuevo poder, mayores fuerzas, y la salvación para Alemania [...] Pero si abandonamos a Alemania para ser solamente Prusia, ¿no habrán entonces de abandonarnos igualmente los pueblos alemanes, y en lugar de hacer sacrificios por nuestra causa no habrán de obedecer mejor a los intereses del momento? [...] Y a estas razones de por sí inobjetables no se les opone otra cosa que la situación concentrada del estado, que sólo tiene validez en el grave aspecto de que Prusia abandona a Alemania y se considera a sí misma como un pueblo aislado; punto de vista éste que es imposible que jamás llegue a compartir."[78]

Como adversario de la revolución democrática no podía ver un aliado en el movimiento nacionalista del pueblo polaco. Por el contrario, veía en la restauración de Polonia un peligro, ya que ese país podía convertirse en un aliado de una Francia en marcha hacia nuevas agresiones. Por otro lado, su posición en la cuestión polaca no era idéntica a la de los legitimistas conservadores. A pesar de todo, queda firmemente establecido que Clausewitz no era un defensor del feudalismo, sino un partidario del progreso burgués. Antes aun del estallido de la revolución de julio de 1830 en Francia, del inmediatamente consecuente alzamiento en la Polonia rusa y de las convulsiones revolucionarias que tuvieron lugar en Sajonia, Hesse, Brunswick, Hannover y otros territorios de Alemania, se le confió a Clausewitz una comandancia de tropas. Luego de prestar servicios en la inspección de artillería fue nombrado jefe de estado mayor del cuerpo de observación con asiento en la frontera del territorio insurreccional polaco, a las órdenes del mariscal de campo von Gneisenau. Precisamente en esa región hubo en el verano de 1831 una epidemia de cólera, de la cual fue víctima Gneisenau; pronto lo siguió Clausewitz.

Su muerte, ocurrida el 16 de noviembre de 1831 a la edad de 51 años, es de conmovedora tragicidad. Un ligero acceso de cólera lo arrebató en pocas horas. Fragmentos de sus cartas demuestran que este hombre sincero, de generosos pensamientos y sentimientos, ya se hallaba íntimamente quebrantado antes de acometerle la enfermedad.

[78] Carta desde Coblenza a Gneisenau, del 9 de agosto de 1816. Pertz-Delbrück, *Gneisenau*, t. v, pp. 136-137.

Ya el 9 de julio de 1831 le había escrito a su esposa, con motivo de la muerte del Barón von Stein: "Así se van hundiendo poco a poco las manifestaciones de la vida con las que más estrechamente vinculados estamos, en los hombres y las cosas, y nos recuerdan que ya no está tan lejano el momento en que también nosotros mismos hemos de hundirnos. Creo que ha abandonado el mundo de buena gana, pues contemplaba muchas cosas con la misma mirada desconsolada que yo, y sentía que ya nada podría hacer contra el mal en el mundo. También hubiese sido muy difícil volver a servirse de él una vez más."[79] Veinte días más tarde escribía: "No te aflijas tanto por una vida con la cual ya no había mucho que hacer [...] No puedo explicar el desdén por el juicio del hombre con el cual parto de este mundo."[80] Y el 13 de agosto hablaba de su "total resignación [...] de no esperar de esa vida otra cosa que un ocaso honorable [...]"[81]

¿Cómo habría de actuar en forma fructífera y con un sentido en lo sucesivo? En forma suficientemente demostrativa, pocos meses antes, en ocasión del fallecimiento de su amigo Gneisenau, el rey, y con él su camarilla cortesana, sólo habían exhibido una participación exterior. Aquí se habían perdido las esperanzas de actuar como reformista, como patrocinador de una revolución desde arriba. Pero tampoco podía sumarse al movimiento popular democrático que comenzaba, luego de la revolución de julio, en Francia y también en Alemania. Habría quedado entonces en contradicción con su posición interna y su postura externa. Pero, ¿por qué no tenía ya la firme voluntad para concluir la obra científica de toda su vida? Seguramente sentía que se toleraría más fácilmente una obra póstuma que la de un hombre vivo, a quien los reaccionarios imperantes consideraban incorregible. No, en realidad Clausewitz no murió por el cólera: murió de desesperación por causa de la monarquía prusiana.

Marie von Clausewitz cumplió fielmente el legado de su difunto esposo y publicó, a partir de 1832, bajo el título antológico de *Obras póstumas,* su obra teórica principal más siete volúmenes cuyo contenido se refería a la historia militar. Esos tomos demuestran dos cosas: en primer lugar, que Clausewitz había fundado magníficamente su teoría en la historia militar, y en segundo término que se ocupó preferentemente de las guerras de la época en

[79] Karl y Marie von Clausewitz, *op. cit.,* pp. 461-462.
[80] *Ibid.,* p. 472.
[81] *Ibid.,* p. 478.

que le tocó vivir y luchar a él mismo.[82] Eso constituye una prueba de que Clausewitz quería resumir teóricamente las experiencias bélicas de *su propio* tiempo, que fue una época de trasformaciones revolucionarias, reservándose para sí las experiencias militares del pasado.

Como es sabido, luego de estudiar las obras de Clausewitz, Engels escribió acerca de su "curiosa manera" de filosofar, que no obstante era "muy buena de acuerdo al tema".[83] Con ello expresaba Engels no sólo la convicción de encontrarse ante algo original, sino también el reconocimiento de que no es posible clasificar el pensamiento teórico de Clausewitz en ninguno de los *sistemas* filosóficos conocidos. Por supuesto que Clausewitz estuvo sometido a la influencia de las principales corrientes filosóficas de su tiempo, al idealismo y a la dialéctica de la filosofía clásica alemana, pero jamás podrá hablarse de él considerándoselo un kantiano, un fichtiano o un hegeliano.

En realidad, el idealismo filosófico de Clausewitz está internamente desintegrado. Eso podemos verlo precisamente en la tesis que se esgrime habitualmente como ejemplo de su concepción fundamental idealista. Su tesis de la guerra absoluta, con la cual comienza su obra, coincide por cierto con el esquema idealista de pensamiento idea-realidad, guerra ideal-guerra real; pero una observación más atenta demuestra de inmediato que Clausewitz ha abstraído, por una parte, el concepto de la guerra absoluta, del fenómeno histórico de la guerra revolucionaria, y por la otra de tendencias reales de la evolución secular de las armas. En lo que a lo primero respecta, en el segundo capítulo de su libro octavo ("Guerra absoluta y guerra real") escribió: "podría dudarse de que nuestra idea acerca de la naturaleza que le corresponde en forma absoluta" [a la guerra] "tenga alguna realidad si no hubiésemos visto manifestarse en nuestros días a la guerra real con ese carácter total y absoluto. Luego de una breve introducción a cargo de la Revolución francesa, el brutal Bonaparte la ha llevado rápidamente a ese punto". En lo que respecta al segundo aspecto, escribía en la tercera sección del primer capítulo del primer libro, intitu

[82] En la obra completa de Carl von Clausewitz, consagrada a la historia militar, sólo desde el cuarto al octavo de sus volúmenes hay consideraciones acerca de las campañas de 1796, 1799 y 1812 a 1815; únicamente en los tomos noveno y décimo se ocupa Clausewitz de guerras que no tuvieron lugar directamente en su época. Cf. *Hinterlassene Werke des Generals Carl von Clausewitz über Krieg und Kriegführung*, tomos I-X, Berlín, 1832 a 1837.

[83] Karl Marx-Friedrich Engels, *Briefwechsel*, Berlín, 1949, t. II, p. 336.

lada "Empleo extremo de la violencia": "La invención de la pólvora, el cada vez mayor perfeccionamiento de las armas de fuego ya demuestran suficientemente que la tendencia a la aniquilación del adversario, implícita en el concepto de la guerra, tampoco ha sido perturbada o desviada en los hechos por el perfeccionamiento de la cultura." Hoy en día, en el período de crisis general del capitalismo y de la técnica del armamento atómico, no debemos pasar por alto la médula racional que se anida en la tesis de la guerra absoluta.

Lo idealista de esta tesis radica en otra cuestión; reparamos en que Clausewitz habla de la "maravillosa trifacetividad" de la guerra "compuesta de la violencia primigenia de su elemento, el odio y la enemistad, a los que debe considerárselos como un *ciego instinto natural,* del juego de las probabilidades y del azar, que la convierten en una *actividad intelectual libre,* y de la naturaleza subordinada de un instrumento político, con lo cual queda sometida *a la mera razón.* El primero de estos tres aspectos depende más bien del pueblo, el segundo depende más bien del jefe militar y de su ejército, y el tercero antes bien del gobierno".[84] En este pasaje resulta, por así decirlo, palpable cómo coincide el rasgo antidemocrático (aunque burgués) de su acción política con su tendencia al idealismo filosófico. Dando espaldas a las nociones que se acaban de reproducir (que constituían el preludio, se diría, de los descubrimientos acerca de la evolución de las relaciones de producción y de las luchas de clases), Clausewitz reduce a factores psicológicos la tendencia a la guerra absoluta, a la violencia externa. Ya hemos conocido su proclividad al enfoque psicológico del comportamiento de los pueblos. Además de ello opone el presunto instinto natural ciego de los pueblos a la razón de los gobernantes (de su época), vale decir que aplica un método cuya cuestionabilidad reconoció oscuramente en varios pasajes de su obra. Aquí se revela asimismo el grave defecto de no haber logrado definir a la política como la política de una clase determinada.

La culminación de los logros teóricos de Clausewitz reside en la aplicación del método dialéctico del pensamiento. En eso se distingue fundamentalmente de la generación más antigua de los teóricos militares antiabsolutistas, de Berenhorst y sobre todo de Bülow. En la obra teórica de Clausewitz se hallan, una y otra vez, subyugantes y convincentes ejemplos de la teoría de la unidad de los contrarios, a la cual Lenin calificara de "médula de la dia-

[84] Carl von Clausewitz, *Vom Kriege*, Berlín, 1957, p. 36.

léctica".[85] El más famoso es el examen de la relación entre guerra y política; en él, la guerra se opone a la política como una parte al todo, a lo decisivo en última instancia, pudiendo a su vez la parte influir, a la recíproca, sobre el todo. Otros motivos fundamentales de la obra son la relación dialéctica entre ataque y defensa, entre factores materiales y morales, entre magnitudes fijas y variables, entre tensión y reposo, entre lo casual y lo esencial, entre lo pequeño y lo grande. Jamás permanece Clausewitz en la consideración aislada de un solo factor, y no se detiene allí por muy importante que sea; por el contrario, recorre todos los aspectos de sus relaciones y vinculaciones, y descubre las condiciones y formas bajo las cuales se relacionan entre sí y se desarrollan las diversas manifestaciones, fenómenos y factores. Nunca se queda en conclusiones analógicas superficiales sino que siempre considera lo concreto de las circunstancias. Y aunque una y otra vez investiga los diversos aspectos de los fenómenos en forma mutuamente aislada, también orienta su mirada hacia la totalidad de la situación, y no pierde de vista, al mismo tiempo, todos los demás factores. Por eso sabe separar Clausewitz lo verdadero de lo falso, lo real de lo exagerado, también en los sistemas dogmáticos. Por otra parte, nunca cae en el eclecticismo, porque es consciente de que "nada es tan importante en la vida como averiguar con exactitud el punto de vista desde el cual deben concebirse y juzgarse las cosas, y atenerse a él; pues sólo a partir de *un único* punto de vista podemos concebir con unidad la gran cantidad de fenómenos, y sólo la unidad del punto de vista puede ponernos al abrigo de contradicciones".[86] Tanto en la consideración aislada como en el examen multifacético de las cosas y fenómenos, se distingue por la claridad y precisión de sus conceptos. Al mismo tiempo, la incisividad y la exactitud de su formación de conceptos constituyen el fundamento del pulido esplendor y de la plasticidad de su exposición.

Clausewitz murió en la desesperación, pero habiendo realizado todo cuanto de imperecedero podía realizar en su época y, a partir de la posición social y política que le cupo, en el terreno de la teoría militar.

[85] V. I. Lenin, *Aus dem philosophischen Nachlass,* Berlin, 1949, p. 145.
[86] Carl von Clausewitz, *Vom Kriege,* cit., p. 729.

OTTO KORFES

IV. *DE LA GUERRA* DE CLAUSEWITZ Y SU INFLUENCIA SOBRE LA POSTERIDAD

De la guerra de Clausewitz fue concluida casi dos décadas antes de la aparición del *Manifiesto comunista.* Cuando el cólera arrebató al general de casi cincuenta y un años, Karl Marx y Friedrich Engels asistían aún a los cursos intermedios de la escuela secundaria.

Clausewitz sólo alcanzó a vivir en Alemania los comienzos de la producción industrial; las tremendas trasformaciones sociales que se iniciaron con el capitalismo aún no eran muy marcadas. Vivió, pensó y trabajó bajo las circunstancias económicas y sociales de una época cuyo afán progresista burgués se reflejaba en la filosofía del idealismo objetivo. También Clausewitz se halló bajo su influencia, pero intentó sustraérsele cuando las enseñanzas y experiencias de la realidad de la historia de la guerra lo obligaron a ello.

El materialismo histórico aún no había sido creado; Clausewitz vivió en una época en la cual las ideologías burguesas, dado que precisamente el movimiento obrero sólo existía aún en embrión, no se habían trasformado aún en la apología del capitalismo. Por eso logró Clausewitz colocar los cimientos científicos de una nueva teoría de las ciencias y del arte de la guerra. Su gran mérito consiste en la aplicación del *método dialéctico* a la investigación de la guerra. *Ése es un hecho revolucionario.* El mismo posibilitó el descubrimiento de su sentido histórico, el reconocimiento de la guerra como un fenómeno social y la investigación exitosa de las leyes que determinan las causas, el origen y el curso de la guerra. En ese proceso caracterizó a la guerra como el instrumento de la política para el logro de un objetivo político; no existe guerra alguna sin esta vinculación. Para el logro de sus objetivos políticos, la guerra dispone de medios que le son peculiares, a los cuales se extiende la investigación. El medio más importante de la guerra es la violencia, que se emplea tanto para el ataque como para la defensa. En el arte de la guerra sirve a la táctica en la

forma de la batalla. La estrategia necesita las batallas como medios para el logro de los objetivos bélicos.

En este procedimiento, Clausewitz se topa con las fuerzas morales que interpenetran todas las situaciones de la guerra. Las fuerzas materiales sólo pueden tener efecto si las animan y las colman las fuerzas morales. Según Clausewitz, la fuerza de los poderes morales resulta irradiada por la virtud guerrera y el entusiasmo del ejército, por el espíritu popular y por el talento del jefe militar. Este descubrimiento científico de la importancia de los factores morales es el mérito particular de Clausewitz.

En la polémica contra sistemas de la teoría de la guerra ajenos a la realidad, Clausewitz partió de las experiencias de la historia militar, la cual no sólo había investigado profunda e incansablemente, sino que también había vivido personalmente un buen tramo de la misma. En su opinión, sólo tenían fuerza probatoria aquellas comprobaciones que no sólo tomaran en cuenta el fenómeno visiblemente manifiesto sino que también examinasen todas las circunstancias que habían contribuido al resultado. En concordancia con este principio nació su teoría del arte militar, que en lo esencial constituye una consideración multifacética y variada. El tratamiento sensato de la naturaleza de la guerra y de las posibilidades del arte bélico quedaban restaurados, y los prejuicios y la monstruosidad de reglas rígidas, inservibles para la vida, y de sistemas unilaterales y artificiosos, a los que la realidad extremadamente multifacética de la guerra dejaba siempre de lado, quedaban destruidos. Y ése es también mérito de Clausewitz.

Los maestros intelectuales a los cuales se mencionan —él y otros— en diversos aspectos de su vida y de su obra son sobre todo Scharnhorst y Schiller, y en segundo término Montesquieu, Kant y Fichte. De ellos, Montesquieu sólo era obviamente un modelo por la manera ingeniosa en que había tratado su tema en capítulos breves y sentenciosos. En los escritos de Clausewitz pueden percibirse la consecuente agudeza de conceptos y lógica de Kant, y las implacablemente severas exigencias morales de Fichte. Pero más aun parece haber influido sobre su manera de pensar la *dialéctica* de Hegel. Aun cuando no puede demostrarse que Clausewitz se haya ocupado de las obras de este filósofo, es empero más que probable que un espíritu investigador como era el de Clausewitz haya conocido la filosofía de un hombre que vivía en el mismo sitio que él, que enseñaba allí, y que era conocido por todos en Berlín. Pero Clausewitz no siguió la filosofía idealista hasta sus últimas consecuencias. Aun cuando, al igual que ésta, partía del concepto consistente

en la idea, del objeto a ser tratado, no imaginaba a la realidad como el reflejo de la idea, sino que sólo admitía la validez de los juicios lógicamente formados si los mismos habían sido sometidos a prueba en la historia militar, en la realidad. Con su insobornable sentido de los hechos, Clausewitz era un realista, o expresado de otra manera: retornaba, una y otra vez, a *posiciones materialistas.*

Esa proclividad al materialismo, opuesta a sus tendencias idealistas, nos facilita la comprensión de las ideas de su libro *De la guerra.* Pero al mismo tiempo, el hecho de saber que la filosofía idealista constituyó el suelo nutricio de la labor intelectual de Clausewitz nos brinda la explicación de que ciertos aspectos necesarios de la guerra no se tratan en su teoría o se juzgan de otro modo de como consigue hacerlo la ciencia militar marxista-leninista. Ésta señala con razón que Clausewitz no distinguió inequívocamente entre guerras justa e injustas, contentándose con mencionar el fortalecimiento de las potencias morales por parte del espíritu popular en una guerra popular justa. La Ilustración francesa había condenado como injustificadas e inmorales las guerras libradas por los príncipes. Las verdaderas causas de las guerras, y de ese modo los medios para su supresión, eran cosas que naturalmente no logró descubrir. Veía el remedio en el mejoramiento de la moral humana mediante el constante llamado a la sensatez de los príncipes. Tampoco la filosofía idealista podía conocer salidas prácticamente viables. Esta clase de deseos irreales no estaban de acuerdo con las ideas de Clausewitz. No los planteó, dejando sin resolver el esclarecimiento de estos problemas.

En forma similar trató a la guerra popular. A pesar de reconocer la tremenda fuerza de la guerra popular y de haber contribuido personalmente con su ayuda —en la gran situación de apremio nacional— a prepararla, sólo menciona el valor militar de esta clase de guerra. Es evidente que la tiene en muy alta estima y la considera un medio del cual debe servirse el estado en caso de peligro y para su propia conservación. Es notable que en esta ocasión Clausewitz llame la atención sobre el hecho de que "una población pobre, habituada a un trabajo esforzado y a las privaciones, también suele mostrarse más fuerte y belicosa".[1] Pero olvidándose de esta noción, no entra a considerar las causas sociales y nacionales de las fuerzas de la guerra popular ni tampoco investiga las consecuencias políticas y morales de la participación del

[1] Carl von Clausewitz, *Vom Kriege*, Berlín, 1957, p. 562.

pueblo en la guerra. Sus adversarios, dice, la rechazan como medio revolucionario, ya que podría tornarse "tan peligrosa para el orden social interno" como para el propio enemigo. Se abstiene de tomar una decisión propia al respecto, y una vez más deja sin responder el interrogante acerca del carácter histórico de la guerra popular, tal como lo hace, por lo demás, con el de las diversas guerras.[2] Sin duda alguna, también en este caso la pertenencia de clase del autor desempeña un papel que, como sabemos, no aprobaba en modo alguno la revolución popular contra el feudalismo. Durante la segunda guerra mundial, las reflexiones formuladas por Clausewitz acerca de la fuerza de la guerra popular y de la formación de milicias populares fueron confirmadas por la lucha de la resistencia de los pueblos oprimidos por el fascismo.

La crítica necesaria no va en desmedro de las grandes realizaciones del filósofo militar, que coexisten en un plano igualitario con las restantes grandes conquistas espirituales de la época del clasicismo y del auge del desarrollo del idealismo. Por el contrario, esa crítica facilita el uso de su obra, en tanto nos impide tomar sus palabras y sus principios como algo que hoy en día, en vista del cambio de la situación, carecen de validez.

Durante la época de apremio de la patria, y bajo la guía de su maestro Scharnhorst, Carl von Clausewitz aprendió a distinguir el papel de la política, decisivo para el destino de los pueblos. Afectado por la desgracia de su pueblo y de su país en todas las fibras de su ser, se sentía corresponsable, en cuanto ciudadano, soldado y pensador, de la lucha nacional por la libertad. Las causas de la desgracia eran políticas, y también parecían serlo los medios para el restablecimiento de la libertad. Esa convicción inspiró el trabajo, la lucha y la vida de Carl von Clausewitz desde la derrota de 1806 hasta las guerras de liberación de 1813, y permaneció fiel a esta convicción hasta su muerte. La misma también constituyó el fundamento de las ideas que expuso en su obra *De la guerra*.

Luego de las guerras de liberación, Clausewitz había comenzado a ordenar las impresiones y experiencias de ese gran acontecimiento y a lograr claridad acerca de las relaciones entre política y guerra, entre fuerzas materiales y espirituales. Sentía la urgencia de salvar para la posteridad el impulso del elevado movimiento

[2] Cf. *Ibid.*, pp. 560-561.

intelectual de esa época. Quería impedir que la vanidad profesional y la fosilización reaccionaria, inevitablemente ligada con la arrogancia, que amenazaban con crecer una vez más, pudieran hacer retroceder, paralizar y ahogar a todas esas nuevas fuerzas que habían entrado en acción. Nada le parecía tan peligroso para el porvenir como la recaída en el espíritu y en las condiciones causantes de la catástrofe de 1806; nada le parecía tan ominoso para la conducción militar como el fiarse de las estrechas reglas de una escuela pedantesca, de los artificios de la rutina y el deshabituarse de las decisiones y juicios propios en cada una de las situaciones que surgían; nada le parecía contradecir tanto la naturaleza política de la guerra como planificar la acción militar sin la conducción política. Se le antojaba que el medio más seguro para terminar en la derrota era el desdén por las fuerzas morales y espirituales del pueblo y del ejército.

Clausewitz quería que el estadista y el jefe militar no obraran de acuerdo con un dogma; por el contrario, quería educarlos para pensar y enseñar a los dirigentes a tomar en cuenta todas las circunstancias y condiciones como fundamento de cualquier juicio. Guiado por un sentido de la realidad impermeable a las influencias, y sin retirarse por detrás de fronteras metafísicas ni eludiendo la realidad en un terreno idealista ilimitado, trata de descubrir la naturaleza de la guerra y a la vez extraer enseñanzas de la historia militar.

La guerra, en cuanto fenómeno social e histórico, obedece a las leyes que le son inmanentes, mientras que el arte militar obra dentro del ámbito que le permiten esas leyes y, bajo su estricto aprovechamiento, de acuerdo con su libre juicio y decisión.

Esta teoría debía contradecirse con las concepciones de la teoría militar que habían dominado el pensamiento castrense de un siglo y medio, y que ni siquiera después de las guerras de liberación habían desaparecido por completo. La polémica contra esos puntos de vista y la demostración de su insostenibilidad es una de las principales intenciones de esta obra.

En las teorías de los siglos XVII y XVIII predominaba la opinión de que el arte militar supremo consistía en hacer la guerra de tal manera que el adversario se viera obligado a aceptar las condiciones impuestas por su enemigo sin entablar lucha. En última instancia, la teoría veía el medio para ello en "una estrategia de maniobras pura, capaz de hacer la guerra sin derramamientos de sangre", aunque en la realidad eso no fuera otra cosa que "un

juego dialéctico" y no constituyese "un fenómeno real en la historia bélica mundial".[8]

Hay que buscar el origen de esta concepción en el período inicial del estado absolutista; gracias a las condiciones peculiares del absolutismo, la misma ha experimentado una constante consolidación. Los nuevos estados en desarrollo llevaban a cabo sus guerras con ejércitos establecidos por reclutamiento para un fin temporariamente limitado, y cuya cohesión sólo podía mantenerse mediante el pago regular de los emolumentos.

Por ello, la posibilidad de emprender una guerra, y la duración de la misma, estaba fundamentalmente condicionada por el poderío financiero de los estados. Si el poder financiero era restringido, el país en cuestión no podía demorar demasiado la terminación de la guerra; eso podía forzarlo a acelerar la decisión mediante una batalla victoriosa. Pero también un triunfo resultaba peligroso, ya que el mismo podía costar elevadas pérdidas a sus propias tropas, sin dar la certeza de un éxito político contundente. Por eso, en esa época los ejércitos se emplean no sin vacilaciones, y a más de un general que hubiese preferido derrotar rápidamente a su adversario, su país o su jefe supremo le impusieron prudencia y discreción.

Desde la segunda mitad del siglo XVII, una serie de circunstancias económicas y políticas restringieron aún más las posibilidades de hacer la guerra.

En la Guerra de los treinta años, los ejércitos, relativamente pequeños, podían abastecerse aún a partir de las regiones que ocupaban, cambiando de territorio una vez agotadas las reservas. Cuando los ejércitos aumentaron en número, ya no fue posible mantener este procedimiento. Su lugar fue ocupado por el sistema de almacenamiento y avituallamiento. Eso restringió la libertad de movimiento de las tropas. Es que los ejércitos no sólo no podían ya alejarse demasiado de los depósitos sino que además había que asegurar constantemente la comunicación con los almacenes. Esta evolución fortaleció la inclinación a una conducción bélica más serena y prudente, paralizando el espíritu ofensivo contenido ya hasta ese momento. En lugar de éste apareció la tendencia a perturbar los planes del enemigo mediante hábiles movimientos, amenazar posiciones dominantes por conquistas, inquietar sus comunicaciones mediante avances y, a través de la constante repetición de esta clase de procedimientos debilitantes, tornarlo paulatina-

[8] Hans Delbrück, *Geschichte der Kriegskunst*, Parte IV, Berlín, 1920, p. 335.

mente dispuesto a firmar la paz, sin exponerse uno mismo a peligros mayores. La teoría militar contemporánea calificaba a este procedimiento como el mejor método estratégico; en cambio, la lucha como instrumento para someter al adversario a la voluntad del vencedor sólo parecía estar justificada en casos excepcionales. El concepto general era que mediante una batalla no podían alcanzarse verdaderas decisiones políticas.

En la Guerra de la sucesión de España, la mayor guerra de aquella época, sin embargo, y en contra de las enseñanzas de los teóricos, las batallas no habían sido nada raras. Sin embargo, parecían confirmar la opinión de que una batalla no modificaría en esencia la situación.[4] Para este punto de vista resultaban decisivas causas técnicas y tácticas.

En materia táctica se había impuesto el ordenamiento lineal; el mismo permitía obtener un rendimiento acabado de la mayor parte de las armas, mejoradas para alcanzar una elevada utilidad bélica. La infantería, convertida nuevamente en arma principal, enfrentaba en una línea plana y extensa, que constaba de pocos miembros, al adversario dispuesto de igual manera. Por regla general, esta disposición sólo permitía la lucha paralela, y terminaba habitualmente con el rechazo frontal del bando derrotado. Si éste no había sido aniquilado en su estructura, podía reordenarse, completar las tropas disminuidas por pérdidas y enfrentar nuevamente a su enemigo en calidad de adversario con pleno poderío, de modo que no podía lograrse una decisión permanente.

A comienzos del siglo XVIII se formaron los ejércitos permanentes del absolutismo; pero su existencia y su mayor calidad no llevaron a modificaciones tácticas fundamentales. Los ejércitos permanentes no sólo servían a los príncipes para alcanzar el objetivo bélico anhelado sino también para mantener su poderío dentro del estado en la paz, y para fortalecer la autoridad y la influencia del mismo en la política exterior. La pérdida de esta fuerza militar única podía traer aparejado el hundimiento del estado. Con la derrota de Poltava en 1709 y el aniquilamiento del ejército

[4] Entre 1701 y 1714 sólo tres batallas obtuvieron éxitos de mayor cuantía: la de Höchstädt, de 1704, en virtud de la cual los franceses fueron obligados a evacuar el sur de Alemania; la de Turín, en 1706, como consecuencia de la cual se expulsó a los franceses de la alta Italia; y la de Ramilies, en 1706, que liberó los Países Bajos españoles. Las demás batallas, incluso la de Malplaquet en 1709, la más cruenta de esa época, no modificaron la situación en forma fundamental, aun cuando después de esa batalla se reiniciaron las negociaciones de paz interrumpidas.

también tocó a su fin el gran poderío de Suecia. El ejército permanente era un instrumento oneroso que sólo en casos de necesidad se ponía en juego. "En estas condiciones se formó luego una teoría militar que cubrió a la estrategia de maniobras, tal como se había desarrollado a partir de las dificultades expuestas, con un pequeño manto de erudición, admitió la decisión cruenta sólo como recurso de extrema necesidad, y proclamó que un gran general apreciaría ante todo la importancia 'de la maniobra' y siempre tendría que intentar lograr algo por esa vía antes de optar por la decisión en el campo de batalla."[5]

Tampoco la estrategia de Federico II de Prusia se distinguía fundamentalmente de las opiniones predominantes de su época; sin embargo, a pesar de estar ligado, como todos los restantes jefes militares, a las limitaciones de su tiempo, Federico rechazaba todo esquema en materia de estrategia. Jamás escogía un método a causa de un *principio* si ese método podía tornársele peligroso en vista de los medios de los que disponía. Procedía prudente y económicamente con sus limitados efectivos; pero del mismo modo sabía asir al adversario con la mayor concentración y la más audaz de las energías cuando columbraba las perspectivas de una victoria. Lo salvaron no sólo su ejército, cuyo poder agresivo supo restituir una y otra vez, ni tampoco solamente su habilidad militar, sino asimismo las vacilaciones y la insuficiente colaboración de la coalición enemiga, y por último la salida de Rusia y Francia de la guerra..

Las peculiaridades de la estrategia de Federico II no ejercieron una duradera impresión sobre el pensamiento de los jefes del ejército prusiano. Las antiguas teorías afirmaron su predominio.

La teoría del arte militar del siglo XVIII se desarrolló no sólo bajo la influencia de las condiciones materiales en una dirección totalmente definida, sino que también obedecía al racionalismo metafísico y no dialéctico que predominaba en aquella época. Éste exigía el método y la sistematización, y pretendía descartar el azar.[6] Pero como el descarte del azar es menos posible en una batalla que en ninguna otra cosa, se llegó a la conclusión de que las batallas no sólo eran inútiles sino también nocivas.

En consecuencia ni siquiera en la segunda mitad del siglo XVIII se debilitó la inclinación de los teóricos militares a dar preferencia

[5] Kurt Jany, *Geschichte der Königlich Preussischen Armee*, t. I, Berlín, p. 623.

[6] Cf. Eberhard Kessel, Introducción a: Carl von Clausewitz, *Strategie aus dem Jahre 1804...*, Hamburgo, 1937.

a las maniobras sobre las batallas en procura de una decisión.[7] La introducción del elemento geométrico en la conducción bélica parecía, por último, apropiada para descartar cualquier error y todo azar.

Puesto que la teoría militar del absolutismo se hallaba estrechamente vinculada con el modo de pensar metafísico y racionalista predominante a la sazón, y no habiendo madurado aún el pensamiento dialéctico a fines del siglo XVIII, también los teóricos militares que, bajo la influencia de la Revolución francesa, se habían convertido en adversarios del absolutismo, siguieron aferrados a los conceptos fundamentales de la teoría militar contemporánea.

Entre ellos se contaba Heinrich Dietrich von Bülow, hermano del general Bülow de Dennewitz. Cuando alertaba contra las batallas, calificándolas de "recurso de los desesperados", cuando afirmaba que el general que debía aceptar una batalla habría cometido previamente algún error, se trataba de juicios llevados al extremo, tal similares con los otros que ya se habían emitido décadas antes que él. Sin embargo, lo novedoso del libro de Bülow, que apareció en 1799, fue que aplicó a la estrategia la geometría, que hasta ese momento había sido indispensable para el arte de la ingeniería, de las fortificaciones y de la construcción de campamentos, así como en la balística. Sostenía que las relaciones geométricas, cuyas magnitudes podía medir y determinar el jefe militar, resultaban decisivas en la guerra. Para Bülow, el triángulo era la forma fundamental en la cual solía desarrollarse el acto bélico. La base de ese triángulo la constituía la línea trazada por las fortificaciones y depósitos. El objetivo de la operación —el objeto de la acción bélica— era el vértice del triángulo, y los lados iban desde los puntos extremos de la base hacia el objeto. Dentro de ese espacio comprendido por tres líneas, el ejército podía contar con abastecimientos seguros. Cuanto más amplia fuera la base y cuanto más obtuso fuese el ángulo del vértice, tanto menor sería

[7] Cf. Lloyd, *Der letzte Krieg zwischen dem König von Preussen und der Königin von Österreich*, Londres, 1781.

El general Lloyd, un inglés nativo que prestó servicios bélicos en los ejércitos austriacos, prusiano y ruso y que escribió una historia de la Guerra de los siete años, era uno de los defensores más influyentes de esta opinión. Veía el camino hacia la victoria en la toma de los puntos claves que dominan a todo un país, para desde allí operar contra las líneas de comunicaciones del enemigo. Para él constituyen puntos clave los pasajes de ríos, estrechos y desfiladeros, mesetas y regiones elevadas, líneas divisorias de las aguas y fortalezas.

el peligro de interrupción de abastecimiento por parte del enemigo; cuanto más estrecha fuera la base y cuanto más agudo fuese el ángulo, tanto mayor sería el peligro que amenazaría la comunicación con los depósitos. Si el advesario avanzaba dentro del triángulo, el ejército propio debía dispersarse hacia ambos lados del mismo y obligar a la retirada al enemigo que avanza, no por medio de un crudo ataque sino meramente amenazando sus flancos. Esta teoría, ingeniosamente expuesta, encontró numerosos partidarios.

Hoy en día nos resulta difícil comprender que todas esas teorías aún pudiesen gozar de estima luego de que las guerras revolucionarias francesas y las primeras victorias de Napoleón habían demostrado que una conducción bélica de cuño totalmente diferente podía ser posible y exitosa. Resulta igualmente asombroso que Bülow se haya imaginado que la estrategia de Napoleón en la alta Italia demostraría la corrección de su teoría (de la del propio Bülow). Inclusive el primero que declaró que las medidas estratégicas de Napoleón habían sido correctas en aspectos esenciales —Jomini—[8] consideraba necesaria la coparticipación de elementos geométricos en la estrategia. Reconocía que Napoleón buscaba las batallas, y que para ello reunía y empleaba al grueso de su ejército contra el sitio decisivo; pero generalizaba el método frecuentemente empleado por Napoleón, el de situarse entre los adversarios y batir a uno tras otro, y se equivocaba cuando sostenía que la operación sobre la línea interna era la *única* correcta y la que había que seguir bajo todas las circunstancias.

El pensamiento y la acción del estrato de la conducción militar prusiana siguió estando dominado, también hacia fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, por las antiguas ideas estratégicas básicas; quedaban en pie la aversión por las batallas, la sobrestimación de las maniobras, la adoración de los puntos y líneas estratégicos y el total desdén por las fuerzas morales en la guerra. El comandante supremo del ejército prusiano, el duque Carlos Guillermo Fernando de Brunswick, sus jefes subordinados Hohenlohe, Rüchel y Kalckreuth, casi todos los generales y altos oficiales del estado mayor como Phull y Massenbach no habían comprendido que la estrategia de Napoleón no se aferraba a pre-

[8] Cf. Jomini, *Traité de grande tactique*, etc., París, 1805. Véase asimismo Jomini, *Das Wesen der Kriegskunst oder neue analytische Darstellung der Haupt-Combinationen der Strategie, der höheren Taktik und der Militär-Politik*, Leipzig, 1830.

suntas ventajas del terreno, a puntos y líneas que decidían presumiblemente las guerras, sino que habían surgido de las nuevas condiciones sociales.

La situación de apremio nacional de Prusia permitió que Clausewitz descubriera no sólo la elevada significación de la política. La derrota en Jena y Auerstedt lo fortaleció definitivamente en la opinión de que las reglas eruditas en las que se basaba la conducción militar ya no resultaban aplicables frente al cambio de forma de la guerra, y que la desgracia consistía en que se había desconocido por completo la acción de las fuerzas espirituales y morales que habían irrumpido en la revolución. Debió confesarse a sí mismo que la conducción prusiana carecía de la osada decisión de obrar a pesar de la escasez de noticias. Veía que el ejército, del cual había estado tan orgulloso junto con todo el cuerpo de oficiales, se dispersaba bajo su lamentable conducción, y que los ancianos generales se hallaban ignominiosamente dispuestos a la entrega y a la capitulación sin necesidad alguna. Comprendió entonces que la superioridad del nuevo arte militar debía atribuirse menos a las "nuevas invenciones o corrientes de ideas" que a "las nuevas situaciones y condiciones sociales".[9] Con ese descubrimiento había nacido el pensamiento fundamental que diera su significación singular a su obra *De la guerra,* la teoría de la relación entre la guerra y la política. Clausewitz entiende por política, por una parte, la acción de los gobiernos, y por otra, la influencia de las condiciones sociales sobre el acontecer político. Hay dos frases en su libro *De la guerra* que lo atestiguan. La primera reza así: "La guerra [...] parte siempre de una situación política, y sólo la provoca un motivo político."[10] La segunda dice: "Sólo es posible imaginar a la guerra como un instrumento político [...] y sólo pensando así resulta posible no entrar en contradicción con toda la historia militar. Solamente esa idea abre ese gran libro a una visión comprensiva."[11] Así como la guerra es un medio de la política, también el arte militar debe servir a los objetivos políticos. "El arte militar en su nivel más elevado" se convierte "en política, pero por cierto que en una política que, en lugar de escribir notas, libra batallas".[12]

De este modo de caracterizar la política como una fuerza que determina asimismo el arte militar deriva Clausewitz el rechazo de

[9] Cf. *Vom Kriege,* cit., p. 610.
[10] *Ibid.*, p. 33.
[11] *Ibid.*, p. 35.
[12] *Ibid.*, p. 731.

"un juicio puramente militar",[13] y considera un contrasentido acudir al asesoramiento de militares para los proyectos bélicos. Por cierto que también los estadistas pueden errar eventualmente en su juicio político, dando con ello al arte militar una orientación conducente a error. Clausewitz lo demuestra en la política de las potencias europeas que luchaban contra la Revolución francesa en la década de 1790. La inferioridad de la estrategia de las antiguas potencias resultaba en primerísima instancia de las contradicciones sociales de esos países.[14] No estaba a su alcance comprender el hecho de que la revolución había puesto en movimiento tremendas fuerzas que los antiguos estados no podían convocar sin poner en peligro su sistema social. Puesto que no podían atreverse a ello, y por ende su política exhibía una debilidad decisiva, también su estrategia debía sucumbir a los medios puestos en juego y a la energía de la conducción bélica de la nación francesa.[15] El político y soldado Clausewitz arribaba a esta conclusión: "Por lo tanto, también las verdaderas transformaciones del arte militar son una consecuencia de las transformaciones de la política, y muy lejos de demostrar nada en favor de la separación entre ambas, abogan en cambio, como poderosa prueba, en favor de su íntima unidad."[16]

Clausewitz se encuentra solo en su época con esa comprobación, e inclusive en el presente sólo los marxistas-leninistas han comprendido la profunda sabiduría de este principio en toda su consecuencia. La idea de que la estrategia y la política tienen una interrelación no era, de por sí, nada nuevo. Así escribía en 1808 el coronel Massenbach: "Esas negligencias tenían sus motivos en la defectuosa constitución estatal que no vincula el cálculo de la paz con el cálculo de la guerra; que considera a la política y a la estrategia como cosas diferentes en esencia, mientras que en realidad sólo constituyen *una misma cosa,* constituyen, por así decirlo, un connubio espiritual y tienden hacia un mismo objetivo."[17] Más allá de este concepto, que pasa por alto lo más esencial, sólo Clausewitz demostró que *la guerra es una parte y un medio subordinado a la política,* extrayendo todas las consecuencias de este descubrimiento. La experiencia recogida durante su vida y el estudio

[13] *Ibid.*
[14] Cf. *ibid.*, pp. 733-734 y 560.
[15] Cf. *ibid.*, pp. 733-734.
[16] *Ibid.*, p. 734.
[17] *Betrachtungen und Aufschlüsse über die Ereignisse des Jahres 1805 und 1806,* Francfurt y Leipzig, 1808, p. 57.

de la historia militar aguzaron su visión para descubrir la naturaleza política de la guerra y las influencias recíprocas entre la política y la estrategia militar en toda su extensión y profundidad. Clausewitz escribió una obra política y militar de valor incalculable en ambos aspectos. Y así como la política domina en la guerra, también en su obra predomina el pensador político.

Así lo comprendieron sobre todo quienes no buscaban en su obra *De la guerra,* en primer término, lo que tenía que ver la estrategia en tal o cual situación, sino que querían saber qué significa la guerra como fenómeno histórico y social, y cómo tenía que enfocarla la conducción política. Karl Marx, Friedrich Engels y especialmente Lenin estudiaron el libro *De la guerra* precisamente en ese sentido. Lenin se remitió con frecuencia a Clausewitz cuando fundamentó la posición de la clase obrera frente a la guerra, en especial frente a la primera guerra mundial. Eso ocurrió asimismo en el caso de acontecimientos en los cuales la decisión estratégica constituía al mismo tiempo también una decisión política, vale decir en el instante en el cual, según la idea de Clausewitz, el arte de la guerra se convertía en política.

En las investigaciones y tesis del primer libro, muy debatidas y a menudo mal entendidas, Clausewitz se ocupó de la índole, de la naturaleza de la guerra y buscó las leyes que determinan el origen, el curso y el fin de la misma. Así como la filosofía idealista intentaba esclarecer primeramente los conceptos y la evolución de las ideas abstractas en el pensamiento lógico, descartando todas las condiciones históricas, concretas y reales, de la misma manera comenzó Clausewitz su tarea. Al igual que toda la filosofía idealista, también Clausewitz abstrajo esos conceptos, en última instancia, de la experiencia. En consecuencia, Clausewitz no comienza con el fenómeno histórico, sino con la idea de la guerra. A ésta la denomina la *guerra absoluta;* en ella se hallan contenidos todos los rasgos esenciales que obran en la naturaleza de la guerra, teniendo bien entendido que pensamos en la guerra sin influencia alguna de las condiciones de la vida real, en cierto modo como si transcurriese en el vacío. Entonces la guerra se revela como un acto de violencia destinado a obligar al adversario a cumplir nuestra voluntad, cosa que se logra tornándolo indefenso. A la violencia se le opone la violencia. A fin de no dejarse vencer o para vencer, respectivamente, cada uno de los adversarios acrecienta sus esfuerzos al máximo, hasta el extremo. La ley de lo extremo pertenece a la idea de la esencia de la guerra.

La realidad modifica las fuerzas que obran en la guerra en sí

misma. Clausewitz comprueba que con sutilezas lógicas pueden establecerse por cierto meras leyes librescas, pero no leyes que sirvan para el mundo real. De esa manera, la tendencia hacia el extremo, que existe en la idea, resulta limitada en la realidad por el hecho de que la guerra nunca es un acto aislado, que no consta de un único golpe, que tampoco la decisión total es jamás algo absoluto, pero sobre todo también que la guerra se efectúa en razón de una finalidad política cuyo logro de ninguna manera exige siempre los extremos.

Este desarrollo ideológico es característico del modo de trabajo de Clausewitz. No es la lógica sino la realidad la que dicta las leyes. La guerra no es sólo un acto político sino también un instrumento político. El descubrimiento de que el elemento político pertenece a la naturaleza de la guerra, que la guerra es la prosecución de la política por otros medios —más exactamente, por los de la violencia— que de ninguna manera puede haber una guerra sin un objetivo político, se originó por la vía de la investigación dialéctica de la naturaleza de la guerra. Da la impresión de que Clausewitz intuyó algunos puntos de vista y algunas prácticas de los últimos ochenta años cuando destaca premonitoriamente que la idea de que, luego de haber sido provocada por la política, la guerra asumiría el lugar de ésta y sólo obedecería a sus leyes, es radicalmente falsa; por el contrario, y puesto que la guerra emana de un objetivo político, también este primer motivo deberá seguir siendo la consideración primordial y suprema en su conducción; que la guerra debería permanecer sometida a la voluntad de la inteligencia guiadora.

Sin embargo, Clausewitz exige que las orientaciones e intenciones de la política no deben entrar en contradicción con los medios militares. Pero esta justificada pretensión de la conducción militar sólo puede imaginarse como una modificación de las intenciones políticas. "[. . .] Pues la intención política es el objetivo y la guerra es el medio, y jamás puede imaginarse el medio sin el fin."[18]

Con aguda dialéctica prosigue Clausewitz las consecuencias de estos descubrimientos. De acuerdo con los diversos objetivos políticos existen diferentes guerras, según sean los motivos de la guerra mayores y más poderosos, o menores y más débiles. En un caso, la guerra se acercaría más a su forma abstracta, tornándose en apariencia "más puramente bélica y menos política", y apuntando por completo a la finalidad de abatir al enemigo, mientras que en el

[18] Cf. *Vom Kriege*, cit., p. 34.

otro caso la guerra correspondería a las intenciones políticas más moderadas y se alejaría de la "dirección natural del elemento bélico, es decir de la violencia", tornándose, en apariencia, más política. Pero en realidad, un tipo de guerra es tan político como el otro. Pues no existen otras guerras que las que se libran con una intención política. Estas conclusiones encomiendan una responsable misión a la estrategia militar."El primer acto de juicio, el más grande y decisivo [...] es que" el estadista y militar no "tome la guerra que emprende, o no la convierta, en algo que, por la naturaleza de la situación, no puede ser. Ése es, pues, el primero y más amplio de todos los problemas estratégicos."[19]

Los *poderes espirituales* y *morales* que, en vista de su elevada importancia, incorpora Clausewitz a la teoría de la guerra —y también a la de la estrategia militar (el talento del jefe militar, la virtud guerrera del ejército y el espíritu popular) se tratan correspondientemente en todas las partes de la obra. Sus efectos se hallan "totalmente fundidos" con las fuerzas físicas "y no es posible separarlos de ellas mediante un proceso químico, como una aleación metálica".[20] Estas conclusiones son fruto de la meditación y de la vivencia de las guerras alemanas de revolución y liberación, las que le enseñaron que "la mayor parte de los objetos" de la guerra "se hallan compuestos por una mitad de causas y efectos físicos, y por otra mitad de causas y efectos morales". Pero el propio Clausewitz sitúa los factores morales en primer término: "[...] las causas físicas aparecen casi como la empuñadura de madera, mientras que las morales constituyen el noble metal, la afilada y aguzada arma propiamente dicha".[21]

Las reflexiones de Clausewitz son especialmente valiosas porque toman "en consideración aquellas manifestaciones de los poderes del espíritu y el intelecto que exige a la naturaleza humana la actividad guerrera".[22] Al jefe militar se le exigen realizaciones de nivel particularmente encumbrado; debe poseer una profunda visión incluso en las relaciones superiores del estado.[23] Para expresarlo de una manera moderna, debe ser una personalidad políticamente fundada, sin dejar de ser jefe militar.[24]

La experiencia nos enseña que los jefes militares siempre tienen

[19] *Ibid.*, pp. 35-36.
[20] *Ibid.*, p. 166.
[21] *Ibid.*
[22] *Ibid.*, p. 69.
[23] Cf. *ibid.*, p. 70.
[24] Cf. *ibid.*, p. 71.

que vérselas con las fricciones que se insertan entre el plan y su ejecución, entre las órdenes y su cumplimiento, entre las intenciones y el resultado, con la consecuencia de interferir, retardar, modificar e impedir la concreción. Superar tales fricciones demanda toda la habilidad de los jefes y una voluntad poderosa y férrea. "El jefe militar [...] no puede disponer a su arbitrio de un aceite que morigere esas fricciones: tal es el hábito bélico del ejército."[25]

El hábito castrense del ejército es también, en proporción esencial, de naturaleza moral. Por eso contaba Clausewitz la virtud guerrera y el espíritu popular de un ejército entre las principales fuerzas morales, poniéndolos por encima del valor de la tarea de conducción del jefe militar. En forma gráfica y colorida describe Clausewitz lo que entiende por virtud guerrera: "Un ejército que en medio del fuego destructor conserva sus órdenes habituales, al cual jamás lo arredra un temor imaginario y que disputa al miedo fundado el terreno palmo a palmo, orgulloso en el sentimiento de sus triunfos, que incluso en medio de la desintegración de la derrota no pierde la fuerza para la obediencia, ni el respeto y la confianza a sus jefes, cuyas fuerzas físicas han sido fortalecidas en el ejercicio de las privaciones y los esfuerzos como los músculos de un atleta, que considera a esos esfuerzos como un medio para lograr el triunfo y no como una maldición, que descansa sobre sus banderas, y al cual todos esos deberes y virtudes le son recordados por el breve catecismo de una sola idea, la del honor de sus armas, ése es un ejército empapado del espíritu guerrero."[26]

En conexión con esta exposición confiesa Clausewitz que si bien el entusiasmo por el objetivo bélico puede infundir vida y un fuego más intenso a la virtud guerrera de un ejército, no pertenece necesariamente al espíritu bélico de un ejército permanente. En cambio es característico de las milicias populares. La valentía, la destreza, el temple y el entusiasmo en cuanto atributos naturales de un pueblo armado para la guerra pueden sustituir a la virtud guerrera. Esos atributos tornan a las milicias populares tan peligrosas para el adversario, y las convierten en una fuerza equivalente a un *ejército permanente*. A partir de este descubrimiento reconoce Clausewitz que la virtud guerrera del ejército permanente adquiere un valor acrecentado en la misma elevada medida en que la complementa el entusiasmo por la causa de la guerra o, como diríamos hoy en día, por la causa de una guerra justa.

[25] *Ibid.*, p. 83.
[26] *Ibid.*, p. 170.

Es característico de Clausewitz que éste no subestime tampoco los factores materiales. La reciprocidad y coexistencia de las fuerzas morales y materiales se le revela ya en la idea más general de la naturaleza de la guerra, a la cual califica de lucha entre las fuerzas físicas y espirituales de ambos bandos. A lo largo de toda su obra permanece fiel a esa tendencia a demostrar la coexistencia de ambos factores.

Pero cabe añadir que Clausewitz no veía ni podía ver en los poderes morales la significación decisiva de la lucha de clases. Antes debía iniciarse aquella época acerca de la cual expresa el *Manifiesto comunista:* "[...] La época de la burguesía se distingue [...] por el hecho de haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad se escinde cada vez más en dos grandes bandos hostiles, en dos grandes clases, directamente enfrentadas entre sí: la burguesía y el proletariado."[27] El mérito de Clausewitz consiste precisamente en que descubrió, en general, el papel de las fuerzas morales.

Una de las tesis más discutidas de Clausewitz es su teoría de la defensa. Las dos formas principales de la guerra son el ataque y la defensa. "La forma defensiva de la conducción bélica es, de por sí, más poderosa que la agresiva."[28] Algunos críticos no han tomado en cuenta ese "de por sí". Pues el mismo permite esperar un "pero", un complemento, una contradicción, y señala la relación dialéctica con el ataque. Clausewitz consideró necesario subrayar tanto más el poderío de esta forma, cuanto que su formulación "[...] aunque forma parte por completo de la naturaleza de la cuestión y resulta confirmado miles de veces por la experiencia", no obstante "se opone por completo a la opinión imperante".[29] De acuerdo a la experiencia, el que escoge la defensa es aquel que, siendo el más débil, trata de completar sus fuerzas. Ese complemento lo halla en las ventajas que brinda la defensa, de las cuales Clausewitz cita como las más importantes, entre otras, en el terreno táctico, la espera de la acción adversaria y la elección del terreno adecuado y, en la estrategia, al pueblo, las fuerzas morales, las milicias populares, las reservas y la movilización general. El punto más brillante de la defensa sería el contraataque, las medidas súbitas de represalia. El sometimiento del adversario es el objetivo tanto del ataque como de la defensa. El ataque "es la

[27] Karl Marx y Friedrich Engels, *Ausgewählte Schriften in zwei Bänden,* t. I, Berlín, 1951, p. 24.

[28] Cf. *Vom Kriege,* cit., p. 396.

[29] Cf. *ibid.*

forma más débil con el objetivo más positivo", mientras que la defensa es "la forma más fuerte con la finalidad negativa".[30] Los ulteriores ideólogos del imperialismo alemán rechazaron enérgicamente este principio.

En el brillantemente escrito capítulo "Interacción del ataque y la defensa" se investiga la dialéctica de la relación entre ambas formas. Clausewitz pregunta qué forma provoca la guerra, si el ataque o la defensa, y llega a la conclusión sorprendente en primera instancia, de que no lo es el ataque, pues si bien éste tiene por fin absoluto la toma de posesión, sólo tiene por objetivo la lucha en segundo término. En cambio la defensa tiene "la lucha por fin inmediato, porque la defensa y la lucha son, evidentemente, una sola cosa". "Por eso corresponde a la naturaleza del hecho que aquel que primero pone en acción el elemento de la guerra, desde cuyo punto de vista se piensa por vez primera en dos bandos, también establece las primeras leyes para la guerra, y éste es el *defensor*."[31] Esta formulación condujo al malentendido de que Clausewitz habría calificado al defensor como el culpable de la guerra. En este momento no se trata en absoluto de culpables o inocentes. No es posible imaginar la guerra sin lucha, y por eso para Clausewitz la guerra comienza sólo cuando comienza la lucha. Este pasaje ha sido mal entendido sobre todo en el extranjero, presumiblemente porque la ironía y el sarcasmo se pierden fácilmente en la traducción.

Recordemos que Clausewitz considera al ataque y a la defensa no sólo desde el punto de vista puramente militar sino también desde el de la fijación de objetivos políticos. Él mismo acuñó el concepto del agresor *político*.[32] Puesto que jamás abogó en favor de una política exterior agresiva, no es necesario aportar pruebas en el sentido de que existe un punto de partida intelectual común para su posición política y su teoría sobre el ataque y la defensa.

La crítica también se ha ocupado mucho de una frase que exige el aniquilamiento de las fuerzas armadas enemigas como medio de derrotar al enemigo. Clausewitz calificó "la tendencia a la aniquilación de las fuerzas armadas enemigas como el hijo primogénito de la guerra".[33] En cambio, en el pensamiento militar de la Alemania imperialista esto se interpretó corrientemente como que el aniquilamiento de las fuerzas armadas enemigas sería el único me-

[30] *Ibid.*, p. 410.
[31] *Ibid.*, p. 421.
[32] Cf. *ibid.*, p. 722.
[33] *Ibid.*, p. 52.

dio para alcanzar el objetivo bélico. Consciente o inconscientemente se pasó por alto el hecho de que, para Clausewitz, este medio era uno de los muchos existentes, ya que sólo la finalidad política, la idea conductora de la guerra, determinaría la medida y el tipo de los medios a emplear. La multiplicidad de los objetivos políticos acrecienta "hasta el infinito el número de caminos posibles".[34] El aniquilamiento de las fuerzas armadas enemigas "de ninguna manera puede establecerse como una ley en la teoría".[35] Clausewitz llama la atención acerca del hecho de que el adversario también podría ceder sin la pérdida de sus fuerzas armadas, porque la atemorizadora idea de la derrota en la batalla así se lo aconsejaría. "Según esto, el aniquilamiento de las fuerzas armadas enemigas es, pues [...] el último punto de apoyo de todas las combinaciones, que se basan en él como un arco sobre sus contrafuertes."[36]

En conexión con esto surge asimismo la muy controvertida cuestión de en qué medida reconocía Clausewitz la existencia de leyes en el ámbito de la guerra.

La guerra en general se halla sometida a leyes de validez general; cada guerra concreta en particular, que tiene lugar en un momento determinado y bajo condiciones sociales determinadas, está sometida a leyes que sólo poseen validez en tanto subsistan esas condiciones sociales. La investigación de Clausewitz acerca de la naturaleza de la guerra sirve para hallar las leyes ínsitas de la guerra, generales y de acción permanente; en la teoría de la guerra real señala "la relación entre las cosas y sus acciones mutuas", que sin nuestra acción obra sobre el origen, el curso y la terminación de la guerra como una ley determinante.[37] También acerca de la conducción y la acción en la guerra, para la conducción bélica y la estrategia militar, estas leyes constituyen el marco dentro del cual debe manejarse y actuar la estrategia militar.

Clausewitz siempre destacó que la táctica, la estrategia, la conducción y el arte de la guerra, el jefe militar y el comandante de las tropas no deben obrar contradiciendo las leyes imperantes. Teorizaba de la siguiente manera: "En cambio, la teoría de la conducción de la guerra no puede servirse del concepto de ley con relación a la acción, puesto que, dado el cambio y la variedad de los fenómenos no hay en la conducción bélica determinación al-

[34] Cf. *ibid.*, pp. 44-45.
[35] Cf. *ibid.*, p. 39.
[36] *Ibid.*, p. 48.
[37] *Ibid.*, p. 119.

guna que sea generalmente suficiente como para merecer el nombre de ley. Pero los principios, las reglas, las disposiciones y los métodos son conceptos imprescindibles para la teoría de la conducción bélica, en tanto conduzcan a enseñanzas positivas, ya que en ellas la verdad sólo puede cristalizar bajo tales formas."[38]

A todo esto debemos tener en cuenta que bajo lo que Clausewitz califica de principio, hoy entendemos en muchos casos una ley, especialmente cuando el principio "es el resultado de una verdad objetiva y, en consecuencia, resulta igualmente válido para todos los hombres".[39]

Su negativa a concederle a las reglas, disposiciones y métodos una fuerza de ley inmutable, por así decir, se vincula con su rechazo del dogmatismo, que exige obedecer a la teoría como si fuesen disposiciones legales. Clausewitz sabía por experiencia que obrar según esta clase de reglas dogmáticas no sólo era inútil sino que también podía volverse extraordinariamente peligroso.

Por eso fustigaba la ampliamente difundida manía de establecer disposiciones rígidas y reglas adecuadas para todos los casos. Si la teoría buscase determinadas magnitudes, aunque "el cálculo deba hacerse solamente con magnitudes variables"; si sólo se limitase a magnitudes materiales, ya que las mismas son mensurables, aunque "todo el acto bélico está recorrido por fuerzas y efectos espirituales"; y si sólo considerase la acción unilateral, "mientras que la guerra es una constante interacción de opuestos", entonces se originarían disposiciones y reglas "totalmente inservibles". Lo que esa clase de teoría no pudiese incorporar a su "coto científico", lo relegaría al "campo del genio, que se alza por sobre las reglas".[40] Pues sería "una filosofía miserable si, procediendo según la antigua manera, se encerrasen sus propias reglas y principios allende todas las magnitudes morales", o si se acudiese al recurso "de apelar al genio que está por encima de las reglas, con lo cual, en el fondo, se da a entender que las reglas no sólo se escriben para los tontos sino que también deben ser realmente tontas".[41] "Ay del guerrero destinado a arrastrarse entre esa miseria de reglas demasiado malas para el genio, que éste puede pasar elegantemente por alto, y de las cuales puede reírse en todo caso. Lo que hace el genio debe ser precisamente la más hermosa de las reglas, y la

[38] *Ibid.*, p. 120.
[39] Cf. *ibid.*, p. 719.
[40] Cf. *ibid.*, pp. 98-100.
[41] *Ibid.*, p. 165.

teoría no puede hacer nada mejor que mostrar cómo y por qué es así."[42]

Por eso declara Clausewitz que es "totalmente imposible [...] pretender dotar al arte militar, mediante un edificio doctrinario positivo, de algo así como de un andamiaje que siempre pueda dar un asidero exterior al que actúa".[43] Si en las condiciones reales de la guerra, este último tuviera que decidirse, caracterizándose aquéllas por la incertidumbre de muchos datos, lo incalculable de las magnitudes espirituales y la variedad de fenómenos siempre nuevos y cambiantes, entonces el juicio individual y el talento personal tendrían que imponer el modo de obrar. Tomándolos literalmente, estos principios parecen contradecir al marxismo. Pero de hecho no hay aquí contradicción alguna. Como lo pretende Clausewitz, "la teoría ha de educar el espíritu del futuro dirigente en la guerra o, más bien, ha de guiarlo en su autoeducación, pero no ha de acompañarlo al campo de batalla [...]"[44] Eso significa que la teoría no es un dogma, no puede relevar al jefe militar del pensamiento y la decisión propios en las cambiantes situaciones del acontecer bélico. Ese principio guió a Clausewitz en todas sus investigaciones.

Entre 1832 y 1834 apareció la edición de *De la guerra*. El editor Ferdinand Dümmler debe haber reconocido de inmediato el elevado valor de este libro; en su editorial habían aparecido obras cuyos autores gozaban de nombradía.[45] En el anuncio de suscripción del 10 de junio de 1832, que proclamaba la aparición de las obras póstumas completas del "conocido, ingenioso y erudito general", se decía: "La primera obra, relativa a la ciencia de la guerra, a la cual el propio difunto señor autor impuso el modesto título de *De la guerra*, abarca una teoría de la guerra y de la estrategia bélica, surgida del más profundo estudio de la historia militar y de una experiencia bélica profunda, elaborada con espíritu claro, científicamente ordenada en grado poco común."[46]

No podía esperarse que el libro *De la guerra* fuese comprendido

[42] *Ibid.*, p. 100.
[43] *Ibid.*, p. 105.
[44] *Ibid.*, p. 107.
[45] En la 16a. edición de la obra *Vom Kriege*, Bonn, 1952, p. 48, editada por Werner Hahlweg, éste cita a Ernst Moritz Arndt, Bettina von Arnim, Chamisso, Eichendorff, Fouqué, E. T. A. Hoffmann, Alexander y Wilhelm von Humboldt, Jakob y Wilhelm Grimm, Schlegel, Schleiermacher y otros.
[46] Citado según Werner Hehlweg, *op. cit.*, pp. 1130 y 1131.

en toda su significación inmediatamente después de su aparición; tampoco podía influir de inmediato sobre el pensamiento militar de Prusia de una manera visible. Pero algunos contemporáneos de gran visión, sobre todo entre los oficiales instruidos, se mostraron extraordinariamente impresionados por el espíritu de la obra y reconocieron por anticipado su gran importancia para el futuro. No sabemos cómo lo recibieron los representantes influyentes del generalato y del estado mayor. En el período posterior a la muerte de Scharnhorst y de Gneisenau ya no existía el terreno para ideas nuevas que, como las de Clausewitz, pudieran iniciar una transformación revolucionaria en los puntos de vista teórico-militares. Menos que nadie se hubiesen hallado dispuestos a ello el rey y su entorno archirreaccionario, quienes hasta ese momento sólo se habían allanado a las exigencias del bando reformista luego de tenaces luchas. Quienes propugnaban un pensamiento militar progresista ya no estaban con vida o bien, como Boyen y Grolmann, carecían de influencia. Sin embargo hubo aún algunos oficiales jóvenes que estimaron con justicia la importancia de la obra.

Entre quienes aprobaron las ideas del libro *De la guerra* inmediatamente después de conocerse se hallaban tres escritores militares de multifacética actividad. Uno de ellos era el editor del *Militär-Literatur-Zeitung* [Periódico de literatura militar], Mayor Carl von Decker, el segundo era su coeditor, el Mayor Ludwig Blesson, y el tercero era el capitán sajón Karl Eduard Pönitz.[47] Carl von Decker escribió una crítica que atestigua su comprensión y su amplia visión.[48]

[47] Carl von Decker, Ludwig Blesson y Karl Eduard Pönitz pertenecían a los pocos oficiales alemanes que durante la época de la Restauración, y también más tarde, lucharon virilmente en la literatura militar contra el espíritu militarista que volvía a irrumpir. Por ese motivo, por ejemplo, debió abandonar Blesson ya en 1829 el servicio activo. Sin embargo, su influencia quedó restringida al círculo de los oficiales que desarrollaban actividades literarias.

[48] Se decía allí: "Es así como no puede dejar de ocurrir —y no dejará de suceder tampoco— que las obras del general Carl von Clausewitz se conviertan en una fuente de opíparas enseñanzas, mientras que al mismo tiempo deben producir, necesaria e irrevocablemente, la revolución en la teoría de la guerra insinuada por su propio autor [. . .] Todos coincidirán —y así deben hacerlo— en que el modo como el autor trata el arte militar y como lo ha estudiado, difiere de todas las maneras conocidas hasta el presente en forma total, que por consiguiente es completamente original, que no ha tomado en préstamo de ninguna otra su contenido, y menos aún su ornamentación y color exteriores, por lo cual no admite tampoco parangón alguno. Y precisamente porque esta creación, al igual que un meteoro, posee luz propia independientemente de una iluminación ajena, y pertenece a su creador *en forma exclusiva*,

En otra revista militar, la *Allgemeine-Militär-Zeitung* [Revista militar general] editada en Darmstadt, aparecieron también artículos que abogaron decididamente por las nuevas ideas de Clausewitz. En 1833 escribía este periódico que era necesario dejar de lado las inhibiciones "que durante demasiado tiempo habían impedido que las opiniones produjeran la libre evolución de las fuerzas espirituales en cuestiones militares". Las nuevas ideas se hallarían en manifiesta contradicción con las opiniones militares absolutistas predominantes. Por mucho que sería de desear la conquista de decenas de miles de lectores comprensivos y libres de prejuicios para la obra de Calusewitz, afirma el periódico, es improbable que se logre eliminar la rígida indiferencia para con lo nuevo y el aferrarse a los puntos de vista anticuados entre los oficiales. También en 1837, esta misma publicación defendía a *De la guerra* contra la crítica de Jomini.[49]

En el *Militär-Conversations-Lexikon* declaraba Pönitz en 1839: "El mayor mérito en pro de la simplificación de las ideas respecto de la acción bélica, en especial estratégica, es indiscutiblemente del finado general Carl von Clausewitz, quien consideró con singular agudeza todo cuanto escribieron los más excelentes escritores sobre estrategia, lo cotejó cuidadosamente con la historia y según sus propias experiencias, llegando de esa manera a principios de un valor inmensamente mayor que lo producido hasta el presente en ese terreno."[50]

En general, la pluma de Pönitz contribuyó a difundir las ideas de Clausewitz en círculos interesados. Cuando las teorías del general von Willisen, quien había enseñado entre 1829 y 1836 en la Escuela general de guerra de Berlín, volvieron en gran medida a los sistemas del siglo XVIII condenados por Clausewitz y ganaron influencia en los ejércitos alemanes, en su trabajo *Militärische Briefe eines Verstorbenen an seine noch lebenden Freunde historischen, wissenschaftlichen, kritischen und humoristischen Inhalts*

precisamente por eso una falta de popularidad no puede considerarse como un reproche para ella [...] Acerca de esta última predicción, la de una revolución en esta teoría que la modestia del autor sólo califica de *posible*, podría afirmarse con certeza *que sin ninguna duda se ha de cumplir, tarde o temprano*, no bien los frutos espirituales del autor hayan encontrado un cosechador digno de ellos." Véase *Militär-Literatur-Zeitung*, 1832, p. 553.

[49] Cf. *Allgemeine-Militär-Zeitung*, año 1833, pp. 6 y 40, así como año 1837, pp. 115 *ss*. Es de suponer que Pönitz haya sido el autor de los artículos mencionados.

[50] *Militär-Conversations-Lexikon*, editado por H. E. W. von der Lühe, t. VII, Adorf, 1839, p. 838.

[Cartas militares de un fallecido a sus amigos aún vivos, de contenido histórico, científico, crítico y humorístico] (Adorf, 1845), von Pönitz demostró, basándose en la teoría de *De la guerra,* la insostenibilidad y la peligrosidad de estas teorías de Willisen.

En otro trabajo, *Militärische Briefe eines Lebenden an seinen Freund Clausewitz in Olymp* [Cartas militares de un hombre vivo a su amigo Clausewitz en el Olimpo] (Leipzig, 1846), Pönitz también se refiere a las teorías de Clausewitz. En esas cartas fustigaba el atraso imperante en los ejércitos alemanes y expresaba sus temores acerca de la detención de la evolución intelectual y moral, así como de la recaída en puntos de vista desde mucho antes superados. Para Pönitz, el nombre de Clausewitz se convirtió en símbolo del pensamiento militar sensato y progresista. Como consecuencia de la actividad literaria y política de Pönitz y otros, las teorías de Clausewitz hallaron más amplia entrada en el cuerpo de oficiales prusiano, y probablemente también en otras oficialidades alemanas. En 1853, en ocasión de aparecer la segunda edición de la obra, la *Militär-Literatur-Zeitung,* empeñada en una acción conjunta de todos los alemanes, comprobaba que la significación de las ideas de Clausewitz se iba reconociendo en medida creciente, y profetizaba larga vida a la obra.

Sin embargo, es significativo que las doctrinas de Jomini conservaran influencia predominante en el instituto supremo de educación militar del ejército prusiano, aun cuando ya en la década de 1840 algunos profesores habían señalado la importancia de Clausewitz,[51] lo cual instó a más de un alumno al estudio de la obra. Las poderosas corrientes intelectuales de la Alemania anterior a marzo y la intranquilidad que desencadenaron entre todas las capas de la población también influyeron, en parte, sobre la inteligencia militar y engendraron, cuando menos, un fuerte impulso hacia una amplia instrucción militar y político-histórica. Podemos seguir este hecho en la persona de Helmuth von Moltke y de otros contemporáneos. Las clases en la Universidad de Berlín, sobre todo las de filosofía, contaban con la asistencia de muchos oficiales,[52] lo cual favorecía el estudio de la obra de Clausewitz.

[51] Por ejemplo, el entonces capitán von Griesheim, que enseñaba táctica en la Escuela militar general, recomendaba a sus oyentes estudiar las obras de Carl von Clausewitz en 1840. (Véase *Vorlesungen über die Taktik,* obra póstuma del general G. von Griesheim, Berlín, 1855, p. XIII.)

[52] Cf. Friedrich Engels, "Die Armeen Europas", en *Putnam's Monthly Magazine,* agosto, 1855.

Su riqueza intelectual, su profundo sentido filosófico ejercían una atracción muchísimo mayor que la unilateralidad de Jomini y las instrucciones de Willisen, formuladas muy a la manera de los preceptores.

Las ideas de la revolución de 1848-1849 también se habían adueñado de una serie de oficiales. A fin de prevenir el peligro de que en el futuro el ejército prusiano se viera desintegrado por influencias políticas semejantes, se luchó encarnizadamente contra el ansia de ilustración y el tratamiento del patrimonio ideológico progresista. La consecuencia fue un estancamiento intelectual que contribuyó a que, en lo sucesivo, el pensamiento militar siguiera estando regido por teorías ya superadas. Entre éstas se contaban los puntos de vista por los que abogara Willisen en 1840 en su *Theorie des grossen Krieges.*[53]

Willisen enseñaba historia militar en la Escuela general militar de Berlín. Se definía a sí mismo como partidario de la filosofía de Hegel. Ciertos métodos de su demostración así lo confirman, y ello no sólo en el modo de expresión sino también en la asunción y aplicación de ciertos principios de Hegel. Entre sus discípulos debía luchar contra conceptos que sólo podían ser fruto del estudio de las teorías de Clausewitz.

Willisen conocía *De la guerra,* tal como surge de sus manifestaciones, sin que cite en ellas el nombre de Clausewitz. A éste y a sus partidarios alude Willisen cuando acusa airadamente "la hostilidad contra la palabra 'sistema' en la cual se complace especialmente una cierta actitud distinguida que pretende ingeniosidad en los tiempos más recientes", o cuando califica a "esas gentes" de "una especie de opositores a todo lo positivo", o bien cuando afirma sarcásticamente que "su ciencia es sólo la de saber que no se sabe".[54]

Esta clase de ataques de Willisen resultan comprensibles, pues en muchos casos aprobaba justamente lo que Clausewitz había combatido enérgicamente. Sostenía que el mantenimiento de los ejércitos tenía, en cuanto problema estratégico, el mismo rango que la conducción operativa y la decisión por las armas. Willisen

[53] W. von Willisen, *Theorie des grossen Krieges,* Leipzig, 1840; 2a. ed. Leipzig, 1868. Durante los sucesos de la primavera de 1848, Willisen fue nombrado comisario real en la provincia de Posen. Fracasó en su tentativa de reconciliar al estrato superior polaco con la pertenencia de Posen a la monarquía prusiana. En 1849-1850 intervino militarmente sin éxito como comandante del ejército de Schleswig-Holstein en la guerra contra Dinamarca.

[54] W. von Willisen, *op. cit.*, primera parte, pp. 15 y 16.

recogió los fundamentos geométricos del arte militar establecidos por Bülow; los calificaba de elemento de máxima importancia para la conducción bélica, mientras que Clausewitz había descubierto justamente que no servía para la práctica. El muy controvertido principio de que la defensa sería, de por sí, la forma más poderosa de la lucha, recibió la enérgica condena de Willisen.[55] La influencia de Willisen fue poderosa y prolongada; todavía en 1868 apareció una segunda edición de su *Theorie des grossen Krieges*.

En una comparación, un muy conocido escritor militar de las décadas de 1850 y 1860, Wilhelm Rüstow, ponía a Willisen por encima de Clausewitz. Sostenía que si bien se citaba mucho a Clausewitz, se lo estudiaba poco. No obstante, si en muchos casos se lo prefería a Willisen, se debía a que no reconocía ley alguna de estrategia, y que por ello tampoco obligaba a estudiar. En cambio Willisen había formulado las leyes de la estrategia como susceptibles de aprenderse.[56]

La *Allgemeine Militär-Encyklopädie* abogaba por un punto de vista similar cuando escribía en 1869: "Clausewitz sólo quiere ver la consideración de la experiencia en la ciencia militar, y dice que la guerra no puede enseñarse; su obra principal *De la guerra* es inconclusa, ya que no ha llegado a ninguna elaboración completa de la parte táctica."[57] Resulta significativo que el autor señale el libro de Wilhelm Rüstow arriba mencionado.

A pesar de estas manifestaciones de rechazo que no cesaron hasta fines de la década de 1860, *De la guerra* comenzó no obstante a ejercer una influencia práctica, cuando menos en Prusia, como consecuencia de la evolución política y militar. La Guerra de Crimea desde 1854 hasta 1856 inició una nueva época en la conducción militar. Lenin señaló que con ella comenzaba un período de "trasformación burguesa", "de tormentas y revoluciones". Ese movimiento también afectó a Alemania. El mismo tuvo como consecuencia efectos militares.

Esto se dio en especial en el caso de Prusia. La monarquía estaba empeñada en fortalecer su poderío militar así como en aumentar numéricamente su ejército mediante modificaciones en la organización y tornarlo más contundente. Con la constante evolución capitalista penetraban en el ejército, en medida cada vez ma-

[55] Cf. *ibid.*, p. 185.
[56] Cf. Wilhelm Rüstow, *Die Feldherrnkunst des neunzehnten Jahrhunderts*, Zurich, 1857, pp. 506-507.
[57] *Allgemeine-Militär-Encyclopädie*, t. 3, 2a. ed. Leipzig, 1869, p. 32.

yor, ideas burguesas que, junto con la evolución política general, dieron mayor soltura a la vida intelectual del ejército y proporcionaron nuevos estímulos al pensamiento militar.

Eso explica por qué ya en 1857, cuatro años después de aparecer la segunda edición, se hizo necesaria una reimpresión. Pero el conocimiento del libro gozó de variada suerte, como surge del hecho de que en 1857 el príncipe prusiano Federico Carlos citara a Clausewitz, en tanto que nueve años más tarde el mayor y luego general de infantería von Schlichting, al ser trasladado al estado mayor en 1866, no conocía aún, según su propio testimonio, a "ese Clausewitz".[58]

Las influencias de la época animaron el espíritu del ejército. Se superaba el letargo que se había producido a raíz de la intervención contra la revolución y el período de reacción subsiguiente. En especial la reforma del ejército de 1859-1860 trató de eliminar las debilidades producidas en el ejército como consecuencia de la división en tropas de línea y milicias provinciales. Eso ocurrió merced al traslado de los regimientos de las milicias provinciales al ejército permanente, medida que, al margen de sus manifestaciones acompañantes reaccionarias, aumentó indudablemente la capacidad de rendimiento militar de esas asociaciones, pero al mismo tiempo despojó a las milicias provinciales de su carácter popular peculiar, tal como el que habían aspirado a darle sus fundadores Scharnhorst, Gneisenau, Boyen y Clausewitz.

En 1857 el general Helmuth von Moltke asumió el cargo de jefe de estado mayor del ejército prusiano. Sus dos predecesores, von Krauseneck y von Reyher, no se habían destacado como teóricos militares. En cambio Moltke obtuvo una influencia decisiva sobre el pensamiento teórico militar, ya que aunaba una gran erudición con conocimientos prácticos de igual magnitud. Moltke se había formado con las obras de Clausewitz, y su pensamiento y su acción práctica se hallaban estrechamente ligados a las teorías de aquél. Aun cuando acudiera al asesoramiento de otros teóricos, como por ejemplo Willisen, se basaba no obstante de preferencia en Clausewitz. De cualquier modo, en los fundamentos de la teoría del arte de la guerra, Moltke seguía las enseñanzas del general von Clausewitz, cuyas ideas estratégicas continuó según su propio pensamiento. Moltke podía y debía transitar nuevos caminos en la aplicación práctica, puesto que la estrategia militar había adquirido

[58] Cf. Siegflied Mette, *Vom Geiste deutscher Feldherren*, Zurich, 1938, pp. 163-164.

entretanto nuevas posibilidades con los fusiles de retrocarga, el telégrafo y el ferrocarril; así por ejemplo era posible conducir en forma centralizada los movimientos de varios ejércitos desde un solo puesto de comando, para lograr una acción conjunta y concéntrica, a pesar de hallarse a gran distancia.

Moltke tomó como propios numerosos principios establecidos en el libro *De la guerra.* Puede citarse como ejemplo lo que dijera acerca de la defensa y el ataque. Las palabras de Moltke rezan así: "La defensa tiene de su parte todas las ventajas materiales, mientras que el ataque tiene las ventajas morales [...] La ventaja de hacerse atacar prevalece a despecho del impulso moral que tiene a su favor el ataque. La batalla defensiva que concluye en una ofensiva se convierte en la forma más poderosa." "La ofensiva actúa con mayor poderío que la defensiva, pero un mismo sector de las tropas *es* más poderoso en la defensiva que en la ofensiva." "La ofensiva estratégica presupone, en contraposición a la defensiva táctica, un despliegue de poderío muchísimo mayor que la defensiva estratégica."[59] También la teoría de la incertidumbre de todos los datos en la guerra, que obliga a llevar a cabo "todas las acciones, en cierto modo, en una luz meramente crepuscular", halla su contrapartida en los conceptos de Moltke: "La estrategia es un sistema de auxilios, es más que una ciencia, es el traslado del conocimiento a la vida práctica, la continuación de la idea conductora en correspondencia con las condiciones constantemente mutantes, es el arte de actuar bajo la presión de las condiciones más difíciles."[60]

El juicio de Moltke también coincide ampliamente con el de Clausewitz en que no hay reglas de aplicación mecánica en el arte de la guerra.

En las concepciones de la guerra en cuanto parte y medio de la política, Moltke también adhirió a esos principios, aunque con ciertas restricciones: "La guerra, como dice el General von Clausewitz, 'es la prosecución de la política por otros medios'. Por lo tanto, no es posible separar la política de la estrategia: se sirve de la guerra para el logro de sus fines, influye decisivamente sobre su comienzo y su fin, y lo hace de tal manera que se reserva la posibilidad de aumentar sus pretensiones durante su transcurso, o bien de contentarse con un éxito de menores proporciones." Sos

[59] Graf von Moltke, *Ausgewählte Werke, herausgegeben von F. von Schmerfeld,* Berlín, 1925, t. I, pp. 321, 322 y 335.

[60] *Moltkes Taktisch-strategische Aufsätze aus den Jahren 1857 bis 1871,* Berlín, 1900, p. 293.

tiene que la estrategia existe por cierto para los fines de la política, "pero con la mayor independencia posible de ella en su acción".[61]

Afirma que la política no debe inmiscuirse en las operaciones. Sólo las consideraciones de orden militar deciden la marcha de la guerra; sólo intervienen las políticas en tanto no pretendan nada que sea militarmente inadmisible o imposible. En este juicio guiaban a Moltke, obviamente, el creciente alcance de las acciones bélicas y la obligación de aprovechar situaciones favorables mediante decisiones independientes. Las palabras de Moltke deben entenderse en el sentido de que el jefe militar no debe perder de vista el éxito militar. Pero el aprovechamiento de las victorias o de las derrotas es sólo cuestión de la política.

No se debe caer en el error de simplificar, al plantear las teorías de Clausewitz, las complejas interacciones entre la guerra, la diplomacia y la estrategia, cosa que a menudo ha ocurrido en la literatura.

El propio Clausewitz insinúa que esas interacciones pueden llevar a fricciones y controversias.[62] En Prusia y Alemania, estas posibilidades aún se vieron particularmente acrecentadas por las disputas internas entre la conducción del ejército y la conducción política del estado. En principio, Moltke era partidario de la supremacía de la política sobre la estrategia militar. Pero en el estado mayor también el punto de vista opuesto tenía activos partidarios, hasta que por último Ludendorff, en su exigencia de que era menester subordinar la política a la conducción militar, revirtió en su contrario los descubrimientos de Clausewitz. Ya en vida de Moltke, en 1857, el entonces coronel von Manteuffel se manifestó contrario a la supremacía de la política.[63]

Las restantes desviaciones de los juicios de Moltke con respecto a los puntos de vista de Clausewitz se refieren sobre todo a las condiciones generales, muy diferentes a las que imperaban en la época de Napoleón. En su instrucción para los comandantes superiores de las tropas, de 1869, se expresa lo siguiente: "Pero el progreso de la técnica, la mayor facilidad de las comunicaciones, los nuevos armamentos, y en suma la total modificación de las circunstancias hacen que los medios a través de los cuales se obtenía el triunfo anteriormente, e incluso las reglas establecidas por los más

[61] Graf von Moltke, *op. cit.*, p. 30.

[62] Cf. *Hinterlassene Werke des Generals Carl von Clausewitz über Krieg und Kriegführung*, Berlín, 1833, t. 6, p. 381.

[63] Cf. Wolfgang Förster, *Prinz Friedrich Karl von Preussen*, Stuttgart y Leipzig, 1910, t. 1, p. 366.

grandes jefes militares, aparezcan en muchos casos como inaplicables al presente."[64] Esta evolución ulterior correspondía al sentido de las teorías de Clausewitz.

Sus éxitos en las guerras de 1866 y 1870-1871 le reportaron gran prestigio a Moltke, del cual disfrutó hasta su muerte. Se había convertido en la primera autoridad militar en Alemania, y también en el extranjero gozaba de elevada estima. Los ensayos y cartas militares de Friedrich Engels son testimonio de la duradera impresión que había dejado la exitosa estrategia de Motlke.[65]

Bajo la impresión de los éxitos militares de 1866, en la víspera de la guerra franco-alemana, apareció, entre 1867 y 1869, la tercera edición de la obra *De la guerra*. Entonces, de treinta a cuarenta años después de la muerte de su autor, las ideas de su libro comenzaron a tener efectos prácticos en cierto aspecto; pues no cabe duda alguna de que en la conducción militar se habían impuesto la claridad y sencillez del pensamiento de Clausewitz, su decisión, su rechazo de la coerción que implicaban las reglas artificiosas y los sistemas rígidos, así como su repudio a las acciones que contradicen la naturaleza de la guerra. Es conocida la opinión de Schlieffen, según la cual toda una generación de importantes soldados se formó con la obra *De la guerra*. Ese juicio sólo concuerda en parte.[66] Pues la importancia histórica de la obra consiste justamente en su alta estima por la teoría, por la fundamentación filosófica y por el método dialéctico de investigación de la guerra y de la estrategia. Pero precisamente esas peculiaridades se tuvieron escasamente en cuenta, en creciente medida; el interés se orientó preferentemente a las enseñanzas puramente militares de la obra. Pero en muchos casos tampoco éstas fueron com-

[64] *Moltkes Taktisch-strategische Aufsätze*, *op. cit.*, p. 172.

[65] Cf. Karl Marx y Friedrich Engels, *Briefwechsel*, Berlín, 1950, t. IV, p. 440; Friedrich Engels, *Der Deutsch-Französische Krieg 1870-1871*, Berlín, 1957, pp. 308 y 441.

[66] Schlieffen escribió en su introducción a la quinta edición de *De la guerra*: "La simiente esparcida por Clausewitz ha dado ricos frutos en los campos de batalla de 1866 y de 1870-1871. La superioridad de nuestra conducción que allí se manifestó radicaba muy fundamentalmente en la obra *De la guerra*, con la cual se formó toda una generación de importantes soldados."

En contraposición a esta afirmación, en las memorias y biografías de esta generación no se encuentra mención alguna de las teorías de Clausewitz, como por ejemplo en Prinz Kraft zu Hohenlohe-Ingelfingen, *Aufzeichnungen aus meinem Leben*, Berlín, 1897, t. 1-4 o bien en la obra del mariscal general de campo von Steinmetz, *Aus den Familienpapieren dargestellt*, Berlín, 1900.

Tampoco las publicaciones militares de aquellas décadas justifican la opinión de Schlieffen.

prendidas, o bien se las interpretó en forma unilateral, y hasta se las rechazó. Por eso tampoco se quería entrar ya en el estudio de la teoría de Clausewitz, que sólo gracias a la aplicación del método dialéctico adquiría su verdadero valor para el conocimiento de la guerra. Ya en 1873 el *Militär-Wochenblatt* se quejaba de la disminución del interés por el problema de la guerra; sostenía que los militares se ocupaban casi exclusivamente de las cuestiones prácticas de la estrategia militar, de las armas, de la táctica, de los abastecimientos, de las disposiciones para la marcha, etcétera.[67]

El espíritu del capitalismo que se desarrollaba rápidamente, la tendencia hacia la riqueza y la ganancia que se expandía más y más a cada década, no le era favorable al pensamiento filosófico; el nacionalismo, que crecía vertiginosamente hacia lo desmedido después de la fundación del Reich, se negaba a prestar oídos a las incómodas exhortaciones de un autor que, además de la victoria, había conocido también la ignominia de la derrota, y que con profunda gravedad había alertado contra la vanidad y el autoengaño del profesional con limitaciones. Ya en esa época comienza la crítica a las ideas de Clausewitz, surgidas de la multifacética realidad de la guerra, con sus éxitos y decepciones, con sus avances y retrocesos, con sus triunfos y sus fracasos, con su júbilo victorioso y sus miserias humanas. En la Alemania imperial resultó característica la decadencia de todo el pensamiento filosófico profundo y de una cultura intelectual verdaderamente humanística. La burguesía comenzó a despreciar a sus predecesores más preclaros, a falsear su legado político, filosófico y militar, y a utilizarlo erróneamente para sus fines imperialistas. En el terreno militar, la nobleza de los reformistas y de las guerras de liberación fueron utilizadas, falseando su espíritu, para fundamentar los atropellos militares y la conquista imperialista. Eso llama la atención tanto más cuanto que en las décadas posteriores a 1871 la literatura militar creció extraordinariamente, llevando a la investigación histórica a resultados notables. Pero en general se evitó comprobar y reflexionar sobre los problemas militares y políticos contemporáneos fundamentales a la manera de Clausewitz, y con la misma profundidad y seriedad con que él lo había hecho.

Aún no se ha investigado el importante problema de qué influencia efectiva ejercieron las teorías de Clausewitz sobre el pensamiento teórico militar del ejército en la Alemania imperial. Ya hemos citado el mejoramiento de ciertos métodos de conducción,

[67] Cf. suplemento de *Militär-Wochenblatt*, año 1873, núm. 1, p. 13.

y fue gracias a la observación de sus enseñanzas que no tuvieron éxito las recaídas en el mundo de los sistemas de Jomini y Willisen, tales como las intentadas por W. von Scherff. Dentro del marco de esta introducción no es posible responder acerca de si el espíritu de Clausewitz echó raíces duraderas en las profundidades del pensamiento militar. Pero surgen dudas acerca de si la influencia de Clausewitz sobre las teorías y concepciones políticas y estratégicas fue realmente tan poderosa como lo afirmó la literatura militar burguesa desde fines del siglo pasado y hasta el pasado más reciente. El hecho de que a la cuarta edición de su obra principal, aparecida en 1880, sólo le siguiera una quinta edición en 1905, vale decir veinticinco años más tarde, no habla de una tempestuosa demanda de ese libro.

No es posible separar el pensamiento militar del desarrollo de las concepciones sociales en la época correspondiente en cada caso;[68] el desarrollo de ese pensamiento se halla sometido a las mismas influencias que responden forzosamente a leyes que los movimientos intelectuales ocurridos en todos los demás ámbitos de la vida. La decisión del imperialismo alemán en el sentido de dejar librada la decisión de las contradicciones económicas y políticas entre las grandes potencias a una guerra fijó también los objetivos a la planificación bélica.

La exportación de capital, la búsqueda de territorios para la venta de sus productos y de fuentes de materias primas llevaron forzosamente a una expansión económica y, como consecuencia, política. En todas partes del mundo, este poderoso impulso chocó contra el rechazo de la competencia por parte de los países industriales más antiguos. Las crecientes contradicciones debían llevar ineludiblemente a una decisión bélica. La política del imperialismo alemán, al igual que la de las grandes potencias adversarias, estaba decididamente orientada a dirimir por medio de una guerra

[68] Hay muchos documentos que permiten demostrar que los militares comprendían con claridad los objetivos imperialistas de su conducción bélica. Así escribía Moltke, el menor, en 1900, en ocasión del sofocamiento de la rebelión de los boxers en China, en la que tuvieron destacada participación las tropas alemanas, en su diario: "Por supuesto que no debemos entrar a considerar el verdadero motivo que impulsó toda esta expedición, pues a fuer de ser totalmente honestos ha sido la codicia del dinero lo que nos indujo a cortar la gran torta china. Queremos ganar dinero, construir ferrocarriles, hacer funcionar minas, traer la cultura europea, es decir, expresándolo en una sola palabra, ganar dinero. En ese sentido no somos ni un ardite mejores que los ingleses en Transvaal." Véase Helmuth von Moltke, *Erinnerungen, Briefe, Dokumente 1877-1916*, Stuttgart, 1922, p. 243.

las contradicciones insolubles por la vía pacífica; y tampoco ocultó su decisión frente a la opinión pública mundial. Por ello se incrementaba en medida cada vez mayor el contingente de fuerzas militares como medio para mantener y expandir el crecimiento económico. El prestigio del ejército, fruto de las victorias logradas en las guerras de la unificación, había permanecido incólume hasta el estallido de la primera guerra mundial. Según la dialéctica inmanente en las leyes económicas, el imperialismo alemán no podía renunciar a la expansión sin abandonarse a sí mismo. Esta situación forzosa tornó inevitable la decisión bélica, sobre todo puesto que la clase obrera alemana, bajo la creciente influencia de una conducción oportunista, sólo pudo emplear en forma insuficiente la fuerza combativa y el poderío de sus organizaciones en contra de la orientación belicista. Una circunstancia relativamente insignificante, como lo fue más tarde el asesinato de Sarajevo, pudo hacer que esa tremenda tensión desembocara en la guerra.

La inclinación a la especialización que se fortalecía en el ámbito castrense también se adueñó unilateralmente del pensamiento y de la ciencia militares. El concepto de Scharnhorst de que no se debía considerar lo particular sin lo general, y las palabras de Clausewitz que destacaban esta advertencia, fueron desplazadas a un segundo plano. La opinión de Roon en el sentido de que la unilateralidad confería energías para el objetivo caracterizó de preferencia el ideal de la instrucción militar. En el ámbito de la educación militar, la directiva de actuar sólo prácticamente —en este caso caracterizada sobre todo por el método de enseñanza aplicada en la táctica y la estrategia— no dejó lugar a la forma teórica del pensamiento. En su introducción a la quinta edición de *De la guerra*, el propio Schlieffen debía confesar que al lector "de hoy en día" no siempre le impresionaba "el enfoque filosófico"; otro proponía omitir los capítulos filosóficos fundamentales del comienzo en el estudio de la obra. A pesar de su elevado nivel profesional, en la Academia militar prusiana la teoría militar sólo se rozaba en las clases de historia militar. Se hablaba mucho de Clausewitz, pero su obra se leía en raras ocasiones, y menos aún se la estudiaba en profundidad. Desde luego que hubo excepciones,[69] pero las mismas no definen la corriente principal.

[69] Cf. Freiherr von Freytag-Loringhoven, *Kriegslehren nach Clausewitz und die Macht der Persönlichkeit im Kriege*, 2a. ed., Berlín, 1911; y *Krieg und Politik in der Neuzeit*, Berlín, 1911.

Cuando la literatura militar burguesa se ocupa de Clausewitz, su interés se centra principalmente en problemas de conducción. Si bien en tal o cual momento se trata la relación entre política y conducción bélica, ello casi no se hace en el sentido propuesto por el gran clásico militar. La relación entre fines y medios, de decisiva importancia para la conducción militar, se observa por cierto en sus aspectos táctico y operativo, pero no en la medida en que tiene significación para la decisión a hacer la guerra. La orientación decisiva en el pensamiento militar de la Alemania imperial asumió una peligrosa unilateralidad. Mientras que el tremendo crecimiento de los ejércitos, las descomunales dimensiones de la guerra y los problemas políticos y militares de ello resultantes exigían precisamente una profunda fundamentación teórica, cada vez se desdeñaban más las ideas más valiosas de *De la guerra*.

Como si hubiese la intención de tranquilizarse con respecto a las dudas que surgían, se empleaban con predilección aquellos principios que parecían confirmar la corrección de los principios por entonces imperantes; en cambio se evitaba entrar a juzgar aquellas consideraciones que limitasen o ampliasen la validez de los principios en uso. Eso se revelaba con claridad en el tratamiento del principio de la defensa. Éste se convirtió en uno de los principales blancos del ataque de los críticos militares de esa época, del que no quedaron al margen ni siquiera los que en ese momento trataban de difundir las teorías de Clausewitz.

El estado mayor, los profesores de la Academia militar y los escritores generales Meckel, von Blume, von der Goltz y más tarde también von Bernhardi, negaban el encumbrado valor de la defensa y contribuyeron a cimentar el principio —que pronto se entendió como un dogma— de que "¡Hacer la guerra significa atacar!"

En contraste con el contenido de la defensa en Clausewitz, estos militares, pensando de una manera totalmente antidialéctica, sólo veían ya en la defensiva una espera meramente pasiva. De esa manera se despojaba al concepto de Clausewitz de su signo más decisivo y característico. La idea de la ofensiva a cualquier precio se elevó en el ejército alemán al rango de idea directriz de la conducción y de la instrucción. La recomendación de la defensiva contradecía, en última instancia, a los planes agresivos, encaminados hacia la conquista, del imperialismo alemán. En los círculos militares éstos rara vez se manifestaron con total franqueza, aunque von der Goltz y von Bernhardi no los ocultaron en absoluto.

En el tratamiento del principio de la defensa se muestra con

particular claridad el desgano por seguir las consideraciones teóricas de Clausewitz. No se comprendía —o a veces no se quería comprender— que Clausewitz poseía razones bien meditadas para tener en tan elevada estima a la defensiva como medio para la defensa de su propio país y como recurso para el transitoriamente más débil. La historia militar le había demostrado con insistencia el tremendo poder político y militar de la defensa, y la dialéctica de la guerra dejaba claramente establecidas las necesarias interrelaciones entre ambas formas.

En las ideas que se concebían acerca de los métodos a emplear en una guerra futura, también alcanzó supremacía, en forma unilateral, la idea de la aniquilación. En sus exigencias, Moltke había sido muchísimo más modesto que las intenciones bélicas de comienzos del siglo XX; sabía que la defensiva era una forma que el arte militar alemán no debía desdeñar ni siquiera en una guerra en dos frentes. Consideraba que en una futura guerra le era posible imponerse a Alemania sin necesidad de aspirar al recurso extremo —el aniquilamiento de las fuerzas armadas enemigas— como única posibilidad de victoria. En vista de la relación de fuerzas entre ambos bandos, ese recurso tampoco le parecía carente de peligros para Alemania.

El conde Alfred von Schlieffen, responsable de la preparación militar de la guerra, quien estuvo desde 1891 hasta 1905 al frente del estado mayor, sabía de la posibilidad de que Alemania debiera imponerse en una guerra en dos frentes. Schlieffen creía que no podía ganarse una guerra en el estilo defensivo, porque Alemania no estaba en condiciones de aguantar una guerra de larga duración. Por eso, en su opinión había que aspirar a una rápida decisión por todos los medios y de cualquier manera posible. Pero esa decisión sólo podía lograrse mediante el ataque, preventivo en caso de necesidad, e incluso lesionando la neutralidad de otros países. Estos puntos de vista político-militares expresaban el pensamiento imperialista, de una orientación netamente dirigida hacia una política de poderío.

Bajo la influencia de Schlieffen dominaba en forma casi exclusiva, en la táctica y en la estrategia, la idea de la agresión, y el exagerado principio del aniquilamiento predominaba en la formación de las tropas y la instrucción de sus jefes. Su libro *Cannae* reúne las guerras de exterminio de la historia militar, investiga las causas del éxito, sus dimensiones, y presenta a ese medio como el verdadero instrumento de la victoria, frente al cual el triunfo obtenido de otra manera, el "triunfo ordinario", debía aparecer

como un logro de menor cuantía. Pero del libro *Cannae* de Schlieffen surge inequívocamente que en toda la historia militar, el exterminio total de las fuerzas armadas enemigas sólo se logró en ocasiones extremadamente raras. En efecto, la inmensa mayoría de las guerras, si es que habían concluido con victorias en los campos de batalla, casi nunca habían sido decididas por una batalla de exterminio. Cannae y Sedan fueron batallas de exterminio logradas; Rossbach y Leuthen lo fueron en parte, y sin embargo no decidieron la guerra; ésta prosiguió, sin tener en cuenta el triunfo aniquilador obtenido.

El muy debatido plan Schlieffen, en el cual se basó la invasión del ejército alemán en agosto de 1914 (aunque en forma atenuada), tendía al aniquilamiento de todo el ejército francés mediante movimientos de marcha prefijados y una serie de golpes. Ese plan no llegó a realizarse; la campaña concluyó en septiembre de 1914 con un grave revés. La causa principal del fracaso no radicó en el debilitamiento del plan, ni tampoco solamente en el fracaso de la conducción central, sino sobre todo en su propia disposición, que debía fijar de antemano cada una de las acciones para que resultase el conjunto. Clausewitz sabía que acontecimientos imprevistos, casuales —en suma, la fricción— podían oponerse, con una probabilidad rayana en la certeza, a las intenciones, haciendo fracasar los diferentes golpes en forma opuesta a los planes, y que cada circunstancia fortuita afectaba no sólo a la parte que tocaba directamente, sino también, en consecuencia, al conjunto.[70] No es posible evitar la impresión de que si bien el trabajo ideológico de Schlieffen parte de algunos principios individuales de la obra de Clausewitz,[71] en cambio en su "[...] tendencia hacia el extremo [...] la oscura serie de posibilidades que a ella se vincula",[72] en su persecución en pos de una decisión los dejó conscientemente de lado, y que de esa manera atentó contra el principio de "[...] no dar el primer paso sin pensar en el último".[73] Una rápida victoria de exterminio sobre todo el ejército francés era la premisa necesaria para el logro del plan, y de toda la guerra. En muchos casos se ensalza ese plan por su audacia. ¿Pero no fue acaso una audacia "al atreverse contra la naturaleza de las cosas", una torpe "violación de la ley de probabilidades [....]"?[74]

[70] Cf. *Vom Kriege*, cit., p. 761.
[71] *Ibid.*, p. 743.
[72] *Ibid.*, p. 708.
[73] *Ibid.*, p. 701.
[74] *Ibid.*, pp. 175-176.

No es posible formular un juicio acerca de la acción de Schlieffen, y sobre todo también acerca de su plan, sin una profunda consideración de la situación, cosa que excedería el marco de esta introducción mucho más allá de lo que corresponde. El imperialismo alemán puso al ejército frente a tareas insolubles. Es innegable que el conde Schlieffen recibió poderosos impulsos de la obra *De la guerra,*[75] pero no obstante atentó contra el espíritu de Clausewitz al declarar que el principio del aniquilamiento era, unilateralmente, la idea predominante. Mientras que Clausewitz calificaba a ese medio de uno entre muchos, Schlieffen pretendía descubrir "en la insistente acentuación de la idea del exterminio" el valor duradero de la obra *De la guerra.*[76] Correspondientemente con esta interpretación, confió en que, mediante una gran operación de exterminio, podría lograr en un lapso relativamente breve la victoria decisiva sobre el ejército francés, y luego de ello poder emplear el grueso de su ejército en la lucha en el Este. En la realidad, "las orientaciones e intenciones de la política" habían entrado en contradicción con la naturaleza peculiar de los medios de la guerra —en este caso, con la capacidad operativa del ejército alemán en relación con la supremacía enemiga—, caso este que, según Clausewitz, concede el derecho a la oposición "a la estrategia militar en general" y al jefe militar "en cada caso particular".[77] Schlieffen no formuló la declaración a la cual tenía derecho (y, a nuestro entender, que estaba asimismo obligado a formular): la de que las fuerzas armadas alemanas no se hallaban a la altura del poderío que reclamaban las exigencias de la política.

El ejemplo del plan Schlieffen demuestra que tareas tales como las que imponía el imperialismo alemán a la conducción de su ejército no podían encontrar apoyo en *De la guerra;* las exigencias basadas en premisas irreales son irrealizables. Por eso, la solución

[75] En el plan Schlieffen vuelven a encontrarse dos principios fundamentales que según Clausewitz deben comprender a todo el plan bélico si su objetivo es el de derrotar al enemigo: "El primero es llevar el peso del poder enemigo a tan pocos centros de gravedad como sea posible, de ser factible a uno solo; a su vez, reducir el ataque contra esos centros de gravedad al menor número de acciones principales como sea posible, de ser factible a una sola; y por último mantener todas las acciones subordinadas en la mayor subordinación posible. En una palabra, el primer principio consiste en obrar lo más concentradamente que sea posible. El segundo principio es el de obrar lo más rápidamente que sea posible [. . .]" *Ibid.,* p. 743.

[76] Cf. Carl von Clausewitz, *Vom Kriege,* Introducción a la 5a. ed., Berlin, 1905.

[77] *Vom Kriege,* cit., p. 34.

elegida por Schlieffen también debía hallarse en contradicción con el espíritu de Clausewitz y, podríamos agregar, asimismo con algunos conceptos del mayor de los Moltke. El hecho de que los políticos imperialistas aprobasen los planes de la conducción militar y se manifestasen de acuerdo con la ruptura de la neutralidad frente a Bélgica complementa el poder probatorio de esta comprobación; pues esa concesión de la conducción política frente a las exigencias militares es lo contrario de lo que entendía Clausewitz por supremacía de la política. En vista de estas contradicciones claramente discernibles, provocan una reacción francamente conmovedora las superficiales declaraciones de concordancia con los principios de Clausewitz formuladas por renombrados miembros del estrato militar dirigente.

Puesto que la guerra de 1914 había extendido el interés por *De la guerra* mucho más allá del marco habitual, apareció en 1915 una edición bélica de la obra. En las palabras acompañantes de jefes militares conocidos de aquel entonces se revela la descomunal sobrestimación de la capacidad militar de la Alemania de Guillermo, y una similar subestimación de los adversarios. El general von Woyrsch, por ejemplo, escribía: "Y si triunfo tras triunfo se atan a las banderas alemanas, ello es porque los jefes del ejército estudiaron a Clausewitz y obraron de acuerdo a sus enseñanzas." El general Wild von Hohenborn formulaba: "[...] la indómita e indomable voluntad de triunfo a cualquier precio. Ahora como entonces, el pueblo alemán en armas cosechará los frutos de la simiente esparcida por Clausewitz". Sólo el derrotado en la batalla del Marne, el mariscal general de campo von Bülow, posiblemente aleccionado por la derrota, penetró más profundamente en la verdad: "Una y otra vez nos asombra la claridad con la que Clausewitz previó, podría decirse que proféticamente, el desarrollo de la guerra."[78]

En el transcurso de la primera guerra mundial, las fuerzas imperialistas apartaron de manera ominosa a la conducción militar de la senda aconsejada por Clausewitz para el caso en que el objetivo bélico se hubiese tornado inalcanzable. En lugar de concluir la guerra, según ese consejo, a instancias del capital financiero alemán se acrecentaron los esfuerzos para derrotar al adversario y para concretar utópicos deseos de conquista hasta la propia derrota total. El general Ludendorff, el verdadero jefe militar tras

[78] Carl von Clausewitz, *Vom Kriege*, 9a. ed., Berlín y Leipzig, 1915, con una introducción del Conde von Schlieffen.

el cual se hallaba el poder de la clase dominante, decidió a partir de 1916, en creciente medida, la política alemana, y mediante un desesperado empleo de todas sus fuerzas trató de alcanzar, a través de victorias militares, los objetivos del imperialismo alemán.

La derrota militar del imperialismo alemán en la primera guerra mundial hizo que los historiadores y filósofos burgueses se ocupasen con mayor intensidad que hasta ese entonces de la obra de Clausewitz, en especial de los aspectos del libro *De la guerra* consagrados a la historia militar y a sus páginas filosóficas.

Puesto que la conducción militar alemana había atentado de manera tan manifiesta en contra del espíritu del gran teórico militar, y que la relación entre conducción política y militar había asumido un desarrollo tan peculiar durante la guerra pasada, la investigación burguesa estaba empeñada en esclarecer las relaciones entre política y conducción bélica guiándose por los juicios de Clausewitz. Al ocuparse con mayor intensidad de su vida y su obra, se obtuvo gran profusión de nuevo material; sobre todo, pensamos en los escritos políticos de Clausewitz. Estas publicaciones pusieron en primer plano el carácter político de la obra, destacando especialmente la primacía de la política en la guerra. Además se esforzaron por demostrar que el pensamiento realista del filósofo militar divergía decididamente de la filosofía alemana clásica.

También la literatura militar, como no podía esperarse de otro modo, intentó examinar los acontecimientos militares, en sus aspectos políticos, estratégicos y operativos, a la luz de las teorías de Clausewitz. Se esforzó por aclarar si las consideraciones de Clausewitz habían demostrado su corrección en la historia bélica más reciente. Bajo la impresión de la derrota de 1918, en una serie de trabajos se dio respuesta afirmativa a esta interrogante. Es significativo que entonces se reconociera positivamente el juicio relativo a la defensa como forma más poderosa de la guerra. Bajo las modificadas relaciones de poderío político y militar, hasta se trató de convertir esta teoría de Clausewitz, en la forma de la resistencia destinada a hacer pasar tiempo, en el principal método de lucha del ejército nacional en la república de Weimar. Esto ocurrió sobre todo bajo la influencia del general von Seeckt, sumamente influyente en esos años tanto en lo político como en lo militar, quien había tomado posición en favor de las teorías de Clausewitz; pero al mismo tiempo advertía que no se repitiesen párrafos aislados de la obra sin someterlos a una crítica, y sin examinar las verdaderas intenciones de dichas tesis y las circunstancias y

condiciones que corrigieran la validez de los principios. En el aspecto formal, Seeckt se confesó partidario de la preminencia de la política, pero haciendo la salvedad de que su primacía no debía oscurecer la verdadera naturaleza de la guerra, que apunta a la aniquilación del enemigo. Sin embargo, los puntos de vista teóricos y la acción práctica no coincidían en modo alguno en la actuación de Seeckt ni de los demás generales del ejército nacional alemán. Por eso, durante los años de la república de Weimar, el ejército nacional alemán que se hallaba bajo su comandancia, fortalecido después de su renuncia, asumió de manera creciente una ominosa influencia sobre la política interna y externa alemana, así como sobre las controversias políticas internas que se desarrollaban dentro de la clase gobernante.

Esta evolución política del poder militar halla su paralelo teórico en la cruda exigencia del general Ludendorff, en el sentido de que, en la guerra, la conducción militar debe decidir la política. Eso ya se había concretado prácticamente durante los últimos años de la primera guerra mundial; el radicalismo antiteórico de Ludendorff se hallaba tan alejado del concepto de Clausewitz como su equiparación de la guerra absoluta y la guerra total. La exigencia de Ludendorff, en el sentido de que la política debe servir a la conducción bélica, es el reverso de la teoría de Clausewitz. Según Ludendorff, la guerra total no está sometida a conducción política alguna sino que sólo debe dirigírsela según puntos de vista militares. De hecho carece de sentido, ya que la guerra, de no ser apropiadamente empleada por la política, es un insensato exterminio y destrucción. Eso dice Clausewitz con las siguientes palabras: "La subordinación del punto de vista político al militar sería un contrasentido, pues es la política la que ha engendrado la guerra; ella es la inteligencia, mientras que la guerra es solamente el instrumento, y no a la inversa."[79] En otro pasaje demuestra que la política en la guerra ya piensa por anticipado en la paz venidera, y la incluye en sus cálculos.

La guerra de conquista preparada y comenzada por el fascismo fue manejada y conducida por la política, en contra de las profecías y las exigencias de Ludendorff. Una vez más se hallaba el impulso expansionista del imperialismo alemán detrás de la resolución bélica del fascismo. Pero puesto que esa política era rapaz e inmoral, y que en los absurdos objetivos que se había planteado no quería ver las fuerzas económicas, militares y morales

[79] Cf. *Vom Kriege*, cit., p. 730.

contrarias en el mundo, a la postre no podía sino llevar al fracaso. En su tentativa por llevar al éxito a la política fascista de conquistas por medio de la fuerza militar, la conducción bélica no podía sino obrar en contra del espíritu del gran filósofo militar, y debía fracasar forzosamente. Ya Clausewitz sabía que la política "puede tener una orientación errónea y servir de preferencia a las ambiciones, los intereses privados y la vanidad de los gobernantes".[80] Con el ejemplo de la guerra de los aliados de 1792 contra la Revolución francesa ya había demostrado que una política surgida de premisas irreales despoja de toda probabilidad de éxito inclusive a la estrategia militar, y que los planes e intenciones tanto de una como otra deben terminar en una derrota. La conducción militar fascista se remitió a menudo a Clausewitz; afirmaba obrar totalmente de acuerdo a sus puntos de vista, y trató de demostrarlo, para confundir a la opinión pública, mediante citas desgajadas de su contexto, tal como lo habían hecho con anterioridad otros escritores militares. Pero los políticos y militares fascistas no tuvieron en cuenta "el primero y más amplio de todos los problemas estratégicos", a saber, el de ejercer "el acto más decisivo del juicio", para que el estadista comprenda correctamente "la guerra que emprende" con respecto a las relaciones imperantes, para que no lo tome o no trate de convertirlo en algo que no pueda ser, de acuerdo a la naturaleza de la situación.[81] A la naturaleza de la situación pertenecían especialmente el espíritu de libertad de los pueblos y su decisión de defender su independencia. La conducción militar fascista desdeñó esos factores. El tremendo poder de la Unión Soviética demostró la corrección de las teorías de Clausewitz.

Cuán poderoso y multifacético debe ser el prestigio de la obra de Clausewitz para que sólo en dos décadas posteriores a 1918 la ciencia militar se haya esforzado denodadamente por comprenderla, para que al mismo tiempo un general derrotado y mortificado, que desempeñó un ominoso papel histórico se haya vuelto contra la teoría de Clausewitz como contra un enemigo, y para que una cruel tiranía que llevaba a cabo un guerra criminal malversase el nombre del gran filósofo militar[82] para justificar sus malas accio-

[80] *Ibid.*

[81] Cf. *ibid.*, pp. 35-36.

[82] Aprovechadores de coyunturas también falsificaron el texto. Por ejemplo, en el libro tercero, capítulo 4, p. 163 de la edición de la casa Vier Falken Verlag, de Berlín, a cargo de Bruno Pochhammer, la palabra "Volksgeist" [espíritu popular] ha sido sustituida por "Völkischer Geist" [espíritu nacional].

nes, para inflar sus éxitos y para cohonestar sus fracasos haciéndolos pasar como resultado de sabias reflexiones. Y cuán poderosa debe ser la influencia de ese espíritu aún hoy en día, que durante y después de la segunda guerra mundial se viene investigando animadamente la corrección de las teorías de Clausewitz también en el extranjero, en los países contra los cuales guerreó la Alemania de Hitler. Y ése es el caso, sobre todo, en la Unión Soviética y en Inglaterra.[83]

La Unión Soviética posee una teoría científicamente fundada de la guerra, cimentada por Karl Marx y Friedrich Engels y ulteriormente desarrollada por Lenin y sus camaradas de lucha. Los clásicos del marxismo-leninismo tuvieron a Clausewitz en alta estima, e hicieron fructificar los resultados de su labor ideológica para la teoría militar marxista. Se sabe que precisamente Lenin ya se adelantó en este aspecto durante la guerra y la revolución socialista de octubre.[84] También en Alemania las publicaciones marxistas contribuyeron mediante algunos trabajos destinados a esclarecer el contenido ideológico progresista de la obra de Clausewitz.[85] De ahí que los teóricos militares soviéticos hayan podido partir de un terreno seguro y emplear los patrones de la teoría militar marxista para encarar una crítica científicamente provechosa del libro *De la guerra.*

Además de ella hay tratados cuya tendencia a calificar las teorías de Clausewitz de superadas y nocivas o, más aún, como la fuente de la política fascista de conquistas, deben considerarse más como un medio de un arma política en la defensa contra la guerra de rapiña que como el objeto de una crítica amplia. La circunstancia de que el juicio negativo destinado al instrumento militar del fascismo hitlerista, en especial a la conducción de la Wehrmacht de Hitler, se haya orientado contra Clausewitz, se explica a partir de las citas e invocaciones de Clausewitz, repetidas una y otra vez por las instancias alemanas oficiales y extraoficiales.

[83] Véase B. H. Liddell Hart, *Strategie,* Wiesbaden, s.f.

[84] Véase V. I. Lenin, *Clausewitz' Werk "Vom Kriege" — Auszüge und Randglossen,* Berlín, 1957. [Incluido en la presente recopilación.]

[85] R. Gerber, "Clausewitz", en *Der rote Aufbau,* Berlín, 1931, pp. 837-841; Paul Braun, "Clausewitz-das Genie der bürgerlichen Kriegstheorie. Zu seinem 150. Geburtstage", en *Die Rote Fahne,* núm. 126, del 1 de junio de 1930, 8o. Suplemento; Rudolf Haus, "Clausewitz und die klassische deutsche Philosophie", en *Der rote Aufbau,* Berlín, 1930, núm. 6, pp. 337-343.

Así como ocurrió después de la primera guerra mundial, también después de concluida la segunda se despertó nuevamente en Alemania el interés por los filósofos militares.

Con el resurgimiento de las fuerzas imperialistas y militaristas en Alemania occidental debe temerse una vez más, sin embargo, la malversación de las teorías de Clausewitz.[86] Ya dos veces en este siglo el afán de conquistas con desprecio de una sabiduría prudente, del humanitarismo y de la moral, se ha convertido en un peligro para los pueblos europeos, sumiendo al propio pueblo alemán en el dolor y la desgracia. El imperialismo alemán ha demostrado que puede abusar de los soldados alemanes para sus propios fines egoístas y desencadenar guerras devastadoras. Pero las derrotas aniquiladoras que experimentó en dos ocasiones demostraron asimismo que los objetivos del imperialismo alemán son inalcanzables, y que sus planes deben fracasar ante la realidad. Las guerras imperialistas no se pueden llevar a cabo según las reflexiones y las teorías de Clausewitz, las cuales exigen imperiosamente la correspondencia mutua entre medios, fines y objetivos. En cambio, el orden estatal y social socialista no es capaz de efectuar ninguna otra guerra que no sea una guerra justa, que sirva a la defensa y al progreso de la humanidad. Por eso, los marxistas-leninistas comprenden el verdadero sentido de las ideas y doctrinas del gran filósofo militar. Poseen las condiciones y la capacidad para llevar su obra haciá el futuro, conservarla y seguirla desarrollando.

Por primera vez en la historia alemana están creadas, en un

[86] Debemos citar aquí, entre otras, la amplia obra del historiador alemán occidental Gerhard Ritter. *Staatskunst und Kriegshandwerk*, Munich, 1954. t. I, en la cual reduce todo el problema del militarismo prusiano alemán a la relación entre política y estrategia militar. Cf. la reseña crítica de Ernst Engelberg acerca de esta obra en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, año 4, núm. 6. Un confortante contraste con Ritter lo constituye la 16a. edición de la obra *Vom Kriege*, editada por Werner Hahlweg, Bonn. 1952. En la introducción y comentario, Hahlweg señala claramente que en la literatura militar de hasta ese momento las principales teorías de Clausewitz no habían sido evaluadas ni comprendidas a fondo. En su ensayo "Lenin und Clausewitz" (*Archiv für Kulturgeschichte*, t. 36, 1954) escribía (pp. 385-386) que los materiales de estudio de Lenin demostrarían "que el líder bolchevique se hallaba adelantado a su época en décadas en cuanto a una más profunda comprensión de la obra *De la guerra* y de sus elementos esenciales", y que en la patria de Clausewitz "no se ha comprendido en absoluto el aspecto práctico, y apenas si se ha comprendido el aspecto teórico del enfoque teórico de *De la guerra*".

ejército popular y en una ciencia militar que sirven a fines auténticamente nacionales, las condiciones para proteger el legado de Clausewitz de una renovada malversación, y para aprovecharlo en su verdadero espíritu con miras al futuro.

CLAUSEWITZ EN EL PENSAMIENTO MARXISTA

CLEMENTE ANCONA
influencia de clausewitz en el pensamiento marxista

OTTO BRAUN
introducción a los apuntes de lenin sobre clausewitz

VLADIMIR I. LENIN
extractos y acotaciones a de la guerra

APÉNDICES
i. carta de razin / ii. respuesta de stalin / iii. carl von clausewitz en su época / iv. de la guerra y su influencia sobre la posteridad

PYP